MALLEUS MALEFICARUM © Heinrich Kramer & Jacob Sprenger .
(Martillo de las Brujas)
(Der Hexenhammer)

JUSTIFICACION

Las editoriales están lanzando al mercado en los últimos tiempos bastantes trabajos, desiguales en sus pretensiones científicas o validez testimonial, pero que están mostrando el interés que, hoy como ayer, despierta el universo de lo esotérico, de lo transcendente, y con una fuerza inusitada el de lo demoníaco.

Basta, sin más, constatar, junto a este fenómeno, el afán que hasta se podría motejar de morboso, con que son acogidas películas o manifestaciones de cualquier índole acerca de realidades sociales o psíquicas por largo tiempo olvidadas o marginadas, en las que determinados fenómenos, aparentemente reducidos a los estrechos límites de la explicación científica reclamasen de nuevo enfoques tenidos por científicos u obscurantistas hasta ahora.

Es posible que de ello se desprenda la evidencia de que nuestro mundo y sus gentes están buscando de una forma casi angustiada y, por supuesto, con interés que los destaca sobre el no decaído durante el inmediato pasado, horizontes nuevos y distintos ante el reto que les lanzan los peculiares problemas con que se enfrentan.

Las fórmulas de enfoque racional del mundo y de la vida parecen haberse agotado, después de haber quedado vigentes en nuestra cultura desde el Renacimiento. De forma proresivamente clara pugna por aparecer, dominando, lo irracional sobre todos los ámbitos de la cultura que intenta nacer. Este fenómeno nos está haciendo descubrir fórmulas culturales a las que nuestro engreimiento racionalista despreciaba, y todo un mundo se descubre al reconocer, por ejemplo, el aporte, que para la resolución de angustias y sinsentidos, supone la incorporación de elementos provenientes de las civilizaciones orientales. Es el buceo en el yo profundo a partir de expresiones culturales que nos han sido ajenas hasta el momento.

Paralelamente a ello surge potente un interés por lo transcendente, aunque, sin duda, este afán de más allá busque también caminos apartados de la herencia próxima.

Es probable que todo ello resulte síntoma inequívoco del agotamiento de principios, planteamientos, valores y juicios que han alimentado nuestro afán desde hace siglos.

En esta busqueda a que nos lanza la insatisfación experimentada, redescubrimos con gozo los hitos que han ido dejando quienes cultivaron vías que hoy emprendemos de nuevo como inéditas, y aspiramos al contacto con aquellos mundos que de forma despiadada e inevitable sacrificó nuestro "Moderno", cundo nacía. En muchos aspectos intentamos recuperar eslabones y tiempos perdidos.

Ante todo este conjunto tan complejo de sentimientos y fenómenos presentamos hoy un rescate, capaz de ofrecer un doble mensaje. De un lado nos enfrentamos con un libro escrito en una época crítica, como la nuestra, en la que el miedo necesitó echar mano de chivos expiatorios para sacrificarlos en ara de un orden necesario que se desmonoraba, fenómeno al que se estaban sobreponiendo calamidades naturales incontrolables. Posiblemente reconoceremos aspectos inmarcesibles de la crueldad humana alentada por

la rigidez ordenacista cuando tras de ella es posible atisbar el ánimo de supervivencia para grupos muy cualificados, de fácil trasposición al presente.

Otro valor del libro es el de testimoniar de un mundo soterrado, perseguido y minimizado posteriormente, del que cabe hacer una lectura antropológica profunda. Resulta ser uno de esos eslabones perdidos a los que antes aludíamos. Es el mundo de la brujería, a finales de la baja Edad media, reliquia de una civilización pretérita, manifestación de cultura popular incomprendida por las manifestaciones por las clases dominantes, respuesta aterrorizada y terroríca, a la que que difícilmente escaparán incluso sus perseguidores, ante un mundo que se hunde y cuyos fundamentos están entrando en crisis de forma incontenible.

La de este libro puede que resulte una aproximación demasiado problemática, en la medida en que su testimonio resulta abrumadoramente parcial, pero no tenemos otra, y quizás, como ya veremos, la pluma de los autores haya dejado transcender más afinidades y menos discrepancias de fondo en la actitud de jueces y perseguidas de cuanto pudiera apreciarse a primera vista.

Con todo, se nos impone un esfuerzo de traslado a un mundo que, por afín que sea en los problemas básicos, no deja de ser irremediablemente distinto del nuestro. Cinco siglos nos separan de aquellos hombres, y este espacio supone una barrera no chica. Por ello, el lector deberá, ante todo, prevenirse de una actitud contemporizadora y comprensiva. Muchos de los aspectos valorativos de determinadas circustancias vitales cambiaron. Y, sin embargo, para nuetra desgracia, la dureza y la irreductibilidad continúan siendo fórmulas clave para eliminar discrepancias molestas, y los inquisidores modernos parecen haber aprendido bien la lección de ardoroso interés que les transmitieron los antiguos.

En la traducción se ha procurado ser lo más fiel posible al texto latino y en la resolución de no pocas dudas se ha acudido a las ediciones inglesa y francesa de la obra, cuyas fichas se citarán por extenso en la Bibliografía. Se ha procurado conservar el lenguaje inconexo y hasta oscuro en ocasiones del latín escolástico y prehumanista empleado, respetando incluso en ocasiones las incongruencias gramaticales, que sin dificultar del todo la comprensión dan idea de la rapidez de elaboración de la obra en función de una circustancia peculiar de sus autores.

Las notas, en su mayoría, son simplemente modernizaciones de citas, sin pretender servir de aclaración al texto, salvo en contadas ocasiones, ni mucho menos de aparato erudito, cosa que se encontraría más allá de los alcances de nuestra edición.

LA CIRCUSTANCIA DE UN LIBRO Y EL ËXITO DE UN TEMA

Alemania y el Occidente de Europa al finalizar la Edad Media.

Resulta evidente que la circustancia histórica en que aparece el Malleus Maleficarum corresponde a la de un mundo en clara efervescencia de cambio.

Esta segunda mitad del siglo XV está dando a luz, entre conflisctos sin cuento, a los nuevos aspectos políticos sociales y culturales que van a regir en Europa durante los próximos siglos.

No hace muncho que ha concluido la Guerra de los Cien Años (13337-1475), de la que sin duda saldrá malparado el prestigio francés sobre el continente, pero cuyo resultado más duradero va a ser la forja del estado moderno en Francia e Inglaterra, reducidas a unos

límites fronterizos más naturales, por haber sido los principales beligerantes. Tambien la Península Ibñerica sufre de enfrentamientos cíviles, trasunto, como en Italia y Alemania de un fenómeno social generalizado: el del tránsito de un orden feudal más o menos deteriorado o evolcionado, como herencia medieval, aun sistema político-social donde las bases teóricas y reales de la sociedad pretenden ser otras.

El complejísimo fenómeno del Renacimiento se insinúa en unos sitios en determinados aspectos, triunfa en otros de forma definitiva. Ya siente el hombre afanes e inquietudes que le han de llevar a emprender la hazaña de los descubrimentos geográficos y la del propio hallazgo dentro de los estrechos y profundos límites de la autoconciencia individual. Está para nacer el héroe inmortal, pero aún tardarán en desaparecer ideales caballerescos, más emparentados con mundos desaparecidos o con estructuras sociopolíticas que permanececn a despecho de su desfase.

El Sacro Romano Imperio sufre también durante años estos años su crisis profunda, previa la entrada en la modernidad, con su apariencia feudalizante y medieval.

Aún ha de sufrir los duros embates de la Reforma. Pero a ello le preparará el enfrentamiento con la grave crisis del cisma de Occidente, del que tan mal parado saldrá., por su parte, el prestigio de la Iglesia. Las fronteras del Imperio conocerán asimismo alteraciones y conflictos de importancia (problemo checo, enmascarado tras de la herejía husita, conflicto magiar, enfrentamiento polaco, etcétera), debiendo repercutir todos ellos de forma inequívoca sobre su interior hasta el punto de conocer un retroceso el impulso conolizador sobre lña frontera. Este -tan semejante, por muchos conceptos, a nuestra Reconquista- y, en definitiva, un debilitamiento general del poder central en Alemania. Este prestigio será finalemente recuperado, pero no tanto en provecho de Alemania como en el de su más importante dinastía señorial: la saga de los Hansburgo, que establecida en el poder en 1452, con mayores o menores avatares se mantrendrá sobre el trono hasta 1918.

La dinastía Hansburgo governará desde finales del siglo XV, precisamente sobre la base de su condición de grandes señores, cuyos dominios los ponen por delante de los damás. Sus estados, servirán para configurar el complicado mosaico alemán, sobre el que la monarquía moderna adquirirá los rasgos de una federación de estados, de entre los que destacan los siete electorados, actuando como base del sistema imperial. Así, pues, observamos que, en vísperas de la Reforma, los Hansburgos presentan por sí solos una potencia europea considerable, aunque no puedan ejercerla omnímodamente sobre un imperio, del que terminarán por ser tan sólo presidentes hereditarios. El soberano garantizará la undad, pero no podrá gobernar. Tal es la versión alemana del fenómeno de los "Estados Modernos", semejante, en cierto modo, a la italiana, donde la fragmentación en pequeños estados autonómicos no ha de sufrir cambio alguno hasta el fenómeno integrador que con el nacionalismo nacerá en le siglo XIX.

En Alemania, los príncipes y el alto clero pugnan por aumentar su idependencia y sus dominios territoriales a costa del imperio. Las ciudades reclaman estatutos municipales cada vez más generosos, transformándose en auténticas repúblicas urbanas, administradas por consejos de mercaderes. Dos caras de un mismo fenómeno contra el que se estrellarán todos los intentos unificadores de Maximiliano I (1459-1519) o los ya deseperados de un nieto Carlos V (1500-1558).

Es esta época de la reacción señorial, que en Alemania no tardará en hacer surgir la chispa que provoque las guerras campesinas, a cuyo los señores obtendrán la victoria, y con ella el poder por mucho tiempo.

Sin embargo, Germania resulta una región de marcados contrastes, en la que, a los cerrados mundos de antaño, se opondrán perspectivas urbanas nuevas. Al mundo real se

ha de ir sobreponiendo lentamente la ideología más abierta y, por tanto, más moderna de los mercaderes de aquellas allanuras que, por ser regiones de tránsito, significan cauces económicos e ideológicos a través de los cuales penetran las nuevas corrientes de pensamiento en el seno de un mundo anacrónico. Por ello precisamente no podemos olvidar que el teatro de nuestro libro es el de la zona occodental de Alemania, área de frecuentes tránsitos, centro de contacto para gente venidas de Francia, Italia, Paises Bajos y el propio Imperio. En ella la burguesía mercantil hace temblar las bases del orden admitido, trastocado la civilización tradicional.

Sin duda ninguna los hombres de negocios reclaman una nueva concepción de la vida, otra moral más acorde con sus actividades, distintas de aquellas que fueron causa de los planteamientos contra los que luchan por desfasados. Es evidente que estos hombres han introducido cambios en el gusto estético, en el vestir, en los comportamientos sociales, en la demanda de fórmulas nuevas de cultura y educación para sus hijos. Todo ello constituye un fenómemo conocido, que nos introduce en el problema de si no habrán propugnado igualmente una expresión religiosa distinta, más adaptada a su individualidad, su curiosidad, su afán de aventura y, en definitiva, más adecuada a su actitud abierta enfrentada al figismo de la herencia medieval transmitida, que pretende contemplarlo todo sub specie Aeternitatis.

No sólo hacbrá que atribuir, por tanto, los fenómenos heréticos al descontento popular que con que ellos busca expresiones de su afán reivindicativo. Es este un momento de profundo cambio y de ardua crisis agrícola y sanitaria. Los hombres se sienten aterrorizados y el miedo les anima a buscar explicaciones de orden sobrenatural. Con frecuencia serán también expresiones de la búsqueda de ideales y fórmulas apetecidas por las nuevas clases. Y esta actitud de búsqueda, como decimos, será, con frecuencia, causa de manifestaciones religiosas, heréticas o no de repulsa, frente a las nuevas clases movidas por los pobres de siempre, alzando contra ellas la bandera de la la pobreza como ideal de lucha. Resulta, por tanto, conveniente hacer distinción entre herejías de pobres y herejías de ricos en estos albores de la modernidad.

El otro gran protagonista en este momento es la Iglesia Romana, que pococ a poco va viendo desdibujarse su papel hegemónico sobre el continente. Conviene recordar que la lucha entre el Pontificado y el Imperio, que para algunos se resume en la expresión Lucha por el Dominium mundi, se encuentra presente a todo lo largo de la Edad Media, con alternativas diversas para ambos contendientes y termina con la franca derrota del intervencionismo político pontificio. Pasos claves serán la negativa de reconocimiento a la elección de carlos V como emperador del Sacro Imperio por parte del Papa JUan XXII, en 1325, momento del que arrancará la definitiva lucha entre el Pontificado y el Imperio. La confirmación mayoritaria de la Dieta Imperial, reunida en Reims en 1338 para tal elección, y su ratificación en la de Francfurt, de la que emanará el correspondiente ordenamiento legal para las elecciones futuras, al margen del aserto pontificio. Todo lo cual culminará definitivamente con la progulmación de la Bula de oro de 1356, por el mismo carlos IV, con lo que para siempre se eliminará al papdo de modo formal de las elecciones im`periales. El definitvo reconocimiento del hecho no será reconocido hasta después de cien años, en época más cercana a la de nuestro libro, y será el Concordato de Viena firmado por Marín V y el emperador Federico III.

Este cuadro de desprestigio, no sólo político, a los ojos de una cristiandad de la que han sido árbitros, pone al Papado en situación todavía más comprometida cuando, a partir de 1375 y por un período larguísimo, la Iglesia vaya a estar dividida en la cabeza a lo largo del llamado Cisma de Occidente. Será preciso esperar a 1447 para que Martín V acceda al trono pontificio y comienze a caminar por la senda del autoritarismo, sintonizando con las

nuevas corrientes políticas redefinidoras del poder en toda Europa, pero, sobre todo, en la península italiana. El signo de la Iglesia en estos días será el de la preocupación por el Gobierno, la ordenación y la eliminación de discrepancias, colocando estos intereses muy por encima de otros afanes de adoctrinamiento o evangelización. El Pontificado Romano termina la prueba victorioso, pero al precio de terminar siendo más romano que católico. Por ello, el intento de gobernar a una cristiandad que ya a prendido a vivir prácticamente al margen del poder papal será un fracaso.

El conciliarismo, como doctrina que atribuye a la asamblea de los obispos un poder que deben respetar hasta los mismos romanos pontífices, hace estragos estos días, y los nuevos Papas emprenderán el rearme político de sus estados como antídoto después de haberlos tenido en completo abandono por espacio de un prolongado perídod. Para ello se suminrán en una atrea, que ni convertirá al pontificado en el árbrito de los cinco estados más fuertes de la peniínsula italiana (Venecia, Milán, Florencia, los Estados Pontificios y Nápoles), como algunos esperaban, ni tampococ le va areportar una gran popularidad entre las naciones cristianas. Todod ello a pesar de las expectativas que parecen encerrar montajes publicitarios tan fabulosos como los fastos del año jubilar de 1450.

El temor al simple recuerdo de las doctrinas conciliaristas va a ser la causa de quel deseo extendido por toda la cristiandad de "una reforma en la cabeza y en los miembros2 de la Iglesia no encuentre eco entre los cada vez más absolutistas e italianizados curiales de Roma.

Este divorcio real tendrá su más clara manifestación en la incomprensión autoritaria con que la misma Curia enfocará el problema de la Reforma Luterana en sus orígenes. Problema para el que se arbitrarán soluciones anacrónicas, de las que no se podrá presentar mejor muestra que la hipoteca doctrinal que suspuso el Concilio de TRento para el futuro de la Iglesia, si bien su autoritarismo no dejaba de sintonizar con el franco endurecimiento político que por toda Europa comenzó a respirarse a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Conviene, por tanto, intentar comprender el ambiente del Malleus desde esta perspectiva de profundo cambio social-político y aun psicológico. Todos de consumo van a aconsejar al papado la renovación de añejos mitos, en su afán de continuar organizando el mundo. De ellos el del Imperio Cristiano, o el de la Cruzada, se unirán al intento de saneamineto de las conciencias, mediante la práctica inquisitorial. Los tribunales del Santo Oficio van a remozarse convirtiéndose en el instrumento de la Cruzada interior, que aspira al rearme capaz de garantizar la contención del avance de los turcos.

Únicamente se comprenderá desde unos antecedentes la razón para el reconocimiento de una institución de índole eclesiástica, pero de marcado cariz temporal o político, como la de la Inquisición, que va reanudar con inusitado ardor sus actividades durante estos años, tanto sobre el área alemana que nos ocupa como sobre el dominio de los católicos reyes españoles (1478) y, por suspuesto, los territorios de directa soberanía del Pontífice. Su siniestra tarea no cejará más que con el triunfo de las luces en los albores del siglo XIX.

Nació la Inquisición medieval en el siglo XII, como tribunal eclesiástico, intentando poner coto a los desmanes e ingerencias que los principes temporales etaban cometiendo en la persecución de determinados delitos doctrinales, todo ello dentro de la hábil política romana de centralización.

La causa de tales ingerencias se encontraba en que pese al ropaje de desviación religiosa de tales delitos, en ellos se daba un claro matiz crítico hacia el orden establecido. Los dominicos o frailes predicadores fueron -Domini canes- los primeors encargados de su funcionamiento por comisión del Papa Gregorio IX a la creación de éste de un tribunal

encargado especialmente de la persecución de la herética pravedad en torno a 1233. Las orientaciones preliminares partieron del decretalista español, también dominico, Raimundo de Peñafort, quien la expuso en su Manual de Inquisidores. Cátaros, Valdenses y Albigenses, ferederos del nunca del todo enterrado maniquísmo, siempre dispuesto a renacer en el seno de la Iglesia, excesivamente alejada, en su opinión, del ideal evangélico, van a ser los primeros pacientes de los rigores del tribunal. Después los seguirán los conversos judíos, los pickardos, los fraticelli, los husistas y cualesquier otro disidente del pétreo edificio doctrinal, calve indicutible de toda inteligencia del mundo cotidiano y, por supuesto, del transcendente. Conviene insistir en la índole de declive del orden medieval que atemoriza a los dueños del poder, propia del momento, a la que se une el terror de los súbditos, que se ven impulsados a la busqueda de amparos distintos de los experimentados hasta la fecha, para entender todo este problema de la herejía a finales de la Baja Edad Media.

Fruto de todo ello va a ser, entre otras cosas, la creación de todo el alucinante y gratuito mundo al que el lector podrá asomarse de inmediato. La invención de una nueva herejía, de la que ni los mismos acusados de ella tenían ideas tan claras como las de los hábiles hermanos predicadores encargados de la represión se forjaron para su uso. Sólo considerándolos como herejes podrían ser jusgados ante los Tribunales de la Inquisición, porque cualquier resquicio era igualmente válido para que fuese el tribunal civil encargado de tomar cartas en el peligroso asunto de los responsables de la penetración en el mundo del mal mismo personificado: el diablo.

Desde esta perspectiva, sin embargo, hay que dejar claro cómo los autores del Malleus sostienen que los jueces ordinarios del negotium fidei son en el caso de las brujas los inquisidores comisionados por el Papa, los obispos, como jueces ordinarios, pero, antes que ninguno, el tribunal civil, posición ésta que los enfrenta claramente con la práctica y la doctrinas hispánicas. Aquí el único tribunal competente es la corte civil, y a los obispos no corresponde más que vigilar el procedimiento cuando la practica inquisitorial lo requiera.

Desde su punto de vista, el libro, como después veremos, pretende ser un tratado doctrinal y aún didáctico para los encargados de la presecución de tales elementos indeseables. Pertenece al amplio género que se inicia con los Penitenciales o listas de pecados elaborados por los monjes irlandeses, que proporcionaban cálculos evaluatorios exactos para la práctica de la penitencia privada requerida por los pecados personales, al uso de los confesores. El pecado más grande, la herejía, también necesitará de orientaciones a la hora de ser combatido, por ello proliferan los Directoria, que, iniciados, como vimos, con San Raimundo, alcanzarán su más siniestro hito, con la publicación a finales del siglo XV del presente "manual del perfecto cazador de brujas", a las que, además, invita a aplastar con maza poderosa (maleficas et earun haeresim framea conterens).

LOS AUTORES

El Malleus ha sido tradicionalemnte considerado obra de dos autores, dominicos, sin que haya sido posible averiguar de forma clara la participación real de cada uno de ellos en el conjunto de la obra. Jacobo Sprenger y Enrique Institoris aparecen siempre indisolublemente unidos al frente de la obra. Sin embargo, no parece haber ocurrido tal cosa

desde el principio, y así en las dos primeras ediciones conocidas únicamente aparece el nombre de Sprenger como responsable de la publicación.

¿Quienes fueron estos dos individuos? ¿Cuáles fueron las razones de la añadidura del segundo coautor?

Jacobno Sprenger nació en Rheinfelden en 1436 y murió en Strasburgo el 6 de Diciembre de 1495. Profesó en el convento de Basilea, afecto desde tiempo atrás a los aires renovadores que aspiraban a una mayor observancia y rigor en la práctica de los estatutos de la Orden. De allí fue enviado a la universidad de Colonia, en la que se matriculó en 1467. Al año siguiente fue nombrado Lector de las Sentencias de Pedro Lombardo en el Studium que la orden sostenía en el convento de Colonia. Prosiguiendo sus estudios, alcanzó el grado de doctor en Teología en 1472, siendo posteriormente nombrado profesor de esta disciplina en la Facultad de colonia en 1478. Posíblemente su valía y celo personales le hicieron prontamente objeto de la confianza de sus superiores e iguales de tal modo que rápidamente se convirtió en un elemento importante dentro de la Orden, sobre todo entre los conventos de la Observancia. paralelamente a su dedicación académica fue elegido vicario en 1471, prior del convento de Colonia en 1472, desempeñando finalmente el cargo de Provincial para Germania de 1488 a 1495.

Discípulo de Alanus de Rupe, celoso promotor de la devoción del Rosario, dominico próximo al movimiento de los Hermanos de la Vida Común, tan cercanos, por lo demás, a Desiderio Erasmo, fuel propagador de tal devoción a la muerte de aquél. Y así se nos ha legado su retrato, inmortalizado por el Maestro de San Severino, en el retablo del Rosario de la Iglesia de San Andrés de Colonia, donde se le representa, con virrete doctoral a los pies de Santo Domingo y de la Virgen.

Es ésta una de las muchas incongruencias de aquel mundo atormentado y decadente del otoño de la Edad Media. La dulcedumbre espiritual, la devoción tierna puede ir emparejada en una misma persona con el rigor doctrinal, la rigidez y aún la crueldad de sentimientos. El discípulo de los Hermanos es el maestro del coautor del Malleus. NO es del todo incomprensible el nexo ni tan contradictorio el aspecto, como después veremos.

El cargo inquisitorial le fue atribuido por el Maestro General del orden, tras de un corto período de actuación como ayudante del Inquisidor de Renania en 1481. Con ello quedaban a su cargo las diócesis de Maguncia, Tréveris y Colonia. La Bula Summis Desiderantes, documento clave para la comprensión de nuestro libro, que se inserta más adelante, le concedió la confirmación de tales poderes y se los extendió a la diócesis de Salzburgo y de Bremen.

Su papel, sin embargo, no debió ser muy intenso en esta labor de inquisidor, ya que ante todo pareció destacarse como mantenedor ceolso de la reforma dominica y en ello parecen transcurrir los últimos años de su vida antes de su muerte acaecida a finales de 1497 en Strasburgo.

El nombre de su cofrade y coautor no aparece hasta la edición de 1490. Enrique Institoris, nombre que algunos han querido retraducir, llamándole Krämer, es decir, "mercader", debió nacer en Schlettstadt hacia 1430, profesando, al parecer, en el importante convento dominicano que allí había entonces. Sus priemros estudios se desarrollaron en aquel escenario, y también sus primeras aventuras pastorales. Era profesor de Teología cuando el obispo Rudolf von Javant le encargó la predicación de una cruzada contra el rey Jorge Podebrady de Bohemia.

El 13 de Marzo de 1479 fue nombrado Inquisidor para toda la Germania superior, por el papa Sixto IV, y allí ejerció con rigor su cometido, luchando tanto contra las desviaciones doctrinales de ciertos clérigos como, sobre todo, contra las brujas. Constanza e Insbruck

fueron testigos de su celo, y éste fue con frecuencia ocasión de que su vida se encontrara llena de altercados y enfrentamientos con los superiores de la orden y jerarcas de la Iglesia, que criticaban el excesivo ahínco puesto en la defensa de doctrinas o en la realización de cometidos. A pesar de ello, continuamente recibía encargos de responsabilidad, como el que en enero de 1500 le confirió Alejandro VI, nombrándole Nuncio e inquisidor general en Bohemia y Moravia para combatir a los "Hermanos Moravos".

Su ardor, y posiblemente aquellos períodos en que sus altercados le dejaban inactivo, le convirtieron en un prolífico autor de tratados antiheréticos o polémicos. De todos ellos, el Malleus Maleficarum parace ser el primero de envergadura.

Como consecuencia de su implacable persecución, en la lucha antifamélica emprendida, el obispo de Insbruck debió de intervenir, dejando en libertad nada menos que a cincuenta sospechosas. esto parece que, momentáneamente, le alejó del combate activo, y durante los años 1485-1486 se dedicó probablemente a la redacción del manual básico que comentamos, un poco quizá como apología del propio celo tan incomprendido.

Con todo, su delicada situación pareció aconsejarle que el libro llevara un marchamo de fiabilidad y tal debió proprcinárselo la eventual colaboración de Sprenger, miembro, a la sazón, eminente de la orden y de la Universidad de Colonia. Siendo Colonia, además, el máximo centro de irradiación cultural en Alemania, en aquel momento.

Esta es la razón que explica la pretenciosa acta notarial que suscribe el consenso a las doctrinas de este libro de unos cuantos profesores de la citada Universidad, en términos, bien ambiguos para algunos. Allí ya aparece citado, al ser incluida como garantía en las sucesivas ediciones del libro, el nombre de Enrique, con toda seguridad, su principal redactor. Opinión ésta que parece abonar el hecho de que en ahora en adelante va a aparecer siempre en primer lugar, desplaando al primitivo responsable.

De su actividad como apologista y polemista nos testimonian las siguientes obras: Tractatus varii contra quatuor errores, novísime exortos, adversus Eucharistiae Sacramentum (Nüremberg, 1496); Tractatus adversus errores Antonii Roselli, de plenaria potestate pontificis ac Monarchiae (Venecia, 1499); Opus perutile sermonum in defensionem Sanctae Romanae Ecclesiae, adversis Valdenses (Olmutz, 1501); Sanctae RomanaeEcclesiae fidei defensionis clyoeus adversus Waldensium seu Pickardorum haeresim (Ibíd, 1502).

En todos estos libros nunca pierde de vista el tema de la brujería, frecuentemente cuestionado y negado por tales ehrejes, por más que el tema central sea siempre el de la polémica defensa del orden teológico o político, o de ambos a un tiempo, dentro de la coetánea estructura eclesial.

Por ello y lo que antes dijimos se debe de pensar que la obra de base, en cuanto a la redacción, semejante además por lenguaje, citas, método, etc..., a las anteriores del Malleus, se debió a Institoris, mientras que Sprenger fuel el encargado de prestigiar con su persona y fama, avalando el contenido del tratado, aunque no sea posible tampoco descartar algún otro tipo de colaboración real.

Existen, pues, razones fndamentales para pensar de este modo. Durante los años 1485 y 1486, Institoris se encontraba menos ocupado, quizá por causa de alguna prohibición incluso al ejercicio del menester inquisitorial, como ya hemos visto. Mientras tanto, Sprenger soportaba pesados cargos, como superior de la orden dominicana en su rama reformada. Además los argumentos que, en forma de ejemplo, se aportan suelen haber tenido como fondo las regiones de la Germania superior, ajena a Sprenger, encargado en algún momento de la zona inferior del Rhin, y más familiares, en cambio, a su colega, encargado del combate herético sobre aquellas regiones.

EL LIBRO

Algo que el lector no puede perder de vista es que el libro que tiene en sus manos es, antes que nada, una obra teológica, escrita en la peculiares cooordenadas de espacio y de tiempo correspondientes a las de la Alemania Occidental, mientras el siglo XV declinaba y con él la Edad Media. Por ello conviene también tener presente que se trata de un libro que se mantiene dentro de los estrechos límites de la Escolástica decadente, pareciendo ignorar toda corriente de pensamiento, fórmula expresiva o fuente que aquellas firmemente asentadas sobre la opinión tradicional, y que el uso común había tranmitido. No existe en estas obras y, por consecuencia en la nuestra, referencia ninguna a autotóres contemporáneos, salvo cunado se trata de compiladores, y el fondo del pensamiento se asienta ordinariamente tanto sobre la lógica aristotélico-tomista, verdadera invención del siglo XIII., pero entonces en grave declive, como sobre autores que escribirieron con una lejanía cuando menos de un siglo en su mayor parte.

El libro, tal y como una amplia ojeada sobre el índice ya informa, se encuentra dividido en tres partes. esta división sirve ya para introducirnos en ambiente al recordar el sentido arquitectónico y de equilibrio que las obras de este tipo presentan buscando un mayor rigor expositivo. La Summa Teológica, como obra más conocida, es un ejemplo de ello, no del todo alejado del pensamiento de nuestros autores.

Sus tres partes pretenden agotar, cada una por su lado, tres aspectos fundamentales del tema d ela brujería y su combate. En la primera se discute la posibilidad teórica, desde la perspectiva de la Filosofía, La Teología y, por supuesto, la Sagrada Escritura, de la existencia de brujas y, sobre todo, de su manifestación como agentes del mal o del "Maligno" sobre la tierra.

En al segunda, con mucho la más amena, se contiene un amplio muestrario de casos prácticos acaecidos a allegados por los inquisidores, fruot de lecturas, relatos o de la propia experiencia. Su misión es la de servir de abono a la teoría ya expuesta, ajustándose de una forma exacta y, por tanto, no exenta de sospecha, a las complicaciones de la argumentación, que antes intentaron convernernos. Esta segunda parte, dividida a su vez en otras dos, presenta también toda una serie de remedios pintorescos, aunque de claro sentido, como luego veremos, para combatir los maleficios y sus efectos sobre hombres, animales o cosechas.

La terecera parte es la más farragosa, perdida la frescura que el relato, en ocasiones claramente folclórico, traslucía en la anterior dentro del vivificado lenguaje premunista del autor. En ella se pretende agotar, con el ingenuo carácter enciclopédico de todas estas obras, el aspecto jurídico del tema. Es una especie de recetario de fórmulas documentales, dentro de una traza de género literario, también muy medieval. Se sugieren métodos de interrogatorio y procedimiento inquisitorial o judicial, con la pretensión en suma de enseñar a hacer procesos inquisitoriales y, sobre todo, de brujas, en pocas lecciones.

Las fuentes utilizadas en cada una de las tres partes, y sobre todo en la primera y tercera, suelen ser los filósofos y teólogos más rancios, más consultados y seguidos en el mundillo universitario menos avanzado y, por tanto, los más seguros.

En primer lugar está la Biblia, pero interpretada. A los ojos de todo teólogo medieval, la complejidad del texto y su misma riqueza hacen preciso el recurso a los Glosadores, sobre todo a la Glosa Ordinaria o interlinea que comenta el texto en sus cuatro posibles sentidos

(literal, histórico, simbólico y moral). Es obra del monje sajón Walafrido, que vivió hacia el siglo IX. Modernamente, se encuentra en la Patrología, de Migne, serie latina, tomos CXIII y CXIV (en adelante en el texto P. L.).

Los Santos Padres, no quedan tampoco de lado, pero probablemente, con la excepción de San Agustín cuya Ciudad de Dios, cita con frecuencia, por haberle sido familiar, al parecer, su texto completo, el resto parace ser citado pariendo de los Sentéciarios. Se trata de libros recoplidos para uso de teólogos y estidiantes, en los que se recogen las opniones o sentencias, más importantes respecto de cada tema tratado para cada uno de los teólogos o Santos Padres. estas antologías sirven de suplemento a la carencia de bibliotecas donde encontrar los oríginales integros. De esta forma son traídos San Isidoro de Sevilla, San Gregorio el Grande, San Dionisio Aeropagita (discípulo de San Pablo según la tradición medieval), etcétera.

A pesar de todo, son los teólogos más conocidos quienes monopolizan la autoridad requerida por los aseros de nuestros autores. Así, Santo Tomás y Pedro Lombardo serán los teólogos citados con mayor frecuencia. Santo Tomás sobre la base del Summa Teológica, que funciona desde hace siglos como una especie de leenco doctrinal semioficial, aunque sin dejar atrás las Sentencias de Pedro Lombardo, es decir, su comentario, por ser el más popular teólogo de la edad Media, sobre todo antes de la aparición de las obras de Aquinate.

En la segunda y tercera parte, sin perde de vista a estos autores, las fuentes se diversifican y se recurre con frecuencia a otro aspecto del género literario de la recopliación medieval para uso de predicadores. Encontramos a Cesáreo de Heisterbach, con sus Diálogos acerca de los milagros, a Viecnte de Beauvais y su enciclopédica obra del Espejo Mayor, Jacobo de Vorágine y su Leyenda Áurea, Casiano y sus conferencias y, sobre todo, uan Nider, con su preceptorio de la Ley Divina, y su Hormiga de los buenos u hormiguero que ilustra con el ejemplo de la sabiduría de las hormigas. (En el texto se cita simplemente como Formicarius)

Entre los juristas que fundamenta con sus textos las opniones de la tercera parte del libro, destacan, lógicamente, Graciano, Enrique Hostiense, Godofredo de TRano, Raimundo de Peñafort, entre otros, pero sobre todos otro compilador anterior a Institoris, el domínico catlán Nicolás Eymerich. Este autor había redactado unos años antes un antecedente directo del Martillo, pero meos especializado, titulado Directorio de Inquisidores, cuya fortuna, aunque menor, había de ser parecida a la del Malleus. La tercera parte del Martillo constituye simplemente un extracto del mismo apartado del Directorium.

Una aproximación de conjunto a la época de los autores de referencia para el redactor de nuestro libro nos informa, como ya decíamos, de que los más modernos de entre ellos habían muerto casi todos en el siglo anterior. Y es este un dato que nos permite penetrar algo más en el complejo mundo de la cultura esclástica y de las implicaciones sociopolíticas y de las implicaciones sociopolíticas de sus obras.

El tono general en cuanto a método nos está recordando el ambiente y la practica de la "lectio" medieval. En ella únicamente son "leídos", es decir, comentados, aquellos autores transmitidos por la tradición y, de cuya ortodoxia cabe las más completa seguridad, por convenientemente decantada a lo largo de los años.

Tanto los temas como los argumentos (reglas del juego en suma) vienen dadas desde hace mucho tiempo atrás. Es éste un mundo cultural en progresiva parálisis, anquilosado dentro de los estrechos cauces opinativos que impone el argumento de autoridad. El cristianismo, en su afán de ortodoxia, se refugió en la autoridad, como fuente de segura de verdad. Este autoritarismo le arrastró a una atemporalidad de pensamiento, en el que la

coherencia impuesta por las reglas de la argumentación y del rígido discurso lleva a la construcción de un edificio teórico cada vez más coherente consigo mismo, pero también más alejado cada vez de un mundo mucho más flexible y menos encuadrable en sus interminables secuencias de argumentos, divisiones internas y pretenciosas distinciones.

Desde esta perspectiva resulta más clara la comprensión de las verdades eternas. Mucho más que eternas, son intemporales (o atemporales en general, por alejadas del mundo) Santo Tomás, en el siglo XIII, llegará a la expresión cumbre del pragmatismo de este pensamiento desarraigado de la vida, cuando sostenga que lo de menos es el contexto en el que escribieron los autores. Lo importante es la cita en sí, que tal cosa haya sido dicha, y que se la pueda aprovechar en apoyo de lo que convenga. Es la cultura medieval, la totalizadora aspiración del hombre al saber enciclopédico encerrado en sumas, digestos, tesoros y antologías.

Este es todavía, en los albores de la Modernidad, el mundo en el que se desenvuelve el Inquisidor, al que indiscutiblemente se destina un libro que, fuera de él, resulta ininteligible, y, por suspuesto criticado. Resultainiteligible tanto por los temas, como por los métodos, como por la lengua, todavía en latín prehumanístico, vehículo desde el ocaso del Imperio del saber rescatado y de la nueva síntesis, para los inciados en ciencias esotéricas y extramundanas. Este tema ya lo trataremos luego con otra perspectiva.

Sin embargo, pese a lo dicho, tampoco hay que entusiasmarse con la idea de oposición entre el mundo luminoso de la modernidad y tinieblas medievales. Aquí únicamente nos estamos refiriendo a la forma de la presentación del tema y objetivos del libro. Es claro que ni tan oscuros son algunos aspectos del Medioevo, como se ha creído, ni tan refulgentes ciertos recovecos del Renacimiento, en los que el tema de la Magia, la demioniología y aún la brujería, se encuentran presentes y aún son tratados con asombrosa credulidad. Consta incluso su práctica entre personalidades egregias. Es evidente, por tanto, que se trata de un tema universal, visto desde distintos prismas a lo largo de los sglos, pero inquietante en cada momento, y siempre, posiblemente con algún viso de verdad.

Volviendo a la obra de Institoris, observamos que hasta tal punto es hija del ambiente escolástico, que en muchos párrfos parece notarse todavía el eco de una posible lectio ante la concurrencia de universitarios atentos al desarrollo de la quaestio propuesta al paralítico debate de una argumentación que se basa en el principio de la imbecilidad intrínseca de todo aquel que no comparte el pensamiento ortodoxo, con aquel que lo defiende. Nada importa, ni nada detiene tampoco al belicoso teólogo a la hora de llegar a conclusiones.

De este divorcio que apuntábamos antes, entre mundo real y mundo de la ortodoxia eclesiástica, podría partir una posible lectura de conjunto de la obra, pero entre otras, nos inclinamos por la sociología, djando aquella a los antropólogos o a los psicólogos de la cultura.

La civilización antigua, heredada del mundo grecoromano, fué sistematicamente manipulada por los autores cristianos en la medida en que les era precisa, tal y como en otro aspecto ocurrió con los monumentos arquitectónicos antiguos, que, o bien fueron simplemente adaptados a las exigencias de la nueva religión-ideología-cultura, o bien fueron desmontados con el fin de utilizar sus materiales en nuevas construcciones más adecuadas a los nuevos usos.

La cultura grecoromana o fue adaptada o se procuró que muriera. Sin embrago, pese a que el mundo medieval es una circunstancia eminentemente rural y se procuró posteriormente que la cristianización conseguida a nivel oficial y urbano penetrara posteriormente al nuevo ámbito sociopolítico europeo, muchos elementos del paganismo

clásico, de religiones todavía más ancestralmente arraigadas permanecieron en los pueblos convertidos, subyaciendo a la ligera capa que con el bautismo quiso reorientarlas.

De este modo hay que entender la oposición existente entre el mundo cristiano culto y el mundo cristiano inculto, en el sentido de iletrado. Esta oposición evidencia, que, en pleno siglo XV, en que se redacta nuestro tratado, superviven con fuerza todavía fórmulas de vida, comportamiento y folklore ininteligibles para las mentes de los intelectuales encasillados en su mundo, despreciado profundamente los valores de un mundo vencido. Esta condición hace que su cultura no sea tenida en cuenta desde la oficialidad de los saberes, y se procure por todos los medios su anulación porque sabido es que una vez lograda la homologación con la cultura del poder todo principio de identidad beligerante se hace cada vez más difícil.

Todo ello supone un principio intemporal que trae claros ecos a nuestro mundo europeo contemporáneo, con el saldo de tantas aculturaciones y colonizaciones a sus espaldas, desde hace cinco siglos atrás, utilizadas como clave del dominio político.

Esta es la razón, apuntada antes, para la persecución de la heterodoxia por el poder temporal. Tras de cada manifestación, o de cada planteamiento doctrinal erróneo, suele enmascararse, de forma más o menos explícita, la identificación para una minoría, un principio reinvindicativo para la misma, o una crítica al orden establecido. Así pues, ésta podría ser la razón última de nuestro tratado.

Su visión del mundo es negra y desesperanzada, pese a la seguridad que la posesión de la verdad y de la ayuda cierta de la Divinidad proporcionan a sus autores. Es el juicio sobre un mundo que pugna por escapar a la rigidez ordenancista del cesaropapismo medieval, y cuya crisi depende, sobre todo, de una religión pervertida por las frecuentes manifestaciones heréticas, a las que hay que poner pronto remedio. El poder temporal contribuirá a restañar cualquier fisura, porque luego de las rupturas ideológicas, enseña la experiencia presente (como demostrará la futura en el inmediato caso de la Reforma), sobreviene el desmembramiento de un orden político deseado como un orden de perfecto equilibrio de las fuerzas.

Esta es la razón por la que la Iglesia constituye la única fuente de seguridad, tanto de pertenecer al orden de los elegidos, como, por tanto al de los incondicionales del sistema que incluye y excluye sus reglas.

La ortodoxia religiosa es prenda de seguridad política. Y lo mismo ocurre con la ortopraxia, es decir, con el monopolio de intercomunicación entre el mundo terreno y el transcendente que se arroga la Iglesia, mediante la observancia rigurosa de una liturgia perfectamente calcada sobre el orden de la jerarquía social.

Las practicas brujeriles, con frecuencia no son más que la respuesta popular a lo ininteligible de la liturgia, incapaz de satisfacer las expectativas populares de trascendencia o defensa frente a las dificultades de la vida. En otras ocasiones canalizan la religiosidad popular y su vivencia insconcientementeal margen de la oficial, pero suponen igualmente la superviviencia a través del folklore de formas ancestrales de religión, arraigadas sobre bases más profundas que las del cristianismo, con el que a veces se enmascaran.

Los celosos vigilantes de la pureza de la fe calaron rápidamente este aspecto del fenómeno y de inmediato lo consideraron como la expersión de una antiliturgia paralela, donde el orden que el culto a Dios aseguraba, se oponía uno nuevo y distinto presidido por el diablo, que de esta forma cobraba adeptos a su obra destrucción de un mundo, que con ella caminaba a su ocaso.

El momento histórico real de males, epidemias, hambres, epizootias, tempestades y cuanto se quiera añadir, unido a un mundo social en efervescencia evolutiva, proporcionarán los temas claves de la exposición.

La comprobación de la penetración del diablo como agente del mal se encuentra al alcance de cualquiera que mire a su alrededor. Pero el diablo, por ser espíritu, necesita de instrumentos humanos que le secunden en su obra destructora del mundo material, en la que culmina la lucha contra Dios emprendida al comienzo de los siglos.

Así, frente al orden de la Creacíon se yergue el desorden del mal y del pecado. El brujo es el "maleficiario" que se ha constituido, por propia voluntad en el instrumento de la penetración del mal en el mundo.

El desorden social también es obra del demonio, porque, ¿cómo explicar si no todas las contravenciones que para el orden sexual tradicional, ordenado por el correspondiente sacramento están teniendo lugar? Como en tantas circunstancias de cambio social, la familia, como elemento clave de la ordenación social está entrando en crisis y no cabe más que pensar que el diablo mismo es el responsable auxiliado por sus incondicionales. La explicación resulta coherente dentro del antifeminismo exacerbado propio de la cultura que comentamos. Tampoco se puede descartar una enfermiza psicología en el autor, atormentado por la tremenda represión autoimpuesta, y quizá insconcientemente inspirada por un deseo insatisfecho.

Unidos ambos elementos se elabora el tema de los demonios que adoptan formas de mujer (súcubos) para recibir el semen humano y trasmitirlo después cuando las brujas se les entregan en medio de ceremonias orgiásticas, recibiendo este semen endiablado de los mismos demonios que actúan ahora como íncubos. Penetra de este modo la estirpe diabólica en el orden generativo, y mediante estos tratos se perpetúa la amenaza de destruución para el mundo en virtud de cuantos males perpretan demonios y brujos por el sólo placer de ponerlos en práctica. El mundo, es la conclusión inmediata, corre peligro y el brazo secular habrá de contribuir a defenderlo con toda energía.

La lectura mitificadora con que se interpretan muchos datos empíricos culmina con la interpetración realizada de la alteración de valores éticos y motivaciones eróticas propi de la época. Se dice que es la obra de Satán, quien pretende contribuir de este modoa la destrucción del género humano, viciando más el sucio origen que cualquier hombre arrastra. Es decir, ue la relación sexual de por sí reprobable, queda definitvamente manchada.

Los remedios sugeridos tienden, ante todo, al refuerzo del orden constituido. Se recomienda la práctica de los sacramentos, la realización de obras piadosas como peregrinaciones visitas a lugares santos, etc.

Así, si algo pudiera caracterizar al libro en su conjunto sería el ambiente de miedo que atenaza a sus autores y destinatarios, agentes o pacientes. Su conjunto define un síndrome de elementos que configuran una situación sino de terror, de histeria colectiva en la que participan perseguidos y perseguidores, aspirando cada cual a la resolución de su propio miedo. Unos buscarán refugio en prácticas que, en su caso, deteriorarán un orden; otros, procurarán consolidarlo, sin que la consciencia o la inconsciencia muestren de forma completamente clara su protagonismo.

Miguel Jiménez Monteserín

****
****

PRIMERA PARTE DEL MARTILLO DE LAS BRUJAS QUE COINCIDEN EN EL MALEFICIO: EL DEMONIO, EL BRUJO, Y LA PERMISIÓN DIVINA.

CUESTIÓN I

¿EXISTE EL HECHIZO? ¿ES OPINIÓN CATÓLICA SOSTENER QUE HAY BRUJOS, HASTA EL PUNTO QUE OPINAR LO CONTRARIORESULTADE TODO PUNTO HERÉTICO?

Se llega a arguir que no católico mantener estas cosas y se cita el Canon Episcopi (1): "Quien cree que pueda hacerse alguna criatura o que ésta se transforme en otra mejor, o peor, o adopte otra imagen o semejanza, fuera de la acción misma del Creador de todo, es peor que un pagano o que un infiel. Refieren, no obstante, que tales cosas las hacen los brujos, luego no es católico, sino herético afirmarlas. Además, no se observa en el mundo ningún efecto mágico. Pruébase porque si lo hubiere sería obra de los demonios, pero no parece católico creer que los demonios puedan impedir o ejecutar transformaciones corporales, porque de esta forma podrían hacer perecer todo el mundo. Además, todaalteración corporal, especialmente en lo que respecta a procurar la salud o la enfermedad se reduce a una causa y últimamente al movimiento del cielo según Aristóteles (2). Pero los demonios no pueden crear el movimiento del cielo porque esto es propio de Dios únicamente, dice Dionisio en la Carta a Policarco. Por tanto, parace que no pueden causar ninguna transmutación cierta en los cuerpos, y es necesario reducir las transformaciones a alguna otra causa oculta. Además, el poder de Dios es más fuerte que el del Diablo, y lo mismo ocurre con sus obras. Pero si existiese maleficio en el mundo sería especialmente obra del Diablo contra las criaturas de Dios. Por lo tanto, resulta ilícito sostener que la supersticiosa acción del Diablo pueda ser superior a la de Dios. Como asimismo lo es creer que las obras de Dios hacia los hombres o las bestias puedan verse viciadas por la obras del Diablo. Además, aquello que se encuentra por debajo de la energía corporal, no tiene poder sobre las cosas corporales. Ahora bien, los demonios se encuentran sometidos a las energías estelares, lo que se desprende de que los encantadores observan determinadas constelaciones cuando invocan a los demonios. Por lo tanto, no tiene poderpara cambiar nada en los cuerpos, y mucho menos los brujos.

Asimismo, los demonios actúan por artificios. Pero el artificio no puede producir una forma verdadera. De aquí que el Tratado de los minerales se diga: sepan los autores de alquimia que no cabe la esperanza de una real trasformación de las especies (3). Luego, igualmente, los demonios no pueden, dado que actúan con artificio, producir verdaderamente la salud o la enfremedad. Si éstas son verdaderas, tiene alguna otra causa oculta sin la actuación de los demonios o brujas.

En contra de ello encontramos en el Decreto que se dice (4): Si alguna vez, por artes mágica y sortilegios, permiténdolo Dios en su juicio oculto, y preparándolo el Diablo... etc. se habla de que concurren tres elementos en el impedimento maléfico del acto conyugal: conviene, a saber: la bruja, el diablo y la permisión divina. Además, lo más fuerte puede actuar con más fuerza sobre lo más débil. Ahora bien, el poder del demonio es más fuerte que la fuerza de los hombres (5). No hay poder sobre la tierra que se pueda oponer a aquel que fue creado para que no temiese a nadie.

Respuesta. - Aquí ha de impugnarse tres errores heréticos, tras de lo cual la verdad resultará clara. Algunos, según la doctrina de Santo Tomás, en el Comentario al libro de las Sentencias (5), intentan sostener que no hay en este mundo ningún maleficio, sino en la opinión de los hombres que imputaban a los magos los efectos naturales cuya esencia resulta desconocida. Hay otros que admiten el que haya brujos, pero sostienen que los efectos maléficos suceden de forma imaginaria o fantástica. Los terceros sostienen que los maleficios son completamente fantásticos e imaginarios, aunqueel demonio sea realmente cómplice de la bruja.

Refutándolos declararemos y reprobaremos estos errores: los doctores unánimemente consideran herético el primer aserto, sobre todo por Santo Tomás (7) cuando dice: "Se encuentra completamente en contra de la autoridad de los santos y procedede una total carencia de fe". Efectivamente, la autoridad de la Sagrada Escritura dice que los demonios tienen poder sobre los seres corporales y sobre la imaginaciónde los hombres cuando Dios lo permite, como se puede comprobaren muchos lugares de ella. Por tanto, aquellos que sostienen que no hay ningún maleficio en el mundo, más quen la opinión de los hombres, no creen que hay demonios más que en el sentir del vulgo. De igual forma que los temores en los que el hombre cae son interpretados como imputables al demonio a su juicio; porque también partiendo de una imaginación vehemente aparecen figuras a los sentidos semejantes a como el hombre las piensa, y por ello se cree ver demonios e incluso brujos. Empero estas cosas repudian a la verdadera fe, en virtud de la cual creemos que los ángeles cayeron del cielo y que, por tanto, existen los dem onios; admitimos y confesamos que éstos pueden hacer muchas cosas, en virtud de la sutileza de su natural que para nosotros resultan imposibles, y llamamos amigos a los hombres que inducen a éstos a tales cosas. La falta de fe en el bautizado se llama herejía, y por ello tales gentes son culpables de herejía.

Los otros dos errores, sin negar a los demonios ni su poder natural, no concuerdan en lo que respecta al efecto maleficial e incluso a la misma bruja. Uno concede que la bruja coopera realmente al efecto, pero sostiene que éste no es verdadero, sino fantástico. El otro, por el contrario, concede al afectado un efecto real, pero considera que la bruja ccopera imaginariamente a él. El fundamento de estos dos errores se encuentra en dos lugares (8) del Canon Episcopi: en primer lugar se condena allí a las mujeres que creen cabalgar de noche con Diana o con Herodiade. Este canon ha sido examinado ampliamente, y porque a menudo tales cosas son simplemente imaginarias y fantásticas, de aquí se concluyen los autores, y este es su error, que todos los demás efectos son de esta naturaleza. En segundo lugar, porque allí se dice que "quien crea o afirme que pueda fabricarse alguna criatura o que alguna de éstas pueda ser mudada a un estado mejor o peor o transformarla en otraforma o semejanza por otro Dios Creador de todo, que es un infiel y peor que un pagano" (9): estos autores concluyen que en caso de la magia el efecto no es real, sino únicamente fantástico. Que estos errores saben a herejía y van en contra del sano entendimiento del Canon se demuestra en primer lugar, tanto por la Ley Divina, como por la Eclesiástica y la Civil, en general. Por último, expresándolo en las propias palabras del Canon, aunque esto se deduzca tambén claramente de la siguiente cuestión.

La ley divina en muchos lugares manda no sólo huir de las hechizeras, sino también matarlas. No impondría pena si no provocasen, por su, contacto con el demonio, heridas y efectos reales. La muerte corporal no se inflinge más que por un pecado real corporal grave, pero otra cosa es la muerte del alma, que puede provenir de la ilusión fantástica o también de una tentación imaginaria. Esta es la opinión de Santo Tomás en el Comentario a las

sentencias, respondiendo a la cuestión de si es malo utilizar la ayuda de los demonios (10). En el Deuteronomio se manda matar (11) a todos los hechizeros y encantadores.

En el Levítico, se dice, ocultaré mi rostro al alma que cayere bajo los magos y encantadores y se prostituyere ante ellos y la sacaré de entre mi pueblo, y de nuevo, el hombre o mujer en los que se diera el espíritu adivinatorio, muera y las piedras lo cubran. Se llamaba pitonisas a las personas en las que el demonio realiza cosas admirables. Por este pecado cayó enfermo Ocozías, murió Saúl (12).

¿Qué otras cosas dicen los comentadores de la palabra divina en sus escritos cuando tratan acerca del poder de los demonios y de las artes de los magos? Se ve en el Comentario a las sentencias (13). Contemplad sus escritos y los de cualquier otro doctor, sin que ninguno discrepe al afirmar: que los magos y hechizeros por el poder del demonio, y con permisión de Dios, producen efectos admirables, reales y no fantásticos. Callo los otros numerosos pasajes, en los que Santo Tomás trata ampliamente de estas obras prodigiosas, por ejemplo, en la Summa contra los gentiles (14) o la Summa teológica. Véanse, además, los autores de las Apostillas y las Glosas a la historia de los magos del Faraón con las palabras de Agustín en la ciudad de Dios (15)y el Tratado de la doctrina cristiana (16) y las de otros doctores. Resulta absurdo contradecir la opinión de todos y no se pude excusar, por tanto la herejía. Además se considera hereje en derecho a todo aquel que yerre en la exposición de la Sagrada Escritura, y a quien en las cosas de la fe discrepe del sentir de la Santa Iglesia Romana (17): tal es la fe.

Que estos hombres van en contra de un sano entendimiento del Canon Episcopi, se demuestra igualmente por la Ley Eclesiástica. Canones y doctores, acerca del impedimento maléfico de los actos conyugales, no pretenden declarar más que éste dirime el matrimonio contraído o por contraer. Dicen, con Santo Tomás -Comentario a las sentencias (18)- que si sobreviene el hechizo al matrimonio antes de la cópula carnal, entonces si es perpétuo, impide y derime el matrimonio contraído. No se daría esta sentencia sobre un efecto fantástico o ilusorio. Véanse en este sentido otras autoridades, Enrique de Susa (Hostiense), en la Summa Copiosa; Godofredo de Trano y Raimundo de Peñafort, quienes en ningún dudan sobre si tales efectos en el matrimonio pueden ser considerados imaginarios y no reales. Esto lo dejan como deducible del propio sentido común. Declaran cómo puede juzgarse perpetuo o temporal cunado dure más de tres años, y no se plantea siquiera si el hechizo se debe a una intromisión imaginaria o ilusoria de la bruja. No ponen en duda si tal efecto ha sido provocado por obra del demonio, por pacto establecido con él o bien por el demonio solo, sin brujas; aunque esto ocurre muy raramente en la Iglesia, donde existe el meritorio sacramento del matrimonio: mientras que en los infieles esto acontece con frecuencia, porque "El" los posee, según la opinión con título suficiente. Pedro de la (*) Palud, en su exposición de las Sentencias, cuenta el ejemplo de un esposo que había hecho pacto con un ídolo y a pesar de ello contrajo matrimonio con una jovencita, a la cual no pudo conocer porque el diablo siempre se interponía con el cuerpo que había tomado. En la Iglesia intenta el Diablo introducir tales efectos para perdición de las almas por medio de las brujas. Más abajo se declara de qué forma puede hacer esto y con qué medios, donde se tratará de las siete maneras de matar a los hombres con obras de este género. Resulta patente también a través de otras cuestiones que ocupan a los teólogos y canonistas acerca de la materia esto mismo; cuando discuten cómo puede quitarse el hechizo y si será lícito hacerlo por medio de otro, y qué hacer cuando ha muerto la bruja que fue causa del hechizo de impotencia -caso del que trae un ejemplo Godofredo en su Suma-. Estas cuestiones las trataremos más por extenso en la tercera parte de esta obra. En virtud de qué, si no, habrían promulgado los canonistas con tanta diligencia varias

penas, distinguiendo el pecado de los hechiceros entre oculto y manifiesto, y más precisamente el de los adivinos. Se debe a que esta funesta superstición tiene varias formas de castigo; por ejemplo: si la falta es notoria, se les niega la Eucaristía; si es oculta, que se les imponga una penitencia de cuarenta días; si se trata de un clérigo, ha de ser depuesto y encerrado en un monasterio, y si es laico, se le ha excomulgar. Por igual han de ser considerados infames estos personajes y todos cuantos les socorren y ayudan, de tal modo que incluso no sean admitidos a la penitencia pública (19).

Todo esto se demuestra igualmente por la Ley Civil. El jurista Azón dice (20)en su Suma: se ha de tener presente, que todos aquellos a quienes el vulgo llama brujos y que dicen ser diestros en alguna arte adivinatoria, han de sufrir la pena capital. Otras leyes emplean estas mismas palabras: a nadie se ha de permitir adivinar, bajo pena capital por la espada vengadora. Añade debajo: hay otros también que traman contra la vida de los inocentas usando de artes mágicas y doblegan la voluntad de las mujeres al placer; éstos sean lanzados a las bestias. Deciden también las leyes que se admita a cualquiera como acusador de éstos: admítase a cualquiera a esta acusación como un crimen de lesa majestad, porque casi del mismo modo se ataca a la majestad divina. Igualmente, añade al tratar de cómo se han de formular las preguntas en el interrogatorio: todo el mundo sea sometido a interrogatorio, sin que sea óbice ninguna dignidad y lo mismo si ha sido desenmascarado que si niega su crimen ha de sufrir el potro y los garfios que se aplican al costado; que sufra la pena adecuada a su delito. Nótase que antiguamente éstos eran castigados con una pena doble, la capital y la del tormento, desgarrando el cuerpo el cuerpo con garfios o entregándoles a ser devorados por las fieras. Hoy son quemados a causa, quizá, de su mayoritario sexo femenino. Igualmente prohíben la participación y la comunicación, añadiendo: tampoco se permite a éstos ir a casa de nadie y de no cumplirse sean ambos quemados juntos; ni nadie debe recibirles ni aconsejarse de ellos y los infractores serán deportados a una isla y verán sus bienes confiscados y vendidos en pública subasta. Es de reparar como se castiga aquí con pena de exilio y con pérdida de los bienes a todos aquellos que consultan o que reciben a los brujos.

Cuando los predicadores exponen ante el pueblo y sus gobernantes estas leyes, consiguen luchar contra las brujas mucho más eficazmente que a partir de otros alegatos tomados de la Escritura. Sobre todo porque las leyes civiles elogian a quienes luchan contra los hechizos; aquellos que consiguen que las cosechas no sean destruídas por el viento o el pedrisco, no son dignos de castigo, sino de premio. Más abajo declararemos de qué forma resulta lícito impedir tales cosas, como antes se tocó que no puede dejar de ser motejada de herética la actitud de quienes niegan estos efectos o resisten débil y frívolamente. Juzgue cada cual si únicamente es capaz la ignorancia de excusar de la herejía, ¿pero cabe ignorancia en este aspecto? Ya lo veremos... De todo lo anterior se ha de concluir la certísima verdad católica de que hay hechiceros que pueden realizar efectos maléficos con el auxilio del demonio, en virtud del pacto que con él celebraron y con el permiso de Dios. Sin dejar de tener presente el que por medios falsos puedan producir efectos imaginarios. Pero como en la presente disquisición se trata de los hechizos y sus efectos, que difieren ampliamente de los otros, no tratamos de éstos porque se apartan del objeto propuesto, ya que éstos deben ser denominados magos o encantadores mucho más que hechiceros.

El segundo y el tercer error que comentamos -sin hablar del primero, que se condena así mismo por su clara divergencia de las Escrituras- se fundamentan en las palabras del citado Canon Episcopi: por ello hemos de proceder al recto entendimiento del canon. En principio se ha de notar contra el segundo error del que sostiene que el medio es fantástico y las consecuencias reales, que hay catorce formas principales en el género superstición,

que no citaremos ahora por no hacernos prolijos, pero que se encuentran en San Isidoro y santo Tomás (21). Las examinaremos cuando, más adelante, tratemos de la gravedad de esta herejía, en la segunda parte de esta cuestión primera.

La forma en la que se instalan estas mujeres es la forma pitónica, por medio de ellas el demonio habla u obra cosas maravillosas. Lo más frecuente es que ésta sea la primera en su orden. La forma que adoptan los hechiceros se llama forma de los maleficios. Distan mucho entre sí y no conviene por ello que sean confundidos aquellos que actúan bajo una de estas formas. Por ello, como el Canon hace mención sólo de mujeres y no de hechiceros, lo interpreta falsamente quien quiere reducir a lo supersticioso los traslados imaginarios de los cuerpos; puesto que si aquéllas mujeres únicamente actúan de forma imaginaria, lo mismo ocurriría con todos aquellos que son transladados con hechizo. Además contradice el sentido del Canon quien quiere argüir a partir de él que la bruja no puede actuar más que de una forma imaginaria cuando su hechizo es de enfermedad.

Además, más ampliamente pueden ser refutados estos falsos intérpretes cuando aceptan como reales las consecuencias, esto es, la actuación del demonio y la realidad de la enfermedad en cuanto a sus efectos y sostienen que los medios concurren de forma imaginaria. Como es sabido, el medio siempre participa de la naturaleza de las consecuencias. Tampoco vale el que se diga que también la fantasía es algo en cierto modo real: la imaginación, como tal, no puede actuar ni concurrir a la actuación del demonio si no es por un pacto establecido con él, en el cual la bruja se le ofrece y somete total, real y verdaderamente y no de una forma fantástica o imaginaria. En virtud de ello hay que reconocer que coopera con el diablo real y corporalmente. Pues para esto están todos los elementos del maleficio, actuando siempre los hechiceros con la vista, o con alguna fórmula mágica, o colocando algún instrumento maléfico en la puerta de la casa, como resultará patente de la siguiente cuestión.

Además, si se obervan con cuidado las palabrasdel Canon, se destacan las cuatro cosas que los predicadores y los sacerdotes deben predicar con toda diligencia al pueblo en aquéllas iglesias que les estén encomendadas: esto es, que fuera del Dios único nadie crea que hay omnipotencia o divinidad alguna. En segundo lugar, que cabalgar con Diana o con Herodíade es correr con el Diablo, que se oculta bajo su apariencia y nombre. En tercer lugar, que tal cabalgada es fantástica cuando el diablo agita de tal modo a la mente, que por la infidelidad le está sometida, que ésta cree que tiene corporeidad aquello que únicamente se realiza en el espíritu. En cuarto lugar, que deben servir a tal señor en todo. De aquí que extender estas palabras a todos los actos maléficos resulta absurdo porque tienen diversas formas. Si los hechiceros también son transportados localmente o sólo de una forma imaginaria como los adivinos, lo trataremos en el comienzo de la segunda aprte en el capítulo tercero. de esta forma se tritura el segundo error con el primero, contemplando el fundamento y la sana inteligencia del Canon.

Además, el tercer error, que partiendo de las palabras del Canon considera fantástico el efecto del hechizo, también será destruido utilizando el mismo Canon. Efectivamente, tomando al pie de la letra las tres partes de éste, van en contra del sentido de la Escritura y las opniones de los doctores, porque en el Canon siguiente (22) se examina que los hechiceros puedan hacer algunas criaturas, como, por ejemplo, verdaderos animales imperfectos. Y no resulta extraño, después de haber alegado este Canon Episcopi, lo que San Agustín establece acerca de los Magos del Faraón que cambiaron sus varas en serpientes (23). Los demonios discurren por el mundo y cunado por encantamiento del hechicero intentan por medio de ellos realizar algo, recogen diversos géneros de semen y conbinándolos pueden imitar diversas formas. Investigan esto Sanla Alberto y Santo Tomás

(24). Sus opiniones se omiten en razón de la brevedad y únicamente conviene resaltar el que han de entenderse como equivalentes el ser hecho y el ser creado. El segundo argumento referido a que se pueda cambiar en una forma mejor o peor, ha de entenderse únicamente con la autoridad d Dios y como imitación o como castigo. Con frecuencia, estas cosas son realizadas por ministerios de los demonios, y en este sentido ha de enterderse aquéllo que se dice de Dios: El Señor golpea y él mismo cura, y el Señor hace morir y vivr (25). Da también misiones a los ángeles malos, de donde la opinión de San Agustínque sostiene que los hechiceros y sus obras no sólo procuran enfermedad a los hombres, sino también la muerte algunas veces. Conviene enterder el tercer párrafo razonablemente, ya que los hechiceros modernos, con el auxilio de los demonios se transforman frecuentemente en lobos y otros animales. Pero el Canon habla de una transformación real y esencial y no de algo ilusorio como ocurre a menudo y de lo cual habla ampliamente San Agustín, refiriéndose a la fomosísima maga Circe, alos compañeros de Diomedes y el padre Prestancio (26). Esta materia se tratará ampliamente en los capítulos VI-VII, VII-X dela segunda parte.

¿Es una herejía sostener que no hay brujos?

En la segunda parte de la cuestión sostuve que mantener pertinazmente algo opuesto a estas cosas es herético, por ello se plantea si se debe considerar a estos hombres como manifiestamente heréticos o como gravemente sospechosos de herejía. Parece que más bien han de ser considerados según la primera opinión, pues Bernardo (de Parma) explica en su Glosa de los Decretales: por la presente sancionamos que alguien pueda ser manifiestamente sorprendido en herejía de tres maneras: por la evidencia del hecho cunado predica abiertamente la herejía, por una prueba legítima proveniente de testimonios o por propia confesión (27). Ahora bien, aquellos que predican en contra públicamente, toman posición de forma temeraria contra lo anteriormente dicho, sosteniendo que no hay brujas o que éstas no pueden atacar a los hombres de ningún modo. El texto citado les conviene perfectamente, puesto que han sido manifiestamente sorprendidos en tal error. Otros pasajes de Bernardo en la misma Glosa se inclinan en el mismo sentido.

Alguno objetará que esto parece demasiado duro, atenta la pena aneja al delito: degradación para el clérigo, mientras que el castigo del seglar queda al arbitrio del juez secular. Además cuenta también la ignorancia y la multitud de los posibles culpables. Efectivamente, cuando el culpable de un error no se distingue por la multitud de quienes lo comparten con él, hay que moderar el rigor de la justicia. En respuesta: como nuestra intención es la de excusar más que inculpar a aquellos que se encuentran en medio del vicio de la herejía por estas predicaciones, por ello no queremos condenarlos en base a la sola sospecha vehemente. Es cierto que se puede proceder contra el sospechoso de esta forma, pero no se le debe condenar por ello si no existe una sospecha violenta. Nosotros no podemos excluir la sospecha, en virtud de ssus frívolas afirmaciones contra la verdad de la fe, pero la sospecha puede ser triple: leve, vehemente y violenta, según el Libro Sexto de los Decretales, con las Glosas de Juan de Andrés y del Arcediano (28). De aquí que se debe averiguar bajo qué tipo de sospecha se encuentra quien predica tales cosas. Y más aún cuando los que así opinan no se sienten insertos en el error: algunos ignoran pura y simplemente el derecho divino; otros, suficientemente informados, fluctúan todavía vacilantes y no son capaces de dar su asentimiento pleno. Ahora bien, el error de la mente no hace hereje, si no hay pertinancia en la voluntad. Así, con relación a la sospecha de herejía hay que decir que no todos se mantienen al mismo nivel, No obstante porque consideran poderse evadirse achacando ignorancia, debe advertirse al pueblo dequé formapeca grávemente quien delinque por ignorancia.

Pues aunque la ignorancia es múltiple, no obstante, entre los pastores de almas, la ignorancia, cualquiera que sea, no puede ser considerada ignorancia invencible, o ignorancia particular, según los filósofos, que los juristas y teólogos llaman de hecho. Pero se considera que hay en ellos ignorancia universal, o ignorancia del derecho divino, que se refiere a las cosas que cada uno está obligado a saber según el derecho divino. El Papa Nicolás nos recuerda a este respecto que "nos ha sido encomendada . la distribución de la semilla divina. ¡Ay de nosotros si no la dispersamos! ¡Ay de norotros si callásemos!" (29). Se debe tener también conocimiento de la Sagrada Escritura y todo ello para formar las almas de los que nos están encomendados, aunque, según algunos doctores, no se requiere tener ciencia eminente, bastando la competente, esto es, la suficiente para el ejercicio de un oficio (30). Para consuelo de aquéllos, en el momento en que compensen los errores por una acción futura, es necesario advertir que esta ignorancia del derecho, llamada a veces consentida e indolente, es voluntaria de dos maneras: de mala o de buena fe. La primera no excusa, sino que condena, y a ello se refiere el salmista: no quiso entender para obrar bien (31). La segunda disminuye el voluntario y, por tanto, el pecado. Esta situación se produce cunado alguien debe saber algo, pero ignora la obligación, y en este sentido se manifiesta San Pablo: Conseguí misericordia porque actué con ignorancia en medio de la incredulidad (32). Empero no puede llamársela afectada (voluntaria) indirectamente, cuando a causa de otras ocupaciones se deja de aprender lo que se está obligado a saber. Esto excusa algún tanto, si no del todo. De aquí aquello de San Ambrosio sobre un texto de los Romanos: ¿Ignoras que la bondad de Dios te conduce a la penitencia? Pecas gravemente si ignoras esto. Muy gravemente, es decir, con gran riesgo (33). Por ello principalmente rechazamos toda ignorancia por socorrer a tiempo a las almas en peligro; conviene que tengamos presente el durísimo juicio que nos amenaza en torno a nuestro trabajo y al talento que nos ha sido confiado, con el fin de que nuestra ignorancia no sea crasa ni descuidada, como en el ejemplo de aquél hombre que, acostado, no ve las cosas que tiene delante de sí. El Canciller dice que la ignorancia culpable del derecho divino no está en aquel que actúa en la medida de sus fuerzas. Pues el Espíritu Santo está siempre dispuesto para mostrar a tal hombre las cosas necesarias para su salvación, que están por encima de sus fuerzas (34).

Queda reanudar las objeciones. La primera queda resuelta partiendo del sano entendimiento del Canon Episcopi. A la segunda apostilla de Pedro de Tarmundo: El mundo perecería por la gran envidia que enfrenta al diablo con el hombre, si fuese permitido por Dios. Porque Dios le permite unas cosas y otras no, el Diablo se encuentra a veces humillado y otras agradado, sirviéndose Dios de él en contra de su voluntad para manifestar su gloria (35). Al tercer argumento se ha de decir que antes de la enfermedad o cualquier otro efecto maléfico siempre precede un cierto movimiento local en cuanto que el demonio, por medio de la bruja reune determinados principios activos, que pueden herir y añade otros pasivos con el fin de inferir dolor, daño u otro efecto desagradable. Si se pregunta si aquel movimiento local de las cosas ha de reducirse a un movimiento celeste, se ha de responder que no. Porque estos movimientos no tienen un origen natural, sino que obedecen al diablo, que tiene poder para someter los cuerpos. No digo que pueda infundir a las cosas materiales forma alguna material o sustancial por sí mismo, sino que puede, con la anuencia divina, cambiar de sitio las cosas y, uniendo estas cosas, producir dolor u otro efecto. De aquí que los hechizos no se sometan a los movimientos del cielo, como tampoco lo hace el mismo demonio, aunque incluso las cosas ínfimas estén sometidas. Al cuarto argumento contestaremos que si bien la obra de Dios, puede ser totalmente viciada por la acción del diablo, y por ello hablamos del efecto maléfico, ello no ocurre sin la divina

permisión y, por tanto, no se sigue de ello que el Diablo es más fuerte, precisamente porque no vicia con violencia las obras de Dios, no pudiendo, en consecuencia, destruirlas. Por lo que al quinto argumento respecta, resulta simplemente conocido que los cuerpos celestes no tienen poder sobre los demonios para hacerles obrar en contra de su voluntad. Si parecen venir más fácilmente bajo el dominio de ciertas constelaciones se debe a una doble causa: primero porque saben que el efecto de esta constelación les ayuda al objeto que pretenden con mayor intensidad. En segundo lugar lo hacen para inducir a los hombres a venerar alguna divinidad de las estrellas, porque de esta veneración procedieron los ritos idolátricos (36). Por último, en cuanto al oro de los alquimistas se ha de decir con Santo Tomás: Que aunque por medio de artificios pueden ser introducidas ciertas formas sustanciales por la fuerza de un agente natural, como cuando la forma del fuego es inducida en la leña por medio de un artificio, esto, no obstante, no puede hacerse de forma universal, porque el artificio no puede encontrar siempre o unir las propiedades activas con las propiedades pasivas. A veces puede conseguir algo parecido, y así los alquimistas hacen algo semejante al oro, en cuanto a los accidentes exteriores, pero no hacen verdadero oro, porque la forma sustencia del oro no se debe al calor del fuego que usan los alquimistas, sino al calor del sol en un lugar determinado donde actúa la potencia del mineral. De aquí que un oro semejante no tenga la virtud ni las propiedades inherentes a su forma (37).

Resumiendo esto a nuestro propósito: los demonios realizan por artificio sus efectos maléficos, y por eso no pueden inducir ninguna forma sustancial o accidental sin la ayuda de otro agente, y por ello no decimos que realizan sus maleficios sin la ayuda de este otro agente, ya que con este auxilio pueden producir diversas formas de enfermedad o sufrimiento o pasión. Pero de qué forma concurren estas ayudas o estos instrumentos al efecto maléfico con los demonios se verá a continuación.

CUESTIÓN II

¿COLABORA EL DIABLO CON EL BRUJO? ¿ES OPINIÓN CATÓLICA AFIRMAR QUE PARA EL EFECTO DEL HECHIZO DEBA SIEMPRE ASOCIARSE EL DIABLO CON EL BRUJO, O BIEN PUEDE PRESCINDIR EL UNO DEL OTRO, DE TAL MODO QUE EL DEMONIO, SIN EL BRUJO O SIN HABER TOMADO SU ASPECTO, PUEDE PRODUCIR ESTE EFECTO?

Efectivamente en el sentido del demonio sin brujo algunos se remiten a San Agustín: Todo cuanto se hace visiblemente, incluso por los poderes inferiores, ha de creerse que puede ser ejecutado por los aéreos (38). Ahora bien, como todas las lesiones corporales no son invisibles, sino más bien sensibles, por eso igualmente pueden ser inferidas por los demonios. Además, por los sufrimientos de Job que nos relatan las Escrituras, cuando cayó fuego del cielo y consumió en la misma embestida a toda su familia y sus ganados, o cuando una tormenta hundió la casa bajo la que sus hijos se encontraban reunidos matándolos. Por todo ello se muestra que el diablo actuó con la ayuda de la permisión divina, por sí mismo y sin ayuda de brujo. De la misma forma se muestra en otros casos atribuidos a los hechiceros, como en el caso de los siete maridos de la Virgen Sara que

mató el diablo. Además, lo que puede un poder inferior sin ayuda de poder superior alguno, lo puede igualmente el poder superior sin ayuda de poder inferior ninguno. Pero el poder inferior puede provocar pedrisco y comunicar enfermedades sin ayuda de ningún poder superior. En este sentido dice Alberto que si se arroja salvia putrefacta en una fuente, de una cierta manera, inmediatamente se provocan admirables tempestades en los aires (39). Además, si se dice que el demonio se sirve de la magia, no por necesidad por causa de aquel cuya perdición busca ello va en contra de la sentencia de Aristóteles en su Ética: servir en un acto voluntario; lo que se prueba por aquello de que nadie obra injustamente, no queriendo voluntariamente ser injusto. Así quien comete un estupro no puede hacerlo si en él no hay voluntad de ser incontinente (40). De aquí que los lejisladores castigan a los malos, como si obrasen mal de forma voluntaria. Así pues, si el demonio actúa por medio de la bruja, actúa como a través de un instrumento, y siendo así que el instrumento depende de la voluntad del agente principal, no actúa voluntariamente si colabora y, por tanto, no le ha de ser imputada la acción ni, consecuentemente, castigada.

No obstante, nuestra opinión es que el diablo no puede hacer nada aquí abajo sin brujos. Y en principio, en el orden de la generación, en que toda acción se hace por contacto. Puesto que no hay ningún contacto directo del demonio con el cuerpo -no hay nada común entre ellos-, debe, por tanto servirse de un instrumento a quien él da ocasión de actuar mal por contacto.

En el sentido de que puedan realizarse maleficios sin obra del demonio se cita un texto de la Carta a los Gálatas: ¡Oh Gálatas insensatos, quién os fascinó para no obedecer de verdad! Aquí comenta la Glosa que hay algunos que tienen los ojos verdosos, y sólo con su mirada dañan a los demás, especialmente a los niños (41). Opinión que apoya Avicena cuando dice: Muchas veces obra el alma en cuerpo ajeno como en el propio, como ocurre con el que aoja y produce la admiración de otro (42). También en Algazel encuentraalgo parecido. Considera también Avicena (43), aunque no lo considere como irrefutable, que el poder de la imaginación incluso sin la mirada puede cambiar los cuerpos de otros, cuando se encuentra muy desarrollada. Con ello amplía el poder imaginativo, debiendo entender este poder, no en tanto se distingue por situarse frente al resto de los poderes sensitivos internos, como son el sentido común, la fantasía o la estimativa; sino en tanto que incluye a todos estos poderes sensitivos interiores. Y es muy cierto que el tal poder imaginativo puede modificar el cuerpo al que se encuentra unido. De esta forma, un hombre puede caminar sobre una viga que se encuentre en medio del camino; pero si se encuentra sobre un agua profunda no se atreverá a caminar sobre ella, porque se formará en su espíritu la imagen del hundimiento que lleva firmemente impresa en él. A ésta obedecen el cuerpo y los miembros y no a la idea de continuar avanzando. Este cambio se asemeja al que se realiza por medio del que aoja: simplemente es el cuerpo del sujeto el que ha cambiado y no el del otro del que hablamos ahora. Además: se dirá que tal influjo se causa desde un cuerpo vivo por medio del alma en otro cuerpo vivo. Pero he aquí un ejemplo contrario: ante la presencia del asesino manan sangre las heridas del muerto. Luego sin influjo del alma, los cuerpos pueden producir también efectos sorprendentes. Igualmente un hombre vivo que pasa al lado del cadaver de un hombre asesinado, aunque no sepa tal cosa, se ve asaltado por el miedo. Además: las cosas naturales poseen ciertas virtualidades ocultas, cuya causa no puede encontrar el hombre. Asi, por ejemplo, el imán atrae al hierro, y otras cosas semejantes que trae San Agustín en la Ciudad de Dios (44). De donde estas mujeres pueden, con el fin de llevar cambios a los cuerpos ajenos, utilizar alguna de estas cosas: esto puede superar nuestra razón, pero existe sin la ayuda de los demonios. Además, ocurre que los brujos emplean a veces ciertas imágenes o instrumentos. Los colocan bajo

el umbral de la puerta de la casa en aquellos lugares en que se juntan los animales e incluso los hombres. los cualles se encuentran embrujados de resultas de ello y con frecuencia mueren. Ahora bien, los efectos de este tipo pueden provenir de aquellas imágenes, en tanto éstas poseen ciertas influencias, que han recibido de los cuerpos celestes, igualmente ocurre con los artificiales. Los cuerpos naturales pueden recibir algunos poderes ocultos, e igualmente ocurre con los instrumentos. De aquí parece que sus obras puedan realizarse en virtud de influencias parecidas y no por los demonios. Además: hay cosas verdaderamente maravillosas que pueden ser hechas por el poder de la naturaleza allí donde ella opera; así como cosas horribles, extraordinarias y sorprendentes. La prueba se encuentra en San Gregorio: Los santos hacen sus milaggros unas veces por la oración y otra veces por su poder. Hay ejemplos de uno y otro caso. Cuando Pedro por su oración resucitó a Tabita muerta; cuando entregó a la muerte a Ananías y Safira por haber mentido sin mediar oración (45). De la misma forma, el hombre por el poder de su espíritu podría transformar la anatomía corporal en otra o hacer pasarde la salud a la enfermedad y viceversa. Por otro lado, el cuerpo humano es más noble que los otros cuerpos inferiores, pero por una aprehensión del ama humana el cuerpo pasa del calor al frío como es notorio que ocurre a los que se irritan y alos que temen; esta mutación puede llegar incluso hasta la enfermedad o la muerte. Luego puede ampliamente por su poder cambiar una materia corporal.

En contra de ello está el principio de que la sustancia espiritual no puede imprimir forma alguna sin que medie un agente, como arriba se trató. De ello habla San Agustín: No debemos creer que la materia de las cosas visibles sirve a estos ángeles transgresores a su antojo, sino únicamente a Dios (46). Por tanto, el hombre, en menor medida, con su solo poder natural, puede realizar efectos maléficos. Respondo a esta dificultad diciendo que no faltan quienes yerran en esta materia. Excusan a las brujas culpando únicamente a los demonios; o bien atribuyen sus obras a cualquier cambio natural. Es preciso mostrar la falsedad de estas posturas.

En primer lugar, su falsedad queda patente por la descripción de las brujas que trae San Isidoro: Se les llama "maleficiarias" a causa de la enormidad de sus crímenes, es decir, porque causan más mal que todo el resto de los malhechores, y añade: Entrechocan los elementos, por obra de los demonios, para traer pedriscos y tempestades, perturban la mente de los hombres, es decir, la inclinan a la locura, al odio o al amor desordenado. De aquí, dice también, que sin mediar acción violenta alguna, y tan solo mediante un hechizo sean capaces de quitar la vida. En el mismo sentido están las palabras de San Agustín allí donde expone su pensamiento acerca de los que llama "magos malhechores": son los magos a los que el pueblo llama brujos o maléficos, en virtud de la enormidad de sus fechorías. Son aquellos que con el permiso de Dios perturban los elementos, alteran la mente de los hombres, hacen que confíen menos en Dios, y sin necesidad de veneno alguno, únicamente por sus encantos, matan a los hombres. De donde dice el poeta Lucano: El espíritu encarnado muere sin que se encuentre afectado por haber recibido un veneno. Se atreven a excitar a los demonios que han sido invocados, hasta que parezcan con malas artes sus enemigos. De estos testimonios queda claroque en este tipo de acciones siempre deben concurrir los demonios con los brujos (47).

En segundo lugar, los males son clasificados en cuatro especies: ministeriales, dañosos, maléficos y naturales. Ministeriales son aquellos que vienen por ministerio de los ángeles buenos, dañosos, los que vienen por acción de los malos espíritus. Así, Moisés golpeó a con diez plagas con la auyda de los ángeles buenos, nueve de los cuales atajaron los magos por medio de los malos espíritus. Con motivo del pecado que cometió David

contando al pueblo los ángeles que temen y veneran a Dios provocaron una triple peste. También hicieron perecer a 72.000 hombres del ejército de Senaquerib en una sola noche. Los efectos dañosos son denominados en las escrituras incursiones de los ángeles malos como las que frecuentemente golpearon al pueblo elegido en el desierto. Efectos maléficos son aquellos en los que actua el diablo por medio de magos y brujos. Se llama naturales a aquellos que son causados por influjo de los cuerpos celestes y de los inferiores, como mortandades, esterilidad de la tierra, pedriscos y otros semejantes. Ahora bien, entre todos estos efectos hay una gran diferencia. El caso de Job ha de ser considerado aparte, porque fue afectado por una plaga nociva y no maléfica por causa del demonio, con lo que su ejemplo no sirve a nuestro propósito. Pero si alguno, demasiado malicioso o demasiado escrupuloso, preguntacómo Job, herido por el diablocon una plaga nociva, lo fue sin magos -este campo es hoy objeto de muchas cuestiones curiosas por parte de los defensores de las brujas, batiendo el aire con palabras vacias sin penetrar nunca la culpa de la verdad-, se les puede dar esta respuesta "curiosa": que Job fue herido únicamente por el diablo, sin que mediase la acción de brujo o bruja ninguna, porque este tipo de superstición no existía todavía. La divina Providencia quiso, previendo sus maquinaciones, que el poder del demonio fuese descubierto al mundo para la gloria de Dios: No puede hacer nada sin su permiso. En cuanto al tiempo en que fue inventado este primer género de superstición -digo primer género de superstición hablando de la evocación de los demonios, no de la simple idolatría-, Vicente de Beauvais, en su Speculum Historiale, alegando la autoridad de varios doctores, dice esto: Que el primer cultivador del arte mágico y de la matemática fue Zoroastro, que se dice haber sido Cam el hijo de Noé (48). Según Agustín, Zoroastro ha sido el único que nació riendo, y ello no puede deberse más que a la acción del diablo; convertido en rey, fue vencido por Ninus, hijo de Belo, que edificó Nínive, bajo el cual comenzó el reino de los asirios en tiempos de Abraham. Este Ninus, llevado de un desordenado amor hacia su padre, mandó hacer una imagen de éste cuando murió, y cualquier malhechor que se acogiese a su seguro resultaba libre de todo castigo. A partir de este hecho comenzaron los hombres a adorar estatuas
como dioses. Pero esto tras de la primera edad, ya que en aquel tiempo no había idolatría a causa del reciente recuerdo de la creación del mundo, como dice Santo Tomás (49). También comenzó la magia con Nemrod, quien obligaba a los hombres a adorar el fuego. Así comenzó la segunda edad. La idolatría es el primer género de superstición, la adivinación el segundo y la vana observancia el tercero. El rito de los brujos se reduce, por tanto, al segundo género de superstición, esto es, a la adivinación, que se hace por expresa invocación de los demonios. Tiene ésta, a su vez, tres categorias, la necromancia, los planetarios o matemáticos, por llamarlos con mayor propiedad, y la adininación por sueños. He querido poner estas cosas para que el lector comprenda que estas artes dañosas no aparecieron súbitamente, sino andando el tiempo. Por ello no resulta incongruente admitir que no hubiese brujos en tiempos de Job. De la misma manera que los días se añaden a los días, se aumenta la ciencia de los santos, como dice Gregorio en sus Morales; igualmente crecen las funestas artes de los demonios. Y también de la misma forma que la tierra se encuentra repleta de la sabiduría de Dios, según Isaías (50), así igualmente en la tarde del mundo que declina hacia al ocaso, por crecer la malicia de los hombres y enfriarse la caridad,sobreabunda la maldad de los brujos. Hay que tener siempre presente que fue precisamente cuando se entregaba a la consulta de los astros cuando el demonio se posesionó de Zoroastro. Por lo que hace al tiempo en que los brujos han realizado su pacto con el diablo, se ha tratado más arriba al hablar del Éxodo y de los magos del Faraón que realizaron numerosos signos con la ayuda de los demonios, como Moisés hizo por la ayuda

de los buenos ángeles. De todo ello se concluye como verdad católica el que en lo respectivo al efecto maléfico, aunque no al dañoso, siempre debe colaborar el brujo con el demonio.

De todo ello se deriva una respuesta a los argumentos que apoyan que el demonio actúa sin brujo. Por lo que hace al primer argumento no se niega que los efectos nocivos, que afectan visiblemente a los hombres, animales, frutos de la tierra y que también provienen a menudode la influencia de los cuerpos celestes, sean provocados por los demonios con el permiso de Dios. Agustín dice que los demonios se encuentran en el interior del fuego o del aire cuando Dios se lo permite (51); la Glosa sobre el salmo dice claramente que Dios castiga por medio de los malos ángeles (51). De esto se desprende la respuesta al segundo argumento sacado de Job, como también de cuanto antes se tocó acerca del nacimiento del arte mágico. Al tercer argumento de la salvia putrefacta arrojada en un pozo, se responde que, aunque se sigue un efecto dañino sin auxilio de los demonios, empero no es sin influencia del cuerpo celeste; pero esto no es igual porque nosotros hablamos del efecto maléfico. Respecto del cuarto argumento, diremos que es cierto que los demonios utilizan a los brujos buscando sólamente su perdición. Pero de aquí a inferirse que no deban ser castigados, porque colaboran como instrumentos, que no se mueven por propia voluntad, sino del agente principal, ha de responderse que son instrumentos animados y libremente actuantes, y aunque tras de un pacto externo establecido con el diablo no gozan ya de su libertad, como lo sabemos a partir de sus confesiones, y hablo de las mujercillas quemadas, obligadas a realizar muchos maleficiospara escapar a los golpes del diablo; empero continúan siendo cómplices porque permanecen ligadas a la primera profesión por la que se entregaron de grado a los demonios.

Respondiendo a los otros argumentos en que se prueba que los efectos maléficos pueden ser procurados por las brujas sin obra de los demonios, se ha de decir que concluir de lo particular lo universal no es razonable. En toda la Escritura, al parecer, no se encuentra nada semejante, salvo cuando se trata de fascinación o mal de ojo debido a las viejas. No se puede concluir de ello que esto sea siempre así. Además, ¿puede hacerse mal de ojo sin el concurso de los demonios? Puede dudarse de ello partiendo de la Glosa sobre los Gálatas que nos dice que hay tres maneras de comprender la fascinación: la primera se llama engaño de los sentidos, que tiene lugar por arte mágicay así puede tener lugar por ministerio de los demonios, si Dios no lo prohíbe, mediando inmediatamente o por ministerio de los Santos Ángeles. La segunda podemos denominarla envidia, según aquéllo del Apóstol: Quién os fascinó, esto es, os persiguió con tanto odio. La tercera, que de tal odio se produzca un cambio parael mal en el cuerpo de alguno por la mirada del ojo de otro. De la fascinación considerada de esta forma hablan comúnmente los dosctores. De ella hablan Avicena y Algazel, como se deduce de sus argumentales expuestos más arriba; Santo Tomás explica la fascinación de este modo: Incidentalmente, como consecuencia de una concepción imaginativa del alma, el espíritu del cuerpo a que está unido se transforma. Esta modificación se opera sobre todo por los ojos., a los que llegan unos espíritus más sutiles. Los ojos penetran el aire continuo hasta un espacio determinado. Por eso, según Aristóteles (53), los espejos, si son nuevos y puros se mancillan si se mira en ellos una mujer que esté menstruando. Así,cuando algún alma se encontrase violentamente inclinada al mal, como ocurre frecuentemente entre las viejas (brujas), según el modo descrito. Su mirada, se hace venenosa, sobre todo para los niños que tienen el cuerpecillo tierno y fácilmente receptivo a cualquier impresión. Añade, empero, que es posible, también, que con la permisión de Dios o por otro hecho oculto coopere a esto la maldad de los demonios con los que las viejas hechiceras tienen hecho algún pacto (54).

Queda aún la cuestión quinta en torno a la influencia de los cuerpos celestes, en los que se refutarán aún otros tres errores. Pero para una más amplia declaración de las premisas saldremos al paso de cualquier pretendida objeción acerca de las obras de los brujos y de su quíntuple causa. Excluiremos cuatro, de las cuales, no pueden provenir; pero admitiremos la quinta, es decir, la potencia intelectual, que pese a ser buena por naturaleza, puede ser mala, empero, por voluntad. Las cuatro causas que refutamos contra los que niegan que hay brujas o sus obras son: la influencia de los cuerpos celestes; los seres que se encuentran en la base de estos cuerpos y de sus órbitas, la creciente malicia de los hombres; la eficacia de las imágenes, de los caracteres y de las palabras. Además, los cuerpos celestes se mueven por sustancias espirituales, según todos los filósofos y teólogos. pero aquéllos espíritus son superiores a nuestras almas, como también ocurre que los cuerpos celestes son superiores a nuestros cuerpos. Luego ambos igualmente ejercen su influjo sobre el alma y el cuerpo del hombre para provocar cualesquiera actos humanos. Para una más amplia inteligencia de las respuestas, se tratarán primero algunas dudas, de cuya solución aparecerá más clara la verdad. Parece que puede constituir objeción lo que dijimos más arriba, acerca de que las sustancias espirituales no pueden transmutar los cuerpos en otra forma natural, sin ayuda de otro agente. Por tanto, mucho menos podrá hacer esto la imaginación, por muy fuerte que sea el alma. Además, hay un artículo condenado en muchas universidades, principalmente en la de París, que dice: el encantador es capaz de arrojar un camello en una fosa, únicamente con la fuerza de su mirada. La razón: las inteligencias superiores influencian sobre las inteligencias inferiores, así el alma intelectiva puede forzar a otra alma e igualmente a un alma sensitiva. Por esto fue condenado el artículo, por pretender que la materia exterior obedeció a la sustancia espiritual, llevándola a realizar un cambio completo: y en estas condiciones únicamente obedece a Dios, como quedó claro más arriba.

Podemos tras de esto aclarar qué es posible y qué no en la fascinación de la que hemos hablado. Efectivamente, no es posible al hombre, por la virtud natural de su espíritu, emitir una tal fuerza por los ojos, que sin mediar un cambio en el propio cuerpo, ni en el medio pueda inferir un daño al cuerpo del hombre a quien mira, sobre todo, porque según la opinión más corriente, parece que los receptores no envían nada hacia afuera como rechazo. No es posible al hombre tampoco, por la virtud natural de su alma hacer un cambio tal que, transformado el medio, es decir el aire, por la imagen que se encuentra en su mirada, pueda cambiar al cuerpo del hombre al que mira en otro según su capricho. Y porque, según estos dos modos predichos, no puede un hombre fascinar a otrosuerte o desgracia, , porque en ningún hombre puede darse tal fuerza por la virtud natural de su alma, querer probar que los efectos maléficos pueden proceder de alguna virtud natural, con el fin de aliviar los cargos contra las brujas que actúan por la fuerza de los demonios, está claramente lejos de la verdad. Según estos dos modos, son condenados la fascinación y el maleficio.

Ahora vamos a ver más claramente en qué forma es posible la fascinación: puede ocurrir que un hombre o una mujer, contemplando el cuerpo de un niño le muevan, mediante la mirada y la imaginación o alguna otra pasión sensible. Como la emoción sensible entraña una cierta emoción corporal, como los ojos son frágiles, y por ello muy receptivos a la impresión, ocurre a veces que la pasión interna causa en los ojos una mala impresión con la ayuda de la imaginación que actúa sobre los fragiles ojos tan próximos por la raíz al órgano de la imaginación. Convertidos los ojos de esta forma en agente nocivo puede ocurrir que hagan malo a otro elemento vecino y éste a otro y así sucesivamente hasta llegar al aire que rodea los ojos del niño a quien se mira. De esta suerte ya no podrá digerir el alimento ni

fortalecerse ni crecer. El ejemploque nos hace comprender esto lo tenemos cuando un hombre sufre de los ojos: el hecho de verle nos hiere a veces a los que miramos; esto se debe a que los ojos enfermos infectan el aire que los rodea; la infección va en línea recta hacia los ojos del espectador, ayudando, por otra parte cuando nos imaginamos heridos nada más que por el espectáculo de los ojos enfermos. Podríamos aducir varios ejemplos todavía, que omitimos por causa de la brevedad.

Concuerda todo esto con la Glosa sobre el Salmo (55), que dice: hay una fuerza en los ojos, y esto queda claro en la naturaleza. La mirada de un animal es buena para los atacados de ictericia; el lobo quita la palabra si mira el primero; el basilisco mata si mira el primero; si él es visto primero muere por ello. La razón por la que el basilisco puede matar de una mirada es que mirar o imaginar provoca en su cuerpo la secreción de un veneno que infecta primero los ojos, después el aire y así sucesivamente cada vez más próximamente hasta alcanzar el aire cercano al hombre. El hombre, aspirando este aire envenenado, se intoxica y muere. Si el hombre le lanza antes su mirada y quiere matar al basilisco, entonces se encuentra como rodeado de espejos; y al expulsar su veneno la bestia lo encuentra reenviado por el espejo y muerecomo consecuencia de ello. Hay una duda, ¿por qué no muere el hombre que mata a la bestia? Parece necesario opinar que hay aquí una causa oculta. Todas estas cosas han sido dichas sin prejuicio alguno ni temeraria aserción, adhiriéndonos simplemente a los testimonios de los santos. Concluyamos como verdad católica que es necesario, en lo que respecta a los efectos maleficiales, de los que al presente tratamos, que los brujos actúen siempre con los demonios y que nada pueden hacer los unos sin los otros.

Reanudemos la respuesta a las objeciones: es inútil volver sobre el primer argumento al respecto de la fascinación, puesto que la respuesta ha sido dada. Por lo que hace al segundo se dice, según Vicente de Beauvais en su Espejo natural: -acerca de si la sangre mana en un asesinado- que la herida infectada por los espíritus del asesino, bajo el poder de la imaginación aquella herida arrastra al aire infectado y cunado pasa el asesino la sangre entra en ebullición y mana hacia afuera. Porque en presencia del asesino el aire inserto en la herida, de la misma forma que entró por causa del asesino, así se conmueve en su presencia y a causa de esta conmoción bulle hacia al exterior (56). Hay otros que alegan algunas otras causas: esta ebullición de la sangre es como el clamor de la tierra por el homicida presente y ello a causa de la maldición lanzada sobre Caín, el primer homicida. Ello sirve también para explicar que un hombre que pasa al lado del cadáver de un asesinado se sienta asaltado por el miedo, aunque no sepa tal cosa: su espíritu recibe la infección por el aire y la comunica su alma. Pero no se puede sacar nada de allí en contra de la existencia de las obras de los brujos, puesto que todo esto puede ser natural. Frente al tercer argumento: hemos dicho más arriba que los ritos mágicos están referidos al segundo género de superstición que se llama adivinación, mientras que la vana observancia supersticiosa de las cosas hace referencia al tercero. El argumento alegado no vale, pues. Sobre todo que no se refieran estos ritos a cualquier género de adivinación, sino a la que se hace por expresa invocación de los demonios, por otras fórmulas además, como la necromancia, la geomancia, la hidromancia, etc., pero esta adivinación de los brujos cuya intención es maléfica, si constituye el ataque supremo debe ser objeto de un juicio cuyo grado de severidad sea distinto. Así, cuando se arguye que no podemos conocer las vírtudes ocultas de las cosas y que los brujos dirigen sus ojos incluso a ellas, hay que decir que si intentasen producir en la naturaleza ciertos efectos naturales por virtud natural, ello sería evidentemente legítimo. Se concedería incluso que usando supersticiosamente de cosas naturales, como la inscripción de ciertas figuras o de nombres desconocidos, las

utilicen para adquirir la salud, la amistad, es decir para ser útiles y no para causar daño. Esto podría hecerse sin la expresa invocación del demonio, incluso sin invocación tácita, los que las haría ilícitas. no obstante, puesto que estas cosas y otras semejantes se reducen al tercer género de superstición, es decir, a la vana observancia, no aportan nada preciso respecto de la herejía de los hechiceros. Recordemos que hay cuatro especies bajo este tercer género: que alguienlo use para adquirir la ciencia, para descubrir riesgos de suerte o desgracia, o para mejorar la condición cuerpos. Así, sobre todo se expresa San Tomás, cunado se pregunta si estas observaciones son lícitas para cambiar los cuerpos, por ejemplo para la salud (57). Pero las prácticas de los brujos que no tienen nada que ver con éstas y pertenecen al segundo género de superstición, no tienen nada que ver con estos propósitos.

La respuesta al cuarto argumento resulta también de allí; en estas observancias puede hacerse dos ideas de necromancia y de la astronomía, y hay diferencias entre ellas. En la necromancia, hay una invocación expresa de los demonios sobre la base de un pacto celebrado con ellos: se le puede ver en la misma cuestión de Santo Tomás. Entre los astrólogos hay un pacto tácito, sin invocación, salvo quizá tácita, a causa de la inscripción de figuras y nombres. Las figuras de la necromancia se hacen, ya bajo ciertas constelaciones, con el fin de recibir influencias e impresiones de los cuerpos celestes, por medio de signos y caracteres grabados sobre un anillo, una piedra u otra materia preciosa; o bien sin atención a las constelaciones e indiferentemente al medio de cualquier materia que ésta sea, incluso vulgar, pero con el fin de echar suertes allí donde se le deposite. De estos efectos con sus imágenes ya hemos hablado y no de otros, por ello el argumento no sirve al propósito. Por otra parte, algunas de estas imágenes supersticiosas no tienen ninguna eficacia: en tanto únicamente son artificios, aunque atendiendo a sus materiales, incluso puedan tener cierta eficacia, pero no por que tuviesen alguna virtud natural procedente de la impresión de los cuerpos celestes. Si alguno se interesase en este tema, que vaya a ver en el mismo lugar a este doctorque afirma que es siempre ilícito servirse de imágenes (58). En cuanto a las imágenes de las brujas, están fabricadas sin ninguna adaptación a su resultado; las depositan y las aplican únicamente por orden del diablo, para contribuir realmente a un efecto maléfico. Intentando con ello un desprecio mayor del creador, a fin de que más iritado permita un número mayor de males como venganza por tales fechorías; es por esto por lo que cuidan de que tales cosas tengan lugar en los tiempos más santos del año.

Al quinto punto: hay que decir que Gregorio en este lugar habla del poder de la gracia y no de la naturaleza. De donde añade: Qué hay de sorprendente en que aquellos que son hechos hijos de Dios por el poder divino hagan milagros. Al último argumento hemos de responder que la comparación no vale porque es distinta la acción del alma sobre el propio cuerpo que sobre el del otro. Para su cuerpo el alma existe como una forma: el apetito sensitivo es el acto de un órgano corporal. De aquí que el alma humana, por sus percepciones pueda mover el apetito sensitivo con mutación corporal de frío o calor, y esto hasta la muerte. Pero para efectuar una mutación en los cuerpos exteriores, no es suficiente ninguna percepción del alma humana, salvo para la mediación de un cambio de su propio cuerpo como en la fascinación. De aquí que las brujas realizen sus maleficios no no por una virtud natural, sino únicamente con el auxilio del diablo; y los mismos demonios sirviéndose de alguna otra cosa, espinas, huesos, cabellos, maderas, hierro, etc., colocados e introducidos como instrumento. Ya hablaremos de ello con más detalle.

Ahora, para seguir más de cerca el tenor de la Bula Apostólica, debemos detenernos en el origen de las brujas y en la multiplicación de sus obras; primero los brujos, después sus

obras. Aquí nos será preciso considerar de nuevo los tres elementos requeridos, el brujo, el diablo y la permisión divina, según la doctrina del Decreto (59). Por su parte, afirma San Agustín que esta superstición es invención de la pestífera comunicación entre los hombres y los demonios, y en esta pestífera compañía hay que ver el origen de esta herejía (60). Otros lo dicen también. Notaremos así que esta herejía de los brujos difiere de las otras herejías; no solamente en lo que implica la locura de un pacto explícito, jurado y firmado para burla del creador y perdición de sus criaturas -los otros herejes se suman a sus errores a causa de las dificultades en la creencia, pero sin pacto alguno tácito o explícito con el demonio, aunque no sin un impulso del sembrador de toda envidia. Difiere también de todo arte nocivo y supersticioso, en la medida en que más que el resto de los géneros de adivinación, se sitúa en el supremo grado de malicia, esta herejía de los maléficos, cuyo nombre lo obtienen de maldecir o sentir mal de la fe, como antes se dijo. Notaremos qué cuatro elementos de su ejercicio aumentan su perfidia, como son el hecho de renegar con boca sacrílega, en su totalidad o en parte, la fe católica; el hecho de consagrarse ellos mismos en cuerpo y alma; el hecho de ofrecer al Maligno niños todavía sin bautizar; el hecho de entregarse a las torpezas diabólicas de los actos carnales con los demonios ìncubos o súcubos. Ojalá que todas estas cosas pudieran decirse sin verdad y con invención; con la ventaja de que la Iglesia se encontraría inmune de la infección de semejantes manchas. Pero para quitarnos toda ilusión está la determinación de la Sede Apostólica que recoge la Bula; y además está la experiencia, esta maestra de la vida. Las confesiones de los brujos hasta en los tormentos nos han dado una tal certeza de los crímenes perpretados, que no podemos, sin riesgo de nuestra propia salvación, cesar en nuestra actividad inquisitorial contra ellos. Ahora que nos vemos obligados a tratar de su origen y de su multiplicación pestilencial, es una tarea dura. Por ello, que los lectores examinen todas las cosascon el mayor esmero, admitiendo lo que se encuentre de acuerdo con la razón y no en desacuerdo con las Sagradas Escrituras.

Entre todos los actos que sirven para la multiplicación, dos son los más importantes: los demonios íncubos y súcubos y las ofrendas sacrílegas de niños. De aquí que trataremos especialmente de ello, mencionando al diablo en primer lugar, después al brujo y finalmente la permisión divina. pero como los demonios, actuando con inteligencia y voluntad obran mejor bajo una constelación que bajo otra para dar vigor al semen que debe ser fecundo, deberemos hablar también de las constelaciones observadas por los demonios. De modo que observaremos principalmente tres cosas: ¿Encuentra esta herejía su desarrollo original entre aquellos que se entregan a los demonios íncubos y súcubos? ¿Se refuerza su acción por realizarse bajo determinados astros que son también causa de los actos humanos? ¿Encuentra igualmente la ninguna otra manera de herejía un apoyo en la acción de aquellos que realizan ofrendas sacrílegas de niños a los demonios? Entre la segunda y la tercera cuestión trataremos con detalle de la influencia de los cuerpos celestes; esto es para tratar mejor de la acción de los brujos. Tres dificultades a la primera cuestión: una general, a propósito de los íncubos y de los súcubos; una especial, a propósito de los demonios que realizan estos actos; una más particular todavía, a propósito de las brujas que se ofrecen a los demonios de esta forma.

CUESTIÓN III

¿HAY PROCREACIÓN DE HOMBRES POR MEDIO DE LOS DEMONIOS ÍNCUBOS Y SÚCUBOS?

A este respecto no parece que sea católico el afirmarque los demonios íncubos y súcubos pueden procrear verdaderos hombres. La procreación de los hombres fue instituida por Dios antes del pecado, cuando formó de la costilla de Adán a Eva, la mujer, para que fuese su ayuda y les dijo: Creced y multiplicaos; de aquí que Adán, inspirado, dijese: Serán dos en una sola carne. Igualmente, tras del pecado en la ley de la naturaleza, fue dicho a Noé: Creced y multiplicaos (62). En el tiempo de la nueva ley, esta unión está confirmada por Cristo: ¿No habéis leido que desde el principio el creador los hizo hombre y mujer? (63). Por tanto, no existe ninguna otra manera de hacer hombres. Si se dice que los demonios concurren, no como principios naturales, sino artificiales, entrando hábilmente en el proceso de la procreación, recibiendo hábilmente elsemen y transmitiéndolo de nuevo; se dirá en contra que el demonio podría hacerlo tanto en el estado de continencia como en el de matrimonio, o en una de los dos solamente. Ahora bien, esto no es posible en uno y otro, pues entonces la obra del diablo sería más fuerte que la obra de Dios, que instituyó tales estados: tampoco es posible en un estado u otro porque no se lee nada en la Escritura relativo a semejante proceso de procreación. Además, procrear hombres es algo propio de un cuerpo vivo. Sin embargo, los demonios no dan la vida al cuerpo que toman, porque la vida no puede provenir sino del alma, acto del cuerpo físico orgánico que tiene vida en potencia. Luego la obra de la vida no puede ser cumplida por estos cuerpos arrebatados.

A la objeción de que tienen cuerpo no para dar la vida, sino para guardar el semen y depositarlo en otro lugar, se ha de responder que no hay nada superfluo en las obras de la naturaleza, ni tampoco enlas de los ángeles buenos y malos. Pero el demonio, por poder natural superior al de los cuerpos, puede recibir y aplicar el semen indivisiblemente; entonces, o se prueba que no puede hacerlo invisiblemente, o si puede el resto es superfluo. El Libro de las Causas dice, efectivamente: el poder de una inteligencia es infinito en relación a la inferior, incluso si esta es finita, con relación a una superior (63). Pero todos los cuerpos son inferiores a las inteligencias. Luego éstas, por su poder ilimitado, pueden cambiarlos como quieran. Pero los ángeles son inteligencias, tanto los buenos como los malos, y pueden, incluso sin tomar cuerpo, hacer cambios de semen.

Otra objeción: recibir el semen de uno y transferirlo a otro se hace por un movimiento local. Pero los demonios no pueden mover los cuerpos de un lugar a otro. Porque el alma es una sustancia espiritual como el demonio, pero el alma no puede mover localmente más que al cuerpo, al que ella da la vida. Además, se ha dicho, y ello es claro, que los demonios no dan la vida a un cuerpo. Luego tampoco pueden llevar el semen de un lugar a otro. Además, toda acción es por contacto, como dice el filósofo (64). Por ello no se ve cómo puede haber contacto entre el demonio y el cuerpo, puesto que ambos no tienen nada en común. Luego, puesto que quitar de de un lugar para llevar el semen a otro es del orden de la acción por contacto, se ve que los demonios no pueden hacerlo. Además. los demonios no pueden mover mover los cuerpos que stán más cercanos a ellos en el orden natural, es decir, los cuerpos celestes. Luego mucho menos aquellos que están más distantes. Una prueba de la mayor, sacada de la Física: el motor y la cosa movida siempre están juntos. Por ello, los demonios, si moviesen los cuerpos celestes, estarían en los cielos, pero ello no es cierto ni para nosotros ni para los platónicos.

En contra de ello opina San Agustín: los demonios recogen semen para emplearlo en efectos corporales. Lo que no puede hacerse sin movimiento corporal. Luego los demonios pueden recibir el semen de alguno para transmitírselo a otros. Igualmente, la Glosa sobre el Exodo dice también, que los demonios recorren el mundo, recogen semillas diversas y de su mezcla pueden dar a lugar a diversas especies. Al mismo tiempo, La Glosa sobre el

Génesis: Viendo los hijos de Dios a las hijas de los hombres... Esta dice, en principio, que por los hijos de Dios hay que entender a los de Seth y por hijas de los hombres a las de Caín. En segundo lugar, no resulta increíble qu estas especies de hombres, los gigantes, no hayan sido procreados por los hombres, sino por algunos demonios que tuvieron relaciones con aquellas mujeres. Incluso tras el diluvio existieron hombres y mujeres de una belleza increíble (65).

De aquí la respuesta: Respecto del poder y de las obras del diablo en el campo de los efectos maléficos, debemos omitir muchas cosas en rigor a la brevedad. El piadoso lector las debe tener ya bien conocidas, y si quiere encontrarlas, las hallará claramente explicadas en el escrito del Doctor (Santo Tomás) sobre las Sentencias. Verá que todas sus obras las ejecutan los demonios por la inteligencia y la voluntad, porque estas potencias naturales no les han sido cambiadas, sino que, según Dionisio, las conservan intactas y magníficas, aunque no se sirvan de ellas para el bien o la virtud. Por lo que hace a su inteligencia verá que es excelente, por estos tres puntos: por la sutileza de la naturaleza, por la experiencia acumulada a lo largo del tiempo, por la revelación recibida por los espíritus superiores. Verá también cómo y en quién reconocen las disposiciones del carácter propias decada hombre por influjo de los astros. De donde se persuaden que hay unos más aptos que otros para realizar actos maléficos, interesándose por ellos con mayor cuidado a causa de esto. En cuanto a su voluntad, verá que se encuentra inmutablemente fijada en el mal: en el pecado permamente de la soberbia, de la envidia y del desprecio supremo. Y Dios les hace servir a su gloria en contra de su voluntad. Conocerá también cómo semejante inteligencia unida a la voluntad es capaz de realizar prodigios, tales que ningún poder sobre la tierra les es comparable, según aquello de Job: No hay sobre la tierra poder que se pueda comparar al de aquel que fue creado para que nadie le temiera, con la Glosa: el que no teme a nadie, obedece a los méritos de los Santos (66). Encontrará finalmente cómo conoce los pensamientos de nuestros corazones; como puede metamorfosear los cuerpos (sustancial y accidentalmente) por mediación de otro agente; cómo puede hacer cambios corporales; alterar los sentidos internos y externos por la imaginación y más que indirectamente hacer cambiar el entendimiento y la voluntad del hombre. Incluso si todo esto sirve para nuestra presente demostración, no queremos sacar de ello más que las propiedades de los demonios con el fin de avanzar en nuestra discusión: ciertas propiedades les son reconocidas por los teólogos, las de los impuros, pero no corrompidos por naturaleza. Porque en ellos existe, según Dionisio, el furor natural, la loca concuspicencia, la imaginación desordenada, y por lo que hacea los pecados espirituales: el orgullo, la envidia, la cólera. De donde resulta que son enemigos del género humano, espíritus lógicos, pero que saben las cosas sin razonamiento, sutiles en su maldad, deseosos de hacer daño, siempre dispustos a un nuevo fraude. Engañan los sentidos, manchan los corazones. Nos molestan cuando estamos en vela, nos perturban por los sueños cuando dormimos. Traen enfermedades, suscitan enfermedades, se transforman en ángeles de luz, llevan siempre el infierno con ellos. Por obra de los brujos acaparan para ellos el culto divino; actúan en las artes de la magia; intentan dominar a los buenos; envenenan todo al máximo; existen para probar a los elegidos; no quieren la felicidad del hombre (67). Aunque tienen mil medios y artificios para hacer daño, como, por ejemplo, después de su caída, tentar, desgarrar la unidad de la Iglesia, herir la caridad, envenenar con la hiel de la envidia la dulzura de la obra de los santos, turbar a todo precioy alterar al género humano. Según Job, su poder se encuentra en sus riñones y su fuerza en los músculos de su vientre. Por la fuerza de la carne dominan fuertemente a los hombres, ya que la sede de la lujuria en los hombres se

encuentra en los riñones, desde donde desciende el semen, como en las mujeres se encuentra en el ombligo (68).

Después de estos presupuestos, necesarios para comprender la cuestión de los demonios íncubos y súcubos, decimos que afirmar que a veces son procreados hombres por los demonios es una afirmación contraria, no sólo a las palabras de los santos, sino a la tradición de la Sagrada Escritura.

San Agustín mueve esta cuestión no por lo respectivo a las brujas, sino en cuanto a los mismos demonios y a las fábulas de los poetas. Dejando la cosa en suspenso toma inmediatamente postura en el desarrollo de la Sagrada Escritura. ¿Puede Venus engendrar a Eneas de su comercio con Anquises? Lo dejaremos en suspenso... Pues una cuestión semejante aparece en las Escrituras cuando se investiga si los ángeles prevaricadores tuvieron comercio con las hijas de los hombres. De lo cual la tierra se vio llena de gigantes, es decir, de hombres fuertes y poderosos. Pero concluye la cuestión con estas palabras: persiste el rumor; muchos afirman haber constatado u oído testimonios fiables que han dejado claro que Sylvanos y Faunos, vulgarmente llamados íncubos, se han presentado con impudicia a algunas mujeres, las han provocado y han consumido su unión con ellas. También aquellos mismos testimonios de personas de toda confianza relatan que ciertos demonios, llamados Dusios por los galos, intentan sin cesar efectuar esta impudicia con las mujeres. Luego, en el mismo lugar, precisa la segunda cuestión, haciendo notar que el texto del Génesis -los hijos de Dios, es decir, los hujos de Seth, vieron a las hijas de los hombres, es decir, a las hijas de Caín- no debe entenderse únicamente en el sentido de los demonios íncubos (69). Pero que hay íncubos es algo en modo alguno increíble. A esto se aplica, efectivamente, lo que ya dijinos de la Glosa: no resulta increíble que hayan sido engendrados no por hombres, sino por ángeles o algunos demonios enamorados de las mujeres, estos igantes de los que habla la Escritura. Al mismo asunto se refiere la Glosa sobre Isaías. Allí donde el profeta predice la destrucción de Babilonia y la presencia en ella de monstruos: allí viviran las avestruces, allí danzarán los sátiros. Los peludos, dice la Glosa, son los hombres de los bosques; hirsutos, íncubos, sátiros, especies de demonios, desolación de Enom, que perseguía a los judíos: Será una guarida de chacales y un nido de avestruces... y se congregarán allí los sátiros, es decir, los monstruos nacidos de los demonios (70). La glosa del bienaventurado Gregorio dice: por la palabra velludo se designa a aquellos que los griegos llaman faunos (hijos de Pan), pero a los que los latinos llaman íncubos. Igualmente, San Isidoro dice: íncubos viene de "acostarse sobre", es decir, de violar. A menudo, efectivamente, se enamoran de las mujeres y se acuestan sobre ellas, por lo cual los galos los denominan Dusios, porque a menudo cometen este género de impudicias. Al que comúnmente se denomina Íncubo, los romanos le llaman Fauno de los higos. Horacio alude a él: Fauno, amador de las ninfas que huyen, blandamente caminas sobre mis tierras y mis prados (71).

Además está el texto del Apóstol: la mujer debe llevar un velo sobre la cabeza por causa de los ángeles; muchos interpretan, a causa de los ángeles íncubos (72). Así Beda, en su Historia Eclesiástica, lo mismo que Guillermo de Auverni en su Suma del Universo, en muchos lugares, y el Santo Doctor precisa: sería imprudencia negar una cosa semejante; porque lo que es evidente para varios no puede ser completamente falso, como dice el Filósofo (73). No digo nada de las historias auténticas y numerosas de católicos y paganos que afirman a la luz del día la existencia de los íncubos. La razón por la que los demonios se hacen íncubos no es el placer, porque el espíritu no tiene carne ni hueso; la razón está en la intención de herir por el vicio de la lujuria a las dos naturalezas, corporal y espiritual del hombre, con el fin de hacer a los hombres más inclinados a todos los vicios. Tampoco

hay duda acerca de que bajo ciertas constelaciones saben guardar vivo el semen para la concepción de hombres que vivirán inmersos en el mal.

Enumerando por encima los múltiples vicios de lujuria de los que quiso ver exento a sus pueblo, pero de los que los infieles se encontraban inficionados, el Levítico dice: no os hagáis impuros por alguna de estas prácticas: por ellas se han hecho impuras todas las naciones que he expulsado de delante de vosotros. Por ellos se ha hecho impura la tierra y yo he sancionado su falta (73). Aquí la Glosa dice a la palabra naciones: los demonios a causa de su multitud son llamados pueblos, se alegran con todo pecado, principalmente la idolatría y la fornicación, que manchan el cuerpo, el alma y al hombre todo entero que es de barro (74). Si alguno quiere ver historias de íncubos y súcubos, que consulte a Beda, Guillermo, Tomás y también a Tomás de Brabante en su libro llamado De las avejas.

A los argumentos en contra. En cuanto al primero acerca de la propagación natural, querida por Dios entre macho y hembra, se responde esto: si, con el permiso de Dios, el sacramento del matrimonio puede ser viciado por la acción del diablo, igualmente, y a fortiriori, el maleficio puede actuar en todo acto venéreo entre hombre y mujer. Si se pregunta por qué se permite al diablo en el acto y sobre el acto venéreo realizar sus maleficios más bien que sobre otro acto humano, se respondeque los doctores dan múltiples causas para ello, de las que se hablará más abajo. Una razónya tratada hasta ahora: el poder del demonio esgrande en los riñones del hombre. Porque entre todos los combates estos son los más duros: la lucha aquí es constante y rara la victoria. Tampoco vale decir que entonces la obra del diablo es más fuerte que la obra de Dios. El acto del matrimonio, siendo instituido por Dios, puede ser viviado; pero esto no tiene lugar por la fuerza, ya queel diablo no puede nada sin la permisión de Dios; lo que hace más manifiesta su impotencia.

Al segundo argumento se responde que, ciertamente, procrear es un acto propio de un cuerpo vivo. También es cierto cuando se dice que los demonios no pueden dar la vida, porque aquella fluye como una forma del alma. Pero materialmente aquí procede de alguno: si el demonio íncubo, con el permiso de Dios, realiza el coito, y no como si el semen viniese de él, sino utilizando el de otro hombre cuando éste lo emite en el coito. Porque ocurre que el demonio que actúa de súcubo con el hombre se hace íncubo con la mujer. Del mismo modo que, según San Agustín, toman las simientes de otras cosas para dar lugar a otras generaciones.

De donde si se pregunta que de quién es el hijo que nace, queda claro que no es hijo del demonio, sino hijo del hombre, cuyo semen fue tomado. Así habla Santo Tomás (76). Pero como se insiste en mantener que nada hay superfluo en las obras de los ángeles, no más que en las de la naturaleza, lo concedemos. Pero como se infiere que el demonio puede recibir y transmitir invisiblemente el semen, decimos que esto es verdad, pero lo hace preferentemente de forma invisible, como súcubo e íncubo, con el fin de marcar con la señal de la impureza el cuerpo y el alma de todo ser humano, hombre y mujer, como queda dicho. Sin duda, los demonios podrían actuar invisiblemente; no les está permitido hacerlo visiblemente, aunque quieran, ya para probar a los buenos, ya para corregir a los malos. También podría ocurrir que en el lugar de un demonio, otro reciba el semen como súcubo y se haga inmediatamente íncubo a su vez. Esto ocurre por tres razones: un demonio unido a una mujer recogería el semen de otro demonio unido a un hombre, y así cada uno, según la misión recibida del príncipe de los demonios, ejercería su amleficio: porque a cada uno le está destinado un ángel también por el Malo. O entonces a causa de la fealdad del acto que haría horror a un demonio; en la cuestión siguiente se verá que algunos demonios, por nobleza nativa, tienen horror a cometer cieros actos e impurezas. O, finalmente, tomando

invisiblemente el lugar de un hombre e interponiéndose introduce en una mujer el semen recibido invisiblemente. Esto no está por encima de su naturaleza ni de su poder, porque él puede interponerse incoerciblemente incluso en un cuerpo asumido invisiblemente, como se ha visto antes en el caso del joven que sehabía casado con un ídolo.

Al tercer argumento se dice que el poder de un ángel es infinito respecto de los superiores, esto es, porque su poder no puede ser nunca comprendido por un inferior sin que este le desborde, ya que no se limita tan sólo a un efecto. Esto es, porque los seres superiores tienen un poder completamentamente universal. Pero del hecho de que es infinita en este sentido, no se puede concluir que pueda actuar indiferentemente en cualquier efecto; de otra forma se diría infinita en todos los sentidos. Finalmente, entre agente y paciente debe haber una proporción. Pero no puede haber proporción entre sustancia puramente espiritual y sustancia corporal. De aquí que los demonios no puedan nada ellos solos para realizar un efecto corporal, si no es por el intermedio de otro principio activo: así para producir sus efectos se sirven de las semillas de las cosas, según San Agustín (77). De aquí que este argumento redunde sobre el precedente sin ser reforzado por él; salvo si alguno quiere ver en él la razón por la que las inteligencias se dice que tienen un poder ilimitado hacia arriba y no hacia abajo. El demonio podría dársela sobre la base de la relación de las cosas corporales con los cuerpos celestes, que en sí pueden tener efectos múltiples e infinitos; pero esto no llega a causa de la debilidad de las cosas inferiores. Se concluye que, aunque los demonios, incluso sin asumir cuerpo, pueden realizar transferencias de semen, ello no prueba nada en contra lo que se dice de los íncubos y los súcubos, que no pueden ejercer su actividad sin asumir un cuerpo.

Al cuarto argumento, de que los demonios no pueden mover los cuerpos localmente y, por tanto, tampoco el semen, se prueba por conparación con el alma. Se ha de decir que una cosa es hablar de la sustancia espiritual de los ángeles o los demonios y otra del alma. Efectivamente, si se dice que el alma no puede hacer mover un cuerpo, salvo para darle vida o por el contacto de su cuerpo con otros, porque ella se encuentra en el grado más bajo de las sustancias espirituales. También se debe a que elcuerpo que debe mover por contacto ha de serle proporcionado. Pero no ocurre así con los demonios, cuya potencia sobrepasa totalmente la potencia corporal.

Al quinto argumento se dirá que el contacto del demonio con el cuerpo del semen o alguna otra cosa no es un contacto corporal, sino virtual. Es preciso que haya proporción entre motor y móvil, es decir, que el cuerpo que vaya a ser movido no exceda al poder del demonio, como ocurriría con los cuerpos celestes, toda la tierra o los elementos del mundo. Cuál es la causa por la que esto sobrepasa el poder de los demonios podremos decirlo con Santo Tomás: porque esto es o por la condición de la naturaleza o como castigo de la culpa. Está también el orden de las cosas como consecuencia de su naturaleza y de su movimiento: de la misma forma que los cuerpos celestes superiores como son los ángeles buenos, igualmente los cuerpos inferiores pueden ser movidos por las sustancias espirituales inferiores como son los demonios. Esto les ocurre por condición de la naturaleza: según lo cual algunos no ponian a los demonios entre los ángeles superiores, sino entre aquellos que han sido colocados por Dios por encima del orden terrestre, esta era la opinión de los filósofos. O si ocurre como pena por el pecado, entonces, según los teólogos, por haber sido precipitados de sus sedes celestes en los aires como castigo, no pueden mover el mundo ni la tierra (78). Añadimos esto para responder tácitamente a dos objeciones al respecto de los cuerpos celestes, porque les son muy próximos,como acabamos de decir. La objeción no vale porque estos cuerpos superan su poder natural si la primera opinión es cierta, y si no lo es, no pueden, como castigo a su pecado. En el caso

de que alguno objetase que el movimiento del todo y de la parte es del mismo orden, como el del universo y el de la tierra; entonces, si los demonios pueden mover una parte de la tierra, pueden mover también la tierra entera: la objeción no vale para quien sabe hacer una distinción. Porque recoger semillas y aplicarlas a ciertos efectos no está por encima de su poder natural si dios lo permite.

Concluyamos brevemente: algunos dicen que los demonios no pueden de ningún modo engendrar mediante los cuerpos asumidos; entonces por hijos de dios hay que entender a los hijos de Seth y por hijas de los hombres a las descendientes de Caín. Porque, no obstante, lo contrario es afirmado por muchos, como parece claro, ,y, según el filósofo, lo que parece a muchos no puede ser completamente falso (79). Tambien en los tiempos modernos se atestiguan hechos y palabras de los brujos que ejecutan semejantes cosas.

Por ello decimos tres cosas: Primero, por semejantes demonios son cometidos los más vergonzosos actos venéreos, no por causa del placer, sino de la infección de las lamas y los cuerpos de los que se hacen íncubos o súcubos. Segundo, que por tal acto concepción y generación perfectas pueden ser realizadas por las mujeres, ya que pueden colocar el semen humano en el lugar conveniente del vientre de la mujer, junto a la materia proporcionada que existe allí. De la misma forma que pueden recoger las semillas de otras cosas para otros efectos. Tercero, en tales generaciones lo que se atribuye al demonio es únicamente el movimiento local y no la generación misma, cuyo principio no es el poder del demonio o del cuerpo que él haya asumido, sino en la potenciade aquel de quien es el semen. De aquí que el engendrado no sea hijo del demonio, sino de un hombre.

Por estas cosas ueda patente la respuesta a los argumentos, con que alguno quiere argüir, de que los demonios no pueden engendrar por dos cosas. Primero, porque la generación tiene lugar por la virtud formativa, que se encuentra presente en el semen salido de un cuerpo vivo. Ahora bien, el cuerpo asumido por los demonios no es tal, luego... Respuesta: el demonio, por la potencia del semen, coloca la formativa en el lugar exigido. Segundo, si se dice que el semenno tiene poder de engendrar más que en tanto conserva el calor del alma, el cual pierde a lo largo del transporte... Respuesta: los demonios pueden reponer alguna cosa con el fin de contribuir a la conservación del semen para que no se evapore el calor vital; o también, puesto que se mueven velocísimamente a causa de la victoria del motor sobre la cosa movida, por ello el calor no puede evaporarse tan fácilmente.

CUESTIÓN IV

¿QUÉ DEMONIOS ACTÚAN DE ÍNCUBOS Y SÚCUBOS?

¿Es católico afirmar que los actos de los demonios íncubos y súcubos convienen por igual a todos los espíritus? Parece, en efecto, que sí, porque afirmar lo contrario sería en cierto modo poner un orden entre ellos que sería bueno. Prueba: igual que la medida y el orden se encuentran ligados a la idea de bien, así el desorden conviene a la idea de mal, según San Agustín (80). Pero entre los Ángeles buenos no hay nada desordenado, luego entre los malos nada puede haber ordenado. Luego todos pueden indiferentemente pasar a realizar estos actos. De aquí también el texto de Job que habla dela región de las tinieblas y de la sombra espesa, donde reinan la oscuridad y el desorden, donde la claridad misma se

asemeja a la noche oscura. Además, si no todos pueden indiferentemente entregarse a estos actos , ello se debe a su naturaleza, a la culpa o a la pena. No es por la naturaleza, porque todos pueden pecar indiferentemente, como se trató en la cuestión precedente. Son por su naturaleza espíritus impuros , aunque no inmundos, ni disminuidos en su naturaleza, sutiles en su malicia, apasionados par hacer el mal; inflados de orgullo, etc. Luego ello se debe a la culpa y a la pena. Pero allí donde es más grande la culpa, más grande es la pena; si los ángeles superiores pecaron más, ellos son los que en castigo han de dedicarse a estos actos vergonzosos. Si esto no es así, se sabe a que hay otra razón para que ellos no se entreguen indiferentemente a estos actos. Además, donde no hay sujección y obediencia, todo actúa de forma indiferente. Ahora bien, entre los demonios no hay sujección ni obediencia ninguna, lo que se prueba porque ésta no puede existir sin concordia y entre los demonios no hay ninguna concordia, porque el orgullo no produce más que disputas, según los Proverbios (81). Además, tras del juicio todos serán precipitados por igual en el infierno; igualmente ahora todosse encuentran suspendidos según su oficio en el aire tenebroso. En ninguna parte se lee que haya igualdad final por causa de la liberación. Luego no hay desigualdad por causa del servicio y de la tentación.

En contra de ello está la Glosa sobre la Primera Carta a los Corintios: mientras que dura el mundo, hay preeminencia de los ángeles sobre los ángeles, de los hombres sobre los hombres, de los demonios sobre los demonios; la Glosa sobre job: se dice de las escamas de Leviatán, por las que se simbolizan los miembros del diablo, que se encuentran adheridas una a otra. Luego entre los demonios hay diversidad de orden y de acción (82).

Incidentalmente se cuestiona: ¿pueden encontrarse impedidos los demonios para sus acciones por los ángeles buenos? Debe responderse que puesto que los ángeles son llamados potestades a cuyo imperio se encuentran sometidas las fuerzas adversas, según Gregorio y San Agustín, el espíritu vivo, sumiso, piadoso y justo, estas criaturas, que son las más perfectas y las más cercanas a Dios, tienen poder sobre las otras. Todo orden de prelación efectivamente se funda en Dios y las criaturas participan en ella en la medida de su proximidad a él, luego los buenos ángeles que están más próximos a Dios (gozan de él, mientras que los demonios están privados) tiene también poder sobre los demoniosy éstos son regidos por ellos (83). Si se insiste en que los demonios por sus instrumentos causan muchos males. En consecuencia, o bien no les impide hacerlo la acción de los ángeles buenos, o bien si están sometidos, en virtud del principio de que la negligencia del presidente es la causa del mal de sus subordinados, parece que haya neglicencia entre los ángeles buenos. Se responde que los Santos Ángeles son minsitros de la Divina Sabiduría. Luego, como la Divina Sabiduría permite que ocurren malas cosas debido a la acción de los males ángeles o los malos hombres, en vista del bien que se obtiene de ello; igualmente, y por la misma razón, los buenos ángeles no impiden totalmente hacer el mal a los malos ángeles o a los hombres.

De aquí la respuesta: es católico afirmar que incluso entre los demonios, a causa de una preeminencia real, hay un cierto orden en las acciones internas y externas. De donde resulta que las acciones vergonzosas son perpetradas por los inferiores, y los superioresse excluyen de ellas a causa de una cierta nobleza de su natural. Estoprimero se declara en general a partir de una triple conveniencia: su naturaleza, la sabiduría divina y su propia malicia.

En principio, más especialmente a partir de su naturaleza: está claro que desde el origen de la creación, algunos han sido superiores a los otros por naturaleza, porque difieren entre ellos y porque no hay dos ángeles de la misma especie, si se sigue la opinión más común que concuerda con las palabaras de los filósofos. Dionisio afirma que en el mismo orden

están los primeros, los del medio y los últimos (84). Y hay que seguirle necesariamente, tanto por causa de su inmaterialidad como a causa de su incorporeidad. Mírese si se quiere lo que dice el Doctor (85). Puesto que el pecado no quita la naturaleza, y los demonios por su caída no perdieron sus dones naturales, como ya se vió, y las operaciones de las cosas siguen sus condiciones naturales, resulta de ello que tanto en las naturalezas como en los actos hay variedad y multiplicidad. Esto resulta congruente también con la Divina Sabiduría.: porque lo que viene de ella está en orden (86). Y puesto que los demonios han sido diputados por Dios para probar a los hombres y castigar a los réprobos, por ello, por sus obras en el mundo al respecto de los hombres, actúan en la variedad y la multiplicidad. Esto resulta finalmente lógico con su malicia. Puesto que actúan en contra del género humano, estiman que le harán más daño actuando, como lo hace, contra todo orden. De donde aparece que en sus obras infames no insiten siempre igual. Esto puede quedar especificado por esta razón: el acto sigue a la naturaleza de la cosa; entre aquellos cuyas naturalezas están subordinadas es preciso también que los actos lo estén, como se ve en las cosas corporales. Los cuerpos inferiores están por encima de los cuerpos celestes. De este modo, los demonios que difieren entre ellos según el orden natural, difieren también hasta en sus acciones naturales internas y externas, sobre todo en las infamias. De lo cual se concluye: semejantes infamias son realizadas al margen de la grandeza de la naturaleza angélica. De donde, como en los actos humanos hay que apreciar estos actos bajos y vergonzosos en ellos mismos, y no en cuanto al deber natural de la procreación. Finalmente, puesto que se cree que cayeron unos cuantos ángeles de cada orden, no resulta inconveniente afirmar que son los demonios procedentes del coro más bajo los encargados de realizar estas ignonimias y otras parecidas.

Hay que remachar esto bien, porque aunque la Escritura habla de asaltos a las mujeres por parte de los íncubos y los súcubos, nunca se lee allí donde nombra los vicios contra la naturaleza, no solamente la sodomía, sino cualquier otro cometido fuera del vaso debido (extra vas debitum), que éstos sean cometidos por íncubos y súcubos. En ello aparece la enormidad de estos crímenes, puesto que todos los demonios de todos las órdenes detestan cometerlos, considerándolos vergonzosos. Este parece que sea el sentido de la Glosa sobre Ezequiel: te entregaré a manos de los filisteos, es decir, a manos de los demonios, que incluso ellos se avergüenzan de tu conducta perversa, de tu vicio contra la naturaleza (87). Para quien sepa entender, está claro que aquí hay que entender cómo la autoridad de la Escritura se refiere a los demonios. Efectivamente ningún pecado ha sido castigado como éste por Dios con una muerte maldita. Algunos dicen también, y ha de ser creído verdadero, que sin una gracia especial del redentor, ninguno podrá salvarse si ha perseverado en este crimen más tiempo del que duró la vida mortal de Jesucristo, que son treinta y tres años. Es evidente porque vemos que los octogenarios y centenarios permanecen más enredados en este pecado; para éstos fue dado el tiempo de Cristo, el cual fue la regla de la vida de las costumbres; por ello, habiéndolo despreciado, apenas nunca, sin una enorme dificultad será reprimido este crimen. Pero que hay un orden entre ellos, incluso para los oficios exteriores en lo que hace al ataque, lo demuestran sus nombres. efectivamente, el solo y y mismo nombre del Diablo se encuentra expresado en la Escritura de mil maneras, esto es razón de la diversidad de las propiedades de los demonios. No obstante, la Escritura no trae más que un solo ejercicio, la presidencia de las obras inmundas y de algunos otros vicios: el uso de la Escritura y la predicación es nombrar a todo espíritu impuro: de "día", que quiere decir dos, y "bolus", que significa trocillo: porque mata dos cosas -conviene saber-: el cuerpo y el alma. Según la etimología Diablo, en griego significa "encerrado en un ergastulo", lo cual le conviene porque no le está permitido hacer

tanto daño como querría. O también diablo significa "el que desciende", porque fluye, es decir, corre, según su ser y su colocación. Se le llama también demonio, esto es, "el que gusta de la sangre" (o el sanguinario), a saber, por el pecado del que tiene sed y lo procura por la triple ciencia de que dispone: la sutileza de su naturaleza, la experiencia y la revelación de los ángeles buenos. Se le llama Belial, lo que se interpreta como "el sin yugo" o sin amo, porque lucha con todas sus fuerzas contra aquel al que debiera estar sometido. Se le llama también Beelzebul, que significa el "hombre de las moscas", es decir, de las lamas pecadoras que han abandonado al verdadero Esposos: Cristo. También Satanás, es decir, el adversario, de donde aquello de San Pedro, vuestro adversario el diablo da vueltas buscando a quien devorar. Igualmente Behemoth, es decir, la bestia que vuelve a los hombres bestiales. Empero, el demonio de la fornicación y el príncipe de esta repugnancia se llama Asmodeo, que significa "fábrica de juicio", porque a causa de este vicio hubo un juicio terrible sobre Sodoma y otras cuatro ciudades. De la msma manera al demonio del orgullo se le llama Leviatán, lo que significa su "exaltación": Lucifer, cuando tentó de orgullo a nuestros primeros padres, les prometió una añadidura de divinidad. Respecto de lo cual dice el Señor por boca de Isaías: Visitaré por Leviatán, serpiente antigua y retorcida... El demonio de la avaricia y de las riquezas se llama Mammón, al cual Cristo, en el Evangelio, ha desenmascarado; no podéis servir a Dios y a Mammón...

Respuesta a las objeciones en contra: A la primera: el bien puede encontrarse en el mal, pero el mal nunca puede encontrarse sin el bien, porque se funda sobre la criatura que en sí misma es buena. Por ello los demonios, en tanto tienen una naturaleza buena, conocen un orden tanto en su ser como en sus acciones (88). A la segunda puede decirse que los demonios enviadosa actuar no se encuentran ya en el infierno, sino en nuestra atmósfera tenebrosa. De donde ellos tienen aquí abajo un orden que no conocen en el infierno. De donde también puede decirse que ha desaparecido de ellos toda ordenación a la beatitud, porque han perdido este orden irremisiblemente. Se puede decir, no obstante, que incluso en el infierno permanece para ellos un cierto orden y de afición a las penas, en la medida en que unos son destinados al castigo de las almas y otros no; pero este orden provendrá más bien de Dios que de ellos mismos, de la misma manera que también les son extraños los tormentos. A la tercera objeción se dice que los demonios superiores son aquellos ángeles superiores que habiendo pecado más, son castigados con mayor dureza y encomendados a estas misiones inmundas. Se responde que la culpa es ordenada por la pena y no por el acto u operación de la naturaleza. De donde si no se encuentran implicados en estos actos impuros, se debe a la nobleza de su naturaleza y no es consecuencia de su pecado o de su pena. Y aunque todos sean espíritus impuros, deseosos de hacer el mal, empero unos más que otros en la medida en que las tiniebles han invadido las naturalezas más altas. A la cuarta objeción se responde: hay una concordia entre los demonios, no de amistad, sino de maldad, por la cual odian a los hombres y se oponen tanto como pueden a la justicia de Dios. Tal concordia se detecta entre los impíos en la medida que se unen y se someten unos a otros con el fin de realizar su propia malicia, para lo cual escogen a los más fuertes. A la quinta: aunque su servidumbre de prisioneros sea igual para todos, ahora en los aires y más tarde en el infierno, no se sigue que naturalmente estén ordenados a penas y tareas iguales. Por el contrario, cuanto más nobles son por naturaleza y poderosos por su función, más severa será su tortura. "Los poderosos serán poderosamente castigados", dice la Sabiduría (89).

CAPÍTULO V

¿DE DÓNDE VIENE LA PROLIFERACIÓN DE LAS OBRAS DE LOS BRUJOS?

¿Puede pensarse, desde el punto de vista católico, de alguna forma, que el origen y la multiplicaciónde las obras de los brujos proceda de las influencias de los cuerpos celestes, o de la sobreabundante malicia de los hombres y no de la abominación de los demonios íncubos y súcubos? Parece, efectivamente, que tal cosa proviene de la propia malicia de los hombres. Puesto que San Agustín dice: es la voluntad del hombre la que hay que buscar siempre como causa de su depravación, yapeque con o sin sugestión de otro (90). Pero el brujo se deprava por su pecado; luego la causa de éste no es el diablo, sino la voluntad humana. Hay que interpretar en el mismo sentido la palabra de San Agustín sobre "cada uno es la causa de su propia maldad" (91). Lo cual también se prueba por la razón: el pecado procede del libre albedrío, porque ello repugnaría a la libertad humana; luego el diablo no puede ser la causa de aquello ni de pecado alguno. Además, queda dicho en el Libro de los Dogmas Eclesiásticos: no todos nuestros malos pensamientos vienen del demonio, sino que con frecuencia emergen de nuestro libre albedrío (92). Además, que esto pueda provenir de la influencia de los cuerpos celestes y no de los demonios se prueba de esta manera: la misma forma que la multiplicidad conduce a la unidad, igual que lo multiforme conduce a lo uniforme. Ahora bien, los actos humanos son variados y uniformes, ya se trate de virtudes o de vicios. Luego parece que sea preciso referirlos a algunos principios del movimiento uniforme. Pero no hay nada más que los movimientos de los cuerpos celestes que sean uniformes. Luego son ellos la causa de estos actos. Además, si estos cuerpos celestes no fuesen las causas de estos actos humanos, virtudes o vicios, entonces los astrólogos no predecirían tan a menudo lo cierto en casos de guerra u otros actos humanos. Luego éstas son de alguna manera las causas. Además, los cuerpos celestes pueden actuar en cierta manera sobre los demonios a la vista de ciertos maleficios; luego, a fortiori, sobre los hombres. Y esto se prueba por tres ejemplos: algunos hombres llamados lunáticos se ven atacados por los demonios con preferencia en unos tiempos sobre otros, lo que no ocurriría si los demonios no se encontrasen inquietos en el infierno debido a ciertas lunaciones. También se prueba por los Nigromantes, que para invocar a los demonios observan ciertas constelaciones, cosa que no harían si no supieran que los demonios se encuentran sometidos a algunois cuerpos celestes. Pruébase también según aquello de San Agustín de que los demonios se sirven de los cuerpos inferiores: hierbas, piedras, animales, sentidos, voces, figuras. Ahora bien, los cuerpos celestes son más fuertes que estos cuerpos inferiores; luego también sus acciones. Pero entonces los brujos se encuntran más ampliamente sometidos, hasta el punto de que sus obras proceden de las influencias y no de los espíritus malos. El argumento se encuentra todavía reforzado por las escrituras: en ellas se ve a saul, que, cuando más atormentado por el demonio estaba, se apaciguaba cuando David tocaba el arpa delante de él, y el espíritu malo se retiraba (93).

Contra todo ello hay que decir que resulta imposible producir un efecto sin causa. Ahora bien, las obras de los brujos son tales que no pueden haber sido producidas por la acción de los demonios., según la descripción de San Isidoro (94). Los maleficios traen su nombre de la magnitud de sus crímenes: como se ha visto, entrechocan los elementos, perturban los espíritus de los hombres, matan los vivos sin ningún veneno y únicamente por sus solos encantamientos. Ahora bien, semejantes efectos no pueden tener sus causas en las influencias de los cuerpos celestes, actuando por mediación de un hombre. Además, el filósofo dice: resulta difícil explicar cuál es el principìo de la operación del alma. Y muestra

que debe ser exterior. Todo cunato comienza de nuevo tiene una causa: el hombre comienza a realizar lo que quiere; por ello comienza a querer, peroporque anteriormente tuvo consejo. Si se ha deliberado a causa de un consejo anterior, o bien hay que proceder hasta el infinito, o bien hay que poner algún principio exterior que promueva al hombre a deliverar al principio. A menos que alguno diga que es por azar. Pero de aquí se seguiría que todos los actos humanos son fortuitos, lo cual es absurdo (95). De aquí que entre los buenos para el bien el principio es Dios, que no puede ser causa de pecado: entre los malos, cunado el hombre comienza a querer actuar y a deliberar para pecar, es necesario que también haya allí una causa extrinseca que no puede ser otra que el diablo, sobre todo entre los brujos, como queda dicho. Pues un cuerpo celeste no puede impulsar a tales actos, de donde la verdad es clara. Además, quien tiene el poder sobre el motor, tiene poder sobre el movimiento causado por él. Ahora bien, el motor de la voluntad es alguna cosa que es comprendida por el sentido de la inyeligencia, uno y otro sometidos al poder del diablo. San Agustín dice: este veneno se cuela por todas las rendijas de los sentidos; se presta a las formas, se adapta a los colores, se suma a los sonidos, se embosca en la cólera y en el engaño de la palabra; se somete a los sabores y se añade a los olores...;satura con una especie de brumas todos los caminos de la inteligencia (96). Luego parece que en el poder del diablo era mover la voluntad, que es la causa directa del pecado... Además, todo cuanto se encuentra indeterminado tiene necesidad de un determinante para pasar el acto. Ahora bien, el libre albedrío del hombre es capaz de lo uno y de lo otro, del bien o del mal. Luego para pasar el acto del pecado necesita de que alguno le determine al mal. Lo cual parece claramente que sea obra del diablo, sobre todo en las obras de los maléficos, puesto que su voluntad se encuentra determinada al mal. Luego parece que la mala voluntad del diablo es la causa de la mala voluntad, sobre todo entre los brujos. La razón puede verse fortificada por esto: como el ángel bueno se comporta para el bien, así el ángel malo lo hace para el mal. Ahora aquél lleva a los hombres al bien, luego éste los conduce al mal. Hay, efectivamente, dice Dionisio, una ley fijada inmutablemente por la divinidad, que hace que lo más alto mueva a lo más bajo (97). La respuesta: la cuestión respecto al origen de las obras de los brujos se apoya sobre la influencia de los astros celestes. hay que demostrar, por tanto, que esto no es posible, refutando tres errores que se esfuerzan en afirmarlo, es decir, los de los astrólogos, los de los que hacen horóscopos y los de los lectores de destinos.

Por los primeros: cuando se pregunta si el vicio de la brujería se encuentra provocado entre los hombres por influjo de los astros celestes, entonces, para quedar atentos a la diversidad de los movimientos y salvando la verdad de la fe, hay que hacer una distinción. Que las costumbres de los hombres pueden ser efectivamente causadas por los astros se entiende en dos sentidos: o bien de manera necesaria y suficiente o bien de manera contingente y dispositiva. Si se escoge el primer caso, entonces no es sólo falso, sino herético, pues esto repugna de tal modo a la religión cristiana, que la misma verdad de la feno puede ser salvada. La razón, plantear que todo viene necesariamente de los astros, es suprimir el mérito y, por tanto, el demérito, es suprimir la gracia y, consecuentemente, la gloria. Entonces, por tal error, la honestidad de las costumbres también de prejuicio, la culpa del pecador recae sobre los astros, se concede licencia para obrar mal sin reprensión ninguna y se inclina al hombre a adorar y rendir culto a los astros. Si, por el contrario, se dice que las costumbres cambian de manera contingente y dispositiva a causa de la influencia de los astros, aquí debe haber una parte de verdad, puesto que no repugna ni a la fe ni a la razón. Es claro que las variaciones en las disposiciones del cuerpo hacen mucho para las variaciones de las afeciones y las actitudes del alma: generalmente el alma

sigue las disposiciones del cuerpo, dice el libro de Los seis Principios. De donde los coléricos son irritables; los sanguíneos, benignos; los melancólicos, envidiosos; los flemáticos, perezosos. Pero esto no es fatal: el alma puede dominar al cuerpo, sobre todo cunado se encuentra ayudado por la gracia. Vemos también coléricos que son dulces, melancólicos con buen humor. Cunado el poder de los cuerpos celestes actúa sobre la mezcla y la cualidad de los humores, ello se entiende para decir que tiene una influencia sobre el carácter y las costumbres, pero bastante lejana: más hace a la cualidad de la complexión la influencia de la naturaleza inferior que el poder de los astros. De aquí san Agustín, para resolver la cuestión de los dos hermanos que enfermaban al mismo tiempo y simultáneamente se curaban, y para encontrar la causa se refiriese más a las razones de Hipócrates que a las de los astrólogos. Hipócrates responde, efectivamente, que ello se debe a la similitud de complexión, y el astrólogo, a la identidad de las costelaciones (98). La respuesta del médico es la mejor, porque da la causa más tópica y más cercana. Así, pues, se debe decir que la influencia de los astros dispone a los brujos en cierto modo al mal. Pero en la medida en que predomina una cierta influencia sobre sus cuerpos en el sentido de estas abominaciones, más que en el sentido de otras obras viciosas o virtuosas; esta disposición, empero, no debe decirse necesaria, próxima y suficiente, sino alejada y contingente.

No valdría el que alguno arguyese con el filósofo que los reinos se vaciaron y las tierras se despoblaron en el momento de la conjunción de Jupiter y Saturno. Se argüiría privarían al hombre de su libre albedrío; porque los astros tendrían de este modo un poder sobre la libertad de los hombres. A lo que se responde que el filósofo cuando dice esto no quiere insinuar que los hombres no puedan resistir a estas influencias de los astros que les inclinen a disensiones, que ellos no hayan deseado. Efectivamente, dice Ptolomeo en su Almagesto: el sabio será más fuerte que los astros. Aunque la conjunción de Jupiter y saturno (teniendo Saturno una influencia melancólica y mala, y Jupiter, por el contrario, una influencia benéfica) pueda inclinar a los hombres a la disputa y la discordia, emepro, los hombres pueden resistir a esta inclinación, por su libertad de arbitrio y muy fácilmente con la ayuda de la gracia de Dios. Tampoco vale objetar con una cita de San Juan Damasceno: muchas veces se constituyenlos cometas en signos de la muerte de los reyes (99).Se responde efectivamente que incluso, según la opinión de Damasceno, diferente de la de los filósofos, de ello no se puede concluir nada en cuanto a la necesidad de los actos humanos. Opina, efectivamente el Damasceno, que el cometa no es ni una creación natural ni una estrella colocada en el firmamento; de donde ni su significación ni su influencia son naturales. Dice que los cometas no son de aquellos astros que fueron engendrados desde el principio; han sido constituidos y disueltos en un momento dado por la orden divina. He aquí la opinión del Damasceno; por tal signo, Dios puede anunciar más bien la muerte de los reyes que la de otros, ya porque el rey es un personaje público o ya porque de aquí puede originarse una perturbación para el reino. Pues los ángeles están especialmente encargados de velar sobre los reinos por causa del bien común, y ellos son los encargados de que aparezcan y desaparezcan. Tampoco resulta un obstáculo la opinión de los filósofos, que dicen que el cometa es un condensado cálido y seco, generado en la parte superior del aire cerca del fuego, de cuyo vapor cálido y seco, formando aquel vapor un globo, aparece el cuerpo de la estrella. Las partes de vapor incorporadas a este globo le continúan unidas como sus acompañantes. Según esta opinión, el cometa no causa la muerte por sí mismo., sino por accidente, proviniendo la mortandad de las enfermedades cálidas y sacas. Y como a menudo los ricos se alimentan de cosas calientes y secas, entonces en ese momento mueren muchos ricos, entre los cuales se destaca, sobre todo la muerte de los reyes y de

los príncipes. Pero esta opnión, no es completamente diferente de la del damasceno, si se mira bien, sino en cuanto a la actuación y cooperación de los ángeles, que ni siquiera los filósofos pueden excluir. Efectivamente, allí donde los vapores no podrían nunca con su sequedad y su calor conseguir formar un cometa, los ángeles podrían acudir a menudo por las causas predichas. Como fue el caso de la estrella que indicó el tránsito del doctor Santo Tomás, la cual no era de las que se encuentran en el firmamento, sino que fue formada por los ángeles con la meteria preexistente, y una vez realizado su cometido de nuevo fue disuelta. De aquí vemos que, según todas las opiniones, los astros de los cielos no tienen absolutamente ningún dominio de la libertad, luego tampoco de la maldad o de las costumbres de los hombres. Nota, además, por qué los astrólogos predicen bastante a menudo la verdad y por qué sus juicios valen globalmente para una provincia o un pueblo de la tierra. La razón es porque ellos obtienen sus indicios de los astros, que tienen, según la opinión más probable, una influencia más grande, aunque no inevitable, sobre los actos de la humanidad en general, de una raza o de una provincia, que sobre los de una persona. La influencia de los astros se hace sentir sobre toda una nación mejor que sobre un hombre; y ello porque una parte de la nación sigue mejor los afectos naturales de un cuerpo que cualquier hombre en particular. Pero todo esto se ha tocado incidentalmente.

La segunda de las tres vías para defender nuestra afirmación católica es refutar el erroro de los que hacen de los horóscopos y de los astrólogos (matemáticos) adoradores de la diosa Fortuna. San Isidoro dice a su vez que se les llama genethliacos a causa de su atención a las estrellas del nacimiento; comúnmente se les llama matemáticos. La Fortuna, dice, tiene su nombre de la suerte y es una especie de divinidad que dirige los actos humanos al azar y de una forma fortuita. De aquí que se la llame ciega, porque corre allí y allá sin consideración de los méritos y va hacia los buenos y los malos (100). Pero creer en semejante diosa, creer que las lesiones en los cuerpos y en las criaturas que se han de atribuir a la acción de los brujos no proviene de ellos,sino de esta misma diosa Fortuna, es idolatría. De la misma manera que decir que las brujas han nacido para que tales cosas ocurran es decir algo extraño a la tradición de los filósofos. Si a alguien le agrada que mire al Santo Doctor para encontrar todo esto con mayor amplitud. Aunque en atención a aquellos que quizá no tengan demasiada copia de libros no parece que debemos omitir: hay en el hombre, según él, tres cosas que sufre la influencia celeste: el acto de la voluntad, el acto de la inteligencia, y la acción del cuerpo. El primero viene únicamente de Dios directamente; el segundo viene de los ángeles, y el tercero está influenciado por los cuerpos celestes (101). Las acciones y los buenos deseos son dirigidos inmediatamente por Dios, que inclina todo según su voluntad, porque parece que con mayor fuerza puede resistir; por ello los otros pueden mucho menos. Y el Apóstol: Dios obra en nosotros el querer y el hacer según su voluntad (102). La inteligencia humana se encuentra gobernada por Dios a través de la mediación de los ángeles. En cuanto a las acciones corporales, internas y externas, naturales al hombre, se encuentran reguladas por Dios a través de la mediación de los ángeles y de los cuerpos celestes. El bienaventurado Dionisio dice, efectivamente, que los cuerpos celestes son causa de lo que ocurre en el mundo, pero sin introducirse en él necesariamente (103).

Por tanto, este hombre, guiado según su cuerpo por los cuerpos celestes, según su inteligencia por los ángeles y según su voluntad por la inspiración de Dios, puede ocurriri que, despreciando la inspiración de Dios y de su ángel bueno, se deje llevar por su afecto carnal a las cosas a las que inclinan las estrellas. Entonces voluntad y inteligencia se encuentran rodeadas de malicia y error. Puede que alguno sea llevado por la influencia de las estrellas a estas aberraciones a las que se entregan los brujos; inclinarse a derramar

sangre, al robo, a perpretar incontinencias vergonzosas como a otros actos según la naturaleza. Incluso si, según Guillermo de Auvernia, en su Tratado del Universo, se experimenta que un olivo plantado por una prostituta no da frutos, cosa que no ocurre cuando lo planta una mujer casta (104). Un médico que cura, un labrador que siembra, un soldado que se bate, realizan bajo el influjo de los cuerpos celestes lo que otros no llegan a hacer, aunque empleen los mismos medios.

Nuestra tercera vía de probanza será la de refutar la fe en la fatalidad. Notemos en principio que hay una manera de creer en el destino absolutamente católica y otra absolutamente herética. Si por Hado se entiende lo que algunos paganos y matemáticos, que consideraban que de la fuerza de la posición de las estrellas se causaba infaliblemente la diversidad de costumbres, maléficas o virtuosas de forma necesaria. Ello se debe a una fuerza que proviene de los astros, bajo los que ha tenido lugar su concepción y su nacimiento, y a esta fureza la llaman Hado o Destino. Ahora bien, esta opinión no solamente es falsa, sino herética y absolutamente detestable, a causa de las abominaciones que de ella se seguirían necesariamente (como se dijo antes, rechazando el primer error). Desaparecerían así el mérito y el demérito, e igualmente toda razón de gracia o de gloria; y Dios sería el autor de nuestros actos malos y de otras muchas cosas. Hay que rechazar esta forma de destino, porque no existe. En este sentido habla Gregorio en una Homilía para la Epifanía: que no esté siquiera en el corazón de los creyentes la opinión de que haya un destino (105). E igualmente si esta opinión parece la misma que la primera, que es la de los astrólogos. Se adivinan inconvenientes de una parte y de otra. Empero son diversos en la medida en que difirien la fuerza de los astros y la fuerza de los siete planetas.

El destino puede ser entendido como una especie de disposición de las causas segundas para relaizar las cosas previstas por Dios. En este sentido hay algo en el Destino: La Providencia de Dios realiza por medio de causas mediatas los efectos que se encuentran sometidos a los de las causas segundas. Otros no lo están, como la creación de las almas, la colación de la gracia y de la gloria, incluso si los ángeles pueden cooperar a la infusión de la gracia, iluminando la inteligencia y disponiendo la voluntad a recibirla. Así, un cierto orden de cosas puede ser indistintamente llamado providencia,; considerando en las causas segundas ordenadas por Dios para producir tales efectos, puede en él verse al destino. Así habla Boecio: el destino es una disposición interna de las cosas que cambian, por la cual la providencia las suma a sus órdenes (106). No obstante, los santos doctores han rehusado utilizar tal nombre a causa de los que lo reducen únicamente a la fuerza de los astros; así San Agustín, si alguno quiere atribuir las cosas humanas al Destino, llamando Destino a la voluntad y el poder de Dios, que conserve su opinión, pero que corrija su lenguaje (107).

De todo ello se extrae una respuesta tácita a la cuestión: ¿están todas las cosas sometidas al Hado? ¿También lo están las obras de las brujas? Si efectivamente, se entiende por Destino el orden de las cosas segundas previstas y dispuestas por Dios, como, por ejemplo, a la influencia de los cuerpos celestes. Por el contrario, lo que viene directamente de Dios, como la creación de las cosas, la glorificación de las sustancias espirituales y otras semejantes, todo ello no se encuentra sometido al Destino. Esto es lo que quiere decir Boeciio en el mismo lugar: las cosas próximas a la primera Deidad sobrepasan la movilidad del orden del Destino. De donde las obras de los brujos, que no se encuentran determinadas por las causas segundas, puesto que sobrevienen fuera del curso común del orden de la naturaleza, no tienen su origen en el destino, sino en otras causas.

Los maleficios no son causados por las sustancias que mueven, los cuerpos celestes. Opinión ésta que fue la de Avicena y sus discípulos: éstos arguían que estas esencias separadas tienen un poder más lato que el de las almas; y que el alma misma incluso a

veces, a fuerza de imaginación, o por un simple temor, puede efectuar un cambio en su cuerpo e incluso en el de otro. Por ejemplo, el hombre que se encuentra sobre una viga alta cae fácilmente, porque el temor le hace imaginar la caída; no caería si la viga estuviese en el suelo, donde no tendría que temer la caída. Igualmente por simple aprehensión del alma el cuerpo entra en calor por efecto de la concuspicencia o de la cólera, y se enfría por el miedo. Puede también enfermar, de fiebre o lepra, por una fuerte aprehensión o temor hacia tales enfermedades. Lo que puede sobre su cuerpo lo puede sobre el cuerpo de otro en orden a la salud y la enfermedad, sobre la base de la fascinación, de la que hemos hablado más arriba. Según esta posición, las obras de las brujas deben ser atribuidas a los poderes que mueven las esferas, si no precisamente a los mismos cuerpos celestes. Pero debemos añadir a lo que más arriba dijimos acerca de lo mismo que esto es imposible. Porque los motores de las esferas son sustancias intelectuales buenas, no solamente por naturaleza, sino por voluntad, como se ve por su aación para bien del universo. Por el contrario, la criatura, por la se hacen las obras de los brujos, incluso si es buena por naturaleza, no es buena por voluntad. Luego no se puede llevar el mismo juicio sobrelas dos especies de esencias. En cuanto a probar que la última no puede ser buena por voluntad, se hace como sigue: ofrecersu patrocinio a los que actúan contra la virtud no es característica de un espíritu bien dispuesto. Ahora bien, esto es lo que se cumple en los actos de las brujas. Mostraremos en la segunda parte de esta obra que cometen asesinatos, fornicaciones: matan a los niños y a los animales y realizan toda otra suerte de maleficios, y es en razón de todos estos actos por lo que les viene el nombre de maléficos. Luego no es una voluntad dispuesta a la virtud la sustancia que presta su auxilio a semejantes obras, aunque ella sea buena por naturaleza, porque tiene el ser y todas las cosas lo apetecen, como cualquiera puede ver. Tampoco corresponde a una inteligencia bien dispuesta tener familiaridad con los criminales y protegerles, no haciéndolo con los virtuosos. La brujería no la practican más que los criminales, como queda patente en sus obras. La función de las sustancias que mueven las esferas es ayudar a las criaturas en su inclinación natural para el bien, incluso cuando a menudo se corrompan por accidente. Luego aquellas sustancias no pueden ser la causa original de las brujas. Además, lo propio de una inteligencia bien dispuesta es llevar a los hombres hacia el bien humano y, por tanto, hacia el bien razonable. Por el contrario, apartarlos de él y llevarlos hacia otros bienes ínfimos es obra de un espíritu mal dispuesto. Por estas artes maléficas, los hombres no efectúan ningún progreso hacia el bien razonable, las ciencias o las virtudes, sino que van hacia lo más vil, como son las capturas, los robos y mil otras desgracias. El origen de esto no puede encontrarse en las sustancias separadas, sino en una potencia mal dispuesta respecto a la virtud. Además, no es propio de un intelecto bien dotado considerar como una demanda de socorro los crímenes cometidos. Ahora bien, esto es lo que ocurre en la magia, pues, como se verá, en la ejecución de las obras, se reniega de la fe, se matan niños inocentes. Las sustancias motrices de las esferas, a causa de su bondad, no pueden prestar auxilio a los brujos. Concluyamos, pues: este tipo de artes, del mismo modo que no pueden provenir de los cuerpos celestes, así tampoco de sus motores.

Es preciso que estas obras tengan su origen en el poder de una criatura que no sea buena por voluntad expresa si es buena por naturaleza. Ahora bien, las criaturas de este género son los demonios. Queda afirmar que es por su poder por el que estas cosas tienen lugar. A menos que, por casualidad, alguno proponga otra explicación mucho más frívola: la brujería tendría su origen en la malicia humana con un cierto concurso de los astros ante las amenazas de los brujos y la acción de los amuletos. Por ejemplo, el brujo depositaría la imagen o la estatuilla de alguien diciendo: yo te haré ciego o cojo... Y esto ocurriría porque

el tal individuo desde su nacimiento se encontraría marcado para ejercer tal influjo sobre los demás; y si otros, cualesquieran que sean, profiesen tales palabras, y estuviesen instruídos por el estudio para hacerlo, no obstante no podrían ser eficaces en este género de obras. Vamos a responder con detalle: primero, que tal efecto no parece tener por causa la malicia de los hombres; luego que esto no puede llegar ni por nombres ni palabras mágicas incluso con el concurso de una constelación.

Los maleficios no provienen de la malicia humana. La malicia de los hombres puede ser habitual o actual. Habitual, cuando, por medio de actos frecuentes, adquieren los hombres el hábito que inclina al pecado, no por ignorancia ni por debilidad, sino por malicia. La malicia actual es la elección del mal, que es también pecado contra el Espíritu Santo. Pero en ningún caso se puede sin la ayuda de una potencia más alta realizar maleficios tales como son las mutaciones de los elementos, las heridas corporales inferidas a hombres o bestias. Esto se declara en primer lugar por parte de la causa, y en segundo, por parte del efecto maléfico. En principio lo que el hombre no puede realizar sin malicia y, por tanto, sin disminución de su naturaleza, lo puede mucho menos con una naturaleza disminuída, estándolo tambén la potencia de la acción. Se sabe que los pecados de malicia, cualesquieran que sean, disminuyen la naturaleza del hombre. La autoridady la razón lo prueban. Pues Dionisio, hablando del pecado, dice: el mal es un efecto natural de una manera de ser; nadie hace el mal a plena conciencia, sino a causa de una cierta carencia (108). Responde: el bien de la gracia se sitúa por relación al mal de la naturaleza, como el mal de la falta por relación al bien de la naturaleza. Ahora bien, la gracia disminuye el mal de la naturaleza, la concuspicencia que inclina al pecado; así el pecado, a fortiori, disminuye el bien de la naturaleza. El caso de la fascinación no es una objeción, cuando a veces un niño se encuentra cambiado y fascinado, porque una vieja le mira con malicia con malicia. Puesto que, como se ha dicho, esto puede ocurrir más que a los niños, como consecuencia de la debilidad de su complexión. Pero aquí se trata de los cuerpos de cualquier hombre o animal, o incluso de los elementos en las tempestades. Si alguno quiere comprenderlo mejor, que vaya a ver al santo doctor en la Cuestión sobre el mal: ¿Puede el pecado corromper todo el bien de la naturaleza? (109).

Se demuestra también a partir de los efectos de la brujería: por los efectos se llega al concimiento de la causa. Los efectos que sobrevienen fuera del orden de la naturaleza creada conocida por nosotros, y que proceden de una causa creada desconocida de nosotros, estos efectos no son propiamente milagrosos, al igual que los que sobrevienen fuera del orden de toda la naturaleza creada, los que realiza con su poder Aquel que está por encima del orden de toda la naturaleza creada, Dios bendito, en el sentido que se dice: Tú eres el único que haces grandes maravillas. Los efectos mágicos se llaman milagrosos, en tanto proceden de una causa desconocida de nosotros, estos efectos no son propiamente milagros, de la misma manera que los que sobrevienen fuera del orden de la totalidad de su naturaleza conocida de nosotros. De donde se concluye que el poder corporal del hombre no puede extendersehasta provocar estas obras, porque tiene simpre la propiedad de ser una causa conocida con su efecto y sin sorpresa posible. Que los efectos mágicos, pueden ser llamados milagros en cierto modo, en la medida en que exceden el conocimiento humano, se admite al considerar que su origen no es natural. Se ve también en todos los doctores, sobre todo San Agustín, que dice en el libro de las ochenta y tres cuestiones: por las artes mágicas tienen lugar con frecuencia milagros semejantes a los que hacen los servidores de Dios. Y más adelante: los brujos hacen milagros en virtud de pactos secretos; los buenos cristianos, por su justicia reconocida; los malos cristianos, a causa de sus apariencias de justicia. Todas estas cosas hay que

comprenderlas así: la Justicia de Dios se encuentra en el universo entero como la cosa pública en la ciudad. La virtud de cada criatura en el hombre virtuoso es como la virtud de una persona privada en la ciudad. De donde los buenos cristianos, que hacen milagros por la justicia divina, se dice que los hacen por la justicia pública. El mago, que actúa por medio de un pacto establecido con el demonio, se dice que actúa por por un contrato privado: porque actúa por medio del demonio que, con su poder natural, puede hacer algo fuera de l orden de la naturaleza creada conocida de nosotros. Esto será un milagro a nuestros ojos, pero no absolutamente, puesto que no puede obrar fuera del orden total de la naturaleza ni según todas las virtudes ignoradas por nosotros en las criaturas (110). Así, efectivamente, decimos que únicamente en Dios está el poder de hacer milagros. Según aquello: tú eres Dios, que haces tú solo grandes maravillas. Los malos cristianos hacen milagros según las apariencias de la justicia pública: la invocación del nombre de Cristo, la ostensión de las cosas santas. Si alguno quiere, que vaya a ver en Santo Tomás, en la Suma Teológica (111). Puede también notar lo que decimos en el capítulo sexto de la segunda parte. En segundo lugar, las obras de los brujos no provienen tampoco de las palabras pronunciadas por cualquire hombre sobre cualquier imagen, bajo no importa que constelación. El intelecto del hombre es de esta disposición: para conocer has de partir de las cosas. Para comprender tenemos necesidad de partir de fantasmas. No es propio de nuestra naturaleza, mediante un simple concepto o una operación interna del espíritu, el causar cosas exteriores o cambiar las cosas, pronunciando palabras simplemente. Los hombres que tuviesen un poder semejante no serían de la misma naturaleza que nosotros; aplicarles la palabra hombre sería equívoco. De donde se dice que si los brujos hacen estas cosas por medio de palabras, pero con el concurso de los astros de su nacimiento, ¿qué ocurre para que ellos puedan pronunciar estas palabras, que sólo en sus labios son eficaces, mientras que otros las pronuncian sin resultado? ¿Ocurre, simplemente, porque los astros trabajan únicamente en su favor? Todo esto suena a falso después de cuanto hemos dicho de los astrólogos, de los que hacen horóscopos y del intérprete del Destino. Además, las palabras expresan los conceptos del espíritu, y los cuerpos celestes no pueden transmitir inteligencia. Ahora bien, esto no puede hacerse más que para las obras buenas, puesto que para las malas no es necesaria la iluminación, sino el oscurecimiento de la inteligencia; aquello es obra de los buenos ángeles y no de los malos. De aquí resulta que si sus palabras hacen algo, ello no es debido a la virtud de los cuerpos celestes, sino por la asistencia de una potencia inteligente; ésta, buena por naturaleza, no puede ser buena por voluntad, puesto que sin cesar trama el mal. Tal es el diablo: ya se ha dicho más arriba. Tampoco pueden hacer tales cosas en virtud de imágenes que serían irradiadas por los astros: tales imágenes, por más que estuviesen marcadas de los carácteres y de las imágenes más diversas, continúan siendo obra del hombre que las fabrica; los cuerpos celestes tienen efectos que son naturales, condición que no comparten con los efectos de los brujos llamados maléficos, porque conducen al mal a las criaturas y proceden fuera del orden habitual de la naturaleza. Luego el argumento no vale. Además, como también se ha dicho, hay dos tipos de imágenes: las dela astrología y las de la magia, que están ordenadas no a la destrucción de alguien, sino a conseguir su bien. Las de los brujos son completamente distintas. Están situadas secretamente en algún lugar y siempre están destinadas a dañar a las criaturas con el fin de que aquellos que caminan o descansan sobre ellas se sientan heridos, como desean los brujos. De aquí que se debe concluir que es por actuación de los demonios por lo que los brujos causan el mal y no por influencia de los cuerpos celestes.

Respuesta a las objeciones: Ante la primera se dirá que la palabra de San Agustín ha de comprenderse de esta forma: que la causa de la depravación del hombre lleva a la voluntad

de éste, como a la causa eficiente que es la causa propiamente dicha. No ocurre igual con la causa que permite, que dispone, que aconseja, que ordena: todo modo de actuar según el cual el diablo se dice que es la causa de la depravación y del pecado del hombre por manera de consejo, disposición o precepto. Dios permite solamente que el mal llegue para el bien, como dice San Agustín (112). El diablo actúa por sugestión interior, porque él activa la persuasión por estimulación interna y externa; pero no manda más que a los que están entregados a él, como los brujos, que no tienen necesidad de sugestión interna, sino externa únicamente.

LLegamos de esta forma al segundo argumento, cada cual es la causa de su propia malicia. Frente a toda prueba, la respuesta es claramente ésta: repugna al libre albedrío estar movido por manera de precepto y no por manera de sugestión.

Al tercer argumento: los impulsos al bien o al mal que vienen de los astros son causas dispositivas y el movimiento causado hay que tomarlo como una inclinación natural a la virtud o al vicio. Por el contrario, las obras de los brujos, que sobrepasan el orden común de la natuiraleza no pueden depender de estos influjos.

El sentido del cuarto argumento es igualmente claro: los astros son causa de los actos humanos, pero estos actos de los brujos no son verdaderamente actos humanos.

Al quinto argumento: que los motores de los orbes celestes pueden imprimir deseos en las almas, si se entiende de una manera directa, hay que decir que iluminan para el bien, pero no es para los actos maléficos; si se entiende influencia mediata, se debe decir que no es más que dispositiva e indirecta.

En sexto lugar, si los demonios perturban a los hombres en ciertas fases de la luna, es por dos razones: primera, porque quieren deshonrar a una criatura de Dios como la Luna, en opinión de San Juan Crisóstomo; en segundo lugar, porque, como queda dicho, no pueden actuar sino por mediación de ciertas fuerzas naturales. De aquí que estudien las aptitudes de los cuerpos para recibir las impresiones, y, además, porque, como dice Aristóteles, con todos los naturalistas, el cerebro es la más húmeda de todas las partes del cuerpo y es el más senible a la acción de la Luna, perturban la imaginación del hombre cuando se aperciben de que el cerebro se encuentra dispuesto a ello (112). Igualmente, si los demonios están presentes como consejeros en ciertas constelaciones, ello es por dos razones: la primera, para inducir a los hombres al error de creer que hay una divinidad en los astros; la segunda, porque estiman que bajo ciertas constelaciones la materia corporal es más apta para producir los efectos que ellos aconsejan.

Finalmente, en cuanto a lo que dice San Agustín: por medio de ciertas especies de piedras, de hierbas, de maderas, de animales, de cantos o de instrumentos músicos se atrae a los demonios. (113). No como los animales son atraídos por la comida, sino como espíritus atraídos por los signos de las cosas; para ellos, signos del honor divino del que están envidiosos. Con frecuencia es verdad que algunos objetan que los demonios pueden verse impedidos de atacar a los hombres si tropiezan con ciertas hierbas o con música, como el argumento lo dijo más arriba a propósito de Saúl y el arpa. De aquí intentan probar que algunos podrían producir efectos mágicos por medio de ciertas hierbas u otros medios ocultos, sin ningún auxilio del demonio, simplemente con el influjo de los cuerpos celestes que pueden actuar sobre las cosas corporales en el mismo sentido que los demonios para los efectos mágicos. Puesto que aquí hay que contestar con mayor detalle, se debe notar en principio que estas hierbas ymúsicas no puedenpor su virtud natural excluir totalmente la humillación que el diablo puede infligir al hombre, con permisión de Dios y de los ángeles buenos. Se puede, empero, reducirla al extremo de hacerla tan débil que aparezca como eliminada. Pero si estas cosas hacen esto, no lo hacen actuando sobre el demonio mismo,

que es un espíritu separado sobre el que los cuerpos no pueden actuar: actúan sobre la víctima del diablo misma. Efectivamente, toda causa de potencia limitada puede producir un efecto más grande si la materia está dispuesta que si no lo está; en este sentido van las palabras del filósofo: el acto de los agentes se realiza sobre un paciente predispuesto (114). Ahora bien, el demonio es un agente de potencia limitada; luego puede ejercer una vejación más importante sobre un hombre predispuesto a esta vejación o a cualquiera otra cosa a la que quiera conducirle que sobre otro de disposición contraria. De este modo, el diablo puede hundir más intensamente en la melancolía a un hombre predispuesto a esta pasión que al hombre de predisposisción contraria. Ahora bien, es cierto que las hierbas y los olores pueden cambiar mucho la disposición del cuerpo y, en consecuencia, los movimientos de la sensibilidad. Se ve por lo que hace a las hierbas: unas inclinan a la alegría, otras a la tristeza, etc. También es evidente de la música: el filósofo quiere que músicas diversas puedan provocar pasiones diversas en el hombre. Boecio también lo dice en su Tratado de la Música, y el autor del Tratado del origen de la ciencias, donde, hablando de la utilidad de la música, dice que tiene el poder de curar y aliviar diversas enfermedades. Luego, permaneciendo todas las demás cosas iguales, pueden hacer más llevadera la vejación diabólica. (115).

Por el contrario, no veo de qué forma hierbas y músicas podrían causar tal disposición en un hombre que no pueda ser vejado por el demonio, si no al menos Dios lo permitiese. El diablo, no haciendo otra cosa que remover los humores con un movimiento local, podría por medio de un movimiento desordenado del espíritu perturbar mucho a un hombre. Las hierbas y las músicas no podrían por su fuerza natural causar ninguna disposición, para impedir al demonio realizar las susodichas perturbaciones. Ocurre, empero, a veces, que no se permite al diablo hostigar a un hombre, sino con una turbación tan pequeña que pueda ser suprimida con unafuerte disposición contraria que suprimiría totalmente la turbación. Por ejemplo, el diablo podría turbar al hombre con un movimiento de tristeza de unaforma tan débil que, con ayuda de unas hierbaso músicas que causen la dilatación y una expulsión de los espíritus contrarios a la tristeza, se la suprimiría totalmente. Cunado, por otra parte, habla San Agustín, para condenarlosde los amuletos y otras cosas, atribuyendo a la magia su virtud en la medida que sobrepasa su fuerza natural, la cosa está clara para aquello de lo que habla, porque lleva a este género todos los amuletos y remedios que condenan las escuelas de medicinas opuestas a su uso en la medida en que no tienen ninguna eficacia por su propia virtud (116),

Finalmente, respecto de lo que dice la Escritura de Saúl atormentado por el demonio y aliviado cuando David tocaba la cítara ante él, porque el mal espíritu retrocedía: hay que declarar que es completamente cierto que el pulsar de la cítara, por la virtud natural de la música, endulzaba una tanto la natural aflicción de Saúl, en la medida en que calmabasus sentidos por el de oído y le hacía menos sensible al sufrimiento. Pero la razón por la que la espíritu malo se retiraba cuando david tocaba la cítara era a causa del poder de la Cruz. Es lo que expresamente se diceen la correspondiente glosa a este texto: David, experto en música, hábil en sonidos armoniosos, era signo de la Unidad de la Esencia que resuena cada día de modos diversos. El espíritu malo era rechazado por la cítara no porque existiese semejante virtud en la cítara, sino en la señal de la cruz: sobre el árbol de la cruz, las cuerdas de las venas extendidas, colgaba Aquel que ya hacía huir a los demonios (117).

CUESTIÓN VI

ACERCA DE LAS MISMAS BRUJAS QUE SE SOMETEN A LOS DEMONIOS

Para esta nueva dificultad en la manera de abordar este entero??? de torpezas, varias cosas pueden constituir problema. En primer lugar, por parte de los demonios: Primero, ¿de qué elemento está formado el cuerpo asumido? Segundo, ¿tiene lugar siempre el acto con infusión de semen recibido de otro? Tercero, acerca del problema del tiempo y el lugar, ¿se ejerce este acto con preferencia en un tiempo sobre otro? uart, ¿es invisible este acto para los asistentes? Por parte de las mujeres: Primero, ¿únicamente las nacidas de estas torpezas son visitadas por el diablo? Segundo, ¿ocurre más fácilmente con aquéllas mujeres a las que ofreció el diablo la partera en el momento de su nacimiento. Tercero, ¿es cierto que en estos actos es más débil el placer venéreo?

Respecto de todo esto, vamos a responder en general: en la segunda parte de la obra cada cosa será explicada por sus obras, como se dirá en el capítulo cuarto. Ahora nos ocupamos de nuestra segunda división general: primero, ¿por qué este género de perfidia se encuentra sobre todo en el sexo débil, con preferencia a los hombres? Lo abordaremos con una cuestión general acerca de las mujeres y su condición; con una segundaespecial sobre el género de mujeres que más se inclinan a este género de superstición y maleficio; finalmente una tercera especial, respecto de las parteras cuya malicia supera a todas las demás.

Pasemos al primer punto: ¿Cómo es que un sexo tán débil como el de las mujeres se encuentran muchas más brujas que entre los hombres? No sirve para nada allegar argumentos en sentido contrario, porque la experiencia misma, además de una serie de palabras dignas de fe, hacen creíbles tales testimonios. Digamos, sin despreciar un sexo en quien Dios, para nuestra confusión, ha hecho obras de poder, que, por encima de las diversas razones, alegan gentes diversas, concordando todas en lo principal. De aquí que esta cuestión sea predicable de las mujeres: ellas gustan oir hablar, como la experiencia lo demuestra, siempre que se haga discretamente.

Algunos doctores dan esta razón: hay, dicen, tres elementos en la naturaleza de las cosas: la lengua, el eclesiástico y la mujer, que no saben mantener el justo medio en cuanto a la bondad y la malicia. Cuando pasan los límites de la condición común, alcanzan un alto grado de virtud o de vicio. En la bondad, cunado se encuentran dirigidas por un espíritu bueno, son excelentes. En la malicia, cuando son regidas por un mal espíritu, se hacen las peores. Por lo que respecta a la lengua, la cosa está clara: por su acción muchos reinos han pasado bajo el yugo de la fe cristiana; el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en forma de lenguas de fuego; otros sabios predicadores lamen cada día con su lengua de perros las llagas y úlceras de Lázaro enfermo; según la palabra de la Escritura: por lengua, tus perros arrancan las almas a los enemigos (118). De donde el jefe y padre de los predicadores fue anunciado bajo la forma de un perrillo que ladraba y que llevaba una antorcha ardiendo en su hocico; para que con su ladrido ahuyente hasta el presente a los heréticos lobos de los rebaños de las ovejas de Cristo. También constituye experiencia cotidiana que la lengua de un solo hombre pueda impedir los estragos de una multitud de hombres. De donde se comprende que no han sido pronunciadas en vano las alabanzas de Abraham en torno a esto: sobre los labios del hombre prudente se encuentra sabiduría. La lengua del justo es plata pura; el corazón de los malvados es de poco precio. Los labios del justo alimentan a una multitud, pero los insensatos mueren en la pobreza. Y añade, porque es propio del hombre hacer proyectos y del Señor gobernar la lengua. Acerca de la mala

lengua encontrarás lo siguiente: la tercera lengua alteró a muchos y los ha dispersado de una nación a otra; ha destruído ciudades fortificadas y ha hundido casas principales (119). Se la llama aquí tercera lengua a la de aquellos que hablan con imprudencia o maldad, en medio de dos partes contraias.

Por lo que concierne a los eclesiásticos, es decir, a los clérigos y religiosas de uno y otro sexo; tenemos al Crisóstomo comentando aquello de: "expulsó a los vendedores del templo". De la misma forma que todo bien procede del sacerdocio, igualmente todo mal. Jerónimo escribe en su Epístola a Nepociano: Huye del eclesiástico negociante que ha pasado de la pobreza a la riqueza y de la vergüenza a la honra, como de la peste. Y el bienaventurado Bernardo, en sus Homlias sobre el Cantar de los Cantares: si surgiese un hereje declarado, lo echaría fuera y se secaría; si fuese un enemigo violento, los buenos quizá se ocultasen de él. Pero ¿cómo expulsar y cómo ocultar hoy? Todos son amigos y, no obstante, todos enemigos; todos son familiares y ninguno quiere la paz; todos son prójimos y todos buscan su interés. Y en otro lugar: Nuestros prelados se han convertido en Pilatos, nuestros pastores en esquiladores. Y habla de los prelados de los religiosos, que oprimen con grandes cargas a los inferiores, mientras que ellos no mueven un dedo. Y Gregorio, en su Regla pastoral, dice: Nadie hace mayor daño a la Iglesia que aquel que teniendo nombre y rango de santidad actúa de manera perversa, porque nadie se atreve a reprender a este culpable y la falta se extiende como un poderoso ejemplo, del hecho mismo de que el pecadorse vea honrado con título y rango. Respecto de los Religiosos, el bienaventurado San Agustín escribe a Vicente el Donatista: confieso simplemente a vuestra caridad ante el Señor Nuestro Dios, que es testigo de mi conciencia, desde que he comenzado a servirle: creo que no puedeencontrarse nada mejor ni peor que entre ellos que se crecen o que degeneran en los monasterios.

De la malicia de las mujeres habla mucho El Eclesiástico: no hay peor que el veneno de la serpiente, no hay peor odio que el odio de un enemigo (de la mujer) . Preferiría vivir como un león o con un dragón que con una mala mujer... Y concluye: toda malicia es nada comparado con la malicia de una mujer. De donde Crisóstomo, hablando sobre el texto de Mateo, no conviene el casarse, dice: qué otra cosa es la mujer sino la enemiga de la amistad, la pena ineludible, el mal necesario, la tentación natural, la calamidad deseable, el peligro doméstico, el perjuicio delectable, el mal de la naturaleza pintado con buen color. De donde puesto que repudiarla es pecado, y hay que conservarla, entonces nuestro tormento es fatal: o bien cometer un adulterio repudiándola o vivir en medio de disputas cotidianas (120). Tulio Cicerón también dice en su Retórica: las numerosas pasionesdel hombre le conducen cada uno a su vicio; pero una sola pasión conduce a las mujeres a todos los vicios; en la base de todos los vicios de las mujeres se encuentra la envidia. Séneca dice también en sus Tragedias: Una mujer o ama u odia, no existe tercera vía. Una mujer que llora engaña: hay dos géneros de lágrimas en los ojos de las mujeres: unas para el dolor, otras para la insidia. Una mujer que piensa sola, piensa mal.

Sin embargo, también existe el elogio de las mujeres buenas, cuando leemos que han hecho la felicidad de los hombres. Han salvado a pueblos, tierras y ciudades, como Judith, Déborah y Esther. De donde el Apóstol escribe a los Corintios: Si alguna mujer tiene un marido, y éste consiente en cohabitar con ella, no repudie el varón (infiel); el varón infiel será santificado por la mujer fiel. Por eso dice el Eclesiástico: Feliz el esposos cuya mujer es excelente; el número de sus años se doblará. Y casi todo el capítulo se dedica a hacer alabanza de la buena mujer. Igualmente en los Proverbios encontramos el elogio de la mujer fuerte (121). Todas estas cosas también han resplandecido en las mujeres del Nuevo Testamento; las vírgenes y otras santas mujeres han conducido por su fe reinos enteros

desde el culto de los ídolos a la religión cristiana. Si alguno quiere, que lea a Vicente de Beauvais en su Espejo histórico: verá las maravillas de conversión del reino de Hungría por los ruegos de la cristianísima Gisela; y respecto del reino de los Francos convertido por la pura Clotilde, casada con Clodoveo... (122). De aquí que los vituperios que se leen puedan interpretarse como ataques contra la concuspicencia de la carne, comprendiendo a la mujer, a la que se reputa como signo de la concuspicencia, según aquéllo: Encontré a la mujer más amarga que la muerte y a la mujer buena sometida a la concuspicencia de la carne.

Hay algunos que asignan otras razones al hecho de que haya más mujeres que homnbres sometidas a la superstición. La primera es que las mujeres son más crédulas, de donde, como el demonio intenta, sobre todo, corromper la fe, las ataca con preferencia. Efectivamente, aquel que tiene su confianza fácil muestra su ligereza, dice el Eclesiástico (123). La segunda razón es que las mujeres son, naturalmente, más impresionables y están más dispuestas a recivir las revelaciones de los espíritus separados. Esta complexión, cunado se emplea para el bien, las hace muy buenas; de otro modo, son muy malas. La tercera, finalmente, es que tienen una lengua mentirosa y ligera: aquello que aprenden en las artes mágicas lo ocultan dificilmente a las otras mujeres amigas suyas, y como son débiles intentan una venganza fácil por medio de los maleficios. De donde el Eclesiástico, una vez más: Preferiría vivir con un león o con un dragón que con una mujer mala. Toda malicia es nada comparada a la malicia de la mujer (124). Y se podría añadir: inconstantes en el ser, también lo son para la acción. Otros aportan otras razones todavía, pero los predicadores deben proponerlas con precaución. Conviene decir que, aunque en el Antiguo Testamento la mayor parte de la Escrituras se refieren, en la mayoría de los casos, al mal de las mujeres, y esto a causa de la primera mujer pecadora, Eva, y de sus imitadoras, en el Nuevo Testamento, a causa del cambio del nombre Eva en ave, según Jerónimo, todo cuanto la maldición de Eva nis ha inflingido, la bendición de María nos lo ha reparado (125). De esta forma siempre se puede predicar a este respecto muchas cosas de alabanza.

Pero, puesto que en los tiempos modernos la perfidia de la brujería se encuentra con mayor frecuencia entre las mujeres que entre los hombres, como la experiencia nos enseña, nosotros, que aspiramos a fijar la causa de la mejor forma posible, podemos repetir lo dicho: Dado que son débiles en las fuerzas del cuerpo y del alma, no es extraño que pertendan embrujar a aquellos a quienes detestan. Por lo que hace al intelecto o a la comprensión de las cosas espirituales, parecen de una menra diferente a la de los hombres: lo cual es un hecho apoyado por la autoridad de la razón, con muchos ejemplos en la Escritura. Terencio dice en Hecyra: Las mujeres son casi como niños por la ligereza de su pensamiento. Y Lactancio en sus Instituciones: ¿Qué mujer ha aprendido la filosofía fuera de Temeste? Y el Libro de los Proverbios dice como describiendo a la mujer: La mujer hermosa y fatua es un anillo de oro en el hocico de un cerdo (126).

Además de ello, la razón natural explica ques más carnal que el varón, como se demuestra por sus múltiples torpezas carnales. Podría notarse además, que hay como un defecto en la formación de la primera mujer porque fue formada de una costilla curva, es decir, de una costilla del pecho, que está torcida y es como opuesta al varón. De este defecto procede también, que como es animal imperfecto, siempre engaña. Así puede decir Catón: Cuando la mujer llora está intentando engañar. Y se ve en el caso de la mujer de Sansón: Asaltándole por todos los lados para conocer el enigma puesto por éste a sus paisanos filisteos, y en el momento en que se lo hubo expuesto, ella se lo reveló y de esta forma lo engañó. Ya se ve también en el caso de la primera mujer: Por naturaleza tiene la mujer una fe más débil, cuando dijo a la serpiente que le preguntaba por qué no comían de todos los árboles del paraíso: Podemos comer ... salvo del fruto del centro del jardín... por temor de

morir (127). Por aquí se revelaba dudosay no tener fe en las palabras de Dios. Todo lo cual lo demuestra la etimología del nombre. Fémina viene de Fe y Minus, porque siempre han tenido menos fe. Lo cual ocurre también, por naturaleza, en cuanto a la fidelidad; pero, por naturaleza y por gracia, en la bienaventurada Vírgen María nunca desfalleció en la fe, mientras que se debilitaba entre los hombres al tiempo de la pasión de Cristo. Luego, una mala mujer que, por naturaleza, duda más rápido en la fe, también más rápida abjura de ella, lo cual es fundamental en las brujas.

Por lo que respecta a otra potencia del alma, es decir, a la voluntad natural: Cuando odia a alguno que primero haya amado, entonces arde de cólera y de impaciencia; como las olas del mar están sin cesar en ebullición y en movimiento, así ella está completamente enfurecida. Muchas autoridades hacen alusión a este respecto. Primero el Eclesiástico: No hay malicia que supere a la de la mujer. Séneca en sus Tragedias: Ninguna fuerza, ni la de la llama, ni la del viento furioso, ninguna amenaza, ni siquiera la del dardo torcido, es tan temible como la de la una esposa repudiada, ardiendo en el fuego de un odio envidioso (128). Se ve también en la mujer que acusa falsamente a José y le hace meter en prisión porque no quiso consentir en un adulterio criminal, según el Génesis (128). Realmente la causa principal que contribuye a la multiplicación de las brujas es el doloroso duelo que se mantiene entre las mujeres casadas y no casadas y los varones. Si esto ocurre incluso entre las santas mujeres, ¿qué no ocurriría entre las otras? ves en el Génesis, cuanta fue la impaciencia y la envidia de Sara por Agar después de que ésta hubo concebido (129). Y la envidia de raquel contra Lía a causa de los hijos que ella no podía tener (130). La de Ana que ya era estéril contra Fenena fecunda (131). La de Myriam contra Moisés, sus murmuraciones, sus críticas que le valieron verse herida de la lepra (132). La de Marta por Magdalena que permanecía sentada mientras que su hermana servía. De donde se comprende la sentencia del Eclesiástico: trata con la mujer de aquello que te envidia: como si dijese que no debe tratarse con ella, porque su rivalidad y la envidia están presentes en la mala mujer (133). Y si entre ellas disputan de este modo, ¿qué cosa no harán contra los hombres? He aquí porque Valerio cuenta que Boroneo, rey de los Griegos, dice a su hermano Leoncio: Nada me hubiese faltado para una felicidad perfecta si me hubiese faltado una mujer. A lo que responde Leoncio: ¿Cómo puede ser obstáculo a la felicidad una esposa? El contestó: todos los maridos lo saben. Habiéndose interrogado a Sócrates el filósofo acerca de si debía tomarse mujer, respondió: si no la tomas vivirás en la soledad, con tu muerte terminará tu estirpe, y un extraño será tu heredero. Pero si la tomases, ello será inquietud perpetua, querellas amargas, reproches sobre la dota, pesadez sobre las relaciones, entrecejo, soportar la lengua charlatana de la suegra, el engaño, la llegada de hijos dudosas. Todo lo cual lo decía como experto, pues como dice San Jerónimo contra Joviniano: Sócrates tuvo dos esposas, que soportó con mucha paciencia, sin poder librarse de sus humillaciones ni de sus clamores amargos. De donde, un día que ambas gritaban contra él, salió de la casa para huir a sus insultos; pero cuando estaba sentado en la puerta arrojaron sobre él agua sucia. El filósofo no se inmutó a pesar de ello, diciendo: Ya sé que tras el trueno viene la lluvia (134). Se cuenta también de otro cuya mujer había caído en un río, que buscando el cadáver para sacarlo del agua, marchaba a contra corriente. Cuando le fué preguntado el por qué, respondió: Esta mujer ha ido siempre, durante su vida, contra mis palabras, mis gestos, mis órdenes; por ello, ahora que está muerta busco contra corriente, no sea que incluso después de muerta haya conservado las mismas costumbres (135). Así pues, de la misma forma que por su falta de inteligencia llegan fácilmente a renegar de la fe, así por este segundo defcto, es decir, estas pasiones y afectos desordenados, llegan a madurar e infligir diversas formas de venganzas, ya por sí mismas

ya por otros medios. Luego no es demasiado sorprendente que exitantantas brujas de este sexo.

Por lo demás, en cuanto al defecto de la memoria, es un defecto natural en ellas no querer ser gobernadas, sino seguir sus movimientos sin ninguna traba; éste es todo su cuidado y ello ocupa toda su memoria. De donde Teofrasto: Si entregáis a vuestra mujer toda vuestra casa para servirla, y si os reserváis el más nimio detalle, pensará que no se la tiene en la suficiente confianza y suscitará disputas; y a menos que no proveáis a ello muy rápidamente se irá a preparar venenos, consultar harúspices, adivinos, etc., y aquí están los maléficos (136). Acerca de este dominio de las mujeres escuchad además a Tulio Cicerón, en su Paradojas: ¿Es libre aquel a quien su mujer impone leyes, le manda, le da preceptos y órdenes; le prohíbe hacer lo que él desea, el que no puede ni se atreve a negarse cuando su mujer le manda alguna cosa? Por lo que a mí respecta, pienso que no hay sino llamarle esclavo, sino el peor de los esclavos, incluso cuando procede de la más noble familia (137). Y de nuevo Séneca, en el personaje de la Medea Furiosa: Por qué dudar, alma mía. Sigue tu feliz impulso. Qué poca cosa, al lado del resto, es esta parte de la venganza que tanto te regocija. Allí aporta una serie de elementos que muestran que la mujer no quiere ser gobernada, sino seguir su instinto incluso para su pérdida. De la misma forma que se lee de muchas mujeres, que, o por amor o por dolor, porque no pudieron cumplir sus venganzas se mataron a sí mismas (138). Jerónimo, comentando a Daniel, lo relata de Laodicea, mujer de Antíoco, rey de Siria. Envidiosa de verle amar de preferencia a Berenice, su otra esposa, hizo matarprimero a Berenice y a su hija por Antíoco, y después se envenenó. ¿Por qué? Para no depender del rey sino de su instinto (139). De donde la justa reflexión de Crisóstomo: ¡Oh mal peor que todos los males! La mala mujer, ya sea rica o pobre, si está casada con un rico, no cesa día y noche de excitar a su marido con palabras insidiosas, malamente envidiosas y violentamente inoportunas. Si por el contrario, es la mujer de un pobre, no cesa de incitarlo a la cólera y a la disputa. Si queda viuda, entonces, por todas partes desprecia a todos, y el espíritu de los soberbia le inflama atoda audacia (140). Si buscamos bien, encontraremos que casi todos los reinos del mundo han sido alterados por causa de las mujeres. El primer reino feliz, si lo hubo. el reino de Troya, a causa del rapto de una mujer, Helena, fue destruido y millares de griegos muertos. El rey de los judios sufrió gran cantidad de exterminios a causa de la perversa Jezabel y de su hermosa hija Atalia, reina de Judá, que había hecho morir a los hijos de su hijo para reinar ella en su lugar; una y otra perecieron. El reino de los romanos sufrió grandes males a causa de Cleopatra, reina de Egipto, la peor de todas las mujeres. Y así se podría decir de otras muchas. Luego no es sorprendente que el mundo padezca todavía de la malicia de las mujeres.

Finalmente, examinando los carnales deseos de su cuerpo: ¿de dónde proceden tan innumerables males para la vida humana? A justo título podríamos citar con Catón de Utica: si el mundo pudiese estar sin mujeres no viviriamos jamás sin los dioses. Pues realmente, si no existiese la malicia de las mujeres, sin decir nada, incluso, de las mujeres, el mundo quedaría entonces libre de perjuicios innumerables. Valerio escribe a Rufino: Tú no sabes que la mujer es una quimera, pero debes saberlo. Este monstruo toma una triple forma: se presenta bajo la forma de un león radiante; se mancha con un vientre de cabra; y está armada de la venenosa cola de un escorpión. Lo que quiere decir: su aspecto es hermoso, su contacto fétido; su compañía mortal (141).

Escuchemos algo todavía respecto de otra de sus particularidades: la voz mentirosa por naturaleza lo es en su lenguaje, pues pica encantando. De donde la voz de las mujeres es comparada al canto de las sirenas, que por su dulce melodía atraen a los que pasan y los matan. Matan, efectivamente, porque vacían la bolsa, quitan las fuerzas, y obligan a perder

a Dios. De aquí que Valerio diga todavía a Rufino: Cuando habla es una delicia, pero el pecado es doloroso: la flor de Venus es la rosa, porque bajo su púrpuratiene muchas espinas. Comparad con los Proverbios: más untuosa que el aceite es su palabra, pero la salida es amarga como el absinto. E igualmente, respecto de su caminar, su estar y su atuendo y mantenimiento: allí está la vanidad de las vanidades. No hay hombre alguno en el mundo que trabaje para agradar al Dios de bondad, tanto como una mujer ordinaria se las ingenia en sus vanidades para agradar a los hombres (142). De ello se encuentra un ejemplo en la vida de Santa Pelagia cuando entregada al mundo, recorría Antioquía con un extravagante atuendo. Un santo Padre, de nombre Nonnus, la vio y comenzó a llorar, diciendo a sus compañeros que durante toda su vida no había sido tan ardiente para agradar a Dios... Finalmente, gracias a sus oraciones, ella se convirtió (143). He aquí lo que hace lamentarse al Eclesiástico, y también a la Iglesia, a causa de la inmensa multitud de brujas: encontré a la mujer más amarga que la muerte, es un lazo de cazadores, una red su corazón, y sus brazos son cadenas. Quien agrada a Dios la huye, pero el cazador se encuentra aquí preso. Más amarga que la muerte, es decir, que el diablo, cuyo nombre es es la muerte (peste), según el Apocalipsis (144). Pues aunque fue el diablo quien condujo a Eva al pecado, fue Eva quien sedujo a Adán. Y el pecado de Eva no nos hubiese, conducido a la muerte del alma y del cuerpo, sino hubiese sido seguido de la falta de Adán, a la cual le arrastró Eva y no el diablo: luego se la puede decir con verdad más amarga que la muerte. Más amarga que la muerte aún: porque si ésta es natural, mata unicamente el cuerpo; pero el pecado que comienza con la mujer mata al alma, privándola de la gracia, y arrastra igualmente el cuerpo en castigo por el pecado. Más amarga que la muerte también: pues la muerte corporal es un enemigo temible pero manifiesto, la mujer, por el contrario es un enemigo encantador y disimulado. Por todo es más amargo y más peligroso, este lazo que el de los cazadores, porque es el de los demonios. Los hombres no se encuentran únicamente sometidos a sus deseos carnales viéndolas y oyéndolas, con su cara que es viento que quema y su voz que es una serpiente que silva, según Bernardo (145); pero además, ellas atraen por medio de maleficios sin cuento a los hombres y los animales. Su corazón es llamado red, porque es inexcrutable la malicia que reina en su corazón; sus manos son lazos porque allí donde las ponen por el maleficio, allí realizan cuanto intentan con la complicidad del diablo.

Concluyamos pues: todas estas cosas de brujería provienen de la pasión carnal, que es insaciable en estas mujeres. Como dice el Libro de los Proverbios: hay tres cosas insaciables en la mujer y cuatro que jamás dicen bastante: el infierno, el seno estéril, la tierra que el agua no puede saciar, el fuego que nunca dice bastante (146). Para nosotros aquí: la boca de la vulva. De aquí que, para satisfacer sus pasiones, se entreguen a los demonios. Podrían decirse más cosas, pero para quien es inteligente, parece bastante para entender que no hay nada de sorprendente en que entre las mujeres más brujas que entre los hombres. En consecuencia, se llama a esta herejía no de los brujos sino de las brujas porque el nombre se toma de lo más importante. Bendito sea el Altísimo que hasta el presente preserva al sexo masculino de un ataque semejante: El que ha querido nacer y sufrir en este sexo le ha concedido el privilegio de esta execión.

En cuanto al otro punto, la cuestión sobre el género de mujeres que con preferencia a las demás se encuentran entregadas a la superstición y a los maleficios: tras la cuestión precedente queda claro, que hay tres géneros de vicios principales que parecen reinar sobre todo entre las mujeres malas: la infidelidad, la ambición y la lujuria. Luego éstas sobre todo se entregan a los maleficios, aquellas que se abandonan a estos vicios. Y porque entre los tres, el último es dominante porque es insaciable, las que son ambiciosas son las más

inficionadas, porque son más ardientes para satisfacer sus pasiones depravadas, como son las adúlteras, las fornicadoras, las concubinas de los grandes.

En la Bula, se trata de los siete modos para infectar mágicamente el acto venereo y el feto concebido: Primero, arrastrando a los hombres a un amor desordenado; segundo, bloqueando su potencia generativa; tercero, escamoteando el miembro propio para tal acto; cuarto, cambiando mágicamente a los hombres en bestias diversas; quinto, arruinando la fecundidad de las mujeres; sexto, causando abortos; séptimo, ofreciendo los niños al demonio. Sin contar todos los datos innnumerables que los brujos y brujas infieren a los otros animales y frutos de la tierra de la que hablaremos más tarde; por el momento, damos nuestra opinión acerca de los daños inferidos a los hombres. Preimero respecto de los que están embrujados en un amor ciego o un odio desordenado: esta materia que plantea dificultad, para ser mejor comprendida deberá ser discutida luego; la conclusión es ya segura. Santo Tomás, tratando del impedimento maléfico, da razones por las que Dios permite al diablo un poder maléfico más grande sobre los actos venéreos del hombre que sobre los otros; conviene decir, de forma semejante, que son las mujeres más infectadas las que se entregan con frecuencia mayor a estos actos. Dice, en efecto, que la corrupción primera del pecado por la cual el hombre se ha convertido en esclavo del diablo nos llega por la vía del acto genital. De aquí que Dios permita al Diablo ejercer un poder maléfico más fuerte sobre estos actos que sobre los demás. Además, por otra parte, es más grande el poder de las brujas sobre las serpientes que sobre el resto de los animales, porque fue la serpiente el instrumento por medio del cual tentó el diablo a la mujer. De donde también añade: aunque el matrimonio sea obra de Dios porque fue instituido por Él, es a veces destruido por la acción del diablo. No por la fuerza, porque si así ocurriera se consideraría al diablo más fuerte que a Dios, sino con la permisión de Dios poniendo un impedimento al acto conyugal, temporal o perpetuo (147).

A partir de aquí, decimos lo que enseña la experiencia: para realizar las torpezas de este género, tanto sobre ellas mismas como de los poderosos del siglo, cualquiera que sea el estado y la condición de esas mujeres, éstas realizan maleficios innumerables. Llevan los espíritus hacia un amor loco, hasta el punto que ni la vergüenza ni la persuasión pueden apartarlos de él. De donde el cotidiano e intolerable peligro del exterminio de la fe; porque saben desviar el espíritu de la gente e incluso de los jueces, que, ni por sí mismos ni por otros se atreven a hacerles ningún mal. Con ello cada día se multiplican.

¡Ojalá que la experiencia nos haya instruído un tanto! Hay tantos odios, incluso entre aquellos a quienes ha unido el sacramento del matrimonio, suscitados por maleficios y por enfriamientos de la potencia genital, que impiden pedir y cumplir el débito conyugal en vias a la obtención de la prole. Amor y odio existen en el alma en la que el demonio no puede entrar. Pero por temor que estas cosas le parezcan a algunos increíbles, nos es necesaria una cuestión: las posiciones opuestas, puestas una frente a otra, se hacen más claras.

CUESTIÓN VII

¡PUEDEN LOS DEMONIOS LLEVAR LOS ESPÍRITUS DE LOS HOMBRES HACIA EL AMOR O EL ODIO?

Ante semejante cuestión , en función de lo que algunos han dicho, otros responden que no. Existen tres elementos en el hombre: la voluntad, la inteligencia y el cuerpo. Ahora bien como Dios dirige el primero -el corazón del rey se encuentra en las manos del Señor-; igualmente ilumina al segundo por los ángeles y dirige los cuerpos por los astros. Además, en el interior de los cuerpos, los demonios no pueden habitar cambiándolos, luego mucho menos el alma infundiendo odio o amor en sus potencias. La lógica está clara, por naturaleza tiene un poder más grande sobre los cuerpos que sobre los espíritus; ahora bien, que ellos no pueden cambiar los cuerpos ha quedado ya dicho, porque no pueden inducir ninguna forma sustancial o accidental, salvo por mediación de algún otro instrumento, como ocurre con cualquier otro artífice. Recordar en este sentido el Canon Episcopi en su final: aquel que crea que una criatura puede ser cambiada en mejor o peor, por otro que por el Creador mismo de todas las cosas, es un infiel y peor que un pagano. Además, todo agente que actùa con un propósito conoce su efecto. Si el diablo pudiese cambiar los espíritus de los hombres al amor o al odio, podría ver los pensamientos interiores del alma. Ahora bien, este pensamiento va en contra del Libro de los Dogmas Eclesiásticos: el diablo no puede conocer los pensamientos internos. Y este otro: todos nuestros malos pensamientos no vienen del diablo; a veces emergen de un movimiento de nuestro libre arbitrio. Además, el amor y el odio nacen de la voluntad que hunde sus raices en el alma, luego no pueden ser causados por el diablo en algún artificio. La conclusión es válida, como dice San Agustín, porque únicamente es capaz de entrar en el alma aquel que la ha creado. Además decir que el diablo puede actuar sobre las emociones internas y por ellas sobre la voluntad, no es válido, pues la potencia sensitiva es más fuerte que la potencia nutritiva. Ahora bien, el diablo no puede dar forma a ningún acto de esta potencia nutritiva, por ejemplo formar carne o sangre; luego no puede tampoco causar ningún acto de las fuerzas interns del alma.

Por otra parte, el diablo se dice que tienta a los hombres no sólo visiblemente, sino también invisiblemente; aquello sería falso si no pudiera causar nada en el interior al alma y su potencia. Además, el damasceno, dice en sus Sentencias: toda malicia y toda impureza son invento del diablo (148). Y Dionisio en los Nombres divinos: la multitud de los demonios es causa de todo mal para sí y para los otros (149). De donde la respuesta: primero distinguiendo la causa; segundo demostrando que puede ser agente de cambio en las potencias interiores (los sentidos internos) del alma; tercero, se concluye la afirmación propuesta.

En cuanto al primer punto, hay que considerar que uno es llamado causa de algo de dos maneras: directa o indirectamente. Indirectamente, cuando un agente es causa de una disposición a un efecto, se le dirá indirecta u ocasionalmente causa del efecto. Así se dirá que aquel que corta leña es causa de que esta leña arda. De esta manera podemos decir que el diablo es causa de todos nuestros pecados, porque el primer hombre pecó bajo su instigación, de donde viene una cierta inclinación al pècado en todo el género humano. He aquí en qué sentido hay que comprender las palabras de Damasceno y Dionisio. Se dice que algo es causa de otra cosa, en cuanto que actúa directamente hacia ello, y en este sentido el Diablo no es causa de todo pecado. Porque no todos los pecadosse cometen bajo la instigación del diablo, sino que algunos proceden del libre arbitrio y de la corrupción de la carne. Pues, como dice Orígenes: aunque el diablo no existiera, los hpombres tendrían hambre de alimento, de placeres venéreos, y de otras cosas en que los desórdenes son numerosos, salvo si la razón pone un freno al apetito. Esta domesticación del apetito depende del libre arbitrio, sobre el cual el diablo tiene menos poder. Esta distinción no permite ver por qué un amor ilícito puede a veces suscitarse. De donde hay

que notar que el diablo, que no puede ser causa de este amor desordenado directamente forzando la voluntad del hombre, puede, empero, serlo por la manera de persuasión. Y esto de dos maneras, visible e invisible: visiblemente cuando bajo una forma humana aparece visiblemente a los brujos, les habla y les persuade a pecar. De esta forma tentó a los primeros padres en el paraíso bajo la forma de serpiente y a Cristo en el desierto apareciéndosele bajo una forma visible. No se trata tampoco de pensar que no hay más que un solo medio de persuasión, porque de ello se desprendería, que no povendría del diablo sino del pecado que surgiera de una persuasión visible. Hay que decir que incluso invisiblemente impulsa a los hombres al pecado. Y ello de dos maneras: por manera de persuasión y por manera de disposición. Persuade cuando propone alguna cosa a la potencia cogniscitiva como buena. Esto de tres maneras: a la inteligencia, al sentido interno y al sentido externo. En cuanto a la inteligencia, porque el intelecto humano puede ser ayudado por la inteligencia angélica buena, o algo puede ser conocido por manera de algún género de iluminación, como dice Dionisio: La razón es porque como dice el Filósofo, conocer, es, en cierto modo, sufrir (150), entonces puede imprimir el diablo en la inteligencia una especie de la que procede el acto de inteligencia. Y si se dice que el diablo puede hacer esto mismo por su fuerza natural que no está limitada, se responde que puede hacerlo por manera de persuasión, no de iluminación. La razón está en que la inteligencia humana es de tal condición, que cuanto más iluminada está mejor conocela verdad, y, por tanto, mejor puede guardarse del error. Pero como es precisamente esta decepción lo que el diablo tiene a la vista como fin, por ello no podemos llamar iluminación a cualquier persuasión suya. Aunque pueda llamársele revelación en cuanto imprime alguna cosa sobre las potencias internas o extenas, de donde el conocimiento intelectual se vería persuadido a ejerce algún acto.

Que él pueda hacerlo, es decir, imprimir algo sobre los sentidos internos, lo probaremos, pero hay que notar que la naturaleza corporal está hecha para ser movida por la naturaleza espiritual. Se ve en nuestros cuerpos movidos por el alma, de la misma manera que en los astros. Pero no es apta para ser movida por formas que permanecen en el exterior y que no informan. De aquí conviene que concurra algún agente corporal exterior, como se prueba en la Metafísica (151). La materia corporal oebdece naturalmente al bueno o mal ángel para el movimiento local. En vista de lo cual está claro que los demonios en un movimiento local pueden recoger las semillas y unirlas; pueden utlizarlas para producir efectos sorprendentes. Como en el caso de los Magos del Farón que produjeron serpientes y animales verdaderos: ello hacía mezclarse os principios activos y pasivos deseados. De donde todo lo que pueda ocurrir a la materia corporal con motivo del desplazamiento, nada impide que se deba a los demonios, salvo si Dios lo impide. Quedando esto sentado, podemos comprender que el demonio tenga el poder de incitar la imaginación y las otras potencias interiores del hombre aapariciones y actos extraños por el movimiento local. Notemos, por otra parte, que el Filósofo en su Tratado del Sueño y de la Vigilia, da el cambio de lugar como causa de la venida de sueños (152): cuando el animal duerme; la sangre desciende más fuerte hacia el principio sensitivo y descienden también las emociones y las impresiones dejadas por las mociones precedentes, en las virtudes sensibles interiores, que son la fantasia y la imaginación, que para santo Tomás son la misma cosa. La fantasía y la imaginación son un tesoro de formas recibidas por los sentidos. De aquí que el diablo pueda mover este principio de aprehensión, que es la potencia de conservación de las especies recientemente aparecidas en la fantasía, si el principio sensitivo estuviera realmente imoresionado por las cosas externas mismas. Sin duda no todos comprenderán esto. Empero, si alguno quisiera reflexionar seriamente,

debería considerar el número y el papel de los sentidos internos: seún Avicena en el Tratado del alma son cinco: sentido común, fantasía, imaginación, estimativa, memoria. Sin embargo, según Santo Tomás, son cuatro únicamente; porque establece que el poder de imaginación y la fantasía son una potencia sola (153). Por temor de ser prolijos, se omite la explanación de cada uno de ellos, lo cual se trata en muchos lugares. Se ha dicho simplemente que la fantasía era el tesoro de las formas. Pero podría parecer a alguno que la memoria también lo es. Distingamos: la fantasía es el tesoro y el lugar donde se conservan las formas recibidas por los sentidos. Por ejemplo, aquel que ve al lobo huye, no a causa del color repugnante o de su figura, que son formas recibbidas por los sentidos externos y colocadas en la fantasía; sino que huye porque el lobo es un enemigo natural; y esto lo sabe por una especie de instinto y aprehensión de la estimativa que conoce al lobo como perniciosoy al perro como amigo. Ahora bien, el conservatorio de estos instintos es la memoria: recibir y conservar se reducen a dos principios diferentes, que son el húmedo que recibe el bien y conserva mal y el seco que se comporta al contrario.

Volviendo a nuestro propósito: las apariciones que llegan en sueños a los que duermen provienen del movimiento de las formas conservadas en el conservatorio, bajo el efecto del movimiento local natural causado por el flujo de la sangre y de los hombres sobre las potencias sensitivas internas; y decimos un movimiento local intrínseco en la cabeza y en las células de la cabeza. Esto puede provenir de un movimiento semejante causado por los demonios. Y no sólo en los durmientes, sino también en los despiertos. En ellos los demonios pueden remover los espíritus y los humores interiores, para que las especies conservadas salgan de sus escondrijos hacia los espíritus sensitivos, es decir, las potencias de la imaginación y de la fantasía: así se imagina uno que tal cosa existe y en ello consiste la tentación interior. No es sorprendente que el demonio tenga este poder de modo natural, porque todo hombre en estado de vigilia y de razón puede provocar la salida de estas especies fuera de su conservatorio para imaginar las cosas a su modo, y como se puede comprender, esto ocurre sobre todo en materia de amor ilícito. Como los demonios pueden conmover estas especies, lo hacen de dos maneras: a veces sin usar para ello de la razón, en el caso de la tentación y del consentimiento voluntario que existe a veces. Otras coasiones ligando el uso de la razón; y esto también podemos ejemplificarlo por medio de los defectos naturales, como es en el caso de los locos y los borrachos.

Que los demonios pueden ligar el uso de la razón, con la permisión de Dios, no tiene nada de sorprendente. Se llama a sus víctimas arrebatados, poseídos, porque son arrebatados y poseídos por el demonio. Esto ocurre unas veces sin bruja ni maleficio y otras con bruja y sin maleficio. El Filósofo dice, en el mismo libro, que el hombre apasionado se mueve por la más mínima semejanza; así el enamorado ante la imagen de la amada, y de la misma manera ocurre con lo que odia (154). También los demonios que observando los actos de los hombres experimentan a qué pasiones se encuentran sometidos con preferencia, les impulsan a este amor u odio desordenados; imprimiendo en la imaginación lo que ellos quieren tanto más fácilmente cuanto más se acerca a su pasión dominante, de la misma forma que es más fácil para el enamorado, traer la imagen que tiene en reserva haciala potencia sensitiva o imaginación y más grato detener en ella su pensamiento. Actúan con maleficio cunado obran por medio de las brujas a su requerimiento, en virtud del pacto establecido. Es imposible relatar los innumerables casos ocurridos tanto entre clérigos como entre laicos, cuantos hombres adúlteros han repudiado a sus maravillosas esposas y arden por mujeres repugnantes. Conozco una vieja bruja, que no sólo embrujó, sino que mató a tres abades del mismo monasterio como todavía hoy es fama entre los hermanos; de la misma forma que ha enloquecido el cuarto. Ella no teme decirlo ni confesarlo en público: lo

he hecho y lo hago; no pudieron abandonar mi amor; porque comieron tanto de mis inmundicias, y mostraba la cantidad extendiendo los brazos. Confieso que no tenía facultad de someterla a proceso inquisitorial y castigarla, por ello todavía vive.

En el principio dijimos que el diablo impulsa al pecado de una forma invisible, no sólo por persuasión, sino por modo de disposición. Incluso aunque ello no sirva demasiado a nuestro propósito, se lo puedo explicar así: por una advertencia semejante, mueve al espíritu y al humor, y hace así a algunos más dispuestos a la cólera o a la concuspicencia o a otra cosa. Es manifiesto que con un cuerpo dispuesto de tal manera, un hombre se encuentra más inclinado a la concuspicencia, a la cólera o a otras pasiones, y, una vez sus pasiones excitadas, se encuentra mucho más inclinado al consentimiento. Pero todas las cosas dichas aquí son difíciles de predicar. De donde resulta que hay que decirlo de un modo más fácil para la instrucción del pùeblo; dejando para la segunda parte la cuestión de los emedios para los embrujados.

El predicador, a este respecto, plantea así la cuestión: ¿es católico afirmar que las brujas pueden orientar los espíritus de los hombres hacia el amor desordenado de otras mujeres hasta el punto de inflamar los corazones que ni la vengüenza ni los golpes, ni las exhortaciones, ni gesto alguno pueden disuadirles de él? ¿Es posible igualmente, que puedan suscitar tal odio entre los casados que lleguen a ser completamente ineptos para todo ejercicio de la función procreadora del matrimonio? ¿Hasta el punto que les sea necesario correr a sus amantes, enloquecidos, en medio del silencio de la noche, recorriendo grandes distancias?

Sobre estas cosas, puede el predicador tomar argumentos si quiere. Si no, que diga únicamente ésto: estos sujetos sufren enormemente, a causa del amor y del odio. Porque estas pasiones hunden sus raíces en la voluntad, que en su acto es siempre libre y no puede ser obligada por criatura alguna, sino únicamente por Dios que es quienla gobierna. Luego, ni el demonio ni la bruja con su apoyo parecen poder obligar a la voluntad de amor u odio. También, puesto que la voluntad como inteligencia existen en el alma como en un sujeto, y puesto que únicamente aquel que la ha creado puede entrar en el alma, esta cuestión puede presentar dificultades para la verificación de las proposiciones en sus partes.

Pero, no obstante todo esto, hay que hablar en primer lugar del amor loco; después, del maleficio a la potencia genital. Así pues, aunque el demonio no puede actuar inmeditamente en el interior de la voluntad de los hombres, empero, según todos los doctores teólogos, que tratan del poder de acción de los demonios sobre los cuerpos, son capaces de actuar sobre las potencias del cuerpo o las que se encuentran ligadas al cuerpo, ya sentidos internos o sentidos externos, si Dios lo permite (155). La prueba por la autoridad y por la razón existe a partir de la precedente cuestión para quien quiera. Si no, aquí tiene la autoridad con Job; Dios dice a Sat´n: Job está a tu disposición. Es decir, en cuanto a su cuerpo, porque Dios no quería dejarle el alma, por lo que le dijo: deja su vida a salvo (156). El argumento de razón: aquel que entrega su cuerpo, entrega también todas las potencias ligadas al cuerpo, luego los cinco sentidos externos y los cuatro sentidos internos: sentido común, fantasía, imaginación, estimativa y memoria. Si no se puede hacer de otra manera, se ha de dar el ejemplo de los cerdos y de las ovejas: los cerdos saben volver por memoria, las ovejas distinguen al lobo del perro por su imaginación, al uno como amigo y al otro como enemigo de su raza. En consecuencia, puesto que todos nuestros conocimientos dependen de los sentidos -según el Filósofo los fantasmas son necesarios para la especulación-, el demonio que puede perturbar la fantasía interna puede también oscurecer la inteligencia. Ello no significa actuar directamente sobre el alma, sino por mediación de los fantasmas.

Además, nada es querido que primero no haya sido conocido: se tiene cuantos ejemplos se deseen a partir del oro. El avaro lo desea porque tiene conocimiento de su poder... De aquí que una vez que ha sido oscurecido el espíritu, la voluntad también se encuentre entenebrecida en sus efectos. Pero esto puede hacerlo el demonio, con o sin bruja. Además, ésto puede provenir de la sola inmodestia de los ojos. Y se dan ejemplos, de cada cosa: porque como dice la Carta a Santiago, cada uno es tentadopor su propia concuspicencia que le arrastra y le ata. Despúes la concuspicencia, habiendo concebido, da a luz el pecado, el pecado cuando se consuma engendra la muerte (157). Se tiene el ejemplo de Siquem: vio a Dina salir para visitar las mujeres de la región, y la amó, la raptó y durmió con ella, y su alma se aglutinó con su alma; con esta Glosa: Esto es lo que le ocurre al alma débil, cuando olvidando sus propios deberes como Dina y metiéndose en los asuntos de otro, se deja dominar por la costumbre y hace cuerpo con los pecadores (158).

El segundo punto en el que se dice que estas cosas pueden ocurrir a veces sin las brujas, simplemente por tentación del diablo, se demuestra como sigue: Amón se apasionó por su hermana Tamar, que era muy hermosa, y moría de amor por ella hasta el punto que llegó a enfermar; la Glosa: nadie caería en un gran crimen como el estpro sino fuese tentado por el demonio (159). Esto nos debe abrir los ojos: Dios lo ha permitido para que siempre actuemos con prudencia, con el fin de no estar dominados por nuestros vicios. El príncipe del pecado, que promete una falsa paz a los que están en peligro, encontrándonos alerta, no nos matará de improviso. Sobre este género de amor loco tenemos las Vidas de los Santos Padres: allí se cuenta que estos hombres que se encontraban libres de toda tentación carnal, se veían a veces poseídos de un amor por las mujeres por encima de cuanto se pueda creer (159). De donde también el texto de la carta de Pablo a Los corintios, en la que el Apóstol dice: me ha sido dado un aguijon en la carne, un ángel de Satanás que me golpea (160). Con la Glosa: me ha sido dado ser tentado de la pasión carnal. La tentación a la que no se cede no es pecado, sino ocasión de virtud; estos se entiende de la sensación que procede del demonio, no de la carne; esta es, al menos, pecado venial incluso cuando no se consiente. El predicador podrá encontrar otros ejemplos si quiere.

En cunato al tecer punto: que el amor ilícito puede provenir del maleficio del demonio, ha sido ya discutido más arriba. Hablemos ahora de la tentación de este amor. Si alguno dijese ¿cómo es posible discernir cuando procede este amor desordenado solamente de la bruja y no del diablo? Se le responde que de diversos modos; ¿tiene el hombre tentado una mujer hermosa y honesta? O bien si se tratat de una mujer ¿reune su marido estas condiciones? En segundo lugar, ¿se encuentra tan cautivo el juicio de la razón que ni los golpes ni las palabras, ni los gestos, ni la vergüenza pueden conseguir el desasimiento? Tercero, cuando no puede contenerse, hasta el punto de verse obligado a veces a encontrarse con el otro, sin tener en cuenta la distancia, la dificultad del camino, la hora del día po de la noche, etc. Pues, como dice Crisósotomo hablando sobre aquello de Mateo donde habla de la asna sobre la que había de montar Cristo: cuando el demonio posee la voluntad del hombre en el pecado, él le arrastra según le place a donde quiere. Y da el ejemplo del barco sobre el mar que ha perdido el timón y se ve arrojado al impulso del viento. O también el ejemplo de quien se asienta con fuerza sobre un caballo, o el del rey que tiene poder de tirano (162). Cuarto, se observa también porque a veces son conducidos como de manera imprevista y súbita; a veces, son transformados hasta el punto de que nadie puede resistirlos. Se ve también en la mala reputación de la persona...

Antes de pasar a la siguiente cuestión, la de las brujas y la potencia generadora, tenemos que responder a algunos argumentos. El primero decía que la voluntad es regida por Dios como la inteligencia por el ángel bueno. La respuesta es clara: la inteligencia se encuentra

únicamente iluminada por el ángel bueno para el conocimiento de la verdad, de donde procede el amor de lo que es bueno, puesto que la verdad y el ser son una misma cosa. Pero la inteligencia puede verse oscurecida por un ángel malo mediante el conocimiento de una verdad aparente; ello por una confusión de ideas e imágenes presentadas por las potencias sensitivas internas, de donde se sigue un amor desordenado de un bien aparente, por ejemplo la delectación carnal tras de la que los hombres corren.

Al segundo argumento, que dice que el diablo no puede causar cambios físicos en los cuerpos; esto es en parte cierto y en parte falso; efectivamente, no pueden cambiar en una nueva forma o apariencia -porque ello sería una producción nueva o una mutación- sin la ayuda de un ser distinto que actue de agente y tampoco sin la permisión de Dios. Pero si se habla de un cambio cualitativo, por ejemplo la salud o la enfermedad, entonces, como se ha dicho más arriba, tiene el poder de comunicar diversas enfermedades que pueden llegar hasta la parálisis de la razón y con ello procurar un odio o un amor loco. Puede añadirseademás una tercera mtación: cunado un ángel bueno o malo entra en un cuerpo como Dios entra en el alma, esencia de la vida. Entonces este ángel, sobre todo el malo, entrando en un cuerpo como en el caso de la posesión, no entra en los límites de la esencia del cuerpo: allí únicamente puede entrar Dios creador que da el ser como quien tiene la operación intrínseca de la vida. Se puede al menos decir que el diablo entra en el cuerpo cuando realiza algunos efectos corporales; como dice el Damasceno, está allí donde actúa (163). Ahora bien actúa dentro de los límites de la materia corporal, ya que no en el interior de la esencia del cuerpo. Se dice efectivamente que el cuerpo tiene límites en los dos sentidos, el de la cantidad y en el de la esencia; distinción que recuerda la que existe entre la persona y la naturaleza. Los diablos que pueden entrar en los cuerpos, pueden actuar en las potencias unidas a los órganos corporales y por tanto, producir impresiones en estas potencias. Así ocurre que por tales operaciones e impresiones un fantasma sea proyectado ante la inteligencia, como un dolor ante la vista, dice el Tratado del Alma (164); y así la impresión penetra hasta la voluntad, recibiendo esta su objeto de inteligencia bajo el aspecto del bien percibido por la inteligencia como real y como aparente.

Frente al tercer argumento: el conocimiento de los pensamientos del corazón se realiza de dos modos, ya viendo los efectos, ya leyéndolos sobre el corazón. Según el primer modo, los hombres pueden conocerlos como los ángeles, incluso si éstos los conociesen mejor. A veces se conoce el pensamiento no solamente por un impulso externo, sino también por cambio en el rostro; los médicos incluso pueden conocer ciertas afecciones tomando el pulso. De donde San Agustín pueda decir en un libro de la Adivinación de los demonios que a veces es fácil saber las disposiciones del hombre no solamente por sus palabras, sino por los pensamientos que realizan señales en los cuerpos, aunque diga inmediatamente en el libro de las Retracciones que no es posible asegurar que tal cosa ocurra. Estimo que su retractación se refiere a esto: no quiere que alguno pueda pensar que él sostiene que el diablo conoce los pensamientos del corazón en la inteligencia (165). Otra manera de conocer los pensamientos tal como están en la inteligencia y los afectos tal y como se hallan en la voluntad está reservada únicamente a Dios. La razón es que la voluntad de la criatura razonable está únicamente sometida a Dios y únicamente él actúa en ella por ser su objeto principal y su fin último. Por ello es por lo que las cosas que están en la voluntad y solamente de ella dependen, únicamente Dios las conoce. Además, es manifiesto que depende de la voluntad el que alguien se interese por algo: cuando alguien tiene en él un cierto de ciencia e ideas, se sirve de ello como quiere. Todo esto prueba que el ángel no puede entrar en el alma y luego naturalmente conocer lo que hay en ella, mientras que están en lo más íntimo del alma. De donde, como se ha dicho, el demonio no puede ver los

pensamientos de los corazones, y por ello no puede incitar los corazones al amor o al odio, hay que responder: él, que conoce por los efectos de manera más sutil que el hombre, puede también más sutilmente inclinarle hacia el amor o el odio, suscitando fantasmas que oscurezcan el espíritu. Incluso hay algo para hacer notar a las conciencias virtuosas y delicadas para su consuelo; el cambio sensible externo y corporal que acompaña a los pensamientos de los hombres es a veces tan vago e impreciso que el diablo no puede llegar a partir de él a un conocimiento cierto de los pensamientos, sobre todo cuando estas personas virtuosas se entregan habitualmente al estudio de las buenas obras. A estas personas les suele turbar con preferencia durante el sueño, como lo prueba la experiencia. A veces el cambio corporal es tan fuerte y tan preciso que a partir de él es posible conocer el género de pensamiento; por ejemplo, si son de envidia o de lujuria. Pero, ¿puede el diablo conocer estos pensamientos con certidumbre según todas sus circustancias y si ellas se refieren a tal o tal cosa? Dejémoslo en la duda, como lo hemos encontrado, incluso si es cierto que estas circustancias puede conocerlas inmediatamente por los actos.

Respecto del cuarto argumento: porque entrar en el alma solamente es propio de Dios, empero, penetrar y con ello las potencias unidas al cuerpo según el modo susodicho, esto puede convenir al ángel bueno o al malo. De donde el amor y el odio pueden ser excitados en un hombre. Sobre este otro punto, la potencia sensitiva es más noble que la potencia nutritiva, que no puede ser turbada por el demonio, hay que decir que tendría poder sobre ella hasta el punto de acelerar o retardar los efectos nutritivos sobre los huesos o la carne. Pero si no lo hace, sino que turba y molesta a las potencias sensitivas internas o extrenas, es porque ello es más ventajoso para él trabajar en la decepción de los sentidos y en la ilusión de la inteligencia.

CUESTIÓN VIII

¿PUEDEN LOS DIBLOS IMPEDIR LA POTENCIA SEXUAL?

El hecho de que adúlteros y fornicadoras se entreguen siempre más a los maleficios se muestra por el impedimento maléfico al acto de la potencia genital. Pero para que esto resulte más claro, arguyamos en principio que esto no es posible: si, efectivamente, parejo maleficio fuera posible, podría alcanzar también a las gentes casadas. Ahora bien, si esto se concede, entonces, el matrimonio, que es obra de Dios, y el maleficio, obra del diablo, se dirá que la obra del diablo es más poderosa que la obra de Dios. Si, por el contrario, se concede que esto no llega más que a los fornicadores y no casados, entonces volverá la opinión de que el maleficio no es nada en sí, sino sólo en la opinión de los hombres, lo cual es contrario a lo que se ha defendido en la primera cuestión. Entonces hay que dar una razón por la cual la cosa llega a unos sí y a otros no. Pero como no se ha visto otra razón arriba, sino que el matrimonio es obra de Dios, y esta razón no es concluyente según los teólogos, continúa apreciendoque la obra del diablo es más fuerte que la obra de Dios. Como es inconveniente afirmarlo, resulta también inconveniente afirmar que el acto venéreo puede ser impedido por el maleficio. Además, el diablo no puede ser obstáculo a los demás actos de las facultades naturales de comer, andar, levantarse, etc. Como se ve de hecho, y por la razón de que si ocurriese de otro modo podría hacerse perecer el mundo entero.

Además, el acto venéreo se cumple por igual con cualquier ; luego si hay impedimento ha de serlo con relación también a toda mujer. Ahora bien, esto es falso; luego también lo primero. Que sea falso lo muestra la experiencia.

Empero en favor de lo contrario está el Derecho en el Canon ya citado (166); está la opinión de todos los teólogos y canonistas que tratan del impedimento maléfico del matrimonio; y está la razón que nos da de que pensar: la potencia del diablo es más grande que la de los hombres. Ahora bien, el hombre puede poner obstáculos a la potencia genital, ya por medio de hierbas u otros artificios que se puedan imaginar. Luego el demonio, cuya ciencia es más sutil, podrá hacerlo mucho más. De aquí la respuesta.

La verdad aparece de todo cuanto hemos dicho hasta aquí; pero no se ha aclarado el modo del impedimento. Se ha mostrado que el maleficio no puede ser algo en la opinión de los hombres y nada en la realidad; mucho más todavía, hemos demostrado los innumerables efectos maléficos que se producen, verdadera y realmente, con la permisión de Dios. Se ha demostrado también que Dios da permiso con preferencia en el dominio de la potencia genital que en el resto de los actos humanos a causa de su mayor corrupción. Resta por ver el modo según el cual se produce este impedimento que no toca solamente a la potencia generatriz, sino también a la imaginación o fantasía. A este propósito, Pedro de la Palud, en sus Sentencias, nota cinco maneras: dice que siendo el diablo un espíritu con poder para impedir o causar el movimiento local de la criatura, también puede, en primer lugar, impedir que los cuerpos se aproximen, directa o indirectamente, interponiéndose él a veces por medio del cuerpo asumido; como ocurrió a aquel esposo que, habiendo hecho alianza con un ídolo, no obstante había contraído matrimonio con una joven a la que no pudo nunca conocera causa del maleficio. En segundo lugar, puede excitar a un hombre a tal acto y enfriar su deseo, utilizando para ello la fuerza oculta de las cosas aptas a este efecto que éll conoce muy bien. En tecer lugar, él, que puede impresionar la imaginación, turba la imaginación y la estimativa, para volver repugnante a una mujer. En cuarto lugar, reprime directamente la erección del miembro apto para la inseminación, de la misma forma que puede reprimir todo movimiento local. En quinto lugar, puede impedir la emisión de los espíritus vitales por los miembros que tienen poder motor: por ejemplo, obstruyendo las vías del semen para impedirle bajarhasta los vasos de la generación, o para que no salga de ellos; para que no salga o sea eyaculado convenientemente, y por muchos otros modos. Y añade, de acuerdo con lo que se trató más arriba, según otros doctores: Dios permite más al diablo en lo que concierne a este acto, del que procede la difusión del primer pecado, que en lo concerniente a los demás actos humanos; como ocurre con las serpientes que son más dóciles a los encantamientos, que el resto de los animales. Poco después dice todavía: es el último caso en lo que hace a la mujer, en la que el demonio puede enloquecer de tal modo la imaginación que termine por odiar a su marido de tal modo, que ni por todo el mundo permita conocerla. Después quiere dar la razón por la que los hombres son más embrujados que las mujeres en cuanto a este acto, y dice: semejante impedimento llega generalmente o por obstrucción de los conductos seminales, o por ineptitud para la erección. Ahora bien, esto ocurre fácilmente entre los hombres; luego resulta que son más facilmente objeto de maleficio que las mujeres. Alguno podría decir también que al ser las mujeres más numerosas en esta superstición desean más atraer a los hombres que a las mujeres, o inclusoque los hechiceros lo hacen en detrimento de las mujeres casadas, con el fin de proporcionar a ambos esposos la ocasión de un adulterio, pudiendo conocer de esta forma el hombre a otras mujeres y la mujer buscar igualmente otros amores; pero añade todavía que Dios permite al diablo afligir más a los pecadores que a los justos. De donde el Ángel dice a Tobías: te mostraré que el demonio tiene una mayor potestad sobre aquellos

que se entregan a la pasión. Pero también alguna vez a los justos, como ocurre con Job: aunque no en el demonio de la potencia generativa. De donde los embrujados deben practicar la confesión y las buenas obras, para que no sea vano el remedio si el hierro permanece en la herida. Estas cosas las manifiesta Pedro de la Palud (167). Por lo que hace a la forma de librarse de estos efectos, se verá en la segunda parte de esta obra.

Se declaran incidentalmente algunas dudas en la cuestión del impedimento de la cohabitación matrimonial.

Si se pregunta porqué el acto venéreo es posible realizarlo con relación a una mujer y no con otra, la respuesta es la siguiente, según Buenaventura: O porque el brujo o la bruja aflige a tal persona determinada por el diablo, o porque Dios no permite que otras personas sean alcanzadas. El designio de Dios es oculto, como se ve en el caso de la mujer de Tobías. Y añade, si se pregunta cómo hace esto el diablo, hay que decir que impide la potencia generativa, no con un impedimento intrínseco, impidiendo el uso. De donde, porque se trata de un impedimento artificial y no natural, puede obstruir con relación a una mujer y no a otras, como quitando la excitación a la concuspicencia con aquella y no con otra; esto por su propio poder, por una piedra, por una hierba u otra cosa aculta. Todo esto concuerda también con aquello que dice Pedro de la Palud (168). Empero, como la potencia a tal acto se debe a veces a una figidez natural o a un defecto de nacimiento, la cuestión está en saber cuándo hay amleficio y cuándo no. El Hostiense responde en su Suma (aunque no pueda ser predicado en público): cuando la verga no se mueve de ninguna manera y nunca puede conocer, esto es signo de frigidez. Cuando, por el contrario, de vez en cuando se pone en movimiento y en erección, pero no puede llegar hasta el final, entonces es signo de maleficio. Notemos, además, que no hay solamente maleficio para que alguien pueda ejercer tal acto, sino también para que su mujer no pueda concebir y para que aborte (169). Recordemos las sanciones de los canones: si alguno, por satisfacer su odio o su pasión de venganza, ha hecho a un hombre o mujer cualquier cosa que les impida engendrar o concebir, éste será reputado como homicida (170). Nota que el canon habla comúnmente de los amadores del siglo, que para evitar vergüenza a sus amantes les procuran esto por medio de pociones u otras hierbas que enfrían demasiado la naturaleza; esto sin el auxilio de los demonios. De aquí que los penitentes han de ser castigados como homicidas; las brujas que causan estas cosas por maleficiosdeben ser castigadas según las leyes por la última pena, como más arriba fue tratado en la primera cuestión.

Para mejor responder a la dificultad de saber si ocurre una cosa semejante a los casados, hay que notar esto, aunque, después de lo que se ha dicho, la verdad no aparece clara a este respecto; no obstante, parece que estas cosas ocurren en el matrimonio y fuera de él, real y verdaderamente. El lector avisadoque tenga muchos libros irá a ver a los teólogos y canonistas, especialmente el canon citado y otros sobre los frígidos; después, a Santo Tomás (171). Están todos de acuerdo en reprobar dos errores, sobre todo el de los que parecen pensar que semejante maleficio no podía alcanzar a los casados, por la razón de que el diablo no puede destruir la obra de Dios. El primer error reprobado por ellos es el de aquellos que dicen que no hay brujería en el mundo, sino únicamente la opinión de las gentes, quienes, ignorando las causas ocultas de estos efectos, que nadie puede conocer, las atribuyen a los maleficios como si los agentes fuesen no unas causas ocultas, sino los demonios por su cuenta o por medio de los brujos. Este error, que los otros doctores reprueban como simplemente falso, Santo Tomás lo perisgue más vivamente y lo condena como herejía, diciendo que este error proviene de una raiz de infidelidad. Ahora bien, como la infidelidad en el cristiano se llama herejía, luego estas gentes son justamentes sospechosas de herejía. De esta materia también se tocó en la primera cuestión, aunque

allí no se declaró de esta forma. Pero si alguno quiere mirar otras cuestiones y otros textos del Santo Doctor, en otros lugares encontrará por qué razones afirma que semejante error viene de una raiz de infidelidad. Así, en su Cuestión sobre el mal: ¿Tiene los demonios un cuerpo que les esté unido por naturaleza? Entre otras cosas, menciona a aquello que traían todas las causas de los fenómenos de las virtudes de los cuerpos celestes, a las cuales estarían sometidas todas las causas ocultas de los fenómenos de aquí abajo. Y dice, hay que considerar quelos peripatéticos, discípulos de Aristóteles, no estaban por la existencia de los demonios. Por eso lo que es propio de la acción de los demonios ellos lo atribuían a las virtudes de los astros y a otras causas naturales. Como San Agustín dice en su libro La ciudad de Dios, que la opinión de Porfirio era que por medio de piedra, hierbas y animales, ciertos sonidos, ciertas palabras, era posible distinguir figuras y formas en el movimiento de los astros; una serie de fuerzas eran obtenidas por los hombres sobre la tierra que correspondían a la de los astros con el fin de realizar diversos efectos. De donde el error de los que pretenden explicarlo todo a partir de las causas ocultas de los astros, considerando que los demonios son invenciones de la gente. En el mismo lugar, Santo Tomás prueba que esta posición es falsa, porque existen obras de los demonios que no pueden provenir en modo alguno de una causa natural. Como que un poseso por el demonio hable una lengua desconocida. Hay también muchas otras obras de demonios en los inspirados que entran en trance y los nigromantes: cosas que no pueden provenir más que de una inteligencia, por lo menos buena por naturaleza, aunque sea mala por voluntad. Y por ello se vieron obligados muchos filósofos a admitir a los demonios, después de haber tocado los inconvenientes. A pesar de todo, en seguida cayeon en una serie de errores, pensando algunos que las almas de los hombres cuando abandonan sus cuerpos se convierten en demonios. Por lo cual muchos adivinos han matado niños con el fin de obtener la cooperación de sus almas. Cita, ademas, muchos otros erores. De aquí que está claro que semejante opinión hunde sus raíces en la infidelidad. Cualquiera que lo desee, puede leer a San Agustín en la Ciudad de Dios tratando de los diversos errores de los infieles respecto de la naturaleza de los demonios. De donde también la opinión común de todos los doctores, recogida en la opinión de las Sentecias ya citadas, contra los que yerran en este punto, negando que haya brujos; esta opinión es pesada de sentido, aunque se formule en pocas palabras. Dicen que los que afirman que no hay maleficio en este mundo contradicen el pensamiento de los Doctores y de la Sagrada Escritura: éstos declaran que hay demonios, que estos demonios tienen poder sobre los cuerpos y las imaginaciones de los hombres con el permiso de Dios. De donde los brujos, instrumentos de los mismos demonios, a cuya llamada intervienen a veces para hacer daño a la criatura, son llamados por ellos maléficos. (172).

En la reprobación de este primer error, los doctores no han hecho mención particular de las personas casadas, pero su pensamineto es claro por la refutación del segundo error; dicen que el error de los otros es éste: aunque haya maleficio y abunde en el mundo, incluso contra la unión carnal, empero ningún maleficio de este género puede ser estimado perpetuo, por lo que no puede ser nulo el matrimonio contraído. Aquí tenemos una mención a los casados. En la refutación de este sector (lo hacemos notar, aunque caiga fuera de nuestro propósito simplemente atendiendo a los que no disponen de libros abundantes) se apoyan sobre el hecho de que semejante afirmación vaen contra de la experiencia práctica y de todo el derecho antiguo y moderno. Y los doctores católicos hacen la distinción siguiente: la impotencia por maleficio es temporal o perpetua. Se presume temporal cuando, en el espacio de tres años de cohabitación, y haciendo todos los esfuerzos posibles, los esposos pueden curarse por medio de los Sacramentos de la Iglesia o por otros remedios.

Si, por el contrario, no lo consiguen, entonces se le presume perpetua. Pero, o bien precede al contrato de matrimonio y su consumación, en cuyo caso impide la celebración del matrimonio y diríme el contraído, porque para el derecho del matrimonio se confirma por el servicio de la carne, según la Glosa. O bien sigue al matrimonio consumado: entonces no disuelve el lazo matrimonial. (Muchas cosas más se notan en los canonistas como Enrique Hostiense, Godofredo y los doctores teólogos citados más arriba).

Quedan los argumentos: en cuanto al primero, resulta bastante claro a partir de lo que se ha dicho. Por lo que hace al que dice que las obras de Dios podrían en este caso ser destruídas por las obras del diablo, si el maleficio pudiese intervenir entre los esposos, esta instancia no vale. Al contrario, puesto que el diablo no puede nada sin la permisión de Dios. Además, él no destruye por violencia como un tirano, sino por artificio extrínseco, como se ha dicho. Frente al segundo argumento: ¿por qué permite Dios mayor número de maleficios tocantes al acto carnal que sobre los otros actos? El maleficio puede caer también sobre los otros cunado Dios lo permite, pero no se puede argüir que de este modo podría hecer perecer el mundo entero. El tercer argumento ha sido rebatido por las demás cosas dichas.

CUESTIÓN IX

¿PUEDEN ILUSIONAR LAS BRUJAS HASTA EL PUNTO DE HACER CREER QUE EL MIEMBRO VIRIL HA SIDO SEPARADO DEL CUERPO?

Se trata de ver ahora la verdad de las operaciones diabólicas sobre el miembro viril. Para que esta verdad luzca completamente, se ha de preguntar si las brujas, por la potencia del demonio, pueden quitar real y verdaderamente el miembro viril o dar solamente una impresión ilusoria. Se arguye que esto ocurre real y verdaderamente por medio de un argumento a fortiori: los demoniospueden hacer cosas mayores, como es matar a los hombres y desplazarlos en el espacio. Así, en la historia de Job y de Tobías, donde se habla de hombres muertos. Luego pueden quitar los miembros viriles real y verdaderamente. Además, la Glosa acerca de las visitas de los malos ángeles, de las que hablan los salmos, dice: Dios castiga por los malos ángeles, de la misma forma que ha castigado a los israelitas en sus cuerpos con diversas plagas verdaderas y reales. Luego puede causar semejantes perjuicios a este miembro. Y si se dice que puede hacerlo únicamente con la permisión divina, se añadirá que Dios permite con preferencia el maleficio contra la potencia genital, a causa de la primera corrupción por el pecado que nos alcanza por este acto; luego con preferencia también contra el miembrode esta potencia genital, incluso hasta llegar a su ablación total. Además, fue una gran cosa cambiar a la mujer de Lot en estatua de sal mayor que la que suponehurtarun miembro viril. Ahora bien, esta mutación fue real y verdadera y no solamente aparente, puesto que se dice que esa estatua es visible todavía hoy. Y esto fue hecho por un ángel malo, de la misma forma que antes los ángeles buenos habían herido de ceguera a los hombres de Sodoma para que no pudiesen encontrar la casa de Lot (174). Como, igualmente el resto de los castigos de los gomorreos; la Glosa, por otra parte, afirma sobre este texto que la mujer de Lot también se daba al mismo vicio. Luego los ángeles malos pueden hacer también otras cosas. Además, aquel que es capaz de introducir una forma natural, es capaz de quitarla. Ahora bien, los

demonios introdujeron muchas veces formas naturales, como aparece en los magos del faraón,quienes, por virtud del demonio, hicieron ranas y serpientes. Y San Agustín, en el Libro de las ochenta y tres cuestiones, afirma que las cosas que son hechas visiblemente por las potencias inferiores del aire no pueden ser consideradas como puras ilusiones (175), y, además, los hombres son también capaces de hacer por medio de una incisión hábil en el miembro viril que éste desaparezca. Luego, aquello que los hombres pueden hacer visiblemente, los demonios lo pueden hacer invisiblemente.

A pesar de ello, en sentido contrario, dice San Agustín, en el libro de la Ciudad de Dios: no es creíble que por el arte y la potencia de los demonios el cuerpo del hombre pueda ser cambiado a semejanza de la bestia. Luego tampoco es posible que le sea arrebatado aquello que sirve para mostrar la verdad del cuerpo humano; y así dice todavía en el libro de la Trinidad: no se puede pensar que la sustancia de la materia visible se encuentre sometida a la discreción de los ángeles prevaricadores. Se encuentra sometida a Dios unicamente (176). De donde la respuesta: Nadie duda de que algunas brujas hagan cosas sorprendentes acerca de los órganos viriles; muchos lo han visto y muchos también lo han oído decir. Y es de notoriedad pública, puesto que la realidad de este miembro era conocida por la vista y el tacto. En cuanto a la manera como esto puede realizarse, hay que decir: aunque esto no pueda hacerse más que de dos maneras, la una verdadera y real y la otra ilusoria, empero las cosas realizadas por las brujas en este dominio no tienen lugar más que por una especie de ilusión engañosa; la ilusión empero, no se encuentra nada más que en la imaginación del paciente: porque su imaginación puede estimar real y verdaderamente que su cosa no está presente, puesto que con ninguna operación de sus sentidos externos, vista o tacto, no percibe la presencia. Así, a partir de ello, puede decirse que la ablación del miembro es cierta por lo que respecta a la imaginación, aunque no lo sea en realidad. Acerca del cómo de la cosa, hay que notar que ello puede ocurrir de dos maneras: o bien queno sea imposibleque el diablo pueda equivocar los sentidos externos, él, que tiene poder para equivocar los sentidos internos, llevando a la percepción actual de imágenes en reserva en la imaginación. Así equivoca a los hombres en una operación natural, para que lo visible les sea invisible: lo tangible, intangible; lo audible, inaudible, etc. Semejantes cosas no son ciertas en la realidad, puesto que su causa está en una turbación de los órganos (los ojos, los oídos, el tacto), que entraña un error de juicio. Podríamos demostrar esto a partir de ciertos fenómenos naturales; por ejemplo, el vino dulce parece amargo a la lengua de un hombre con fiebre; no hay error en el gusto a causa de la cosa, sino a causa de los humores. De donde, en nuestro caso, la decepción no viene de la realidad, puesto que la verga se encuentra en su sitio, sino que la decepción viene de los órganos de los sentidos. Además, como se ha dicho acerca de la potencia genital, el diablo puede obstaculizar este acto interponiendo algún cuerpo del mismo color y de la misam apariencia; así también puede ser interpuesto un cierto cuerpo plano, figurando el color de la carne entre los ojos que ven y las manos que tocan y el cuerpo real del paciente, de tal modo que, a su juicio, nada alcance a ver ni a sentir sino es ése cuerpo plano sin ningún miembro que le horade. Véanse a este respecto las palabras de Santo Tomás a propósito de los encuentros de los encantos y las ilusiones en las Sentencias, la Suma Teológica o las Cuestiones sobre el mal; a menudo recuerda aquellas palabras de San Agustín: este veneno del demonio se cuela por todas las aberturas de los sentidos, se presta a las figuras, se adapta a los colores, se une a los sonidos, se incorpora a los olores, se funde con los sabores (177). Se puede pensar también que no únicamente por la interposición de un cuerpo plano y sin verga puede imponerse semejante ilusión maléfica a la vista y al oído, sino también por el ascenso a los sentidos internos, fantasía e imaginación de ciertas

formas e imágenes en reserva; de aquí que se imaginen talescosas como si las percibiesen por primera vez. Los demonios, efectivamente, como se ha tratado en la cuestión anterior, pueden, por medio de su fuerza, desplazar los cuerpos y, en consecuencia, por este mismo movimiento, afectar a las ideas y a los humores; luego también a la función natural quiero decir, la forma de que ciertas son vistas por los sentidos o la imaginación. El Filósofo, efectivamente, asignando una causa a las apariciones de los sueños, dice que en el animal que duerme la sangre desciende con mayor abundancia haciael principio sensitivo, con lo que descienden también las ideas o impresiones dejadas en reserva (estos términos han sido explicados más arriba) (178). De esta parte, algunas cosas aparecen como si por primera vez se viesen impresionados los sentidos por sus realidades externas. Esto puede hacerlo la naturaleza; luego, a fortiori, el diablo haciendo remontar a la fantasía y la imaginación las formas e ideas de un cuerpo liso, sin miembro viril, de tal manera que los sentidos se persuaden de ser así la realidad de las cosas. de esta manera también hay hombres que dan la impresión de ser animales que en realidad no son.

Pero hay que notar otros medios más fáciles de comprender y de predicar.Efectivamente, para San Isidoro, un sortilegio no es más que la ilusión de los sentidos, los ojos especialmente. Prestigium viene de perstringo (crispar, sobrecoger), porque turba la potencia de los ojos para para hacerles ver las cosas de forma distinta a como en realidad son (179). Y, como dice Alejandro, el sortilegio propiamente dicho es una ilusión del diablo que no tiene por causa un cambio en la materia de las cosas; existe unicamente en el espíritu de quien se equivoca, en sus percepciones internas o en las externas (180). De una cierta forma se dirá que la magia humana puede actura de tres maneras: la primera actúa sin los demonios, se la llama ilusión, porque su origen está en la habilidad de los hombres, que muestran las cosas y las ocultan,como en el caso de los juglares o los mimos. El segundo método tiene también lugar sin el auxilio de los demonios: cunado los hombres pueden usar de alguna forma natural por virtud de algun cuerpo o mineral, de tal manera que consiguen dar a las cosas una apariencia distinta a la suya natural. Ello hace decir a Santo Tomás ya otros que el humo de ciertas hierbas hace aparecer serpientes a las vigas (181). El tercer método de ilusión es aquel que tiene lugar por medio de los demonios, aunque, eso sí, con el permiso de Dios, para hacer adquirir a las cosas una apariencia distinta de la que realmente tienen. En este tercer método conviene notar que el diablo dispone de cinco medios para equivocar a quien sea y hacerle considerar una cosa distinta de cómo es. Primero, por una especie de pase de manos, como se ha dicho, porque lo que el hombre puede hacer por destreza, el demonio puede hacerlo todavía mejor. En segundo, por la aplicación natural de algo, como se ha dicho, aplicación de un cuerpo para ocultar otro o para turbar la imagen en la imaginación de los hombres. Tercero, cuando, asumiendo un cuerpo, se presenta como siendo una cosa que no es: así, *** Gregorio, cuenta de una monja que comió una lechuga; ésta, empero, tal y como en seguida confesó el diablo, no era una lechuga, sino el diablo en forma de lechuga o metido en la misma lechuga (182). De la misma forma que se apareció a Antonio*** en el desierto en un trozo de oro que encontró (1839); de esta forma puede ocurrir, como se ha explicado, que toque a un hombre real y éste tome la apariencia de un animal. Cuarto, cuando perturba de tal modo el órgano de la vista que una cosa clara parecerá nebulosa o, por el contrario, una vieja adquirirá los rasgos de una doncella; de la misma forma como tras de las lágrimas la luz adquiere una apariencia distinta a la que tenía antes. Quinto, cuando opera en la potencia imaginativa y altera las especies sensibles resolviendo los humores, haciendo como si nuevas imágeneshubieran aparecido a los sentidos de inmediato. Así, por los tres últimos métodos, e incluso por el segundo, puede producir un encanto a los ojos del hombre. de todo lo cual

se desprende que no hay ninguna dificultad en que pueda, por medio de un artificio mágico, ocultar el miembro viril. Una prueba, y un ejemplo de esto, que nos ha sido revelado en nuestra condición de Inquisidor, lo presentaremos a continuación, en la segunda parte del tratado, en la que relataremos varias cosas a este y otros respectos.

Examinaremos ahora una cuestión incidental con algunas otras dificultades: Pedro se encuentra sin su miembro. Ignora si esto ha ocurrido por maleficio o de alguna otra forma o, por medio de la permisión divina, el diablo se lo ha arrebatadode alguna otra forma con su poder. ¿Existen medios para reconocer y discernir entre una y otras cosas? Puede responderse que sí: en principio, las personas a quienes ocurren estas cosas son, en su mayoría, adúlteros o fornicadores. De aquí que cuando no sirven a sus amantes al gusto de éstas o pretenden abandonarlas para unirse a otras, entonces ellas, para vengarse, les causan estas cosas o de alguna otra forma le privan de la potencia del miembro. En segundo lugar, ligar se conoce por esto, que no es durable y el miembro volverá. Pero surge de nuevo la duda: pertenece a la naturaleza misma del maleficio el no ser duradero. Respóndese que puede igualmente ser perpétuo y durará hasta la muerte, como lo juzgan los canonistas y teólogos en el caso del impedimento maléfico para el matrimonio: el impedimento temporal puede hacerse perpetuo. Así lo atestigua Godofredo: un maleficio no puede ser siempre resuelto por aquel que ah sido causa del mismo, ya porque haya perdido el secreto del maleficio que ha lanzado u otra causa, como porque haya muerto o no sepa levantarlo. De aquí que de manera semejante podemos decir que el maleficio causado a Pedron será perpetuo si la bruja que se lo ha causado no puede curarlo (184). Efectivamente, resulta que hay brujas de tres géneros: unas hieren y curan, otras hieren y no pueden curar, otras parecen curar unicamente, es decir, curar las heridas, como más tarde se verá. Así a nosotros ha acontecido lo siguiente: dos brujas se peleaban entre ellas. Mientras que se injuriaban, una dijo a la otra: yo no soy tan mala como tú, porque lo que hiero sé curarlo. Por eso durará el maleficio si antes de haber sanado desaparece la bruja que lo causó, o cambia de lugar o muere. Efectivamente, Santo Tomás dice: un maleficio puede ser perpétuo cuando no puede haber remedio humano alguno o cuando este remedio existe desconocido de los hombres o prohibido, aunque Dios puede proporcionar un remedio por un ángel o demonio incluso sin forzar a la bruja (184). Empero el remedio mayor contra el maleficio es el sacramento de la penitencia, porque la enfermedad corporal proviene con frecuencia del pecado (185). De qué forma pueden eliminarse los maleficios se verá en la segunda parte de este tratado, donde se tocarán otras tres diferencias.

Restan los argumentos. La respuesta al primeroes clara: no existe ninguna duda acerca de que si los demonios pueden matar a los hombres con la permisión de Dios, pueden también, real y verdaderamente, arrebatar este u otro miembro.Pero en este caso los demonios no actúan por medio de las brujas, acerca de las cuales ya se ha hablado más arriba. Por ello se da la solución del segundo argumento; pero hay que decir todavía: Dios otorga mayor poder maléfico para atacar la potencia genital, porque... etc; luego permite que este miembro sea arrebatado real y verdaderamente. Pero no es cierto afirmar que esto ocurra siempre. Ello no se haría por medio de maleficio, ni tampoco las brujas, cuando hacen estas cosas, no pretenden carecer del poder de restituir el miembro, si saben y quieren hacerlo. De aquí resulta claramente que el miembro no resulta, efectivamente, arrebatado, sino afectado por su sortilegio. Frente al tercer argumento, respondemos que la metamorfosis de la mujer de Lot fue real y no un truco de magia; pero nosotros hablamos aquí del artificio mágico. Al cuarto: los demonios que pueden producir ciertas formas pueden suprimirlas también. Decimos esto pensando en los magos del faraón que hicieron verdaderas serpientes; los diablos pueden actuar con ayuda de otro agente sobre las

criaturas imperfectas en algunas cosas que no afectan a los hombres, porque Dios tiene mayor cuidado de ellos, como dice la Escritura: ¿Se preocupa Dios de los bueyes? (186). Empero pueden, con la permisión de Dios, hacer daño a los hombres real y verdaderamente o dar una ilusión maléfica del mal.Y por esto respondemosal ultimo argumento.

CUESTIÓN X

¡PUEDEN LAS BRUJAS REALIZAR MALEFICIOS SOBRE LOS HOMBRES QUE HAGAN ADQUIRIR A ESTOS FORMAS BESTIALES?

La verdad a inquirir se formula de esta manera: ¿Se da realmente esta transformación? En el caso de que así ocurra, ¿cómo se hace? Para argüir que esto no es posible se recurre aún al Canón Episcopi: todo el que crea en la posibilidad de que una criatura pueda ser cambiada en mejor o peor, o ser cambiada en otra especie o semejanza, salvo por el Creador mismo, que lo ha hecho todo, éste es un infiel y, sin duda alguna, peor que un pagano (187). Pero se dispone igualmente de los argumentos de Santo Tomás: ¿Pueden los demonios afectar a los sentidos del cuerpo por medio de las artes mágicas? Arguye en principio en favor del no. Porque es preciso que aquella forma de bestia que se ve es preciso que sea de alguna parte. Ahora bien, ésta no puede estar unicamente en los sentidos, porque estos no recogen más que especies provenientes de las cosas, y en este caso no hay animal en la realidad atendiendo a la redacción del canón. Esta tampoco puede estar en la cosa que se ve; por ejemplo, en la mujer que parece una bestia, porque es imposible que existan dos formas sustanciales al mismo tiempo sobre la misma materia. Luego la forma de bestia que se ve no puede estar en ninguna parte; luego igualmente tampoco puede existir ninguna ilusión mágica en el ojo que ve, porque la visión ha de tener un objeto en el que ésta termine (188). Además, si se dice que la total forma se encuentra en el aire ambiente, ello no es posible, porque el aire no puede recibir una forma o figura y, además, porque el aire en torno a una persona no es siempre el mismo a causa de su fluidez, sobre todo cuando se mueve. Y también semejante transformación sería vista por todos. Ahora bien, esto no ocurre, porque los demonios no parecen poder engañar por lo menos la mirada de los santos. Además, la vista, el sentido visual, es una potencia pasiva, Ahora bien, toda potencia pasiva es puesta en movimiento en virtud del influjo del correspondiente agente; el agente proporcional al sentido es doble: el uno se encuentra en el origen del acto, el objeto; el otro es el portador mediador. Ahora bien, la forma aparente no puede ser ni objeto ni agente mediador. No puede ser el objeto del principio, porque no puede ser comprendida por nada (como se ha visto en el precedente argumento); no existe ni en el sentido in en la cosa misma; tampoco se encuentra en el aire como agente portador (también se ha dicho más arriba). Además, si el demonio mueve por la potencia cognoscitiva interna, lo hace o bien proponiéndose como objeto esta potencia o cambiándola. Ahora bien, no lo hace proponiéndose como objeto: porque o bien le haría falta asumir un cuerpo real, y entonces no podría entrar en la imaginación, porque dos cuerpos no pueden hallarse al mismo tiempo en el mismo lugar; o bien asumir un cuerpo fantasmático, pero ello es imposible, porque el fantasma no puede existir sin la cantidad. Tampoco puede hacer esto cambiando el sentido , porque o bien lo cambiaría, alterándolo, y eso no parece que pueda hacerlo, puesto que toda alteración tiene lugar por medio de las cualidades activas, de las que carecen los demonios; o bien lo cambiaría por mtación con

desplazamiento; pero esto no parece realizable, por dos razones: la primera es que el cambio de un órgano no puede hacerse sin dolor; la segunda es que en este caso no podría mostrar más que cosas conocidas, mientras que Agustín atestigua que muestra formas conocidas y desconocidas. Luego parece que los demonios, no pueden engañar en modo alguno los sentidos o la imaginación del hombre.

Empero, en sentido contrario, tenemos al mismo Agustín, que afirma que las transformaciones de los hombres en bestia, que se dicen hechas por artificio diabólico, no fueron efectivas, sino simplemente aparentes. Ahora bien, esto no sería posible si los demonios no fuesen capaces de efectuar una mutación en los sentidos de los hombres; además, todavía está otra palabra autorizada de Agustín citada más arriba (189). De aquí nuestra respuesta: si un lector quisiera informarse sobre los modos de los cambios, encontrará sus distintas variedades en el capítulo sexto de la segunda parte de esta obra. Por el momento, procediendo de manera escolástica, digamos, de acuerdo con el pensamiento de tres doctores, que el diablo puede equivocar la imaginación de los hombres, hasta el punto de que un hombre pueda parecer verdaderamente un animal; la última opinión, la de santo Tomás, es la más sutil de todas.

La primera opinión, la de San Agustín, declara que el diablo trabaja a veces con el fin de engañar la imaginación del hombre, especialmente por las ilusiones de los sentidos. Lo prueba por la razón, por la autoridad de los cánones y por una multitud de ejemplos. En primer lugar, nuestros cuerpos se someten naturalmente y obedecen a la naturaleza angélica en cuanto al movimiento local. Ahora bien, los ángeles malos, aunque hayan perdido la gracia, no han perdido su poder natural, como hemos dicho con frecuencia. Nuestro poder de fantasía e imaginación es corporal, es decir, unido a un órgano corporal. Luegose encuentra sometida de la misma manera a los ángeles malos, que pueden modificarla suscitando diversas imágenes, provocadas por el descenso de los humores y de los espíritus hacia el principio sensitivo. He aquí lo que dice Antonio partiendo del comentado Canon Episcopi: la cosa está clara a partir del Canon, segun el cual no hay tampococ que olvidar que algunas malas mujeres, pervertidas por Satán y seducidas por las ilusiones y fantasmas de los diablos, creen y profesan que a ciertas horas de la noche ellas van cabalgando sobre ciertas bestias, en compañía de Diana, diosa de los paganos; de Herodías y de una innumerable multitud de mujeres, recorriendo inmensos espacios en el silencio de una noche profunda. Y mas adelante: Esta es la razón por la que los sacerdotes deben predicar al Pueblo de Dios con el fin de que éste sepa que todo ello es absolutamente falso y que ni semejantes fantasmas pueden perturbar los espíritus de los creyentes, esto no es por Dios, sino por causa del espíritu malo. Porque Satán mismo se transforma tomando la figura y la apariencia de diversos personajes; de modo que engañando en el sueño al espíritu que él tiene cautivo, le conduce por caminos tortuosos (190). En verdad, el sentido de este canon ha sido ya considerado en la primera cuestión no cuanto a los cuatro puntos a predicar. Pero no sería su verdadero sentido el afirmar que estas mujeres no pueden ser transportadas, si ellas quieren y no se encuentran impedidas por el poder de Dios. Con mucha frecuencia ha ocurrido también que humanos que no eran brujos se hayan visto transportados a su pesar a grandes distancias. Empero, que esto sea posible de una manera u otra, se ve por el contexto de la susodicha Suma de Antonino y en el capítulo del libro de la ciudad de Dios, en que Agustínrecoge lo que se encuentra en los escritos de los autores paganos: que cierta bruja llamada Circe convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises, lo cual se debía más a artificios que engañasen las imaginaciónes que a realizaciones efectivas, como queda claro por multitud de ejemplos (191).

Leemos efectivamente, en la Vida de los Padres que una joven no quería consentir a las vergonzosas proposiciones de un joven; éste, turbado por ello, pidió a un judío que lanzase contra ella un maleficio que la convirtiese en un jumento. Esta conversión no se realizó según la verdad de la cosa, sino que el engaño del diablo turbaba la imaginación de la misma chica y de los que la veían, de tal modo que tomaban por una yegua a la que continuaba siendo una mujer. Fue conducida al bienaventurado Macario; el diablo no pudo ilusionar sus sentidos como los de los demás en razón de su santidad. A él se le apareció como una mujer y no como una yegua. A la larga, mediante su oración, fue liberada del sortilegio; ella dijo entonces que esto le había ocurrido porque no se daba a la oración ni frecuentaba los sacramentos. De aquí que el diablo hubiese tenido poder sobre ella, aunque por lo demás se hubiese mantenido honesta (191).

Así pues está claro que el diablo puede por medio de la conmoción de las percepciones y los humores intrenos, trabajar para alterar el acto y la potencia sensitiva, nutritiva, apetitva u otra cualquiera de las corporales, por medio de un agente físico cualquiera al decir del bienaventurado Santo Tomás (193). Así puede creerse que ocurrió a Simón Mago en el curso de los encantamientos que se cuentan de él.(194). Pero nada de estas cosas puede hacerlas el diablo, a menos que Dios no lo permita, él, que con frecuencia, reprime la malicia de aquel que intenta engañarnos y hacernos daño por medio de sus ángeles buenos. Así dice Agustín hablando de los brujos: estos son los que con el permiso de Dios alteran los elementos, perturbando los espíritus de los hombres que confían menos en Dios (195). A veces su acción por los artificios de las brujas lleva a que un hombre no pueda ver a su mujer y recíprocamente; lo cual ocurre por un cambio en la fantasía, que representa al otro como una cosa odiosa y horrible, El diablo mismo sugiere a la imaginación de los que velan como de los que duermen la representación de cosas vergonzosas, con el fin de engañarlos y conducirlos al mal. Empero puesto que el pecado no consiste en la imaginación sino en la voluntad, entonces en todas estas representaciones y movimientos causados por el diablo, el hombre no peca si voluntariamente no consiente en el pecado.

La segunda opinión de los Doctores modernos se refiere a lo mismo, cuando opina sobre lo que sea sortilegio y acerca de qué medios puede utilizar el diablo para ilusionarnos. Hay que notar cuanto ha dejado dicho Antonino más arriba, pero no hay razón para repetirlo ahora. La tercera opinión es la de Santo Tomás. Constituye su respuesta al argumento donde se pregunta que donde se encuentra la forma de bestia que se ve. En los sentidos, en la realidad o en el aire ambiente. Su opinión es que la forma que aparece existe únicamente en el sentido interno, pero que por una fuerte imaginación resulta sobre el sentido externo de alguna manera. Lo que allí ocurre puede ocurrir por la actuación del demonio de una doble manera: o bien podemos decir que las formas de animales que se encuentran en las reservas de la imaginación fluyen por la acción del diablo hacia los órganos de los sentidos internos (así ocurre en el sueño como ya se ha dicho). Y por ello cuando aquellas especies alcanzan los órganos de los sentidos exteriores, como la vista, se las ve como si fuesen cosas presentes exteriormente y como si fuesen percibidas actualmente. O bien el diablo puede operar por cambio en los sentidos internos; y, una vez cambiados estos, el juicio de los sentidos resulta falseado, como se ve en aquel que teniendo el gusto pervertido encuentra amargo todo cuanto es dulce. Este método no es muy diferente del primero; y esto pueden también hacerlos los hombres por medio de ciertas cosas naturales, como por ejemplo, cuando el vapor de cierta humareda hace que las vigas de una casa tomen el aspecto de serpientes. Existen muchas experiencias de este género como ha quedado dicho más arriba (196).

Respuesta a los argumentos: respecto del primero, está claro que el texto es citado con más frecuenciaa, pero está mal comprendido. Porque en cuanto a lo que se dice acerca de la transformación a otra especie o semejanza, se ha visto ya que esto puede ser realizado mediante el arte mágica. En cuanto a mantener, por el contrario, que una criatura no puede hacerlo por la potencia del diablo; si se toma hacer en el sentido de crear, está claro, si hacer es tomado en el sentido de producción natural, es cierto que los demonios pueden hacer ciertas criaturas imperfectas. Y Santo Tomás lo explica: todas las transformaciones de las cosas corporales que pueden ser efectuadas por las fuerzas de la naturaleza, tales como las semillas que se encuentran en los elementos del mundo, la tierra, el agua en la que serpientes y ranas dejan sus semillas, y otras semejantes. Todo esto puede ser hecho por los demonios utilizando estas semillas. Así ocurre cuando algunas cosas son transmutadas en serpientes o ranas, que pueden ser engendradas por putrefacción, Por el contrario, las transformaciones de las cosas corporales que no pueden ser efectuadas por las fuerzas de la naturaleza, estas no pueden ser realizadas absolutamente por la operación del diablo, en la realidad de las cosas. Por ejemplo, cuando un cuerpo humano es transformado en un cuerpo de bestia, cunado un cuerpo muerto es llavado a la vida: si ocurren semejantes cosas, se trata de una apariencia mágica en la que el diablo se presenta a los hombres en un cuerpo asumido (197). Para confirmar esta posición tenemos a Alberto en su Libro de los animales, examinando si los demonios e incluso las brujas pueden hacer ealmente animales, a lo que responde, que con la permisión de Dios puede hacer animales imperfectos. Pero no pueden hacerlo en un instante como Dios lo hace, sino por medio de algún movimiento, rápido empero, como claramente ocurre en el caso de las brujas. Recordando el libro del Exodo (el faraón llama a sus hombres sabios) dice: los demonios recorren el mundo y recogen simientes variadas y utilizándolas hábilmente pueden suscitar especies diversas (198). Por otra parte, la Glosa dice en este lugar: cuando los brujos intentan efectuar alguna cosa por medio de los demonios, se van por el mundo, toman semillas de cosas, y, permitiéndolo Dios, producen nuevas especies. Pero esto ya ha quedado dicho más arriba.

Por lo que hace a la dificultad: ¿pueden llamarse milagrosastales obras de los demonios? La respuesta se encuentra claramente en el desarrollo; incluso los demonios pueden realizar verdaderos milagros; a los que se encuentra adaptadasu naturaleza particular. No obstante, pese a que tales cosas sean ciertas, no se realizan atendiendo al conocimiento de la verdad. En este sentido las obras del Anticristo pueden considerarse signos equívocos puesto que se trata de hechos destinados a seducir a los hombres. La respuesta al otro argumento concerniente al aspecto de la forma es también clara: la forma de bestia que se ve no se encuentra en el aire, ni en la cosa sino en el sentido mismo,como se ha mostrado más arriba a partir de la opinión de Santo Tomás. En cuanto al argumento según el cual todarealidad pasiva es puesta en movimiento por el agente correspondiente, se concede. Pero deducir de él que la forma percibida no puede ser objeto original que pone en movimiento el acto de la visión puesto que esta no viene de nada, se responde que viene de algo, de la especie sensible conservada en la imaginación, que el diablo puede retirar y ofrecer a la imaginación e incluso a la potencia de la percepción sensible. Respecto del último argumento hay que decir que el demonio no puede, como ha quedado demostrado, cambiar la potencia de percepción de la imaginación, proyectándose en ella, sino transformándola sin alterarla salvo por lo que hace al movimiento local. Porque no puede imprimir por sí mismo especies sensibles, como se ha dicho; no cambia más que por medio de un movimiento local, y aún eso lo hace no dividiendo la sustancia del órgano de donde resultaría un dolor, sino removiendo las percepciones y los humores. Podría, sin duda

objetarse todavía que consiguientemente el demoniono puede presentar a un hombre la apariencia de algo de nuevo en su visión imaginativa. Se responde que la novedad puede entenderse de dos maneras: en el sentido de total ente nuevo en sí y en sus principios -en este sentido el demonio no puede presentar nada nuevo a la visión imaginativa del hombre-; no puede hacer que un ciego de nacimiento imagine los colores, que un sordo de nacimiento imagine los sonidos. En otro sentido una cosa puede ser considerada nueva, como composición de un conjunto. De esta forma puede llamarse nueva la imaginación de unas montañas de oro que nunca se han visto: porque se ha visto el oro, se ha visto una montaña y se puede por una operación natural hacer la imagen de una montaña de oro. En este sentido el diablo puede ofrecer algo nuevo a la imaginación.

Una cuestión incidente: corcierne a los lobos que de vez en cuando arrancan de sus casas a los hombres y niños con ánimo de devorarlos, y huyen con tal habilidad que ningún artificio ni ninguna fuerza son capaces de capturarlos o herirlos. Conviene decir que a veces la causa de esto es natural en unas ocasiones y que otras se debe al arte mágica si intervienen en ellos las brujas. Respecto del primer caso, Alberto en su Libro de los Animales, dice que esto puede provenir de cinco causas: a veces a causa de una hambruna, como cuando ciervos y otros animales se acercan a los hombres; otras veces a causa de su ferocidad, como ocurre en las regiones frías o cuando tienen lobeznos. Pero esto no hace a nuestro propósito. Digamos pues, que tales cosas son causadas por un sortilegio diabólico, cunado Dios castiga a una nación por su pecado según la Palabra del Levítico: lanzaré sobre vosotros bestias feroces que os consumiran a vosotros y a vuestros ganados; o la del Deuteronomio: yo excitaré contra ellos los dientes de las bestias... (199).

En cuanto a la cuestión: son verdaderos lobos o demonios que han adoptado esta forma. Respondemos que son verdaderos lobos, pero poseídos por el diablo. Son excitados de dos maneras: sin la operación de los brujos: así el caso de los cuarenta y dos niños que fueron devorados por dos osos salidos de un bosque, por haberse burlado del profeta Eliseo, diciéndole asciende calvo; o en el caso del león que mató al profeta por haber desobedecido la orden de Dios; o finalmente, en la historia del obispo de Viena, que había instituído las letanías menores antes de la Ascensión del Señor porque los lobos habiendo entrado en la ciudad devoraron a muchos hombres (200). Pero esto puede ser también una ilusión delos brujos: así Guillermo de Paris cuenta en su Suma del Universo, la historia de un hombre que se creía transformado en lobo, cuando en determinadas épocas habitaba en las cavernas. Iba allí y durante el tiempo que se encontraba en este sitio, le parecía haberse convertido en lobo y que marchaba a merodear y a devorar niños. En realidad era el demonio él solo que, habiendo tomado forma de lobo, hacía esto y él se figuraba en su sueño que era él en forma de lobo, quien rondaba para hacerlo. Permaneció así mucho tiempo fuera de sí, hasta que fue hallado un día en el bosque caído en delirio. El demonio gusta de cosas de este género, con el fin de difundir el error de los paganos que pensaban que hombres y viejas se transformaban con frecuencia en animales. De aquí se discierne que estas cosas ocurren únicamente con la permisión de Dios, por la acción del diablo y no por defecto natural alguno, puesto que estos lobos no pueden ser heridos o capturadospor ninguna forma de artificio o fuerza. Vicente de Beauvais, también lo cuenta, en su Espejo: en Galia, antes de la reencarnación de Cristo y antes de la Guerra Púnica, un lobo arrancó de su vaina la espada de unos centinelas (201).

CUESTIÓN XI

LAS PARTERAS QUE SON BRUJAS HACEN MORIR DE DIVERSOS MODOS LO CONCEBIDO EN EL ÚTERO, PROCURANDO EL ABORTO, Y, CUANDO NO HACEN ESTO, OFRECEN LOS NIÑOS A LOS DEMONIOS.

Pruébase aquí la peoposición por cuatro horrendos actos realizados sobre niños que todavía se encontraban en el seno de sus madres o que habían nacido ya. Puesto que las mujeres son preferidas por los demonios para asociarlas a sus acciones y no ocurre así con los varones, por ello el ángel homicida procura asociarse más con las mujeres que con los hombres. He aquí cuales son estas obras: más los canonistas que los teólogos, tratando del impedimento maléfico, dicen que no solamente hay maleficio para que alguno sea incapaz de cumplir el acto carnal; sino también para que la mujer no conciba, o, si ha concebido, para que aborte. Añaden una tercera y cuarta manera de actuar las brujas: cuando no triunfan en el aborto, o bien devoran al niño o le convierten en ofrenda al demonio. Las dos primeras maneras de actuar no ofrecen duda puesto que el hombre, sin la ayuda de los demonios y por medio de cosas naturales como las hierbas y otras cosas, puede hacer que la mujer no pueda engendrar o incluso concebir.

Respecto de las otras dos, conviene establecer que pueden también provenir de los demonios; no tendremos necesidad de argumentar mucho, allí donde una serie de experiencias hacen la cosa más creíble.

En cuanto al primer punto: algunas brujas, yendo contra la inclinación de la humana n aturaleza, e incluso contra la de todas las bestias, exceptuando únicamente a la loba, tienen el hábito de despedazar y comer niños. A este respecto el Inquisidor de Como, del que se hablará más adelante, ha relatado lo siguiente: para un asunto de este género fue llamado a hacer inquisición por los habiutantes del Condado de Burbia, Un hombre había visto desaparecer un niño de su cuna; habiendo sorprendido una asamblea de mujeres en la noche, había jurado haberlas visto matando al niño y bebiendo su sangre. También por ello en un solo año, el año anterior. el Inquisidor dice haber entregado al fuego cuarenta y una brujas, habiendo huído algunas al territorio del Archiduque de Austria Segismundo. Para confirmar esto tenemos algunos de Juan Nider en su Formicario. El recuerdo del libro y de lo que en él cuenta existe todavía, por lo cual estas cosas no son juzgadas increíbles a pesar de su apariencia.

Nosotros añadimos que en este dominio son preferentemente las parteras las que causan mayores daños, como nos han contado a nosotros mismos y a otros, brujas arrepentidas, diciendo: nadie perjudica más a la fe católica que las comadronas. Efectivamente, cuando no matan al niño, entonces, obedeciendo a otro designio lo sacan fuera de la habitación, lo levantan en el aire y lo ofrecen al demonio. Por lo que respecta al método que ellas observan para sus crímenes de este género, ya lo veremos en el capítulo VII de la segunda parte.

Nos será preciso volver sobre ello; pero nos queda antes una cuestión a dilucidar: la de la permisión divina. Hemos dicho al comienzo que hay tres cosas que concurren al acto maléfico: el diablo, la bruja y la permisión divina.

CUESTIÓN XII

¿CONCURRE LA PERMISIÓN DIVINA A LOS MALEFICIOS?

Conviene ahora reflexionar sobre la permisión divina respecto de la cual se plantean cuatro cuestiones: primeramente: ¿es necesario que intervenga la permisión divina para el efecto maléfico?Segundo: ¿conviene presupones otras permisiones para que Dios permita en justicia a la criatura, naturalmente pecadora, cometer igualmente el acto maléfico y los crímenes más horribles? Tercero, ¿sobrepasan los crímenes de los brujos al resto de los males qie Dios puede permitir? Cuarto, ¿cómo se puede predicar todo esto al pueblo?

La primera cuestión respecto de la permisión divina, tercer postulado principal de nuestra primera parte, es esta: ¿es católico afirmar la permisión divina para estas obras de brujos, hasta el punto de afirmar lo contrario, refutando lo anterior, resulta herético? Se arguye que no lo es de la manera siguiente: no es herético afirmar que Dios no deja tanto poder al diablo en estas formas de maleficio. Efectivamente refutar aquellas cosas que pueden servir de vergüenza al creador, es católico y no herético. Se afirma que no está concedido al diablo un poder semejante de hacer daño a los hombres, y esta es la opinión católica. La prueba está en que lo contrario parece servir para burla del creador. De ello se deduciría que todo no se encuentra sometido a la providencia divina; puesto que todo sabio organizador excluye tanto como puede los defectos y los males de aquellas cosas que él cuida. Ahora bien, las cosas que se hacen por medio de maleficios, si son permitidas por Dios, se ve claro que no están excluídas por él. En consecuencia Dios no es un ordenador sabio, ni tampoco procede todo de su providencia. Como todo esto es falso resulta falso admitir que Dios permite el maleficio. Además quien permite que se haga algo lo permite, bien porque podría impedirlo si quisiera, o porqueno puede impedirlo. Ningunade estas cosas conviene a Dios: ni la primera porque se le juzgaría envidioso ni la segunda porque se le consideraría impotente. Si se pregunta incidentalmente: este maleficio ha caído sobre Pedro. Dios podría impedirlo y no lo hace, luego Dios es envidioso y no se preocupa de todos por igual. Si no ha podido impedirlo a pesar de querer , resulta entonces que no es todopoderoso. Todas estas cosas resulta inconveniente admitirlas, luego no se puede decir que los maleficios dependan de la permisión de Dios. Además: aquel que es responsable de sí mismo y es el dueño de sus actos no se encuentra sometido a la permisión y a la providencia de un gobernador cualquiera. Ahora bien los hombres son r4esponsables de sí mismos, según la palabra del Eclesiástico: en el principio Dios ha creado al hombre y lo ha sometido a su propio juicio (202). Los malos en particular son dejados a sus obras, según la palabra del salmo: El les ha dejado a los deseos de su corazón (203). Luego todos los males no proceden de la permisión divina. Además Agustín dice en su Enquiridion, así como el Filósofo en la Metafísica: es mejor no saber ciertas cosas viles, que saberlas; pero todo cuanto es mejor conviene atribuirlo a Dios (204). Luego Dios no está advertido de estas cosas vergonzosas de los maleficios a fin de que las permita o no. Y el Apóstol se pronuncia en el mismo sentido: Dios no tiene cuidado de los bueyes (205). Luego tampococ de las demás criaturas irracionales. Luego Dios no se inquieta por si están embrujadas o no, puesto que no se encuentran sometidas a la permisión de su providencia. Además, lo que ocurre por necesidad no requiere una permisión providente como tampoco prudencia. La cosa está clara , según el Filósofo en su Ética: la prudencia es la razón justa de las cosascontingentes, acerca de las que hay consejo y elección (206(. Pero varios efectos maleficiales parten de la necesidad, por ejemplo cuando de una cierta causa o de los

efectos de los astros provienen enfermedades u otras cosas juzgadas como maléficas; luego éstas no proceden siempre la permisión divina, Además, si los hombres son embrujados por la permisión divina, ¿por qué ocurre estos a unos más que a otros? Si se responde: a causa de los pecados que abundan con más frecuencia en unos que en otros, parece que esto no es cierto porque entonces los pecadores más grandes serían los más frecuentemente embrujados. Ahora bien, parece más lo contrario: parece que con frecuencia son los menos castigados en estemundo según la palabra: las cosas van bien para aquellos que pecan y éstos son los mas embrujados. Queda claro finalmente porque niños inocentes y otros justos se ven más afectados por los embrujamientos que estos otros.

Empero, en contra tenemos que Dios permite, sin quererlo, que el mal existay esto para lograr la perfección del universo. Así Dionisio: habrá mal para la plenitud de todos, luego para la perfección del universo (207). Y Agustín dice en el Enchiridion: la admirable belleza del universo se encuentra hecha con todos los bienes y con todos los males. En tanto aquello que se llama mal, puesto en orden y colocado en su lugar, constituye una recomendación más eminente para el bien, con el fin de que éste agrade más y sea más digno de alabanza por comparación con el mal (208). También Santo Tomás reprueba la opinión de aquellos que dicen, que aunque Dios no quiera el mal, puesto que ninguna criatura puede tender hacia él ni por apetito natural, ni por apetito sensible, ni por apetito intelectual -el objeto de la voluntad es el bien- quiere empero que el mal exista u ocurra. Santo Tomás dice que la opinión es falsa. Efectivamente Dios no quiere el mal; no quiere que exista; pero tampoco quiere que no exista; quiere permitir que el mal acontezca porque ello es bueno para la perfección del universo. ¿Por qué es erróneo decir que Dios quiere que haya males, o que se cometan por causa del bien del universo? Porque, como él dice, nada puede llamarse bien, sino aquello que lo es en sí y no por accidente. Así el hombre virtuoso es juzgado bueno en su naturaleza intelectual, y no en su naturaleza animal. El mal, por el contrario, no se encuentra ordenado al bien, por sí mismo sino por accidente; si de él resulta bien, ello se encuentra fuera de la intención de los que hacen el mal. Así se encontraba fuera de la intención de los malhechores o de los tiranos que de sus persecuciones resplandeciese ña paciencia de los mártires (210). De aquí la respuesta a esta cuestión que resulta tanto más útil de predicar cuanto es más dificil de comprender. Existe efectivamente entre los argumentos este principio recibido, no tanto de los laicos como de los sabios de que los maleficios tan horrendos de los que hemos hablado no son permitidos por Dios, porque ignoran las causas de esta divina permisión. Unicamente a causa de su ignorancia no han sido suprimidas completamente las brujas como consecuencia de su condena y se encuentran camino de devastar la cristiandad entera. Por ello debemos nostros responder de tal manera que satisfagamos por igual al sabio que al ignorante según el pensamiento de los teólogos y por ello discutiendo de entrada dos dificultades. La primera: que el mundo se encuentra sometido a la providencia divina de tal manera que Dios mismo provee todo. La segunda: que la totalidad de los males que acontecen, ya males de culpa, males de daño traen su origen de las dos primitivas permisiones respecto de la caída de los ángeles y la de los primeros padres. De aquí se verá que refutar obstinadamente el creer sobre ambos puntos tiene un cierto sabor de herejúia, porque se enlaza por aquí con los errores de los infieles.

Por lo que hace a la primera dificultad: conviene notar que se presupone a principio que Diois es providencia -según aquella palabra de la sabiduría: es tu providencia, Oh Padre, quien gobierna el navío del mundo (210). Conviene afirmar también que todo se encuentra sometido a esta providencia y que Dios provee inmediatamente a todo. Para probarlo

utilizamos en principio la refutación de un error contrario. Efectivamente, a propósito de esta palabra de Job: ¿Qué sabe Dios de ello? Las nubes le hacen un velo que le impide ver; el se pasea por el circuito del cielo (211), algunos habían pensado afirmar, de creer a Santo Tomás, que únicamente los seres incorruptibles subyacen a la providencia, como las sustancias separadas, los cuerpos celestes y las ideas de las realidades inferiores. Por el contrario, los individuos de estas especies, decían, como son corruptibles no se encuentran sometidos a la providencia. De donde, en su opinión, todas las cosas inferiores que ocurren en el mundo, proceden de la divina providencia, pero en general solamente y no de forma individual. Empero, esta opinión parece inconveniente a otros, porque parece como si Dios no se inquietase más ampliamente por el hombre que por el resto de los otros animales. Así Rabí Moisés, queriendo matenerse en un justo medio, dice de acuerdo con los primeros: todas las cosas coruptibles, en tanto que individuos, no se encuentran en absoluto sometidas al gobierno divino sino únicamente los universales y los otros nombrados más arriba. No obstante, el hombre, constituye una excepción en esta universalidad de los cuerpos corruptibles y esto a causa del esplendor de su espíritu que le hace participar de las sustancias separadas. Así, según esta opinión, todo cuanto ocurre a los hombres en los maleficios, les vendría con la permisión de Dios, aunque no de la misma forma que ocurrirían a los animales y demás frutos de la tierra (212). Semejante opinión se encontraba más cercana a la verdad que la de los que negaban absolutamente toda providencia de Dios sobre las cosas del mundo, afirmando que el mundo había sido hecho por un azar (opinión de Demócrito y de los Epicúreos). Empero, esto no deja de ser enormemente falaz: resulta necesario efectivamente decir que todo se encuentra sometido a la divina providencia, no simplemente en general sino en particular, y que no sólamente los maleficios los maleicios de los ho9mbres sino también los de los animales y de los frutos de la tierra provienen de la sabia permisión de Dios. Y esto se explica de estemodo: la providencia y la ordenación de las cosas a un fin se extiende tan lejos como se extiende la causalidad. Por tomar ejemplo en las cosas sometidas a un amo: se encuentran sometidas a su providencia en la medida en que dependen de su autoridad. Pero como la cuasalidad de Dios, primer agente motor, se extiende a todos los seres, no solamente a las cosas incorruptibles. Entonces, de la misma manera que todas las cosas reciben su ser de Dios, igualmente todas las cosas se encuentran ordenadas a un fin por su providencia. El Apóstol toca esto en Los Romanos: quien resiste a la autoridad resiste al orden querido por Dios (213). Es como si dijese: de la misma forma que todo existe por Dios, igualmente todo depende de su ordenacióny se encuentra consecuentemente sometido a su providencia. La providencia de Dios efectivamente no nos es conocida de otra manera que como la razón y la causa que ordena las cosas a su fin. Luego todas las cosas en la medida misma en que participan del ser se encuentran sometidas a la divina providencia. Igualmente Dios no conoce únicamente las cosas generales y en general, sino las cosas particulares y en particular. Y para comparar el conocimiento de Dios con relación a las criaturas con el que el artista tiene respecto de sus obras de arte, de la misma manera que las obras de arte dependen de la providencia y del orden del artista así también todas las cosas dependen del orden y la providencia de Dios. Todo esto no constituye, sin embargo, una explicación suficiente para que se comprenda que Dios tiene justas razones para permitir el mal y los maleficios en el mundo, aunque sí se comprende que es providente gobernador de todas las cosas. Pues parecería que, si se concede esto, debería excluir todo mal de aquellos a quienes gobierna. Vemos que entre los hombres las cosas ocurren de este modo: el sabio previsor descarta el defecto y el mal, en la medida en que el puede, para aquellos que tiene a su cargo. Pero para comprender por qué Dios no prescinde todos los males, conviene

notar los siguiente: una cosa es hablar de la providencia particular y otra de la providencia universal. Efectivamente, el provisor particular debe excluir necesariamente el mal en la medida que pueda, porque no puede sacar bien del mal. Antes al contrario, puesto que Dios es provisor universal del mundo entero, y él puede sacar de los males particulares varios bienes -como por ejemplo, de la persecución de los tiranos obtener paciencia de los mártires, de las obras de los brujos la purificación y la prueba de fe de los justos-, por eso no tiene necesidad de impedir todos los males si quiere que no falten numerosos bienes al universo. De aquí que Agustín insista en su Enchiridion: Dios es tan misericordioso y omnipotente que no permitiría que existiese un solo mal en sus obras si no fuese lo bastante bueno y poderoso como para sacar el bien incluso del mal (214). Y nosotros tenemos un ejemplo de esto hasta en las acciones de las cosas naturales. Pues aunque muchas destrucciones y defectos en las cosas se encuentran en contra del interés de la naturaleza particular a la que alcanza la destrucción (por ejemplo a la del ladrón que es ahorcado o a la de los animales que son muertos para alimentara los hombres), empero depende de la intención universal de la naturaleza el que los hombres se encuentren protegidos en su vida y en sus bienes y que el bien del universo esté asegurado. Efectivamente, para la conservaci´´on de las especies, conviene que la destrucción de una sea la conservación de la otra: la muerte de otros animales conserva vivos a los leones.

Ante la segunda dificultad respecto de la universalidad de los males, males de falta, males de pena, que Dios permite con justicia, sobre todo en un mundo que se entibia y que desciende hacia su ocaso, debemos aclararla por otras dos proposiciones necesariamente presupuestas. La primera es que Dios no puede hacer, o mejor, para hablar según el temor de Dios, resulta imposible que una naturaleza creada como el hombre o el ángel tenga por condición de naturaleza el no poder pecar. La segunda proposición, es que es justo para Dios permitir que el hombre peque y sea tentado. Ambas proposiciones se encuentran garantizadas, porque es propio de la divina providencia dejar que cada criatura sea dejada a su naturaleza; luego hay que decir a partir de estas premisas que es imposible el que Dios no permita que existan maleficios partiendo del poder de los demonios. En primer lugar que no sea posible comunicar a criatura alguna la imposibilidad de pecar, por condición natural, queda demostrado a partir del Santo Doctor: si esto hubiera sio comunicable a alguna criatura, Dios lo habría comunicado, puesto que todas las otras bondadesy perfecciones comunicables él las ha comunicado a todas las criaturas, al menos en general. Así la unión personal de las dos naturalezas en Cristo; la unión de la maternidad y de la Virginidad de María, la unión de la gracia en los hombres viajeros y la unión de la beatitud de los elegidos, etc. Cual es la razón para que no leamos que el poder susodicho haya sido comunicado. La de que no lo ha sido ni a los ángeles ni a los hombres según esta palabra: Incluso entre los hombres he encontrrado pecado. Es cierto que al hombre no le cabe el que Dios le comunique el ser impecable por naturaleza, aunque lo pueda ser por la gracia (215). En segundo lugar, en el mismo sentido: si fuese comunicable el universo no sería perfecto. Dado que su perfección consiste precisamente en esto, que todas las bondades de las criaturas comunicables han sido comunicadas. Y no sirve de nada argüir que siendo Dios ominpotente y habiendo hecho al hombre y al ángel a su imagen, habría podido hacer también que sus criaturas pudiesen no pecar por condición de naturaleza. O también que Él podría hecr que la condición de gracia que es la causa de la confirmación en el bien, sea una parte esencial en la naturaleza del ángel o del hombre, a fin de que así, según un principio y una condición naturales, tengan confirmación en el bien para no poder pecar. El primer argumento no es concluyente: aunque Dios sea supremamente poderoso, como no es supremamente bueno, no puede conferir esto. No por imperfección de su podersino por

imperfección de la criatura. Esta imperfección reside fundamentalmente en el hecho de que el hombre o el ángel no puede ni ha podido nunca recibir este poder. La razón es que, como la criatura, su ser depende del creador, como la cosa causada depende de la causa de su ser. Y crear es hacer algo de la nada; de aquí que abandonada a sí misma perezca, puesto que se mantiene en tanto recibe influencia de su causa. Tomad si queréis el ejemplo del cirio que alumbra en tanto tiene cera, Así, pues, atento todo lo anteriorqueda claro que Dios ha creado al hombre y le ha abandonado a su propio juicio (216). Lo mismo ocurre con el ángel desde el principio de la creación. Y todo esto ha sido hecho en la libertad, de la que es propiedad el hacer o no hacer, lo mismo que alejarse de la caída o acercarse a ella. Y puesto que ello significa poder pecar: poder, en virtud del libre albedrío, alejarse de Dios; luego es algo que ni el ángel ni el hombre pudieron recibir, ni tampoco Dios pudo comunicar a su naturaleza el tener conjuntamente esta libertad de elección e igualmente por naturaleza el no poder pecar. Otra imperfección de la criatura en razón de la cual esto no puede ser comunicado ni al ángel ni al hombre, es que ello implica contradicción. Y puesto que en sí esto no es factible, nosotros sostenemos que Dios no puede hacerlo, pero convendría decir más bien que las criaturas no pueden recibirlo, como por ejemplo no se puede ser al mismo tiempo vivo y muerto. También resulta contradictorio el que alguien tenga libre albedrío por el cual pueda adherirse a su causa y que no pueda pecar: puesto que si no puede pecar no puede tampoco adherirse a su causa. Pecar es partir del desprecio del bien que no cambia, para adherirse a las cosas mudables (217). Ahora bien, despreciar o apreciar, son actos que dependen de la libertad de elección. La segunda proposición presupuesta tampoco supone dificultad: si por naturaleza pudiera usar la criatura de la gracia de la confirmación en el bien, de manera que por su esencia tenga la facultad de no poder pecar, entonces no gozaría, por un don accidental de la gracia del poder de no poder equivocarse ni pecar, lo tendría por naturaleza y entonces sería Dios, lo cual resulta absurdo. Santo Tomás toca este punto en la cuestión citada más arriba, respondiendo al último argumento: allí donde dice que si conviene a una criatura un accidente que no se halla en ella más que por influencia de un ser superior, esta criatura inferior no puede poseer este accidente por sí misma, a menos de hacerse de una naturaleza superior. Así, cuando el aire se encuentra actualmente iluminado por el fuego, no corresponde a su naturaleza el estar iluminado en acto de no convertirse en fuego.

Luego digo: puesto que la confirmación en el bien ni alcanza a la criatura más que por la gracia -que como una luz espiritual y una imagen de la luz increada- no puede ocurrir que una criatura tenga por naturaleza esta confirmación en la gracia, a menos que no devengamos por esencia de la naturaleza divina, es decir, de la misma naturaleza de Dios: lo cual es absolutamente imposible. Concluyamos pues: la inaptitud para pecar únicamente pertenece a Dios por naturaleza; pues de la misma manera que no puede dejar de ser, él que da el ser a todos, igualmente tampoco puede apartarse de la rectitud de la bondad, cosa que le conviene por condición de naturaleza. En cuánto a todo los demás que tienen esta cualidad de no poder pecar, les está concedida por un a confirmación gratuita en el bien, al término de la cual se convierten en hijos de Dios, y, en algún sentido, partícipes de la naturaleza divina.

CUESTIÓN XIII

SE DECLARA LA CUESTIÓN SOBRE LAS DOS PERMISIONES DIVINAS, QUE DIOS JUSTAMENTE PERMITE, A SABER, NUESTROS PRIMEROS PADRES PECARON Y CAYERON POR ACCIÓN DEL DIABLO AUTOR DE TODO MAL, Y A CAUSA DE ELLO LAS OBRAS DE LOS DEMONIOS SON JUSTAMENTE PERMITIDAS.

La segunda cuestión y proposición, acerca de la permisión divina es la siguiente: Dios ha permitido con justicia que pequen efctivamente ciertas criaturas angélicas, que no pudo crear de otra manera que como capaces de pecado; de la misma manera como por gracia ha preservado del pecado a algunos otros creados de la misma manera; y ello sin previa tentación. En cuanto al hombre ha permitido justamente que sea tentado y que peque. Todo se desarrolla como sigue: resulta propio de la forma de actura la providencia divina dejar a cada zona que actúe de acuerdo con su naturaleza y no obstáculo a sus operaciones naturales. Efectivamente, como dice Dionisio: la providencia no es destructora, sino salvadora de la naturaleza (218). Lo cual se da, si es manifiesto que el bien de un pueblo es mayor que el de un individuo, igualmente el bien del universo tiene primacía sobre el bien de la criatura particular. También debemos notar que si el pecado del hombre hubiera sido impedido, por este mismo hecho, hubiesen sido suprimidos muchos grados de perfección. De esta manera hubiera sido suprimida esta naturaleza que puede pecar y no pecar. Ahora bien, ya se ha dicho que tal era la condición del hombre por naturaleza. De donde se sigue la respuesta:

Respecto del pecado de los ángeles: si no hubiese habido pecado en acto, sino más bien confirmación en el bien, entonces se hubiese ignorado siempre cuanto en los buenos es debido a la gracia de Dios, y lo que podría el poder del pecado y varias otras cosas, que, suprimidas privarían de muchas cosas al universo. Convenía también que el demonio pecase sin sugestión exterior, tomando la ocasión del pecado en sí mismo: lo que hizo al querer igualarse a Dios. Y esto conviene entenderlo, por otra parte, no como una igualación por similitud absoluta, directa o indirecta, sino solamente relativa; lo cual se afirma bajo la autoridad de Isaías: subiré sobre las más altas nubes, me convertiré en igual del Altísimo (219). No obstante y directamente: ya que en este caso hubiera tenido el entendimiento ofuscado y erróneo, deseándo algo que le era imposible. Él se sabía una criatura, creada por Dios; y sabía por tanto que convertirse en igual de Dios era imposible para él. Ni incluso tampoco de una legalidad absoluta indirecta; el bien del ángel y de la criatura efectivamente están en depender de Dios, de la misma manera que al aire le viene toda su claridad de encontrarse expuesta a los rayos del sol. Luego esto tampoco podía desearlo el aángel, puesto que de esta forma hubiese ido en contra de su propia naturaleza. Pero él deseó una igualdad relativa con Dios comprendida de este modo: Dios posee por naturaleza, de un lado la felicidad y la bondad de toda criatura. Viendo, pues, el ángel la dignidad de su naturaleza superior a la del resto de las criaturas, quiso y deseó que de él se derivasen, hacia las inferiores, la felicidad y la bondad. Y ello, partiendo de su naturaleza misma, semejante a aquel que lo posee todo, el primero por naturaleza y de quien todas las demás criaturas reciben en virtud de su alta naturaleza.Pero su deseo era el mantenerse sometido a Dios, toda vez que lo demás le fuera concedido. De aquí que no quisiera igualarse con Dios absoluta, sino relativamente. Conviene notar además que él intentó convertir su deseo en acto. También inmediatamente comunicó a otros su deseo; y porque inmediatamente tuvieron visión de este deseo los demás ángeles y consinitieron en este pecado, por eso el pecado del primer ángel fue superioral de los otros, por la amplitud de la falta, su poder de causalidad aunque no por la duración. De aquí el Apocalipsis: el dragón que caía del cielo, barrió con su cola la tercera parte de las estrellas. Este es a quien se vuelve a encontrar

bajo la forma de Leviatán; es el rey de todos los hijos del orgullo, según el Filósofo, llamándose rey del principio en la medida en que gobierna con su poder y su voluntad a cuantos le están sometidos (220). De aquí que su pecado fuese ocasión para el pecado de otros, aunque él no fue tentado por nadie fue la tentación extrínseca de los demás. Que todas estas cosas hayan tenido lugar instantáneamente, puede ser ilustrado por las cosas sensibles: al mismo tiempo tienen lugar la iluminación del aire, la visión del color y la percepción de la cosa. Yo he desarrollado este asunto por extenso. Una vez considerada esta sorprendente permisión divina en lo que concierne a las más nobles criaturas a partir de un sólo pecado de ambición, ¡cómo no admitir las permisiones particulares en el caso de las obras de las brujas en ciertas circustancias constituyen pecados más graves! Los pecados de las brujas en ciertas circustancias superan al pecado de los ángeles y de los primeros padres, como ya veremos inmediatamente en la segunda parte de esta cuestión XVI.

El hecho de que la providencia de Dios haya permitido la tentación y el pecado del primer hombre puede parecer bastante en claro tras de cuanto hemos dicho acerca de los ángeles prevaricadores. De la misma manera que el hombre y los ángeles habían sido creados para el mismo fin, y sometidos a su libre arbitrio con el fin de que recibiesen la recompensa de la felicidad no sin ningún merito; de la misma forma que el ángel no se vió preservado de la caída, para que de un lado quedase claro su poder de pecar y de otro el poder de la gracía para confirmar con el hombre. Santo Tomás dice: aquello en lo que Dios se muestra digno de alabanza no debe ser absolutamente impedido. Pero en el pecado incluso Dios aparece como digno de alabanza, porque perdona con su misericordia y castiga en su justicia. Luego no está obligado a impedir el pecado (221). De forma breve y resumida volvemos a nuestra proposición: digamos que en la justa providencia de Dios el hombre ha sido autorizado a pecar por multiples razones: la primera, es que el poder de Dios se manifiesta, permaneciendo invariable cuando toda criatura varía. La segunda, es que la sabiduría de Dios es manifiesta desde el momento en que sabe obtener bien del mal, mientras que esto no podría ser si Dios no hubiera permitido a la criatura pecar. La tercera, es que la clemecia de Dios se manifiesta, cuando por ella Cristo, por su muerte ha libeerado al hombre condenado. La cuarta es que la justicia de Diuos se ha manifestado, en que no solamente da su recompensa a los buenos sino los correspondientes suplicios a los pecadores. La quinta es que la condición del hombre no es peor que la del resto de las criaturas, que Dios gobierna autorizándolas a actuar de acuerdo con su naturaleza, luego en consecuencia debía dejar también a éste actuar de acuerdo con su propio juicio. La sexta es que la gloria del hombre ha sido hecha posible, porque la gloria del justo está en haber podido transgredir y no haberlo hecho (222). La séptima está en que se manifiesta la belleza del universo: porque de la misma menra que hallamos tres males, la falta, la pena y el daño, igualmente de forma opuesta los tres contrarios bienes, lo honesto, lo deleitoso y lo útil. La honestidad queda destacada por la culpa, el placer por la pena, y el daño por el bien supremo.

De esta forma se declara la solución a los argumentos: Al primero, que dice: afirmar que ha sido dado al diablo el poder de hacer daño a los hombres es herético. Lo contrario es lo que aparece completamente cierto: de la misma forma que es herético afirmar que Dios deja impune el pecado del diablo. Lo autoriza porque conserva el poder de castigar a los hombres para vengarse del mal y a cuasa de la armonía del universo. Según una palabra de Agustín en el Libro de los Soliloquios: tú, mandas, Señor, y las cosas son así, a fin de que la vergüenza de la culpa no se vea sin la hermosura de la venganza (223). Ni tampoco puede tomarse como prueba el argumento del sabio previsor que excluye el defecto y el mal

tanto como puede. Porque otro es el comportamiento de Dios que se ocupa del universo, que el de aquel que no se cuida sino de lo particular. Este no puede sacar bien del mal, como puede hacerlo el previsor universal (cfr. más arriba). Frente al segundo, está claro que el poder de Dios, como su bondad y su justicia, se manifiestan en la permisión del pecado. De aquí que cuando se dice, o Dios puede impedir o no puede, hay que responder: puede, pero no debe, a causa de las precipitadas razones. Tampoco es válida la instancia de quien dijera, luego él quiere el mal, puesto que puede impedirlo y no quiere. Efectivamente, como ya ha sido tratado en el ragumentto para la verdad positiva, Dios no puede querer el mal ni querer que éste exista, ni que no exista; quiere permitir que exista el mal a causa de la perfección del universo. Agustín y el Filósofo hablan del conocimiento humano, por el cual es preferible no conocer las cosas malas y vergonzosas. Esto por dos razones: primero, porque de esta forma se preserva de conocer el mal en algunas ocasiones, porque nosotros no podemos pensar varias cosas al mismo tiempo. Y porque la mediación del mal inclina en ocasiones la voluntad al aml. Pero todo esto no existe en Dios, porque El comprende todas las obras de los hombres y de los brujos sin sentirse afectado él mismo. Frente al cuarto argumento, el Apóstol descarta la idea de un cuidado especial de Dios por los bueyes. Pero ello es para demostrar que la criatura racional que tiene demonio de sus actos gracias a su libre albedrío (como ya se ha dicho)y, por tanto, se le imputan sus actos como acreedores de culpa o de mérito, a efecto de darle en consecuencia castigo o recompensa, y que Dios tiene una providencia especial para ella de la que no gozan las criaturas irracionales. Por el contrario, querer afirmar a partir de esta autoridad que los individuos de la creación irracional no dependen de la divina providencia sería herético, ya que ello supondría afirmar que todas las cosas no se encuentran a esta divina providencia. Y, por tanto, ir en contra de la afirmación de la Sagrada Escritura acerca de la Sabiduría divina, que lleva su fuerza de un extremo al otro del mundo y gobierna todas las cosas con cariño. Este sería el error de Rabí Moisés, como ha quedado demostrado en la prueba positiva. Al quinto: el hombre no es el autor de la naturaleza, pero é la utiliza para su uso por las obras naturales de su arte y su poder. De aquí que la providencia humana no se extienda a las cosas necesarias de la naturaleza, como, por ejemplo, al hecho se que el sol se levante mañana, a las que, por el contrario, se extiende la providencia de Dios, que es el autor de la naturaleza. Esta es la razón por la cual incluso los defectos de la naturaleza, incluso si provienen del curso natural de las cosas, se encontrarían incluso sujetos a la providencia divina. También Demócrito y los demás filósofos de la naturaleza estaban en un error, atribuyendo a la sola necesidad de la naturaleza todo cuanto ocurre a la creación inferior (224). Respecto del último argumento: aunque todo castigo por el pecado sea infligido únicamente por Dios, empero los maleficios no siempre afectan a los grandes pecadores. Ya porque el diablo no quiere afligir ni tentar a aquellos que ve le pertenecen por justo título, o porque no quiere que se acerquen a Dios según la palabara del salmo: sus dolores se han multiplicado y tras de ello se ha acelerado su huida. Pero ya veremos después que todo castigo por el pecado proviene de Dios: como dice Jerónimo, todo cuanto sufrimos lo merecemos por nuestros pecados (225).

Queda ahora demostrar que los pecados de los brujos son mucho más grandes que los de los ángeles y los de los primeros padres. De aquí que del mismo modo que los inocentes son castigados por la culpa de los primeros padres, así también numerosos inocentes sufren y se ven embrujados como causa del pecado de los brujos.

CUESTIÓN XIV

DONDE SE CONSIDERA LA ENORMIDAD DE LOS CRIMENES DE LAS BRUJAS. TODO ELLO ES MATERIA PREDICABLE.

En la cuestión acerca de la enormidad de estos crímenes, se cuestiona si superan a toddos los demás azotes que Dios permite hoy y que ha permitido desde el origen del mundo en materia de culpa, de castigo y de daño. Parece que no, por lo que respecta a la culpa: el pecado que alguien comete, si hubiera podido evitarlo fácilmente, es superior al pecado que de otro comete, no habiéndolo podido evitar fácilmente. La cosa está clara, según dice San Agustín en le Ciudad de Dios: es grande la iniquidada del pecado allí donde es tan fácil evitar pecar (226). Pero Adán y los demás que pecaron cuando se encontraban en estado de perfección o incluso de gracia, éstos podrían haber evitado el pecado, sobre todo Adán, que fue creado en la gracia. Mucho más que muchas brujas que no han recibido este género de dones. Luego los pecados de éstos sobrepasan los crímenes de las brujas. Y por lo que hace a la pena: una mayor pena es debida a una falta mayor. Pero el pecado de Adán tuvo el castigo más grave, puesto que se encuentra tanto su pecado como su castigo en toda su posteridad por la transmisión del pecado original. Luego su pecado es más grave que todos los demás. Finalmente, en cuanto al daño: Según Agustín, una cosa es mala porque priva del bien. Luego allí donde hemos sido privados de bien, allí existe en el comienzo una falta más grave. Ahora bien, el pecado del primer padre nos ha representado una mayor desgracia, en naturaleza y en gracia, privándonos de la inocencia y la inmortalidad: con todo, ninguno de los pecados subsiguientes nos ha reportado semejante perdida. Luego...

No obstante, en sentido contrario, podemos afirmar: el pecado que se comete por malicia es mucho más grave que el que se comete por ignorancia. Pero las brujas cometen pecados de este género, porque ellas pueden causar todos los males en los bienes de la naturaleza y de la gracia con la permisión de Dios, como se deduce de la bula papal. Además, Adán pecó hciendo el mal únicamente en el aspecto de realizar lo prohibido, pero sin que ello sea mal en sí. Las brujas, por el contrario, y los demás criminales pecan haciendo el mal, que lo es bajo los dos aspectos, en sí y por prohibición, como son los homicidios y otras cosas prohibidas. Luego sus pecados son más graves que los otros (227). Además, el pecado que se comete por una malicia lúcida es más grave que el pecado por ignorancia. Ahora bien, las brujas desprecian los sacramentos de la fe con gran malicia, como muchas de ellas han confesado. De aquí la respuesta: Así como se ha dicho al principio de esta cuestión, los crímenes perpretados por las brujas modernas sobrepasan a los demás males que Dios haya nunca permitido, en cuanto hace a los pecados en orden a la perversidad moral, incluso si se trata de pecados que van en contra de las demás virtudes teologales. Esto puede probarse por un triple camino: primeramente, en general, comparando sus obras con todos los demás crímenes del mundo. Segundo, en particular, conparándolos con los pecados de los ángeles malos y de los primeros padres (cuestión XVII).

Primero. El mal es triple: de culpa, de pena y de daño; porque triple es también el bien al que se opone: la honestidad, lo deleitoso y lo útil. La culpa se opone a la honestidad; lo deleitoso, a la pena, y el daño, a lo útil. Que la culpa de las brujas sobrepasa a todos los demás pecados se demuestra por lo que sigue: Efectivamente, según la doctrina de Santo Tomás, hay muchas cosas que deben ser consideradas en el pecado, de donde se sigue la gravedad o ligereza del mismo (228) De aquí que con frecuencia ocurra que un mismo pecado sea grave bajo un aspecto y al mismo tiempo leve bajo otro. Así, se puede decir: en

la fornicación, el joven peca, pero el viejo pierde la cabeza. Empero, tomadas en absoluto estos pecados, son más graves en tanto son más graves y más fuertes, pero son de una especie más grave por esencia. Ahora bien, podemos decir que el pecado de Adán es más grave que todos los demás en tanto le acompañan determinadas circustancias: cayó impulsado por la tentación más pequeña, la sola tentación interior, después hubiera podido resistir fácilmente a causa de la justicia original en la que había sido creado. No obstante, bajo la relación de la especie y de la cantidad del pecado, y otras circustancias agravantes, como el hecho de que otros pecados más graves dependan de él, los pecados de las brujas destacan sobre todos los demás. Además, ellos se deduce claramente de dos cosas: se dice que un pecado es más grave que otro por la casualidad, como el pecado de Lucifer, o por la generalidad, como el pecado de Adán, o por su horror, como el pecado de Judas, o por su dificultad de remisión, como el pecado contra el Espíritu Santo, o por su peligro, como el pecado por ignorancia, o por su imposibilidad de separalo de otros, como el pecado de concupiscencia, o por su inclinación, como el pecado contra la carne, o por su ofensa a la majestad divina, como el pecado de idolatría y de infidelidad, o por su dificultad de eliminación, como el orgullo, o por la ceguera de espíritu, como en la cólera. Ahora bien, tras del pecado de Lucifer, el pecado de las brujas sobrepasa a todos los demás, tanto por su horror, puesto que ellas reniegan del crucificado, como por su peso de inclinación, puesto que ellas se entregan a las mayores inmundicias de la carne con los demonios, y por la ceguera de su espíritu, que se manifiesta en su entrega a todo género de orgías con toda la malicia de su corazón, en detrimento de las almas y de los cuerpos, de los hombres y de los animales, como se ha visto más arriba. Y puesto que el nombre mismo prueba estas enormidades, Isidoro llama "maleficiarios" a estos brujos a causa de la enormidad de sus crímenes. Nosotros también deducimos esta gravedad mayor de esto: hay dos cosas en el pecado: que son aversión y conversión. Según la palabra de Agustín, el pecado se encuentra sobre la base de un desprecio de lo inmutable por la adhesión a las cosa mudables (229). La aversión de Dios es como el elemento formal; la conversión, como el elemento material. De donde un pecado resulta tanto más grave cuanto más se separa el hombre de Dios por e´l. Ahora bien, puesto que es precisamente por la infidelidad por lo que el hombre se aleja más de Dios, el maleficio por infidelidad resulta ser el más grande de todos los pecados. Se le expresa por el nombre de herejía, que es también apostasía de la fe y que hace de toda su vida un pecado.

Acerca del primer punto, la infidelidad: Este pecado consiste en renegar de la fe. Lo cual puede hacerse de dos maneras: que se diga no a la fe aún no recibida, o que se diga a la fe ya recibida. En el primer caso se encuentra la infidelidad de los paganos y de los gentiles; en el segundo, o bien se dice no a la fe cristiana recibida en figura, y ésta es la infidelidad de los judíos, o bien se dice no a la manifestación actual de la verdad, y ésta es la infidelidad de los herejes. De aquí queda claro que la herejía de las brujas está entre las tres especies más graves de infidelidad y aún es la más grave de ellas, como se prueba por la razón y la autoridad. Esto se dice en principio en la Carta de Pedro: Sería mejor para éstos no haber conocido el camino de la justicia que separarse de él tras de haberlo conocido (230). Por la razón se prueba que peca más gravemente quien no cumple lo que ha prometido que aquel que no se atiene a lo que no ha prometido nunca. De donde los herejes que profesan la fe del evangelio y, no obstante, se revelan contra ella y la corrompen, pecan más gravemente que los judíos y los paganos: recibieron la figura de la Ley Cristiana en la antigua ley, que corrompen al interpretarla mal, lo que no hacen los paganos. De aquí que la infidelidad de éstos constituya una falta más grave que la infidelidad de los gentiles, que jamás recibieron la fe del evangelio (231).

Acerca del punto segundo, la apostasía: Según Santo Tomás, la apostasía es una cierta forma de apartarse de Dios y de la religión, que se hace de diversas maneras, tantas cuantas el hombre emplea para unirse a Dios: por la fe, por la humilde voluntad de obedecerle, por los votos de la religión, por el clericato (232). Según lo que dicen raimundo y Enrique Hostiense: la apostasía es una especie temeraria del estado de fe, de obediencia y de religión. Y puesto que, habiendo apartado lo primero, se aparta lo último, y no viceversa, la primera apostasía supera a las demás, es decir, que la apostasía de la fe supera a la de la religión. Empero, según raimundo, no se juzga a un apóstata y fugitivo si se ha errado por mucho tiempo lejos, sino cuando se ve que ha abandonado, por su vida, la intención de volver a entrar: éste sería el caso, por ejemplo, de aquel que hubiera tomado esposa o algo semejante... De la misma forma para la apostasía de desobediencia: cuando alguno. espontáneamente, desprecia los preceptos de la Iglesia y de los superiores, se hace infame, indigno de testimoniar en justicia y debe ser excolmulgado... Pero la apostasía de la que nosotros hablamos, cuando tratamos de la apostasía de las brujas, es la apostasía de la fe, y ella es tanto más grave cuanto que se cumple sobre la base de un pacto expreso realizado con el enemigo de la fe y de la salvación. Esto es lo que deben hacer las brujas y esto es cuanto el enemigo les exige totalemnte o en parte. Nosotros, inquisidores, hemos encontrado algunas que habían renegado de todos los artículos de la fe; otras, algunos solamente; siempre, sin embargo, renegaban de la confesión real y sacramental. De aquí que la traición de Juliano el Apóstata no parezca haber sido tan grande, incluso aunque, por otra parte, se haya dedicado a perseguir a la Iglesia (233). Alguno podría preguntar incidentalmente: Si ellas no conservan nunca la fe en el espíritu ni en el corazón (de lo cual únicamente Dios es el juez y no la criatura, ni siquiera la angélica, como se ha dicho más arriba), ¿no harían actos de reverencia y obediencia al diablo en los gestos exteriores? Parece que conviene decir lo siguiente: la apostasía de traición puede hacerse de dos maneras: o bien por actos de infidelidad exterior, sin pacto expreso con el demonio, como haría quien abrazase la fe musulmana en tierra de infieles; o bien aquella que se comete en tierra de cristianos con un pacto expreso. Los primeros conservan la fe en el espíritu y reniegan en los actos exteriores; aunque no sean apóstatas ni herejes, pecan empero mortalmente. Fue de esta manera como Salomón rindió culto a los dioses de sus esposas, pero nadie puede excusarse de deber hacerlo arguyendo temor, como dice Agustín: Es preferible morir de hambre que alimentarse de las ofrendas hechas a los ídolos. En cuanto a las brujas, incluso cuando conservan la fe en el corazón, renegándola con la boca, se las debe juzgar de apóstatas, porque han hecho un pacto con la muerte y realizado una alianza en el infierno. De aquí que Santo Tomás , hablando de semejantes obras de magia y de las de aquellos que de alguna forma invocan al demonio, afirma: En todos hay apostasía de la fe a causa del acto realizado con el demonio, ya en palabras si hay invocación, ya en el acto mismo si no hay sacrificio. Realmente, el hombre no puede servir a dos señores (234). Alberto va en el mismo sentido cuandose pregunta: ¿Debemos imputar a los magos y astrólogos un pecado de apostasía de la fe? Respondiendo: Entre estos se da siempre la apostasía en palabra y actos. Si, efectivamente, hay invocación, hay abiertamente un pacto con el demonio y, por tanto, apostasía abierta en palabras. Si, por el contrario, no hay más que una acción mágica, entonces se trata de apostasía en acto. Pero, puesto que en todas estas acciones se da siempre el desprecio de la fe, en vista que se espera del demonio aquello que únicamente debemos esperar de Dios, entonces hay siempre apostasía. He aquí claramente por qué se pone una doble apostasía, entendiendo aún la tercera, la del corazón. Si falta, las brujas son consideradas apóstatas por sus palabras y sus actos y, por tanto, como veremos, deben sufrir los mismos castigos que los apóstatas y los herejes.

Tercer punto acerca de la enormidad del crimen de las brujas en medio de los de los otros herejes: Si es cierto, como dice Agustín que toda la vida de los herejes es un pecado (235), ¿cómo vamos entonces a juzgar la vida y toda las demás obras de las brujas, que nos lan hacen por complacer al demonio, como son ayunar, frecuentar la Igesia, comulgar, etc...? Respuesta: En todo esto pecan mortalemnte. Y se prueba de este modo: la mancha de este pecado es tan grande que incluso aunque no se privan de toda facultad de resurrección, puesto que pecado no corrompe toda la naturaleza y puesto que la luz natural habita en ellas, empero a causa del juramento prestado al diablo, salvo si se desligan de él, todas sus obras, incluso las buenas en sí mismas, deben considerarse claramente como malas. Ahora bien, esto no lo vemos entre los demás infieles. Santo Tomás, preguntándose si toda acción del infiel constituye pecado, responde: Incluso si las obras de los infieles que son una especie de buenas obras, como los ayunos, las limosnas y otras semejantes , no son meritorias en razón de su infidelidad, que es el más grave pecado; empero, puesto que este pecado no corrompe totalmente toda la bondad de su naturaleza y permanece en ellos la luz natural, todo acto que provenga de ellos no tiene por qué constituir pecado mortal. Pero únicamente el acto que proviene de la infidelidad y se refiere a ella si se incluye en el género de los buenos: por ejemplo, un sarraceno que ayuna por observar la Ley de Mahoma sobre el ayuno; un judío que observa sus días de fiesta; etc; entre ellos todo es mortal. Y en este sentido convieneentender el texto de Agustín citado más arriba (236).

Finalmente, los azotes de los maleficios superan a todos los demás pecados por lo que se refiere al demérito y a la pena. De esta forma lo explicamos: esto supera a la pena debida a los herejes y apóstatas. Los herejes, según Raimundo, son castigados por la excomunión, la deposición, la privación de los bienes o la pena capital. Incurren igualmente en las penas más graves, sus seguidores, sus receptores, sus partidarios, y sus defensores. Además de la pena de excomunión que se les inflinge, los herejes, con sus partidarios, defensores, ocultadores hijos y descendientes hasta la segunda generación en línea paterna y la primera en línea materna, no son admitidos a oficio o beneficio eclesiástico alguno. Como tercera pena, si los herejes tienen hijos católicos, en execración del crímen, éstos son privados de la herencia paterna. Como cuarta pena, , si alguien, sorprendido en delito de herejía, no quiere volver inmediatamente a la fe y abjurar de la herejía, hay que quemarlo inmediatamente si se trata de un laico (si los falsificadores de moneda son entregados inmediatamente a la muerte, cuanto más los falsificadores de la fe); si es clérigo tras de su solemne degradación, se le debe entregar a la justicia secular para que se le dé muerte. Si, por el contrario, vuelve a la fe, se le debe meter en prisión perpetua. Esto en todo el rigor del derecho; no obstante, se les trata más dulcemente tras de la abjuración, que deben pronunciar ante el obispo o inquisidor, como se dirá en la tercera parte de esta obra. Allí se tratará de las diversas maneras de juzgar a gentes semejantes y acerca de la significación de palabras como sorprendido, convencido, relapso, etc (237). Por el contrario, los castigos de este género no parecen ser suficientes para las brujas, que no son simples herejes, sino apóstatas e incluso más. En su apostasía no reniegan de la fe entre los hombres por temor y por ventajas de la carne, sino que lo reniegan de otra forma, puesto que se entrgan a los mismos demonios, ofreciéndoles el homenaje de sus cuerpos y de sus almas. Por ello parece bastante probable que cualesquieran sean su penitencia y su vuelta a la fe, no deben ser únicamente sometidas a cadena perpetua, sino más bien a la última pena. Por otra parte, este suplicio lo ordenan las leyes a causa de las desgracias temporales que se causan a los hombres y a las bestias de diversas maneras, siendo la flata la misma tanto si se enseñan como si se aprenden estos secretos prohibidos. Las leyes hablan de sortilegios, pero cuánto más de los brujos, cuando dicen que las penas que les corresponden son la

confiscación, la venta en pública subasta de sus bienes y la decapitación. Y si alguien, por medio de un artificio mágico, ha arrastrado a una mujer a la lujuria o viceversa, se le expodrá a las fieras (238). Ya ha quedado tocado todo esto en la primera cuestión.

CUESTIÓN XV

EN LA QUE SE DEMUESTRA QUE A MENUDO, A CAUSA DE LOS PECADOS DE LAS BRUJAS, MUCHOS INOCENTES SON HERIDOS.

Con la permisión divina, muchos inocentes son alcanzados y castigados por los susodichos crímenes; esto por causa de los pecados extraños de las brujas y no a causa de sus propios pecados. Y que esto no parezca inconveniente a nadie lo demuestra Santo Tomás cuando dice que Dios puede permitir esto a justo título. Hablando de las penas de la vida presente, da tres razones: primera razón, un hombre es la cosa de otro: de la misma forma que un hombre puede ser castigado en sus bienes, igualmente uno puede ser castigado en lugar de otro. Los hijos según la carne al ser de alguna forma algo del padre, como los esclavos y los animales lo son de su amo, de ello se sigue que los hijos pueden a veces ser castigados por causa de los padres y en su lugar. Así el hijo nacido del adulterio de David murió prematuramente, y los animales de los Amalecitas fueron condenados a ser muertos. Pero existe también una razòn mística para todo esto (239). Segunda razón: porque el pecado de uno se deriva del `pecado de otro. Esto por varios títulos: primero, por imitación. Así los hijos imitan a los padres en sus pecados, los servidores y los súbditos imitan los pecados de los príncipes para pcar con más audacia. Por ejemplo, los hijos suceden a sus padres en las cosas mal adquiridas; de la misma forma sucede con los criados en los latriocinios y en las guerras injustas, en las que con frecuencia se dejan matar; los servidores de tales amos pecan tanto más audazmente cuanto que observan cómo pecan sus amos. También por ello son justamente castigados. También se deriva de uno a otro el pecado por vía de mérito, como cuando el pecado de los súbditos les trae un mal príncipe, es decir, que los pecados de los súbditos merecen un príncipe pecador, según la palabra de Job: hace reinar al hipócrita a causa de los pecados del pueblo (240).

El pecado, y consecuentemente también la pena, deriva también por vía de consentimiento o de disimulación. Cuando los buenos son castigados conjuntamente con los malos, según el pensamiento de Agustín (241). Sirva de ejemplo el hecho de que uno de nosotros, los inquisidores, encontró en una ocasión una plaza fuerte casi vacía de habitantes por la muerte. Por otra parte, corría el rumor de que una mujer que había muerto y había sido enterrada había comido poco a poco el sudario en el que se encontraba amortajada, y que la epidemia no cesaría en tanto ella no hubiera comido el lienzo y lo hubiese digerido. Se tuvo consejo a este respecto. El preboste y el alcalde de la ciudad, cavando en la tumba, encontraron casi la mitad del lienzo introducido en la boca, la garganta y el estómago y ya digerido. Ante este espectáculo, el preboste, alterado, sacó su espada y cortándole la cabeza la arrojó fuera de la fosa. Inmediatamente, la peste cesó. De donde se ve que la permisión divina los pecados de una vieja bruja han sido castigados sobre inocente por causa de la disimulación de pecados y crímenes anteriores. Una vez que fue practicada la Inquisición, se encontró que durante un largo período de su vida esta mujer había sido bruja y maga. También está el ejemplo de David, castigado por la peste por causa de su pretensión de hacer un censo de su pueblo (242).Tercera razón: en virtud de una tal permisión divina, la unión de la sociedad humana se encuentra animada. Así el hombre

debe mostrarse solícito a fin de que otro no peque o aborrezca su pecado, ya que el castigo de uno recae sobre los otros como si fueran un solo cuerpo. Como lo muestra el ejemplo de Acham en Josué (243).

Podrían aún añadirse dos formas de castigo en la medida en que con frecuencia los malos son castigados por los biuenos o por otros malos. Como dice Graciano, Dios castiga a veces a los malos por los que ejercen el poder legítimo a sus órdenes. Esto de dos maneras, a veces con méritos para los que castigan, como cuando castigó el pecado de los cananeos por la acción de su pueblo; otras, sin pecado, para los que castigan, pero, no obstante para su pena, como cuando castigó a la tribu de
Benjamín, destruyéndola por completo, a excepción de algunos hombres. A veces castiga también por medio de pueblos sublevados bajo sus órdenes o con su permiso, sin la intención de obedecer a Dios, sino más bien con la de satisfacer su concuspicencia y avaricia: así hoy castiga a su pueblo por medio de los turcos y con frecuencia hasta aquí por pueblos extranjeros, incluso bajo la antigua ley (243 bis). Notemos en todo caso que cualquiera que sea la causa del castigo, si no se le soporta pacientemente, entonces estos castigos no se contemplan como satisfación, sino como venganza, esto es, castigo. Según esta palabra del Deuteronomio: el fuego de mi cólera se ha encendido para el castigo, porque no existe en Dios otro furor; arde hasta el fondo del seno soberano, la venganza comenzará y arderá hasta la extrema condenación (244). Esta es la explicación de Agustín que encontramos en Graciano. Empero, si los hombres llevan con paciencia sus castigos, si son pacientes en estado de gracia, entonces estos castigos les son contados como satisfación, según Santo Tomás. Esto vale también para si algunoes castigado por el juez por alguna maldad cometida, incluso si se trata de una bruja: esto, más o menos según la devoción del paciente y la enormidad del crímen (245). La muerte natural, último terror, no es satisfactorio, porque ha de ser tomada siendo por sí misma el castigo del pecado original. Y, no obstante, según Juan Duns Escoto, cuando es esperada con resignación y devoción, cuando es ofrecida a Dios en toda su amargura, puede hacerse de alguna forma satisfactoria, cuando es soportada con paciencia y en gracia. Esto vale para las penas infligidas por causa del pecado de los otros. Pero Dios puede castigar a los hombres por este camino a causa de sus propios pecados, especialmente en materia de brujería. Según Tobías: aquéllos sobre los cuales el demonio tiene poder son aquellos que se entregan a su pasión. Ello ha sido vista ya en lo que precede por lo que concierne al miembro y al poder genital, sobre los cuales permite Dios mayor cantidad de maleficios. Por ello, en la predicación al pueblo conviene notar lo siguiente: a pesar de los castigos ya citados por las faltas de otro o por las faltas personales, se debe tener por principio básico, y predicar a los fieles la regla de Derecho que dice: nadie deberá ser castigado sin falta, a menos que no exista una razón subyacente (246). Esta regla vale tanto para el juicio del fuero interno (y de la conciencia ante Dios), como para el juicio del fuero interno humano, secular o eclesiástico.

Para el juicio de Dios: Dios castiga con la doble pena espiritual y temporal. Pero la primera no se encuentra nunca sin falta; la segunda se encuentra a veces sin falta; pero nunca sin razón. La pena espiritual es triple: la primera es la privación de la gracia de donde sigue el endurecimiento del corazón en el mal; no existe nunca sin falta personal. La segunda es la pena de daño, es decir, la privación de la gloria; tampoco se inflinge nunca sin falta personal en los adultos o sin falta por contagio en los niños que mueren en estado de pecado original. La tercera pena, es la pena de sentido, es decir la tortura del fuego en el infierno; y está claro que supone una falta personal. De aquí lo que dice el Exodo: Yo soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padresen los hijos hasta la tercera y cuarta

generación. Este texto hay que comprenderlo en el sentido de castigo a quienes imitan los crímenes de sus padres como lo expone Graciano, allí donde procura otras cuantas explicaciones (247). En cuanto a la segunda pena, la pena temporal, Dios puede castigar por medio de ella: en primer lugar como se ha dicho más arriba, por causa de la culpa de otro. Y ello por tres razones: o bien sin falta personal y sin falta de otro pero no sin causa; o bien por una falta personal solamente y no por culpa de otro. Pero si quieres saber, lector, las causas por las que Dios castiga sin falta personal y sin falta de otro, ve a ver las cinco maneras propuestas por el Maestro de las Sentencias, tomando las tres primeras, y dejando las otras dos para los pecados personales. Así, pues, dice; Dios castiga a los hombres por cinco razones y les inflinge castigos en la vida presente. La primera para que Dios sea glorificado y ello se ve cuando desaparecen milagrosamente pena y castigo: cfr. el ejemplo del ciego de nacimiento y de Lázaro resucitado en los capítulos IX y XI de San Jua. La segunda razón sin la primera: se envía el castigo para que el mérito aumente mediante el ejercicio de la paciencia y también para que la virtud oculta hasta entonces se manifieste a los demás según el ejemplo de Job y de Tobías. La tercera razón para ser preservado del castigo por la humillación, según el ejemplo de Pablo cuando habla de sí mismo a los Corintios, es esta: por temor de que la excelencia de las revelaciones no viniese a hincharme de orgullo, se me ha dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás; este aguijón sería según la Glosa de Remigio una enfermedad corporal (248). Esto por lo que hace a las faltas sin causa. La cuarta, es a fin de que comience el castigo eterno, es decir, que quede demostrado de alguna manera lo que se va a sufrir en el infierno, según el ejemplo de Herodes y de Antíoco (249). La quinta razón, es para que el hombre se purifique: bien por la expulsión de la falta que resulta como pulverizada por el castigo, según el ejemplo de María, hermana de Aarón, alcanzada por la lepra y el ejemplo de los israelitas postrados en el desierto según los Números, con el comentario de Jerónimo (250), bien como satisfación por la pena según el ejemplo de David quien, una vez que fue perdonado su adulterio, en cuanto a la falta, fue expuksado del reino en cuanto a la pena según el libro de Samuel con el comentario de Gregorio (251). Finalmente se podría decir también que toda pena sufrida por nosotros viene de nuestro pecado, al menos del pecado original con el cual nacemos y el cual es la causa de todas las causas (252).

La tercera pena espiritual, pena de daño también porque por ella se extiende la condenación eterna que se ha de sufrir en el futuro; nadie duda de que todos los condenados no sean torturados por medio de penas sensibles. De la misma forma que a la gracia sucede la visión en la patria, de la misma forma a la falta moral sucede el castigo en el infierno. Y de la misma manra que los grados de beatitud en la patria son medidos por los grados de caridad y de gracia sobre el camino de la vida; igualmente la medida de los suplicios en el infierno corresponderá a la medida de los crímenes sobre la tierra. Esto es lo que dice el Deuteronomio: en la medida de los pecados así será el castigo (253). Si esto es aí para los emás pecados ellos es especialmente válido para las brujas. La carta a los Hebreos toca esto: ¡Cuánto mayor será el castigo, si lo consideráis, para aquel que haya pisoteado al hijo de Dios, profanando la sangre de la Alianza en la que él ha sido santificado (254). Tales son los pecados propios de las brujas, que reniegan de la fe y que incluso realizan diversos maleficios por medio del Santo Sacramento mismo, como veremos en la segunda parte.

CUESTIÓN XVI

EN LA QUE SE COMPARAN LAS OBRAS DE LAS BRUJAS CON LAS DEMÁS ESPECIES DE SUPERSTICIÓN

La verdad afirmada más arriba acerca de la enormidad (255) de los crímenes en los maleficios, va a ser probada ahora estableciendo la comparación con las demás obras de magos y adivinos; Existen catorce especies de supersticiones en los tres géneros de adivinación: tres géneros, de los cuales el preimero se ejerce con invocación exresa del demonio; el segundoúnicamente por una consideración tácita de la disposición y del movimiento de algo, como las estrellas, los días, las horas, etc; la tercera por la consideración de algun acto humano con la intención de descubrir en él alguna cosa oculta. Las tres llevan el nombre de sortilegios. Las formas del primer género de adivinación, lo que se hace por expresa invocación de los demonios son las siguientes: brujería, oniromancia, necromancia, pitonicia, geomancia, hidromancia, aeromancia, piromancia y otras adivininaciones. Las especies del segundo género son: la horoscopia, ña haruspicia, los augures, la interpretación de los sueños, la quiromancia y la espatulomancia. Las especies del tercer género varían según todas las cosas que llevan el nombre de suertes para descubrir los aspectos ocultos, como la consideración de las pajas, de las figuras que forma el plomo fundido (256), etc.

Pero los crímenes de las brujas son mucho más grandes que todos los demás crímenes. Ello va a ser probado considerando las especies más importantes, sin ocuparse de las especies menores. Consideremos la primera especie, aquella en que las brujas equivocan a los sentidos humanos por medio de ciertas apariciones, con el fin de hacer percibir las cosas ante los sentidos de la vista o el tacto de manera distinta a como son (como se ha dicho más arriba al tratar de la forma de actuar en este dominio). Ahora bien, las brujas, no se contentan con realizar estas práacticas únicamente en relación con las potencias genitales. Cuando dan la impresión de una desaparición práctica aunque no real. Muchas veces han hecho desaparecer realmente la potencia genésica, no pudiendo la mujer concebir como consecuencia de ella, ni realizar el hombre el acto carnal por no disponer de su miembro. De manera ilusoria también han sido causa de abortos después de la concepción, ello unido a otros innumerables males. Por atra parte, con frecuencia aparecen bajo la forma de diversas fieras como se ha visto también más arriba. En la segunda especie existe la necromancia. Ella actúa por medio de la aparición y el lenguaje de los muertos (según Isidoro, necros en griego quiere decir muerte, mors en latín, y mancia quiere decir adivinación, divinatio) (257). Los que se dedican a ello extienden sangre de hombre o de animal sobre unas figuras, sabiendo que los demonios gustan de la sangre. Pero, cuando piensan evocar a los muertos de los infiernos para responder a las interrogaciones, son precisamente los demonios los que aparecen para responder. De esta especie era la gran pitonisa que invocó a Samuel por petición (258) de Saul. Que nadie crea sin embargo que cosas semejantes son lícitas por el hecho de que la Escritura cuente que el alma del profeta, llamada desde los infiernos por la Pitonisa, apareciese efectivamente para decir a Saul cual iba a ser el desenlace de la guerra futura. Efectivamente dice Agustín a Simpliciano: No es absurdo creer que, por una permisión de Dios, y por una orden secreta que caía fuera de los alcances de la pitonisa y de Saul, el alma de un justo, sin sufrir influencia alguna de los artificios y del poder mágico, haya podido motrarse a las miradas del rey a quien debía hacer presente el juicio de Dios. O bien convendría pensar que el espíritu de Samuel no fue arrancado de su reposos sino que un fantasma y una ilusión imaginativa producidas por los artificios diabólicos fue lo que vió Saul. La Sagrada Escritura

le llamaría Samuel siguiendo el procedimiento común de dar el nombre de las cosas a las imágenes que las representan (258). Si el lector lo desea que vea también la respuesta de Santo Tomás al último argumento de la cuestión sobre los grados de la profecía entre los bienaventurados y una palabra de Agustín que recoge Graciano (260). Empero todo esto es muy poca cosa al lado de las obras de las brujas.: estas no conservan vestigio alguno de piedad, como resulta claro para todo el que considere sus obras; ellas no cesan de derramar sangre inocente; ponen a la luz del día todo lo que está oculto por orden del demonio; no perdonan ni a los vivos ni a los muertos, matando las almas juntamente con los cuerpos. En la tercera especie, la oniromancia puede ser practicada de dos maneras: en primer luar cuando alguien se sirve de los sueños para penetrar lo oculto con ayuda de una revelación del diablo expresamente invocado y al que se está ligado por un pacto expreso. En segundo lugar cuando alguien se sirve para penetrar y conocer las cosas futuras, en la medida en que los sueños que poseen una cierta verdad, derivan de la revelación divina o de una causa natural externa o interna; en este caso cualquiera que sea la extensión de este poder, tendremos que esta adivinación no será lícita según Santo Tomás (261). Aquí para que los predicadores tengan al menos el número esencial de un conocimiento de este tema, nos conviene hacer algunas consideraciones. En primer lugar respecto de los ángeles: un ángel tiene un poder limitado; la revelación que tenga lugar a través de él de una cosa futura es más eficaz para un alma bien dispuesta que para un espíritu no dispuesto. Ahora bien, la disposición viene por el apaciguamiento de los movimientos internos y externos, como cuando las noches son silenciosas y los vapores de los humores se encuentran calmados; esto tiene lugar en las proximidades de la aurora, cunado la digestión ha terminado. Digo esto de nosotros, que somos todos pecadores pero a quienes los ángeles por benevolencia de Dios revelan las cosas para cumplir sus oficio, e informan a nuestros espíritus de los secretos de las Escrituras cuando estudiamos en la aurora. Realmente hay un ángel bueno que preside la inteligencia de la misma forma que Dios preside nuestra voluntad y los astros nuestros cuerpos. Ocurre a veces que a algunos hombres más perfectos, los ángeles les hacen sus revelaciones a cualquier hora, tanto en la vigilia como en el sueño; aunque según dice también el Filósofo incluso estos hombres son más aptos para recibir una revelación en un momento que en otro, como fue el caso habitual de todos los magos (262). En segundo lugar conviene notar que algunos acontecimientos futuros tienen en un hombre su causa natural, cuando este sueña. Entonces estos sueños y estas visiones son solamente signos y no causas (como los ángeles) de lo que ocurre a un hombre ya se trate de la salud, de la enfermedad o de cualquiera otra desgracia; esta es la opinión de Aristóteles en el mismo lugar. En el sueño del espíritu efectivamente da la naturaleza las imágenes de las disoposiciones que se encuentran en el corazón y de las que procede inmediatamente la enfermedad o cualquier otra cosa. Por ejemplo, si alguno sueña con incendios, es una señal de que en él predomina la bilis; si sueña aire, vuelo o cualquier otra cosa semejante, es una señal de predominio sanguíneo, si sueña con agua o con algún otro líquido, es una señal de predominio del humor flemático; y si sueña con la tierra es un signo de predisposición melancólica. Por ello los médicos se ven ayudados frecuentemente por los sueños a fin de alcanzar conocimiento de las disposiciones del corazón, como también dice el Filósofo. De nuevo, empero, todo esto resulta enormemente leve en comparación con los sueños observados por las brujas en sus maleficios. Porque cuando no desean ser transferidas corporalmente, sino únicamente percibir por medio de la imaginación cuanto han perpretado sus colegas también brujas, su practica habitual consiste en recostarse sobre el lado izquierdo en el nombre de su diablo y de los demonios y entonces estas cosas les son reveladas en visión

imaginativa. Y si desean saber de los demonios cualquier cosa oculta, bien para ellas mismas o para otros, entonces ellas lo saben de los demonios en base de un pacto realizado de alguna manera, por medio del sacrificio de un animal, alguna súplica sacrílega y alguna demostración de culto de latría, pero sobre todo ofreciéndose ellas en cuerpo y alma a los demonios y renegando por completo de la fe con boca sacrílega, no contentas incluso con esto, ofrecen sus propios hijos y los hijos de los demás a los demonios o bien les matan, como ya queda dicho.

Finalmente en la cuarta especie, la adivinación se realiza por medio de oráculos (pytones, de Apolo pítico que pasa por haber inventado esta especie de adivinación según Isidoro. No se trata aquí de sueños ni de conversaciones con los muertos, sino por la mediación de los vivos se llega al conocimiento de lo oculto cayendo estos en trance por medio de los demonios como los posesos, voluntaria o involuntariamente, con el fin de prever únicamente el porvenir y no para desencadenar desgracias. Así ocurrió con la joven de la que nos habla el Libro de los Hechos, la cual gritaba tras de los apóstoles diciendo que eran los servidores de Dios. Ante lo que Pablo se indignó y mandó al espíritu salir de ella (263). Pero está claro que esto tampococ admite comparación con las brujas y sus obras queson conocidas como maleficios, según Isidoro también, justamente a causa de los enormes pecados de éstas y la enormidad de sus crímenes. Aquí por no ser más prolijos, no hay necesidad de continuar nuestras pruebas sobre las otras especies menores de adivinación, una vez conocidas las formas mayores. Porque el predicador puede, si quiere, aplicar estos argumentos a las demás formas: la geomancia que se practica con elementos terretres como el hierro y la piedra pulida; la hidromancia, que trabaja con el hierro y el cristal; la aeromancia que se ocupa de los aires; la piromancia que se interesa por el fuego; el arte de los adivinos que escruta las entrañas de los animales inmolados sobre los altares de los dioses. A pesar de que todas estas especies trabajan con invocación expresa y no tácita del demonio, con todo no admiten comparación con los maleficios de las brujas; realmente estas otras no intentan hacer daño a los hombres, a los animales ni a los frutos de la tierra. Además las otras especies de adivinación que se realizan con invocación tácita, ya que no expresa, del demonio son la horoscopia y la astrología, asi denominadas a causa de la atención que ponen en los astros que dominan en el nacimiento; el arte de los harúspices que observan los días y las horas; el de los augures que observan los comportamientos y el canto de los pájaros; los artes del presagio por medio de la observación de las palabras de los hombres; la quiromancia en la que se adivina a partir de las lineas de la mano o de las patas de un animal. Si alguno lo desea que vaya a ver en Nider, donde trata del segundo mandamiento: allí encontrará muchas cosas, acerca de la ilicitud o licitud de lo anterior. Por el contrario, las obras de las brujas jamás resultan lícitas (264).

CUESTIÓN XVII
DONDE SE DECLARA LA GRAVEDAD DE LOS CRÍMENES DE LAS BRUJAS COMPARANDOLOS CON LOS OTROS PECADOS DEL LOS DEMONIOS

Sus crímenes son tan grandes que no ha de ser superan los pecados de los malos ángeles. Si ello es así a nivel de la falta, ¿por qué no ha de ser así por lo que hace al castigo infernal? Para probarlo en el aspecto de las culpas, no es difícil encontrar diversas razones:

Primero, aunque el pecado de los ángeles sea irremisible, esto no se debe a la enormidad de su crímen correspondiente a su naturaleza, sobre todo en la opinión de aquéllos que dicen que los ángeles han sido creados en el estado de naturaleza y no en el estado de

gracia.Y puesto que el bien de la gracia es mayor que el bien de la naturaleza, el pecado de quienes caen desde el estado de gracia, como ocurre con las brujas que reniegan de la fe recibida en el bautismo, es mucho mayor que el de los ángeles. Incluso si se dice que los ángeles han sido creados y no confirmados en la gracia, entonces además las brujas, aunque no hayan sido creadas en la gracia, no obstante, cayeron libremente de la gracia de la misma forma que los demonios pecaron voluntariamente. Segundo, resulta seguro que el pecado de los ángeles es irremisible por otras varias razones. Sea, como dice San Agustín, porque habiendo pecado sin la tentación de nadie, deben volver igualmente sin la ayuda de nadie, sea, según Damasceno, porque habiendo pecado contra la naturaleza de Dios, con un pecado de inteligencia, cuanto más noble es la inteligencia peor es el error (según el adagio: el siervo que conoce la voluntad de su amo... etc.); o sea, también según Damasceno, porque el ángel malo no es susceptible de penitencia y en consecuencia de perdón en razón de su naturaleza que al ser puramente espiritual no puede cambiar más que una vez porque su mutación es total, cosa que no se da en el hombre porque la carne no sigue siempre al espíritu; o sea, finalmente porque el ángel ha pecado por encima de todo el cielo, y por su parte el hombre ha pecado sólo sobre la tierra... (265). A pesar de todo esto, empero, el pecado del ángel bajo otros aspectos resulta pequeño al lado de los crímenes de las brujas. En primer lugar, según Anselmo en uno de sus sermones, el ángel ha pecado con pecado de orgullo antes de la invención de todo castigo de pecado; las brujas continúan pecando mientras que tantas penas han sido ya infligidas a otras y que la Iglesia les anuncia que ellas mismas las recibirán a causa del demonio y de su ruina. Ellas desprecian todo estoy se van no a por pequeños pecados mortales como los del resto de los pecadores que pecan por debilidad o malicia sin hábito de malicia, sino que se entregan a crímenes abominables con toda la malicia de que es capaz su corazón.

En segundo lugar: el pecado de los ángeles resulta más pequeño porque incluso los ángeles malos han pasado por un trilpe estado (la inocencia, el pecado, el castigo o la miseria) ellos han caído de la inocencia solamente una vez y no han sido restablecidos en ella; por el contrario, el pecador cae una y otra vez, y habiendo sido restablecido en la inocencia por el bautismo cae mucho más bajo. Pero más bajo que ninguno caen las brujas como lo prueban sus crímenes. En tercer lugar: el diablo ha pecado contra el Creador; nosotros, por el contrario, y las brujas más que todos, pecamos contra el Creador y el Redentor. En cuarto lugar el demonio aquel abandonó al Creador que le permitía pecar y no le perseguía con su misericordia. Nosotros, por el contrario, y más que todos, las brujas, nos alejamos de Dios que permite nuestro pecado pero que nos persigue con su misericordia sin cesar, y nos previene con muchos beneficios. En quinto lugar, el demonio realiza su malicia, con la reprobación de Dios y sin que éste le ofrezca su garcia, nosotros, miserables, corremos hacia el pecado cuando Dios nos llama sin cesar. En sexto lugar: aquel se endurece contra aquel que le castiga, nosotros nos motramos duros para con quien nos mima con ternura sin igual. Y si ambos estamos contra Dios, empero aquel se encuentra contra un Dios que exige, nosotros contra un Dios que muere por nosotros, al cual, como ya hemos dicho, ofenden las brujas más que nadie deshorándole.

Respuesta a los argumentos (266). La respuesta al primer argumento resulta claraa partir de loquese ha dicho al comienzo de esta cuestión acerca de la razón por la que un pecado puede ser juzgado mayor que otro, y como los pecados de las brujas son mayores que los demás en cuanto a la culpa. En cuanto a la pena -segundo argumento- es otra cosa; conviene decir efectivamente que el pecado de Adán como su pena deben ser considerados de dos maneras: sea por relación a la persona, o bien por relación a la naturaleza en su totalidad, es decir, la posteridad que viene de ella. Bajo el primer aspecto, mayores pecados

que los de Abraham han sido cometidos después de él; pero él no ha pecado realizando algo que en sí fuera malo sino que estaba prohibido. Por el contrario, los fornicadores, los adulterios, los homicidios, son malos en sí y también porque están prohibidos. De aquí que les sea debido una pena mayor. Bajo el segundo aspecto: resulta cierto que la mayor pena ha venido como consecuencia del pecado riginal. Empero ello no es cierto más que indirectamente; es decir, en la medida en que por él toda la posteridad se ha visto afectada, siendo Adán el primer padre de aquello por quienes sólo el hijo de Dios pudo satisfacer según el orden del poder y de la sabiduría de Dios. No obstante, Adán, por mediación de la gracia divina se arrempintió de su pecado personal y fue salvado por la liberación realizada en Cristo. Pero el pecado de las brujas resulta incomparablemente mayor, puesto que ellas no se contentan con su propio pecado y perdición; sino que arrastran a innumerables otros en su pos. Frente al tercer argumento: a partir de la prohibición original conviene decir que únicamente por accidente el pecado de Adán trajo una desgracia tan grande: encontró una naturaleza en su integridad, debió transmitirla corrompida de una forma inevitable y no voluntaria. De aquí no se sigue necesariamente que su pecado sea mayor que los otros, ni más grave, tanto más que los pecados siguientes hubieran hecho lo mismo si los descendientes hubieran recibido la naturaleza en semejante grado de integridad. De la misma forma que el segundo pecado mortal no priva de la gracia porque ya no la encuentra; por el contrario, privaría si la encontrase. Tal es la solución de Santo Tomás. Si alguno quiere comprenderla plenamente, que considere que si Adán hubiera conservado la justicia original, no la hubiera podido trasmitir a sus descendientes, como pensaba Anselmo, porque cualquiera de los que venían inmediatamente después de él hubiera podido pecar. Que vea las palabras del Doctor acerca de esta cuestión: ¿hubiesen sido confirmados en la gracia los recién nacidos? Así como la cuestión disputada: ¿Se hubiesen salvado los hombres que ahora se salvan si Adán no hubiera pecado? (267).

CUESTIÓN XVIII

SE SIGUE EL MODO DE PREDICAR CONTRA LOS CINCO ARGUMENTOS DE LOS LAICOS POR LOS QUE PARECE PROBARSE QUE DIOS NO PERMITE TANTO PODER AL DIABLO Y LOS MALÉFICOS ACERCA DE SU CAPACIDAD DE INFERIR MALEFICIOS.

Para concluir esta parte el predicador debe encontrarse armado contra ciertos argumentos de laicos e inluso de ciertos expertos que niegan de algún modo el que existan brujas. Porque incluso si conceden la malicia del diablo y su poder de suscitar a voluntad males semejantes, rehusan decir que la permisión divina les sea concedida y que Dios autorice semejantes desgracias. Aunque alguno de estos carecen de método para su argumentación y tantean como ciegos que avanzan en la noche, tocando unas veces un medio y otras otro, conviene resumir sus aserciones en cinco argumentos de los que pueden proceder todas sus cavilaciones.

La afirmación básica resulta ser que Dios no permite al Diablo hacer daño a los hombres con tal poder. Se trata de saber si en virtud del maleficio demoníaco procurado por las brujas resulta siempre necesario el concurso de la permisión divina; se dan entonces cinco razones para afirmar que Dios no da su permisión y que por tanto el maleficio no es nada en el mundo. La primera razón se toma del lado de Dios; la segunda del lado del hombre; la tercera del lado de las brujas; la cuarta del lado de la enfermedad; la quinta del lado de los

predicadores y de los jueces que predicando y juzgando de esta forma contra las brujas, nunca tendrán seguridad.

Primeramente Dios puede castigar al hombre a causa de sus pecados y le castiga, con la espada, el hambre, la epidemia, y por otras miserias variadas e innumerables, a las que se encuentra sometida la condición humana. De aquí que no sea necesario añadir otros castigos. Luego no concede un permiso especial a las brujas. Segundo: si lo que se predica fuese cierto, que el diablo puede poner obstáculos a la potencia genital, que puede hacer que la mujer no conciba, o que si concibe aborte; que puede, si no aborta matar al recién nacido, entonces el diablo podría hacer perecer al mundo. Además podría decirse que las obras del diablo son más poderosas que las obras de Dios, es decir, que el sacramento del matrimonio, que es obra de Dios. Tercero: si el maleficio, fuese algo en el mundo, algunos hombres se verían más afectados por él que otros. A quien pregunte el por qué, se contesta: para castigo de sus pecados; lo cual resulta falso. Luego es falso también decir que hay maleficio en el mundo. Falsedad que se demuestra por el hecho de que en este caso los mayores pecadores deberían ser los más afectados por el maleficio; lo cual es falso, porque ellos son precisamente menos castigados que los justos. Ello se ve además entre los niños inocentes que son víctima de los maleficios. Cuarto: podría añadirse otra razón del lado de Dios: aquello que alguien podría, y sin embargo no lo impide, sino que además lo permite, se estima que proviene de su voluntad. Pero Dios que es la bondad suprema no puede permitir el mal. Luego tampoco puede permitir el mal que puede impedir. La enfermedad, los defectos, las enfermedades que llamamos maléficas, se parecen a los defectos y enfermedades naturales, es decir que provienen de las deficiencias de la naturaleza. Por ejemplo, el hecho de que alguien cojee, que se quede ciego, que pierda la razón o que muera; todo esto puede provenir de un defecto de la naturaleza. Luego no se puede poner a ciencia cierta en la cuenta de los brujos. Quinto: finalmente jueces y predicadores que hablan y actúan de este modo contra las brujas, no estarían nunca seguros a causa del inmenso odio que tienen las brujas contra ellos.

Además en sentido contrario, los argumentos han de tomarse en nuestra cuestión primera que trata del tercer postulado de esta primera parte. Conviene proponer razones que se encuentren más adaptadas a la mentalidad del pueblo: como Dios permite la existencia del mal aunque él mismo no lo desee. Lo permite a causa de la admirable perfección del universo: aparece mejor a partir del hecho de que las cosas buenas son más apreciables, más admirables y más dignas de alabanza, cuando se las compara con las cosas malas; más arriba hemos citado una serie de autoridades. Además las profundidades de la sabiduría de Dios, de su justicia, de su bondad aparecen de esta forma mucho más claras ya que de otra quedarían ocultas. De aquí la respuesta:

Brevemente para resolver la cuestión, puede recogerse a partir de cuanto ha sido tratado, unos cuantos documentos para la instrucción del pueblo. Por ejemplo que Dios ha permitido justamente justamente las dos caídas primitivas, la de los ángeles y la de los primeros padres. Ahora bien, estasson mayores que las demás: luego no es sorprendenteque permita otras cosas más pequeñas. Conviene notar empero que si estas caídas son más grandes por su causalidad, no lo son en cuanto a sus circustancias. Los pecados de las brujas, como ya lo hemos tratado en la cuestión XVI son mayores que los pecados de los ángeles y los de los primeros padres. También se ha mostrado por qué Dios ha permitido justamente estas primeras caídas; esto se ha tocado en la cuestión XIII. Por tanto, cada cual puede recoger y desarrollar diversas cosas.

Por lo que hace a la respuesta a los argumentos: frente al primero, que dice: Dios castiga suficientemente por las enfermedades naturales mortales, la guerra, el hambre, etcétera, se

ha de decir tres cosas: en primer lugar, Dios no ha limitado su poder a los procesos naturales y a los influjos de los cuerpos celestes, de manera que no pueda actuar fuera de ellos. Luego al lado de esto no ha podido actuar muy a menudo para castigar a los pecadores, suscitando epidemias y otras cosas, al margen de la influencia de los cuerpos celestes, como cuando para castigar el pecado de orgullo de David intentando contar a su pueblo, él envió un azote mortal sobre el pueblo. Además, esto conviene justamente a la sabiduría divina, que gobierna las cosas de manera que éstas sigan sus propios movimientos. De donde resulta que no es conveniente impedir la malicia del demonio de forma total; conviene más bien permitirle actuar en tanto que su acción puede contribuir al bien del universo, refrenándola, no obstante, por la presencia de los ángeles buenos, con el fin de que no haga tanto daño como él querría. Al mismo tiempo, tampoco conviene, por otra parte,refrenar la malicia de los hombres en aquellas cosas que se relacionan con su libre arbitrio, como es el renegar de la fe, entregarse al demonio, las cuales se encuentran presentes en la capacidad de la voluntad humana, pero con las que Dios se siente enormemente ofendido. De aquí también se concluyela justa permisión de aquellas cosas que desea la bruja por las cuales reniega de la fe y a las que se extiende el poder del diablo, como son el hacer daño a los hombres, a los animales y a los frutos de la tierra. Finalmente, Dios permite los males con justicia, por los cuales el diablo sufre indirectamente el mayor tormento y recibe un gran displacer. Ahora bien, por estos males que las brujas causan por medio del poder del demonio, éste se encuentra enormemente torturado, porque Dios utiliza todos estos males para gloria de su nombre, para la afirmación de la fe, para la purificación de los elegidos y aumento de sus méritos. Resulta cierto que entre todos los displaceres que el diblo puede sufrir en su orgullo siempre levantado contra Dios, según la palabra de la Escritura: el orgullo de los que te odian sube siempre; éste es el que le molesta en mayor grado, porque dirigea su mayor gloria todas sus estratagemas. Y es por ello justamente por lo que Dios por lo que Dios permite todas sus maldades (268).

Frente al segundo argumento, más arriba se ha respondido ya, pero debe responderse ahora a dos cosas inconclusas en el argumento. Primero, no se dice que el diablo es más fuerte que Dios y su creación; se reconoce también que goza de un poder mínimo, puesto que no puede hacer nada sin la permisión divina. De donde su poder ha de ser considerado mínimo en relación con la permisión divina, aunque sea grande en comparación con las fuerzas del cuerpo, a las que sobrepasa por naturaleza, según las palabras tan frecuentemente alegadas: no tiene igual sobre la tierra (269). El otro punto es: ¿Por qué Dios permite mayor número de maleficios sobre la potencia generativa que sobre el resto de las potencias del hmbre? Ya se ha dejado claro este punto por lo que hace a la permisión divina, bajo la cuestión: ¿Cómo pueden poner obstáculos las brujas a la potencia genital y al acto venéreo? Ello se debe al carácter vergonzoso de este acto, y porque el pecado original inflingido como consecuencia del pecado de los primeros padres se transmite por este acto. Además, tenemos el símbolo de la serpiente, que fue el primer instrumento del diablo.

Ante el tercer argumento conviene decir esto: la intención y el deseo del diablo son más grandes en orden a tentar a los buenos que a los malos, aunque haya mayor disposición en recibir la tentación en los malos que en los buenos. Por lo mismo prefiere herir a los buenos que a los malos, aunque haya mayor disposición en éstos que en los buenos para ser heridos, La razón de estos, según Gregorio, está en que cuanto más se somete uno con mayor frecuencia al diablo, la tentación se le hace más pesada y frecuente, porque ya no tiene el escudo de la fe con que defenderse. Según el texto del Apóstol a los Efesios: mantened, sobre todo, el escudo de la fe, en el que vendrán a estrellarse todos los dardos

inflamados del maligno (270). Por otra parte, ataca e intenta rendir con mayor rigor a los buenos que a los malos. La razón está en que los malos ya son suyos, cosa que no le ocurre con los buenos; de donde intenta atribular más a los justos, con el fin de atarelos hacia sí, porque no tiene bajo su poder más que a los malvados pecadores, de la misma manera que un príncipe de la tierra resiste con mayor fuerza a aquel que usurpa sus derechos e infiere un daño mayor a su impeior que a aquellos que no se levantan contra él.

En cuanto al cuarto argumento, Dios permite el mal, pero no lo quiere; además de cuanto se ha dicho, el predicador puede explicarlo a partir de los cinco signos de la voluntad divina, que son, según Santo Tomás: el precepto, la prohibición, el consejo, la operación y la permisión. Efectivamente, aunque no haya más que una voluntad en Dios mismo, puesto que él no tiene más que una sola esencia, empero, en su relación con sus obras, esta voluntad, para nosotros, se discierne y se significa de múltiples maneras, según la palabra del Salmo: Grandes son las obras del Señor, admirables son sus voluntades (271). De donde resulta que existe una distinción en la voluntad de Dios o del lado de la cosa, sino del lado de los efectos, si bien la voluntad propiamente dicha se llama voluntad de beneplácito, y la voluntad metaforicamente considerada se llama voluntad de signo, en la medida en que resulta que es precisamente por medio de signos y metáforas por lo que nosotros juzgamos lo que Dios quiere acerca de las cosas. Por semejanza, un padre de familia que tiene una sola voluntad en sí, hace demostración de ella de cinco maneras: por él mismo o por otros, por él mismo, directa o indirectamente; directamente, cuando hace algo, y entonces es una operación; indirectamente, por el contrario, cuando no impide la operación de otro, porque, como se dice en la Física, "aquel que aparta un obstáculo es llamado motor por accidente", y por relación con esto, el signo es la permisión.Actuando por medio de otro, el padre de familia se declara deseando las cosas de tres maneras: bien dando orden a alguno para que la cosa se haga necesariamente con prohibición de lo contrario, y entonces se tiene como signos los preceptos en las cosas pescritas, y la prohibición para las cosas prohibidas. O bien haciendo a uno la propuesta de una cosa, sobre el modo de la persuasión y del consejo, y entonces tenemos al consejo como signo. Pero de la misma forma que la voluntad humana puede manifestarse por estas cinco vías, así también puede ocurrir con la voluntad de Dios. Que la voluntad de Dios pueda llamarse precepto, prohibición y consejo se ve bien en Mateo: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (272); es decir, que sobre la tierra cumplamos aquello que tú nos mandas, que evitemos aquello que tú prohibes y que hagamos en la medida que nos sea posible lo que tú aconsejas. Y que la voluntad de Dios sea llamada permisión y acción se ve en San Agustín, que dice en su Enchiridion: nada se hace sin que lo desee Dios Todopoderoso, bien dejándolo hacer, o bien haciéndolo él mismo (273). A este respecto resulta cietro afirmarque aquello que alguien puede impedir y, sin embargo, no lo impide, se ha de estimar como procedente de su voluntad. Pero decir Dios es el bien supremo, luego no puede querer el mal. Se dirá que esto es cierto para la voluntad de beneplácito y los cuatro signos de esta voluntad: no puede hacer mal, ni recomendarlo, ni tampoco prohibirlo, sino aconsejar guardarse de él. Pero puede querer permitir que el mal exista.

En cuanto a la cuestión cómo discernir una miseria de otra y acertar cuál de ellas es maléfica y cuál no, es decir, que proviene de un defecto natural, se responde que hay varios medios. Primero, por el juicio de los médicos, según lo que dice Graciano, citando las palabras de Agustín en el Libro de la doctrina cristisana: a esta categoría de superstición... pertenecen los amuletos, los remedios reprobados icluso por la ciencia médica y que consisten en encantamientos o en tatuajes. Los médicos pueden por las circustancias, la edad del paciente, su salud modificada súbitamente como en un abrir y cerrar de ojos,

percibir que la enfermedad no procede de una deficiencia de sangre del estómago o de una enfermedad; dirán entonces que proviene no de un defecto de la naturaleza, sino de un agente externo. Y esta causa externa, si no es una infección venenosa que llene la sangre y el estómago de malos humores, juzga entonces por eleminación sufuciente que el efecto es maléfico (274). Segundo, cuando el mal parace incurable hasta el punto de que el paciente no puede ser restablecido por ningún medicamento, sino que ve más bien que su mal empeora. Tercero, cuando el mal sobreviene tan rápido sobre alguno que el diagnóstico se orienta hacia el maleficio. Así ha llegado hasta nuestro conocimiento el siguiente hecho: alguien entre los ciudadanos importantes de la ciudad de Spira tenía una mujer tan obstinada que, pese a todos sus esfuerzos para agradarla, ella resisitía a todas sus palabras y hacía todo lo posible por decirle injurias y hacerle sufrir. Pero ocurrió que habiendo vuelto un día a su casa, la mujer le provocó, como de costumbre, con sus palabras insultantes y, habiéndole dominado la cólera, quiso salir de la casa. Pero la mujer, dándose más prisa que él, cerró con llave la puerta por la que éste pretendía salir; la mujer vociferaba, jurándole que si no la golpeaba no le guardaría ninguna consideración ni decencia alguna. Este, ante estas palabras violentas, extendió la mano, no con la intención de herirla, sino tocándola sólo en el hombro con la mano abierta. Entonces, súbitamente, cayó al suelo, perdió el conocimiento y durante varias semanas se vió retenido en el lecho por una enfermedad muy grave. Puede verse aquí que tal enfermedad no proviene de un defecto natural, sino que sobrevino a este hombre por un maleficio de su mujer. Casos semejantes son innumerables y conocidos de muchos. Algunos, a partir de una experiencia práctica, reconocen la cosa del siguiente modo: llevan plomo fundido por encima del enfermo y lo vierten sobre una escudilla que contenga agua; si se ve en ésta que el plomo forma una cierta figura, consideran entonces que la enfermedad proviene de un maleficio. Cuando se pregunta si esta imagen se ha formado por la acción del demonio o se forma por alguna causa natural, responden que se debe al poder de Saturno sobre el plomo, ya que su influencia, por otra parte es mala. De la misma manera como también el sol cayendo sobre el oro revela el maleficio. Para saber lo que hay acerca de todo esto y si estas prácticas resultan o no lícitas, nosotros enviamos al lector a la segunda parte de este tratado. A los canonistas todo esto les parece lícito, con el fin de confundir a la vanidad por la vanidad; los teólogos son de opinión contraria, porque no se puede nunca hacer el mal para obtener bien.

En el último argumento se plantean muchas cuestiones. La primera: ¿cuál es la razón por la que las brujas no se hacen ricas? La segunda: ¿por qué, teniendo el favor de los príncipes, no cooperan con su poder a la ruina de los enemigos de éstos? La tercera: ¿por qué no son capaces de hacer mal a los predicadores y a los demás que las persiguen? Respuesta al primer punto: conviene decir que las brujas, generalmente, no son ricas porque las brujas desean mostrar su desprecio hacia el creador comprando a las brujas al precio más bajo posible; y también con el fin de que no puedan éstas hacerse célebres a causa de sus riquezas. Acerca del segundo punto, el asunto está claro: no hacen daño a los príncipes porque quieren conservar su amistad lo más posible. Y si se pregunta el por qué ellas no hacen mal a sus enemigos, hay que responder que el buen ángel de éstos se lo impide, según la palabra de Daniel: el príncipe del reino de los persas me resistió veintiún días (275). Conviene también ver a santo Tomás allí donde se pregunta si se da una lucha entre los buenos y los malos ángeles y cuál sea ésta (276). Finalmente, acerca del tercer punto, conviene decir que no pueden hacer daño ni a los inquisidores ni a los demás jueces, porque éstos disponen de la justicia pública; a este respecto podrían darse numerosos ejemplos, pero el tiempo no lo permite.

SEGUNDA PARTE

DEL MARTILLO DE LAS BRUJAS, QUE TRATA DE LA FORMA DE INFERIR MALEFICIOS Y DE LUCHAR FELIZMENTE CONTRA ELLOS

CUESTIÓN I
A QUIENES NO PUEDE HACER DAÑO EL MALEFICIO

La segunda parte de esta obra, que trata del método adoptado por las brujas para realizar sus maleficios, se encuentra organizada en diversos capítulos, a partir únicamente de dos dificultades: la una, al comienzo que concierne a los remedios de prevención gracias a los que se puede ser inmuneb al embrujameinto, y la otra, al final, que trata de los remedios de cura que han de seguirse para librar a alguien del maleficio. Si es cierto que, según el filósofo, la prevención y el cuidado se apoyan una en la otra e incluso, incidentalmente, que son causa mutua, se debe poder aclarar por este camino el fundamento entero de esta horrible herejía. En la primera cuestión se insistirá principalmente sobre dos puntos: primeo, la iniciación de las brujas y su profesión sacrílega; después, sus progresos en su método de acción y en sus horribles prácticas: al mismo tiempo que las defensas saludables y los medios de prevención contra sus maleficios. Pero, puesto que nosotros trabajamos aquí en materia de moral, no es necesario amontonar argumentos ni explicaciones múltiples: lo que vendrá en los capítulos siguientes ha sido ya suficientemente discutido en los capítulos anteriores. De aquí que pidamos al lector, en nombre de Dios, que no busque una demostración cuando le baste una simple probabilidad, concluyendo que es cierto cuanto se dice por relación a la experiencia, ya personal, por visión o audición, o partiendo de relatos dignos de fe. En el primer punto se tratarán principalmente dos cosas, que son las diversas maneras por medio de las cuales seducen los demonios y las diversas formass de hacer profesión de herejía las brujas. En el segundo punto se tratará sucesivamente seis problemas concernientes a la táctica de las brujas en lo que concierne a sí mismas y a su cuerpo; segundo, en sus prácticas por lo que concierne a los demás hombres; tercero, las prácticas respecto de los animales; cuarto, lo que ellas hacen para destruir los frutos de la tierra; quinto, los amelficios masculinos, es decir, los maleficios que practican los hombres únicamente y no las mujeres. Restará entonces la manera de anular los maleficios y de curar a las víctimas. Así esta primera cuestión principal se divide en dieciocho capítulos, puesto que sus ritos varían y se multiplican otras tantas veces.

¿Alguno puede encontrarse tan protegido por los ángeles buenos que no pueda ser alcanzado por el poder de las brujas de ninguna de las maneras aquí mencionadas? Parece que no: se ha visto en las páginas de la primera parte que incluso personas irrepochables, inocentes y justos han sido afligidos a menudo por los demonios, como Job; muchos niños inocentes, de la misma manera que ocurre con muchos otros justos, se ven con frecuencia embrujados. Sin embargo, esto no ocurre como con los pecadores, ya que aquéllos no se

ven afligidos por la pérdida de sus almas, sino únicamente de sus bienes temporales y en su cuerpo. Además, en sentido contrario, tenemos la confesión de las brujas, que dicen no poder alcanzar a todos, sino únicamente a aquéllos que por medio de la información diabólica saben que se encuentran privados del auxilio divino. De donde resulta la respuesta: existen tres clases de hombres bendecidos por Dios a los que esta detestable raza no puede hacer daño con sus maleficios. Los primeros son los que ejercen contra ellos la justicia pública o les dan caza desde un puesto público oficial. Los segundos son los que se aperciben por medio de los ritos conservados y venerados por la Iglesia, como son la aspersión del agua bendita, el uso de la sal consagrada, el cirio del día de la purificación, el uso lícito de los ramosconsagrados el día del Domingo de Ramos, puesto que precisamente los exorcisa la Iglesia para reducir las fuerzas del demonio. Los terceros son aquéllos que por diversas e infinitas formas son bendecidos por los santos ángeles.

Respecto de los primeros, la razón está dada y se percibe a partir de los hechos y gestos diversos. Según el Apóstol, todo poder viene de Dios, y él tiene la espada dispuesta a vengarse de los malosy la recompensa para los buenos (277). Luego no tiene nada de sorprendentesi los demonios son ahuyentados por el poder de los ángeles, cunado los magistrados ejercen la justicia contra este horrible crimen. En el mismo sentido, los Doctores notan que hay cinco maneras en las que el poder del diablo encunetraun impedimento total o parcial. Primero, un límite les puede ser impuesto por Dios en relación con su poder. Tenemos un ejemplo en el caso de Job, y, además, otro en un caso relatado por Juan Nider. Alguien confesa al juez que ha invocado al diablo para que le ayude a matar a su enemigo o a herirle o para que le alcanzase un rayo. Entonces me respondió que no podía hacer nada de esto, porque este hombre tenía una gran fe y se protegía asiduamente por medio del signo de la cruz; en consecuencia, no podía hacer daño a su cuerpo. No obstante, si quería, lo único que podía hacer era destruir la onceava parte de su cosecha en el campo (278). Segundo, cuando el diablo se encuentra impedido por alguna fuerza exterior; así es el caso de la burra de Balaam (279). Tercero, por un milagro de poder exterior realizado, de los que algunos se benefician por un privilegio especial (cfr. más abajo cuando tratemos de la tercera clase de hombres que no pueden ser embrujados). Cuarto, por la providencia de Dios, que coloca a un ángel bueno como obstáculo; así ante Asmodeo, que no pudo hacer daño a Tobías después de haber dado muerte a los siete maridos de la virgen Sara. Quinto: el diablo se ve con frecuencia retenido por su misma prudencia: se guarda de herir para que la situación empeore. Así podría molestar a los excomulgados, como lo hizo en el caso del corintio excomulgado por Pablo; pero no lo hace para que se enerve la fe la Iglesia con el poder de las llaves (280). Luego nosotros podemos decir de la misma forma que en el momento que la justicia pública se ejerce, los diablos retiran a menudo su protección a las brujas, bien porque temen su conversión o porque quieren acelerar su condenación.

Unos cuantos hechos y actitudes se presentan como prueba: el doctor antedicho (J.Nider) cuenta que los brujos han testimoniado por palabras y actos que dewde el mismo momento en que son detenidos por los oficiales de la justicia pública, inmediatamente desaparece todo su poder. De aquí que cuando un ciertojuez llamado Pedro, ya mencionado, había querido detener por medio de sus hombres a un cierto brujo llamado Städlin, sus manos se pusieron a temblar tan fuerte y un tal hedor hirió sus narices, que desesperaban casi de poder prender al brujo. El juez se lo mandó, diciendo: podéis detener a este miserable con toda seguridad, porque tan pronto se vea alcanzado por la mano de la justicia pública perderá todo su poder dañino. Y el hecho confirmó su palabra: fue preso y quemado a causa de sus innumerables maleficios que había perpretado y de los que volveremos a

hablar en el libro en el curso de este libro, cuando el asunto se preste a ello (281). Muchas otras cosas nos han ocurrido a nosotros, como inquisidores, en el ejercicio de nuestro cargo. Si hubiese de contarlas, el espíritu del lectorse vería alterado por el estupor. Como es poco elegante alabarse a sí mismo, es mejor pasarlas en silencio que incurrir en reputación de fanfarronería: haremos excepción únicamente para con aquellas cosasq que son ya tan conocidas que no es posible callarlas. Así, en la ciudad de Ratisbona, unos magistrados interrogaban a unas brujas que iban a ser quemadas: ¿Por qué nosotros como inquisidores, no nos vemos alcanzadospor los maleficios, como los demás hombres? Ellas respondieron que, pese a varias tentativas, no lo habían conseguido. Y cuando se les preguntó la causa respondieron que lo ignoraban, salvo que los demonios las hibieran informado. Cuántas veces, tanto de día como de noche, nos han asaltado no sabríamos decirlo. Unas veces como monas, otras veces como perros o cabras, por sus gritos e injurias, nos turbaban cuando por la noche nos levantamos a rezar, con el fin de que lo hiciéramos sin devoción; en la ventana de nuestra celda, colocada a una tal altura que no podría ser alcanzada sino por medio de una gran escalera. Con la aguja que sujeta el lienzo que llevan sobre la cabeza se daban un golpe en ella justamente en el craneo, y nosotros los encontrábamos en este estado al levantarnos, como si hubiesen querido hundírsnolo en la cabeza. Pero alabanza sea dada a Dios Altísimo, que, en su misericordia, sin mérito de nuestra parte, nos ha preservado como a servidores indignos, pero oficiales de la justicia de la fe.

Respecto de los segundos, que se encuentran preservados, la razón es clara: las cosas son exorcizadas a este fin por la Iglesia, y estos remedios resultan absolutamente eficaces contra los ataques de las brujas. Si se pregunta por qué medios debe uno defenderse, conviene hablar primero de los que se hacen sin recurrir a las palabras santas y después de los que se hacen empleando estas palabras sagradas. En cuanto a los primero, resulta lícito asperjar con agua bendita para la salvación de los hombres y los animales, cualesquiera habitaciones decentes de los hombres y los animales, con la invocación de la Santísima Trinidad y la oración dominical. En el exorcismo del agua se dice que todo lugar sobre el que esta agua sea arrojada se vea desembarazado de toda impureza, liberado de todo peligro y que en él ya no residía ningún espíritu pestilente, etcétera. El Señor salva a los hombres y a las bestias, como dice el profeta, a cada uno según sus necesidades. En cuanto a los segundos medios, de la misma forma que para los primeros, resulta necesario hacer la aspersión, con un cirio bendito, encendido todavía, si es posible, de todos los lugares deshabitados. Tercero: resulta oportuno a menudo añadir hierbas benditas y quemarlas en algun rincón oculto de la habitación. Ocurrió así en la ciudad de Spira, el mismo año que este libro se comenzó, que una piadosa mujertuvo unas palabras con otra sospechosa de brujería, como ocurren cuando las mujeres disputan entre ellas. Pero la noche siguiente, en el momento en que iba a depositar sobre su cuna al niño que amamantaba, recordó lo que le había ocurrido durante el día con la bruja. Entonces, temiendo por su hijo, puso bajo él hierbas bendecidas, le asperjó con agua santa, le puso un pococ de sal bendita en la boca, le signó con la señal de la cruz y ató con diligencia la cuna. Pero hacia la mitad de la noche oyó al niño llorar. Como se hace de costumbre, quiso abrazar al niño y para ello colocó la cuna más arriba, más cerca de su propio lecho. efectivamente, trasladó la cuna, pero no pudo abrazar al niño, porque ya no estaba allí. La pobre mujer, llorando y toda temblorosa, se levantó temiendo ya la pérdida de su hijo; encendió la lámpara y... encontró al niño en un rincón bajo un arco, gimiendo, pero indemne.

Se mide de esta forma el poder de los exorcismos de la Iglesia contra el poder de las acechanzas del demonio. Además, está claro que el poder y la sabiduría de Dios

Omnipotente, que lleva su poder de un extremo al otro del mundo y lo gobierna con bondad, rige también los maleficios de los demonios y de los hombres malos de manera que cuando éstos intentan debilitar o disminuir la fe, se encuentra con que la arraigan y la afirman más profundamente en el corazón de muchos. De estos males frecuentemente se derivan multitud de ventajas para los fieles: la fe se refuerza, se apercibe la malicia de los demonios, se manifiesta la misericordia de Dios, los hombres actúan para ponerse en defensa, se muestran más ardientes en la veneración de la pasión de Cristo y de las ceremonias de la Iglesia. En aquellos díastambién el alcalde de la ciudad de Wiesenthal, embrujado, se retorcía en medio de horribles dolores corporales. Adivinó, menos por otros brujos que por su propia experiencia, que era víctima de los maleficios. Afirmó que cada domingo tenía la costumbre de protegerse tomando sal y agua bendita; pero que un día, a causa de las bodas que debía celebrar, había dejado de hacerlo, y en aquel mismo día se había encontrado embrujado. Qué decir, finalmente, de aquel hombre de Ratisbona que era objeto de solicitación carnal por parte del diablo en forma de mujer. Muy angustiado, porque el diablo no quería dejarle en paz, vino a la mente de aquel pobre hombre que debía defenderse toamndo sal, como lo había oído en el sermón. Tomó un poco de sal al entrar en la estufa del baño público. La mujer le miró entonces con rostro torvo y, como el diablo le había enseñado, desapareció, injuriándole. Aquí se ve que el diablo puede, mediante la permisión de Dios, hacerse presente, bien bajo la forma de una bruja fantasmática o tomando posesión de una bruja corporalmente presente: puede hacer, indistintamente, una u otra cosa. Y el caso de los tres compañeros que caminaban por la carretera. Dos de ellos fueron heridos por un rayo y el tercero se aterrorizó al oir una voz desde los aires: hirámosle a él también; pero otra respondía: no podemos, porque él ha escuchado la palabra del Evangelio que dice que el Verbo se hizo carne. Comprendió entonces que se había salvado porque había oído al final de la misa el Evangelio de San Juan; en el principio era el Verbo.

Incluso las palabras sagradas llevadas sobre el cuerpo constituyen medios de protección admirables, siempre que se observen siete condiciones. Pero ya se hablará de esto en la segunda cuestión de esta segunda parte, donde se trata de los remedios de curación; estas palabras así llevadas no constituyen elementos preservativos
únicamente, sino que sirven para la curación de los embrujados. La protección más segura con todo, para los hogares, los hombres y los animales, son las palabras del título glorioso de nuestro Salvador inscrito en las cuatro esquinas de la casa en forma de cruz: Jesus Nazareno, Rey de los judíos. Podemos añadir también el nombre de la Virgen, de los evangelistas o las palabras de Juan: El Verbo se hizo carne (282).

La tercera categoría de personas que no pueden ser embrujadas es la más singular, porque goza de una especial protección por parte de los ángeles interna y externa. Protección interior por la gracia derramada sobre los corazones, protección exterior por la potencia de los astros, es decir, de las potencias que mueven los astros.Esta categoría se divide en dos especies de elegidos: la una se encuentra protegida contra todo género de maleficios, aunque ésta no puede ser alcanzada por nadie; la otra se encuentra protegida, sobre todo, de los asaltos contra la potencia genital, de tal modo que éstos se encuentran fortalecidos en su castidad por intermedio de los ángeles buenos, de la misma forma que ciertos malos hombres se encuentran inflamados por los ángeles perversos ylos maleficios respecto de una persona, y, en cambio, se sienten fríos respecto de otra. Se explica de esta forma esta protección interior y exterior (por la gracia y la influencia de los astros): Dios difunde su gracia a nuestro espíritu por sí mismo y criatura alguna puede extender su poder hasta esta infusión, según la palabra de la Escritura: El Señor mismo dará gracia y gloria (283). Empero, como trae Santo Tomás, cuando Dios quiere infundir alguna gracia notable,

utiliza la cooperación dispositiva de un ángel bueno. Por otra parte, esta doctrina ya había sido expuesta con anterioridad por Dionisio: constituye una ley fija e inalterable de la divinidad que los seres inferiores reciban su perfección de los seres superiores por mediación de losde los seres intermedios; de manera que todo bien viene hacia nosotros de la fuente de toda bondad por ministerio de los ángeles bueno (284).

Para probarlo tenemos una serie de ejemplos y de razones. Efectivamente, para la concepción del Verbo de Dios por la bienaventurada Virgen María, de la que el Verbo se hizo carne, únicamente estuvo presente el poder divino; empero, por ministerio de los ángeles, el corazón de la Virgen se sintió mejor dispuesto para el saludo y la información de su espíritu. La razón, según el pensamiento del citado doctor, se encuentra en que existen en el hombre tres realidades que son la voluntad, el entendimiento y las potencias (unas internas y otras externas) ligadas a los miembros y los órganos corporales. En la voluntad, únicamente Dios puede actuar, puesto que el corazón del Rey se encuentra en las manos de Dios (285). El ángel bueno actúa aquí positivamente en que ilumina más al espíritu para el conocimiento del bien y del mal; así en esta segunda facultad actúan dos para la iluminación: Dios y el ángel bueno. En el tercer nivel, con el buen ángel para el bien, el ángel malo puede, mediando la permisión divina, dar malos impulsos. Empero, pertenece al poder de la voluntad aceptar semejantes impulsos o rehusarlos, pudiendo el hombre rechazarlos siempre por medio de la gracia de Dios (286). Para la protección exterior que nos viene de Dios por mediación de los espíritus motores de los astros, es una tradición común, igualmente con la sagrada escritura y la filosofía natural, que todos los cuerpos celestes se encuentran dirigidos por el poder de los ángeles. De donde estos motores de las esferas son llamados por Cristo y la Iglesia "las potencias de los cielos"; en consecuencia, todas las sustancias corporales de este mundo se encuentran regidas por influjos celestes,según el testimonio del Filósofo (287). Por ello nosotros podemos decir también que Dios, que tiene una especial providencia para sus elegidos, incluso cuando somete a éstos a los males y a las penas de esta vida, también los protege de manera que en otras ocasiones nada les afetca. Pero este don lo reciben ya por mediación de los ángeles buenos, siendo éstos delegados por Dios como guardianes, ya por la acción de los cuerpos celestes, es decir, de los motores de estas esferas. Conviene notar, además, que algunos se encuentran defendidos contra todos los maleficios; otros, contra algunos y no contra todos. Así algunos estan particularmente purificados en su potencia genital por los ángeles buenos de tal modo que no pueden recibir mal alguno por parte de los ángeles malos en lo que afecta a esta potencia. Pero en un sentido resulta superfluo escribir sobre esto, aunque en otro sería necesario. La razón es ésta: algunos que se encuentran embrujados por lo que hace a su potencia genital se encuentran privados de tal modo de la protección de los ángeles, que o bien permanecen habitualmente en pecado mortal, o bien se complacen con frecuencia en cosas vergonzosas con un interés demasiado carnal. A causa de esto también, en la primera parte de esta obra, se ha notado que Dios permite más el maleficio sobre esta potencia; no porque ésta sea vergonzosa, sino porque sirve para la transmisión a todo el género humano de la corrupción del primer pecado por el contagio de los orígenes.

Demos, empero, algunos ejemplos de la manera cómo los ángeles buenos protegen a veces a los hombres justos y santos, especialmente en lo que respecta a la fuerza gubernativa. He aquí, por ejemplo, lo que le ocurrió al abad Serenus tal como nos lo cuenta Casiano en sus Colaciones: éste, ardiente por la castidad interior del espíritu y del corazón, se aplicaba infatigablemente a oraciones día y noche, acompañadas de ayunos y vigilias, hasta que por fuerza de todo ello observó que en él se habían extinguido los ardores de la concuspicencia. Entonces, inflamado de un celo mayor por la castidad, pidió a Dios que la

castidad del hombre interior se extendiese al hombre exterior por un don suyo. Finalmente, un ángel vio hasta él en una visión nocturna, que le abrió el vientre, arrancó de sus entrañas un tumor brillante, le arrojó lejos y después puso de nuevo las vísceras en su sitio y le dijo: he aquí que han sido cortados los aguijones de tu carne; has de saber que has obtenido hoy la pureza de alma y cuerpo más perfecta, tal y como la habías pedido, hasta el punto de que de ahora en adelante ya no vas a estar más sujeto a ese movimiento natural que se produce hasta en los niños pequeños y aun entre los lactantes (288). Así también habla el bienaventurado Gregoria en sus Diálogos del bienaventurado abad Equitio: este hombre, en su juventud, había etado muy turbado por la provocación de la carne, pero las mismas angustias de la tentación le hicieronmás ardiente en la práctica de la oración. Pero una noche en que, por medio de continuas oraciones, inploraba de Dios un remedio, un ángel se le apareció que le pareció que le castraba; de tal modo, que le pareció que tras de esta visión había perdido toda sensibilidad en los órganos genitales. Tras de este momento fue tan extraño a la tentación como si no hubiese sexo en su cuerpo. He aquí la feliz ventaja, fortalecido por la virtud, con el auxilio de Dios omnipotente, él, que siempre había tenido autoridad sobre los hombres, comenzó a tenerla sobre las mujeres (289).

Igualmente, además, en las Vidas de los padres, recogidas por el santo varón Heráclides en su libro denominado Paraíso; allí se hace memoria de un santo padre y monje llamado Helí: este, por misericordia, recogió trescientas mujeres en un monasterio y se puso a dirigirlas. Al cabo de dos años, el trigésimo año de su vida, tentado de la carne huyó al desierto. Ayunando y orando allí dos días, decía: Señor Dios, líbrame de esta tentación o hazme morir. Al llegar la tarde se durmió y vió entre sueños venir hasta el tres ángeles, que le preguntaban por qué había huído del monasterio de las vírgenes, y por pudor no se atrevía a contestar. Los ángeles le dijeron entonces: ¿Volverías a tu cargo junto a estas mujeres si te liberases? Respondió que de buen grado. Entonces, una vez recibió el juramento que les había pedido, lo castraron: uno, pareciendo tenerle por las manos; el otro, por los pies, y otro, haciendo ademán de cortarle los testículos con una navaja. Las cosas no ocurrían así en realidad, pero a él le parecía que era así. Después, cuando le preguntaron si se sentía curado, respondió que se sentía muy aliviado. De aquí que el quinto día volvió al encuentro de sus mujeres, que lloraban sin consuelo. Y durante los cuarenta años que todavía vivióno sintió ya más la chispa de su primitiva tentación (290). Finalmente leemos que tampoco fue pequeño el favor recibido por el bienaventurado Tomás, doctor de nuestra Orden. Sus hermanos lo encarcelaron a causa de su voluntad de entrar en la Orden, y para seducirle le enviaron una prsotituta lujosamente vestida y arreglada. Desde que él la vió, el doctor corrió al hogar, agarró un tizón encendido y expulsó de su habitación a la portadora del fuego de la pasión carnal. Se prosternó en oración pidiendo el don de la castidad y se quedó dormido: Dos ángeles se le aparecieron entonces y le dijeron: He aquí que de parte de Dios te ceñimos con el cinturón de castidad, que ya no podrá romperse por ningún ataque, porque no se adquiere por los méritos de ninguna fuerza humana, sino que se da como don de Dios únicamente. Sintió entonces el cinturón, es decir, el roce del cinturón, y se despertó gritando. Desde entonces se sintió dotado de un tal don de castidad que tuvo horror de toda lujuria, que no pudo hablar nunca a las mujeres sino forzado por la necesidad y que gozó de una castidad perfecta. Todo esto está tomado del Formicarius, de Nider (291).

Pero, aparte de estos tres géneros de hombres liberados, nadie queda seguro de la amenaza de las brujas. Por las dieciocho maneras enumeradas aquí abajo, cada uno es susceptible de ser embrujado, o de sentirse incitado o tentado a algún maleficio. De estas cosas vamos a tratar por orden, con el fin de poder discutir más claramente unos cuantos

remedios para revelar a las víctimas. Para mayor claridad, los dieciocho métodos serán tratados en otros tantos capítulos:

Primero trataremos de la iniciación de las brujas y de los medios por los que atraen a los jóvenes inocentes con el fin de aumentar su pérfida compañía. Segundo, de qué manera emiten las brujas su sacrílega profesión y el juramento de homenaje que prestan al diablo. Tercero, de qué manera se someten a los íncubos que son demonios. Quinto, la forma general como ellas prcatican la brujería por medio de los sacramentos de la Iglesia y en particular, como con el permiso de Dios, pueden alcanzar a toda criatura, con la excepción de los cuerpos celestes. Sexto, su manera de poner obstáculos a la función genital. Séptimo, de la manera como pueden hurtar el miembro viril, por medio de alguna ilusión mágica. Octavo, de la manera como cambian a los hombres haciéndoles adoptar la forma de bestias. Noveno, cómo pueden entrar los diables en los espíritus sin herirlos, cuando realizan apariciones mágicas. Décimo, de la manera como los demonios, por operación de las brujas, pueden a veces elegir domicilio en los hombres. Undécimo, de la manera como causan multitud de enfermedades, y esto en general. Duodécimo, de algunas enfermeddes en particular. Decimotercero, de la manera como las parteras que son brujas causan las mayores desgracias, bien matando a los niños u ofreciéndolos al diablo en ofrenda sacrílega. Decimocuarto, cómo provocan diversas epidemias para afligir a los animales. Decimoquinto, cómo suscitan tempestades, pedriscos, rayos y truenos sobre los hombres y los animales. Decimosexto, decimoséptimo y decimoctavo, de las tres maneras como los hombres únicamente y no las mujeres se ven envueltos en los maleficios.

Tras de todo esto podrá seguir la segunda cuestión principal concerniente a la manera de ahuyentar estos malelficios; y aunque nosotros hayamos ya enumerado los diversos métodos que se emplean para conjurar los maleficios, que nadie crea tener un conocimiento completo de estas prácticas. Por otra parte, ello le sería poco útil y hasta podría serle perjudicial; que sepa también que los libros prohibidos de necromancia no se traen aquí a colacion. Porque este género de superstición no se aprende en los libros y tampoco lo practican las personas instruidas. Se trata de gentes que son completamente inexpertas. También porque quien no tiene más que esta base, sin experiencia ni demostración práctica, no puede, de ningún modo, entregarse a los maleficios como un brujo. Empero se presentan aquí estos diversos métodos en conjunto, con el fin de que sus obras no parezcan increíbles, como fue el caso con frecuencia hasta aquí de las obras de los brujos, con un gran daño para la fe y aumento de la prosperidad de las brujas. Pero si alguno, a partir de cuanto se ha dicho -que algunos hombres pueden ser preservados por influjo de los cuerpos celestes hasta el punto de no poder ser embrujados-, quisiera atribuir igualmente a estas influencias los maleficios que alcanzan a otros, como si existiera una especie de fatalidad, para ser preservado o afligido por los maleficios, éste desconocería la mente de los doctores en varios aspectos.

Primeramente, hay tres cosas en el hombre que pueden ser reguladas por causas celestes, a saber: el acto de la voluntad, el acto de la inteligencia y los actos corporales. El primero, como se ha dicho, procede de Dios únicamente y solo es dirigido por El; el segundo se encuentra regulado por los ángeles; el tercero, si se encuentra dirigido por un cuerpo celeste, ello no resulta, empero, necesario. Segundo está claro, según se ha demostrado, que las elecciones y decisiones de la voluntad son inmeditamente dirigidas por Dios. Como dice el Apóstol, "es Dios quien realiza en nosotros el querer y el hacer de acuerdo con su voluntad (292). En cuanto al conocimiento intelectual del hombre, se encuentra dirigido por Dios a través de la mediación de los ángeles. He aquí porqué incluso las cosas que tocan al cuerpo, cualesquiera que éstas sean, interiores como las virtudes y

conocimientos adquiridos por las potencias corporales internas; exteriores, como la salud, las enfermedades son repartidas por los cuerpos celestes mediante la intervención de los ángeles. Dionisio hace alusión a ello en los Nombre divinos, diciendo que los cuerpos celestes son causa de lo que ocurre en este mundo (293). Pero esto conviene entenderlo de la salud y la enfermedad naturales. Las otras enfermedades que provienen de los maleficios han de ser consideradas como sobrenaturales, puesto que son infligidas por el poder de los demonios con la permisión de Dios. De aquí que nosotros no podamos decir que sea por influencia de los cuerpos celestes por lo que sucede que alguno se vea embrujado, mientras que se puede decir que por influencia de los cuerpos celestes alguno puede dejar de ser embrujado. Si se dice que los opuestos lo son por relación a una misma cosa -como la tesis se encuentra en una proposición así, la antítesis se encuentra en la proposición opuesta-, se responde que allí donde alguno se ve preservado por la virutd de los cuerpos celestes de estas miserias sobrenaturales, esto no se hace inmediatamente por la virtud de los cuerpos celestes, sino por el poder de los ángeles, que pueden reforzar esta influencia, con el fin de que el enemigo no pueda prevalecer sobre él por sus maleficios. Pero esta virtud angélica puede ser derivada por el motor de la esfera celeste: por ejemplo, si alguno se encuentra ya a punto de morir porque ha alcanzado el término natural de su vida. Dios, por su poder, que opera siempre por mediación de las causas, puede cambiar esto enviando una virtud conservadora en lugar de la deficiencia natural y de su influjo. De la misma forma podemos decir que aquel que podría ser embrujado se encuentra preservado del maleficio de la misma manera, o que esta preservación le viene del ángel que tiene diputado para su guarda, lo que significa la más alta protección. En cuanto a lo que dice Jeremías: escribe al varón justo estéril entre los que no han triunfado en la vida; conviene entenderlo acerca de esas elecciones de la voluntad, en las cuales un hombre triunfa y otro no. Pero esto también puede deberse a la influencia de los astros. Por ejemplo alguien, por influjo de los astros, puede ser llevado a realizar una elección útil, como entrar en una u otra religión.Para pensar en hacerlo su inteligencia recibe una luz y para realizarlo su voluntad una inclinación de la acción divina; se dirá luego de tal hombre que triunfa, de la misma forma que cuando uno es inclinado hacia un oficio o a realizar una cosa útil. Por otra parte se le considerará desafortunado cuando bajo la influencia de causas superiores, su elección se realiza sobre cosas que le son contrarias.

Véase a Santo Tomás sobre este asunto y muchos otros en la Suma contra los gentiles y en muchos otros lugares, sobre la diferencia entre decir: uno es bien nacido o mal nacido; alguien es afortunado o desafortunado, bien o mal gobernado y guardado del mal... Según la disposición dejada en el por los cuerpos celestes, uno puede ser considerado bien o mal nacido, con suerte o sin ella. Según la iluminación recibida por los ángeles, y según que esta se siga o no, se le llama bien o mal guardado. Según la moción recibida hacia el bien recibida por Dios y seguida o no, se le considera bien o mal gobernado (294). Pero estas elecciones no tienen lugar aquí porque nosotros no nos ocupamos de esto, sino de la preservación contra el maleficio. Y lo hemos dicho ya más arriba. Pasemos a los ritos que preactican las brujas y a la manera como atraen a los inocentes a su tración.

CAPITULO I

ACERCA DE LOS DIVERSOS MODOS CON LOS QUE LOS DEMONIOS, POR MEDIO DE LAS BRUJAS, ATRAEN Y SEDUCEN A INOCENTES PARA AUMENTO DE SU PERFIDIA.

Existen tres métodos, además de los otros que utilizan de ordinario los demonios y las brujas, para arrastrar a los inocentes y aumentar continuamente aquel grupo de pérfidos traidores. El primero es el tedio que procede de las contrariedades materiales repetidas. Como dice San Gregorio: el diablo tienta con frecuencia, al menos para vecer el tedio. Entiende a los que son tentados por debajo de sus fuerzas, pero Dios la permite para que los hombres no se duerman en la torpeza. Un ejemplo de esto lo tenemos en el Libro de los Jueces: Dios no destruye estas naciones con el fin de aleccionar a Israel por medio de ellas (295). Hablaba de las naciones vecinas, Cananeas, Jebuseas y otras. Así también son tolerados en nuestro tiempo los husitas y otros herejes, hasta el punto de no poder ser destruidos. Igualmente también los demonios infligen por medio de las brujas tantos males a sus vecinosinocentes, los cuales de una manera casi forzada se ven obligados a implorar el apoyo de las brujas e inmediatamente después se someten a sus consejos. Esto es lo que con frecuencia nos ha enseñado la experiencia. En la diócesis de Augsburgo hemos conocido a un huésped que ahbía perdido en un año cuarenta y cuatro caballos por los maleficios. Su mujer, afligida por esto, consultó a una bruja. Siguió sus consejos, sin duda poco saludables, pero los demás caballos que después adquirieron para su negocio de postas se vieron preservados de maleficios. Y cuantas mujeres nos han confesado en nuestra calidad de inquisidores, haber consultado a brujas sospechosas en caso de enfermedad de sus vacas privadas de leche, o haber aceptado remedios para ellas o las demás bestias, bajo la sola condición de prometer algo a un espíritu. Cunado preguntaban lo que convenía prometer, se les respondía que era poca cosa; o simplemente que se sometieran ba las indicaciones del maestro acerca de ciertas observancias durante el tiempo de los divinos oficios en la Iglesia y de ciertos secretos a guardar cunado se confesasen con los sacerdotes. En lo cual se puede notar que, como y se tocó más arriba este artífice comienza por exigir cosas mínimas, como escupir en el suelo mientras la elevación del Cuerpo de Cristo o cierren los ojos; proferir algunas palabras inútiles, etc. Así nosotros hemos conocido una bruja, que vive todavía, defendida por el brazo secular, que en el curso de una misa, cuando el sacerdote saluda al pueblo diciendo: Dóminus vobiscum, añade siempre estas palabras en lengua vulgar: Kehr mir diez Zung im Arsch umb (296). O también en la confesión despues de la absolución profieren cosas semejantes; o bien nunca hacen una confesión íntegra sobre todo de los pecados mortales. De esta forma poco a poco son llevadas a renegar íntegramente de la fe y a hacer profesión sacrílega. Este método u otro semejante es empleado por las brujas respecto de las mujeres honestas, pococ dadas a los vicios de la carne pero ardientes por lograr ventajas materiales.

Por el contrario, respecto de las chicas más entregadas a las pasiones y los placeres, emplean otro método, el de los deseos y los goces carnales. Notemos aquí que el demonio es más ardiente y celoso en tentar a los buenos que a los malos; aunque en la práctica tienta mucho más a los amlos que a los buenos, porque estos se encuentran mucho más dispuestos a secundar la tentación diabólica. De aquí que el diablo se emplee en seducir vírgenes y chicas, cosa que prueba tanto la experiencia como la razón. Puesto que posee ya a los malos y no a los buenos, hace más esfuerzos en conducir a su acatamiento a los justos, a quienes no posee, que a los malos ya poseídos. De la misma forma que un príncipe de la tierra se levanta con mayor vigor contra quien le priva en mayor grado de su derecho que contra los que no se elvantan contra él. He aquí la confirmación por experiencia: Dos brujas fueron quemadas en Batisbona,como contaremos cuando hablemos de sus métodos para suscitar tempestades. Pero una de ellas que era gobernanta de los baños públicos, confesó, entre otras cosas que había sido atormentada por el diablo a causas de esto: Había una cierta virgen piadosa, hija de un hombre rico, de la que no es

necesario dar el nombre, porque ya ha muerto, habiendo dispuesto la divina providencia que sucediese de este modo para que la malicia no depravase su corazón. Tenía orden de seducirla haciéndola ir a su casa un día de fiesta, con el fin de que el diablo bajo la forma de un joven pudiese tener una estrevista con ella. Esta añadió que había intentado hacerlo con frecuencia, pero que cuando hablaba a la joven ella se armaba siempre con la señal de la cruz. Y esto nadie lo duda de que lo hacía por instigación de su santo ángel guardián para conculcar la acción del diablo. Otra joven que vivía en la diócesis de Estrasburgo, confesó esto a uno de nosotros: un domingo se encontraba sola en casa de su padre. Una vieja de la ciudad vino a hacerle una visita. Entre las chocarrerías que profirió, hizo finalmente la siguiente proposición: si ella quería, esta mujer la conduciría a un lugar desconocido por todos los hombres de la ciudad, donde se reunían los jóvenes. Cuando le hube mostrado mi acuerdo, decía la joven, y la hube seguido hasta la casa, la vieja añadió: vamos a subir por la escalera a la cámara de arriba, donde se encuentran los jóvenes, pero ten cuidado de no hacer la señal de la cruz. Yo le prometí no hacerlo, y me propuse seguirla subiendo la escalera. Pero, en secreto, me protegí con la señal de la cruz. Entonces en lo alto de la escalera, ante la cámara, la vieja se volvió, con una cara temible y encolerizada. Mirándome me dijo: Maldita seas, ¿por qué has hecho la señal de la cruz? Vete de aquí en el nombre del diablo. Y de esta forma volví a mi casa sana y salva sin mancha alguna. Por aquí se puede ver las asechanzas que emplea el enemigo antiguo para seducir a las almas. La susodicha encargada de baños, confesó también antes de ser quemada, que ella atmbién había sido seducida por una vieja de la misma manera. Su cómplice había adoptado, por el contrario, otro método: ella había encontrado al demonio en el camino bajo una forma humana, un día que iba ella a casa de su amante para fornicar con él. Cuando el demonio íncubo la había visto y le había preguntado que si le reconocía ella, le respondió que no. Entonces, él añadió: yo soy el demonio, si quieres estaré siempre dispuesto a proporcionarte placer y no te abandonaré en ninguna dificultad. Ella consintió en esto y durante dieciocho años, es decir, hasta el fin de su vida, fue esclava de estas torpezas diabólicas y eelo es una apostasía completa de la fe.

Existe además un tercer método de tentación por el camino de la pobreza y de la tristeza. Cuando las jóvenes, corrompidas y abandonadas por sus amnates, a los que se habían entregado bajo promesa de matrimonio, se encuentran corrompidas y habiendo perdido su reputación. Entonces se entregan a cualquier acechanza diabólica. Bien por venganza para embrujar al amante o a la mujer con la que se ha casado, o bien maquinando otras cosas entregándose a todas las inmundicias. Y cómo nos enseña la experiencia lo innumerable de las brujas que salen de entre tales chicuelas. Algunos ejemplos entre muchos: en una región en la diocésis de Brixen, un hombre joven contó lo siguiente acerca del embrujamiento de su mujer: en mi juventud, dijo, yo quise a una joven que me apresuraba para que la desposase; pero yo rehusé hacerlo y me casé con otra procedente de otra región. Queriendo empero agradarla por mi amistad, la invité a mi boda. Ella vino, pero mientras que otras mujeres honorables nos ofrecían sus buenos deseos y sus regalos, aquella a quien yo había invitado, levantando las manos en el aire, para hacerse oir de todas las demás mujeres presentes, se puso a decir: Tú tendrás pocos días de buena salud tras de esto. Mi mujer, aterrorizada, ya que no la conocía porque, como he dicho, procedía de otro lugar, preguntó alos asistentes que quien era aquella mujer que le había lanzado aquellas amenazas. Las otras le aseguraron que se trataba de una mujer vagabunda y disoluta. Tal y como lo predijo, y por el mismo orden ocurrió: pocos días después mi mujer fue embrujada hasta el punto de encontrarse privada del uso de todos sus miembros. Y aun hoy, diez años después continúan visibles sobre su cuerpo los efectos del maleficio. Si

hubiese que insertar aquí todos los efectos del maleficio que han ocurrido en una sola ciudad de esta diócesis habría que escribir un libro entero. Pero se encuentran puestos por escrito y recogidos en el palacio del obispo de Brixen: hechos que dejan estupefactos e inauditos, tal y como de ello testimonia el mismo obispo. Nosotros, emepero no podemos pasar por alto uno de estos hechos estupendos e inauditos. Un noble conde del territorio de Westrich en los confines del territorio de la diócesis de Estrasburgo, se casó con una joven noble del mismo rango y condición que él. Pero hasta el tercer año transcurrido tras de su matrimonio fue incapaz de conocer carnalmente a su mujer, impedido por las resultas de un maleficio, como lo probarán los acontecimientos que siguen. Ansioso e ignorante de cuanto ocurría, reclamaba sin cesar el auxilio de todos los santos de Dios cunado vino a la ciudad de Metz por causa de sus asuntos. Recorría las calles y plazas de la ciudad rodeado de sus servidores y de su familia, cuando vió venir hacia él a una mujer que había sido antes su concubina. Viéndola, y sin pensar para nada en el maleficio del que era víctima, se puso a hablarle amablemente en virtud de su vieja amistad. Le preguntó qué tal le iba, si marchaba bien. Ella ante la amabilidad del conde, le respondió de modo semejante, se interesó cuidadosamente por su salud y por su situación. El le respondió que todo le iba bien y que triunfaba. Ella, sorprendida, guardó silencio un momento. Viendo esta sorpresa el conde prosiguió con sus palabras amables y la invitó a comer. Ella le pidió noticias de su esposa; el respondió que todo marchaba bien con ella. Inquirió después el número de chicos que habían tenido. El conde dijo, tengo tres hijos, he tenido uno cada año. Más sorprendida todavía la mujer se calló un poco. El conde le dijo, amiga mía, te ruego que me digas por qué me preguntas con tanta diligencia. No dudo de que te regocije mi felicidad. Ella dijo entonces: sí, os felicito. Pero mal haya aquella vieja que se vanagloriaba de haber embrujado vuestro cuerpo para que no pudiéseis cumplir el acto carnal con vuestra mujer. El signo es este, hay un pozo en vuestro patio. En el fondo del pozo hay una marmita que contiene diversas cosas embrujadas. Ha sido puesta allí para que mientras esté os sintáis impotente ante vuestra esposa. Pero todo esto era falso y yo me gozo de ello. Vuelto a su casa el conde no tardó en mandar vaciar el pozo, encontró la marmita, y quemando lo que contenía súbitamente recuperó la potencia viril perdida. Por ello la condesa invitó a la nobleza a unas nuevas bodas, diciendo que ella er entonces señora de su castillo y de su condado después de haber permanecido virgen durante tanto tiempo. Para la reputación del conde no conviene dar los nombres del castillo y del dominio, pero el buen sentido nos ha persuadido a relatar la sustancia del hecho, para despertar el odio contra un crímen semejante. Por medio de él han sido desemascarados diversos métodos utilizados por las brujas para aumentar su pérfido grupo. La mujer mencionada arriba, porque había sido suplantada por la esposa del conde, había arrojado sobre él el maleficio, con la ayuda de otra bruja. Son innumerables los efectos que se derivan de semejante causa.

CAPITULO II

SIGUE EL MODO DE LA PROFESIÖN SACRÍLEGA Y EL MODO DE RENDIR HOMENAJE

La forma del juramento sacrílego para el pacto expreso de fidelidad al demonio varía en función de la diversidad de las prácticas a las que se entregan las brujas. Para comprenderlo conviene notar en principio, que como ya se ha dicho en la primera aprte de este tratado, existen tres especies de brujas; las que hieren peron no pueden curar, y las que curan y hieren al mismo tiempo. Pero entre las que hieren hay una categoría que

sobresale: aquellas que forman parte de ella pueden realizar todas las formas de maleficio que las demás pueden acometer por separado.

Describir, pues la formula de su juramento será suficiente para hacer conocer las demás especies. Son estas las que yendo contra la naturaleza del hombre y su eliminación e incluso la de los animales, tienen como hábito despedazar y devorar a los niños de su propia especie. Es esta la especie de brujeria más importante. Ellas son las que realizan innumerables cantidad de males. Ellas son las que levantan tempestades en medio de relámpagos y truenos; ellas on las que provocan la esterilidad en los hombres y las bestias. Aquellos niños que no devoran, o bien los ofrecen a los demonios o se las ingenian para matarlos de otra manera; sobretodo aquellos que todavía no han renacido de la fuente del bautismo. Aquellos que devoran, no sin la permisión de Dios, son los bautizados. Hay niños que caminan junto al agua y ellas son capaces de hacerlos caer, incluso en presencia de sus padres, sin dejarse ver. Son capaces de enloquecer a los caballos incluso bajo sus jinetes; pueden trasladarse de un lugar a otro a través de los aires en el cuerpo o en el espíritu; son capaces de cambiar el ánimo de los jueces y magistrados de manera que no puedan hacerles daño. En las torturas pueden dotarse a sí mismas y a otras del don de la taciturnidad; provocar un enorme temblor en las manos y en los ánimos de los que las vienen a prender; revelar a los demás acontecimientos futuros y cosas ocultas, al menos en opinión de Santo Tomás, aquellos que pueden tener una causa natural y que el demonio puede conocer. Pueden ver cosas ausentes como si las tales se desarollasen presntes; cambiar los corazones de los hombres hacia un amor o un odio desordenados; destruir en ocasiones por el rayo aquello que ellas desean, incluso hombres o animales. Pueden hacer estéril la potencia genital o incluso hacer imposible la unión conyugal; provocar el aborto, causar la muerte de los niños en el seno de la madre unicamente por el tocamiento exterior. Pueden a veces embrujar a hombres y animales por una simple mirada, sin el menor contacto, y de esta forma causr la muerte; entregar y consagrar sus propios hijos a los demonios. Y, en breve, como ya se ha dicho pueden desencaadenar mortandades de peste u otra clase que las otras brujas no pueden provocar sino parcialmente. Cuando la justicia de Dios lo permite estas brujas de clase superior saben perpretarlo; pero no las de clase inferior. Es una característica a todas entregarse a todo género de torpezas carnales con los demonios. Luego si nosotros presentamos la manera como el primer grado presta su juramento, cada cual podrá comprender fácilmente los métodos de las otras. Recientemente han existido semejantes brujas, por ejemplo durante treinta años en las fronteras de Saboya, del lado del cantón de Berna, como cuenta Nider en su Formicarius. Existen incluso hoy todavía en las fronteras de la Lombardía, del lado de las tierras del duque de Austria: allí el inquisidor de Como, ya se ha dicho en la primera parte, hizo quemar en un año a cuarenta y una brujas -era el año del Señor 1485- y continuó siempre su trabajo de Inquisidor.

En cuanto a la manera de pronunciar el juramento, esta es doble: una solemne, que se asemeja al voto solemne, la otra privada, que puede ser echa ante el diablo en cualquier momento. El primer juramento tiene lugar cuando las brujas se reunen en asamblea en una fecha prevista de antemano: ellas ven al demonio bajo la forma de un hombre; éste les anima a guardarle la fe y fidelidad debidas mediante promesas de prosperidad temporal y de larga vida; y aquellas que se encuentran presentes le recomiendan recibir una novicia. El demonio pregunta si quiere renunciar a la fe de buen grado y renegar de la religión cristianísima y el culto de la Mujer inmensa, porque así llaman a la bienaventurada Virgen María, no venerar nunca los sacramentos. Si encuentra resuelta a la novicia, entonces extiende la mano el demonio; la noviciaa hace lo mismo por su parte y promete con la mano

levantada guardar el pacto. Pero cuando esto ha terminado el demonio añade que ello no es suficiente. La novicia inquiere entonces acerca de lo que todavía resta y el demonio reclama el homenaje: que ella se entregue a él en cuerpo y alma para siempre, y haga cuanto pueda para llevar a cuantos individuos de ambos sexos pueda su poder. Añade que esta debe fabricar una serie de unguentos por medio de la carne y la sangre de niños, sobretodo de niños bautizados; mediando todo ello podrá hacer cuanto se le antoje contando simpre con su asistencia. Esta manera de actuar, nosotros los inquisidores, la hemos aprendido experimentalmente en la ciudad de Brisach en la diócesis de basilea: hemos recibido información completa de una joven bruja convertida, pero cuya tia, bruja también, había sido quemada en la diócesis de Estrasburgo. Ella añadía que se había hecho bruja por este camino, en el que su tia había intentado introducirla. Un día su tia le había mandado la escalera y entrar en una habitación; allí viendo a quince jóvenes ataviados de verde del mismo modo que van los jinetes mercenarios. Su tia le dijo: escoje a uno de estos jóvenes, y aquel a quien tú escojas yo te lo daré y tú lo tomarás por esposo. Cuando hubo dicho que no deseaba a ninguno de ellos, fue violentamente golpeada; para acabar dió su consentimiento y fué iniciada según el ritual mencionado más arriba. Dijo también que se había visto transportada con frecuencia de noche con su tia a lo largode enormes distancias, incluso de Estrasburgo a Colonia. demodo que ella fue quien nos dió ocasión para la primera cuestión de la preimera parte: ¿es cierto que las brujas pueden realmente transladarse de un lugar a otro? Ello a causa del Canon Episcopi, que parece referirse únicamente a un simple transporte fantasmagórico, mientras que en ocasiones se da un transporte real y corporal. Preguntada que fue sobre si ellas no se habían transportado únicamente con la imaginación por ilusión del diablo, respondió que lo hacían de dos maneras, como tal es la verdad y como diremos más abajo cuando tratemos de tales transferencias. Eñña afirmó también que los males mayores vienen de las parteras, que se encuentran en la obligación de matar y de ofrecer al demonio el mayor número posible de niños pequeños. Afirmó también que había sido azotada gravemente por su tia, por haber encontrado, descubriéndolas en una marmita oculta, unas cuantas cabezas de niños. Y muchas otras cosas nos relató después de haber prestado juramento de decir la verdad, como es debido. Su exposición acerca de la manera de hacer la profesión diabólica concuerda indiscutiblemente con lo que cuenta Juan Nider en su Formicarius. Este doctor principal, que ha esclarecido a nuestra época por medio de escritos admirables, relata esto a partir de la relación hecha por el inquisidor de la diócesis de Autum, que había interrogado y hecho quemar a gran número de culpables de buiarlartas brujas habian cocido a sus propios hijos y se los habian comido. En cuanto a la manera de hacer la iniciación, contó que las brujas iban a una cierta asamblea; y que verosímilmente aparecia ante su llamada un demonio que adoptaba la forma de un hombre, al cual debía el discípulo prestar juramento, de forma necesaria, de renegar de la religión cristianísima, de no adorara nuncala Eucaristiay de pisar una cruz en secreto siempre que pudiera (297).

Otro ejemplo que proviene de la misma fuente; era públicamente notorio, como refiere Pedro que era juez en Boltigen, que en el territorio de Berna trece niños habían sido devorados por las brujas y la justicia pública había sido ejercida con bastante dureza sobre tales infanticidas. Cunado Pedro preguntó a una de las brujas capturadas de qué manera comían a los niños respondió esta: sobre todo procuramos capturar niños aun no bautizados, o ya bautizados cuando no se encuentran protegidos por la señal de la cruz y por las oraciones -nota lector que a pedimiento del diablo tienden trampas sobre todo a los niños no bautizados para que no lo sean-; por medio de nuestros encantamientos los matamos en sus cunas, incluso cuando duermen al lado de sus padres. Estos, tras de ello,

piensan haberlos asfixiado o que han muerto por otras causas; después nosotros los robamos secretamente de sus tumbas, los ponemos a cocer en una caldera hasta que toda la carne se desprende de los huesos y se pone casi líquida. Del elemento más sólido hacemos un ungüento que nos sirve para nuestros artificios y nuestros placeres y nuestros transportes. Con el elemento más líquido, llenamos un recipiente como un odre: aquel que beba de él acompañando varias ceremonias adquiere inmediatamente un conocimiento universal y se convierte en maestros de nuestra secta. Otro ejemplo más claro y neto todavía: un joven apresado junto con su mujer bruja, por el tribunal de Berna, separado de ella en una torre diferente dijo esto: si yo pudiese obtener el perdón de mis pecados, revelaría de grado cuanto sé acerca de las brujas. Veo efectivamente que he de morir. Y cuando los clérigos presentes le hubieran mostrado que podía recibir el perdón completo, si se arrepentía verdaderamente, se resignó gozoso a la muerte y ddescribió el método de su primera iniciación: la manera como fue seducido es la siguiente: Conviene que el domingo, antes de la consagración del agua bendita el dicípulo candidato entre en la iglesia con sus padrinos; allí en su presencia reniega de Cristo, de su fe, del bautismo y de la Iglesia Universal. Finalmente, rinde homenaje al maestrillo, tal y como ellos conocen al demonio y no a otra persona. notemos que todas estas cosas concuerdan con los demás relatos. Nada impide que cuando se rinde homenaje al demonio se encuentre unas veces presente y otras no: él actúa con habilidad de acuerdo con la disposición del futuro discípulo, porque considera que un novicio retrocedería ante su presencia y dará más fácilmente su consentimiento ante personas conocidas y que le sean familiares. Esta es la razón por la que le llaman maestrillo cuando está ausente a fin de que el novicio se encuentre menos aterrorizado por esta discreta apreciación del maestro. Se bebe del odre descrito más arriba, e inmediatamente se siente la formación de una serie de imágenes concernientes a nuestro arte y retener todos los ritos de nuestra secta. De esta manera, yo he sido seducido. En cuanto a mi mujer; la considero tan obstinada que será capaz de sufrir la hoguera antes que revelar la menos verdad. Pero, ¡ay!, ambos somos culpables. La cosa ocurrió exactamente igual a como la había predicho el joven; él se confesó y pareció morir con un gran arrepentimiento; su mujer, por el contrario, aunque confundida por los testigos, no quiso confesar nada de la verdad ni en la tortura ni en la muerte. Ante el fuego preparado para el tormento, ella le maldijo con palabras terribles y así fue quemada. Ejemplos semejantes demuestran la manera como se desarrolla la profesión solemne.

La otra forma privada se hace de diversas maneras. En ocasiones el demonio se hace presente ante hombres y mujeres sometidos a la más negra miseria material y corporal, de una forma visible o invisible por mediación de otras personas. Si estas personas quieren actuar de acuerdo con sus consejos, les promete que todo les saldrá bien en la medida de sus deseos; y comenzando por cosas pequeñas, como se ha dicho en el primer capítulo, les conduce poco a poco a otras mayores. Podríamos decir muchas más cosas que han llegado hasta nuestro conocimiento en el curso de nuestra inquisición, pero puesto que la materia no ofrece dificultad, conviene tener presente la brevedad; y no utilizaremos sino las siguientes aclaraciones:

Respecto de este homenaje que el demonio recibe hay unos cuantos puntos dignos de hacerse notar, a saber: ¿Cual es la razón y cuáles las formas de ello? En primer lugar su objetivo es sin duda causar una enorme ofensa a la majestad divina, apropiándose una criatura que pertenece a Dios asegurándose con mayor certidumbre de su futura condena que él desea al máximo. Empero nos hemos encontrado que había recibido el homenaje en una fecha precisa al mismo tiempo que la profesión y a veces que había recibido solamente la profesión, dejnado el homenaje para una fecha posterior. Digamos pues, esto: la

profesión consiste en renegar total o parcial de la fe: total , como se ha dicho cuando la fe es renegada íntegramente; parcial cunado en virtud del pacto celebrado hay ciertos ritos contrarios a los estatutos de la Iglesia, como ayunar los domingos, comer carne los viernes, ocultar ciertos crímenes en la confesión o cometer alguna otra cosa parecida. El homenaje consiste en la donación de su cuerpo y de su alma. ¿Cual es la razón de tales prácticas? Podemos señalar cuatro causas del lado del demonio. Como lo hemos mostrado en la primera parte de este tratado, los demonios no pueden penetrar los secretos de los corazones, puesto que ello es unicamente propio de Dios, pero pueden conocerlo mediante conjeturas. Por eso este astuto enemigo, si ve al principio que la novicia consentirá difícilmente, la aborda delicadamente y va exigiendo de ella poco a poco, hasta llevarla a cosas más importantes. La segunda razón: debe pensarse que existe una gran diversidad entre aquellos que reniegan de la fe, haciéndolo alguno sólo de palabra, pero no de corazón y, otro, por el contrario, renegando en su corazón aunque sin manifestarlo con sus palabras, y haciéndolo otros con la boca y el corazón. Luego el diablo, queriendo saber si lo hacen de corazón, de la misma forma que lo hacen con la boca, se entrega algunos años para adivinar lo que pasa en su corazón a partir de sus obras y de su comportamiento. La tercera razón: si despues del lapso de tiempo fijado el diablo encuentra que la novicia no se muestra voluntaria para cumplir determinadas prácticas y que ella le está ligada más de boca que en lo profundo de su corazón, presume entonces que ello se debe, a la divina misericordia a causa del buen ángel guardian de quien el demonio sabe con frecuencia, por sus frecuentes defensas. En consecuencia intenta rechazarla, o exponerla a afliciones corporales con el fin de volver a ganarla como consecuencia de su desesperación. La verdad de esto es clara; si se busca la causa por la que muchas brujas no quieren confesar la más mínima verdad incluso bajo los peores suplicios, mientras que otras confiesan sus crímenes ante los más débiles interrogatorios o por qué algunas de ellas, despues de haberse confesado intentan quitarse la vida colgándose, realmente puede decirse: allí donde la potencia divina no concurre por medio del santo ángel a forzar a la bruja para que confiese la verdad y salga del malefiio de la taciturnidad, todo cuanto allí ocurre resulta ser obra del diablo, tanto la taciturnidad, como la onfesión de los crímenes. El primer caso es el de aquéllas que él sabe que han renegado de boca y de corazón y que incluso le han rendido homenaje; se encuentra seguro de su perseverancia. Por el contrario, deja las otras sin protección, sabiendo que le serán de poa utilidad. La experiencia nos ha enseñado y ello procede de las confesiones de todas cuantas hemos hecho quemar, que con freuencia nos han lanzado sus maleficios de forma voluntaria. Y esto no lo decían con la esperanza de escapar, sino que se desprende de las heridas y de los axotes que los demonios les inflingían uando no querían servirles incondicionalmente, cuya verdad aparecía con mucha frecuencia sobre sus caras lívidas y tumefactas. Incluso, tras de la confesión de sus crímenes bajo tortura, ellas hacen todo lo posible por quitarse la vida ahorcándose; es ello una verdad que procede de nuestra experiencia práctica. Así siempre tras de la confesión de los crímenes, había guardas permanentes a todas horas atentos a esto. Y cuando, a veces, por neglijencia de los guadias, se las encontraban colgadas de sus correos o de sus velos, se sabía quello se debía a la instigación del demonio con el fin de que no obtuvieran el perdón por la confesión sacramental y la contrición. Y aquellas que no podía seducir hasta lo profundo del corazón porque encontraban facilísamente gracia junto a Dios, el demonio intentaba conducirlas a la desesperación por una ruina temporal y una muerte horrible. Empero debemos creer piadosmante, que han obtenido perdón por una mayor gracia de Dios en una verdadera contrición y una confesión santa, porque su voluntad no se encontraba unida por completo a tales torpezas. Todo esto es manifiesto después de cuanto

ha ocurrido, hace apenas tres años, a través de la diócesis de Estrasburgo, de Constanza, en las ciudades de Heguenau y de Ratisbona. En la primera de estas ciudades, una bruja se colgó con su pobre y frágil manto. Otra, llamada Walpurgis era conocida por un sorprendente maleficio de taciturnidad enseñaba a otras pobres mujeres cómo debían obtener este poder de silencio, cociendo en el horno un niño varon y primogénito. Tenemos al alcance de la mano otros muchos hechos y gestos, por ejemplo los de las brujas quemadas en la segunda ciudad, que desde aquí se trataran de modo esporádico.

La cuarta razón por la que el demonio puede diferir el recibir homenaje de algunos o incluso no exigirlo a otros, se debe a que él puede conocer el fin del hombre con mayor finura que los astrónomos; de tal modo que puede fijar claramente la duración de la vida o incluso adelantar esta terminación natural mediante un accidente. Y esto puede ser mostrado brevemente mediante los dichos y los hechos de las brujas: primero haciendo ver en ellas la astucia de los demonios; porque según San Agustín existen siete causas a partir de las cuales son capaces de conjeturar acerca de de los futuros contingentes sin ser capaces de conocerlos con certeza (298). La primera es porque gozan de una sutileza natural en cuanto a la operación intelectual; de donde ellos son capaces de comprender sin necesidad del razonamiento que a nosotros nos es necesario. La segunda es que por experiencia de los tiempos y revelación de los espíritus superiores saben muchas más cosas que nosotros. De aquí que Isidoro diga, y los doctores lo citan con frecuencia, que los demonios disponende una triple agudeza intelectual; la sutileza de su naturaleza, la experiencia del tiempo y la revelación de los espíritus superiores (299). La tercera causa es la rapidez del movimiento por medio de la cual, con una rapidez sorprendente pueden anticipar en occidente cosas que han de tener lugar en oriente. La cuarta causa es que, de la misma forma que son capaces con la permisión de Dios de desencadenar epidemias, de envenear el aire y de provocar la hambruna, igualmente pueden predecir todo esto. La quinta causa, es que pueden predecir la muerte mucho más hábilmente que el médico a partir de signos distintos que los ordinarios para el médico que son el pulso y la orina. Pues de la misma forma que el médico nota en el enfermo señales que pasan desapercibidas para el profano, así el demonio ve naturalmente lo que ningún hombre ve. La sexta causa, es que puede a partir de signos que proceden del alma del hombre, conjeturar lo que hay o habrá en su corazón con mucha más agudeza que un hombre prudente. Conocen qué impulsos y, en consecuencia, que acciones van a seguirse. La séptima causa es que conocen mejor que los hombres los actos y los escritos de los profanos; de dónde, puesto que muchas cosas cosas futuras dependen de ellos, pueden, a partir de ellos, prever muchas cosas. No resulta, por tanto, sorprendente conocer el término natural de la vida humana, aunque sea la muerte accidental en la hoguera. Este le provoca el hombre en definitva, cuando, como ya se ha dicho, encuentra una bruja que se le resiste y de la que él teme que se le revuelva y se convierta.

Por el contrario, a aquellas que reconoce ser voluntarias y decididas, las protege hasta su muerte natural. De ambos casos he aquí dos ejemplos que hemos encontrado y vivido nosotros mismos: en la diócesis de Basilea, en una ciudad llamada Oberwill, situada sobre el Rhin, había un cura, honorable en sus costumbres, pero imbuído de la opinión, o más bien del error, de que el maleficio no es nada en la realidad sino únicamente en el espíritu de los hombres, cuyos efectos atribuyen a las mujercillas. Pero Dios quiso purgarle de su error, hasta el punto de hacerle ver las prácticas de los demonios para fijar el término de la vida de las brujas. Efectivamente, un día, cuando para realizar un asunto, quería atravesar el puente, se encontró con una vieja; en su apresuramiento no le cedió el paso a la entrada del puente e incluso con tal mala fortuna que la hizo caer sobre el barro. Entonces,

indignada prorrumpió en palabras injuriosas diciéndole: cura, no vas a atravesar el puente impunemente... El no la hizo mucho caso. Pero la noche siguiente, cuando quiso levantarse, se sintió embrujado por debajo de la cintura, hasta el punto de tener necesidad de apoyarse en los brazos de otros cuando quería ir a su iglesia. Así se estuvo tres años enfermo al cuidado de su propia madre. Al cabo de este tiempo, cayó también enferma la vieja de la que siempre sospechó le había embrujado por las palabras con las que le había amenazado. Ocurrió, empero, que cuando ella le llamó para que la oyese en confesión, el sacerdote, importunado, comenzó por decir, que se confiese al diablo; pero a instancias de su madre, apoyándose sobre los brazos de dos campesinos marchó a la casa de la mujer y se sentó a la cabeera del lecho en el que estaba acostada. Los dos paisanos de fuera, se colocaron al lado de la ventana, porque la habitación se encontraba al nivel de la calle; con el fin de escuchar si se confesaba de haber lanzado su maleficio sobre el cura. Pero ocurrió que aunque durante la confesión no hizo mención del maleficio, tras de aquella dijo: ¿Sabes, tu cura, quien te ha embrujado? Como éste respondiera amablemente que no lo sabía ella añadió: Tú sospechas de mí, y es cierto, yo lo hice por tal causa (como arriba se trató). Y cuando él insistía a fin de ser liberado, ella le dijo: Ya ha llegado el tiempo fijado, voy a morir, pero he dispuesto todo para que te cures unos días despues de mi muerte. Y esto fue lo que ocurrió: Ella murió en el tiempo fijado por el diablo; y menos de un mes despues, una noche, el cura se sintió completamente curado. El nombre de este sacerdote es cura Hässlin y vive todavía en la diócesis de Estrasburgo. En la diócesis de Basilea, en un pueblo llamado Buchel, cerca de la ciudad de Gewill, ocurrió lo siguiente: Una mujer capturada y quemada finalemte, había tenido durante seis años un demonio íncubo, que dormía en la cama incluso junto a su marido. Esto ocurría tres veces por semana: sábado, jueves, martes y las demás noches "santas". Había rendido tal homenaje al diablo que al final del séptimo año se le había entregado en cuerpo y alma para siempre. Dios, no obstante, la libró de él: el sexto año fue presa y condenada al fuego. Pero habiendo confesado verdadera e integramente, conviene creer que recibió el perdón de Dios. Ella fue de grado a la muerte, afirmando que incluso si hubiera podido ser liberada, hubiera escogido antes la muerte con el fin de escapar al poder del demonio.

CAPITULO III

DEL MODO COMO LAS BRUJAS SE TRANSLADAN DE UN LADO A OTRO

Ahora debemos abordar sus ceremonias y su costumbre de proceder en sus obras: en principio lo que hacen por sí mismas y sus propias personas. El transporte de un lugar a otro se encuentra entre sus principales acciones, como el hecho de entregarse a torpezas carnales con los demonios íncubos; trataremos de cada una de ellas comenzando por el transporte corporal.

Conviene notar aquí que este transporte supone una dificultad (como ya se ha dicho a menudo) a causa de un único texto el canon Episcopi, en el que se dice: no puede admitirse que algunas mujeres infames, pervertidas por Satán y seducidas por las ilusiones y los fantasmas del diablo crean y digan que van por la noche con Diana (diosa de los paganos) o Herodíade y una multitud enorme de mujeres, cabalgando sobre ciertas bestias, recorriendo grandes espacios en el silencio de la noche y obedeciendo a esta diosa como a su dueña... También, los sacerdotes de Dios deben predicar al pueblo para que sepa que todo esto es completamente falso y que semejantes fasntasmas en los espíritus de los fieles

provienen, no del espíritu de Dios, sino del mal espíritu; supuesto que Satan mismo adopta diversas imágenes y semejanzas, y, engañando por medio de sueños el alma que tiene cautiva, la conduce hacia todas las desviaciones (300). Aquí se predica públicamente a través de algunos ejemplos conocidos, como el de San Germán y el de otro que observó a su hija a este respecto, que todas estas cosas resultan completamente imposibles. Y se aplica de forma indistinta todo ello tanto a las brujas como a sus obras. Como si sus actos que se refieren a los hombres, a los animales, a los frutos de la tierra, no les debieran ser atribuidos: siendo sus transportes puramente fantasmagóicos, igualmente sus obras serían ilusiones que ellas se fraguasen queriendo causar males. En la primera cuestión de la primera parte se ha refutado esta opinión considerándola como herética: va en contra de la permisión divina respecto del poder del diablo que puede extenderse a un mayor número de cosas en este género. Va también contra el espíritu de la Sagrada Escritura; causa un daño intolerable a la Santa Iglesia en la que desde hace muchos años las brujas han estado tranquilas a causa de esta opinión pestilente que amputa al brazo secular el poder de castigarlas. De aquí que hayan crecido tan desmesuradamente que resulte ya imposible el aniquilarlas. Por ello el lector diligente considerará caunto hasta aquí ha sido expuesto para la destrucción de esta opinión; y, sobre la cuestión actual, notará lo que hace a estos transportes, de qué manera son posibles y las respuestas a los ejemplos que hemos puesto antes.

Se demuestra de diversas maneras el que las brujas puedan ser transportadas corporalmente. Primero a partir de las otras operaciones de los magos. Si ellas no pudiesen ser transferidas ello se debería a que Dios no lo permite, o a que el Diablo no puede hacerlo, so pretexto de que esto repugnaría a la criatura. Pero esto no se debe a la primera razón (la permisión de Dios) cuando se pueden hacer cosas grandes resulta lógico el que también puedan hacerse las pequeñas. Pero a menudo se realizan tales cosas sobre niños y sobre hombres, como se ve con respecto de los justos y demás hombres constituidos en gracia. A quien pregunte si son posibles las sustituciones de niños efectuadas por obra del diablo y si el mismo puede transferir, contra su voluntad, a un hombre de un lugar a otro, se responde: La primera cuestión, sí. Efectivamente, Guillermo de París, en la última parte de su Tratado del Universo, dice: Las sustituciones de niños pueden hacerse en la medida en que pemitiéndolo Dios, el demonio puede, u ocupar el lugar del niño, o realizar el traslado. A estos niños miserables y gimientes; cuatro o cinco mujeres no serían capaces de amamantarlos, nunca alcanzan su desarrollo incluso cuando alcanzan un peso desmesurado. Pero esto no conviene afirmarlo ni negarlo ante las mujeres dado el enorme pánico que tienen de concebir seres semejantes. Conviene enseñarles que deben consultar a los clérigos (301). Dios lo permite a causa de los pecados de los padres, cuando los hombres maldicen a sus mujeres encintas: quisiera que el diablo te llevase o cosas parecidas. Las mujeres enfadadas se expresan también de la misma manera. Segundo, en cuanto a lo que puede ocurrir a los hombres, a veces incluso a los justos, también encontramos numerosos ejemplosVicente de Beauvais (302), en su Espejo Histórico, citando a Pedro damián, relata la historia de un niño de cinco años, hijo de un hombre perteneciente a la alta nobleza; este niño era monje en aquel momento. Una noche fué transportado desde el monasterio hasta el molino que se encontraba cerrado, donde fue hallado por la mañana. Interrogado, contestó que había sido llevado por dos hombres para un enorme banquete y que había sido instado a comer. Tras de ello le habían arrojado al molino por la trampa de arriba.

Y puesto que se habla de los magos que en nuestro lenguaje usual llamamos nigromantes , que son transportados a menudo por los aires por los demonios, con frecuencia hacia

tierras lejanas, conviene que se trate algo acerca de ellos. A veces persuaden incluso a los otros para que vayan con ellos sobre un caballo, que en realidad nos es un caballo sino el mismo demonio bajo esta forma. Se dice que advierten entonces a sus compañeros para que no hagan el signo de la cruz.

Aunque somos dos los que redactamos este tratado, uno de nosotros ha encontrado y visto hombres semejantes: por ejemplo uno que era antes maestro de escuela y ahora sacerdote en la diócesis de de Freysing, tenía la costumbre de contar que una vez había sido levantado a los aires por el diablo y conducido a lugares apartados. Igualmente también otro, sacerdote en Oberdof, una fortaleza, próxima a Landshut, que era en aquel tiempo amigo de uno de nosotros vio con sus propios ojos semejante transporte. Contaba de qué manera el hombre era transportado con los brazos extendidos, y cómo gritaba aunque sin lamentarse. La causa de ello era la siguiente: un día, numerosos estudiantes se habían reunido para beber cerveza y todos se pusieron de acuerdo para que aquel que sirviera la cerveza no pagase. Pero uno de los compañeros yendo a buscar la cerveza, cuando abrió la puerta, vió una espesa nube situada delante de la entrada. Aterrorizado volvió, y manifestando la razón, hizo comprender a los otros que no quería traer la bebida. Entonces, otro gritó con fuerza: yo traeré de beber aunque el diablo mismo esté ahí. Salió, pero ante la vista de todos fue transportado por los aires. Indudablemente conviene admitir también que estas cosas ocurren no sólo a los que velan, sino también a los que duermen: en medio de sus sueños se ven transportados por los aires local y corporalmente. La cosa está clara también para el caso de algunos que mientras duremen caminan sobre las tejas de las casas y de otros enormes edificios. Nadie puede oponerse a su camino ni arriba ni abajo, pero si los espectadores les llaman por sus nombres, inmediatamente caen al suelo como fulminados. Algunos piensan, y no sin razón, que ello se debe a la acción de los demonios. Los demonios son de diferentes especies; algunos, que proceden del coro inferior de los ángeles, además de la pena de daño de la que sufren eternamente, sufren también pequeñas penas como por pequeñas faltas. Estos no pueden herir a nadie, al menos gravemente, pero pueden gastar bromas. Los otros que son íncubos y súcubos, castigan a los hombres durante la noche manchándolos con el pecado de lujuria. No resulta sorprendente que se entreguen a los susodichos excesos. La verdad puede obtenerse de las palabras de Casiano, en sus Colaciones, allí donde dice que no se puede poner en duda que hay también malos espíritus cuantos malos deseos hay en el hombre. Efectivamente un gran número de aquellos que son llmados faunos, a los que nosotros llamamos Grollen o Schreteln, numerosos en el reino de Noruega, resulta manifiesto que se trata de estos seductores y bromistas de tal género. Estos habitan ciertos lugares y ocupan ciertos pasos. No pueden hacer mal a los que pasan con torturas, se contentan con la mofa y el engaño, buscan más molestar que hacer daño. Algunos visitan unicamente a los hombres durante la noche por medio de pesadillas. Otros resultan tan furiosos y tan brutales que no se contentan con atormentar durante un largo espacio de tiempo los cuerpos de aquellos a quienes poseen; se precipitan desde los altos sobre los que pasan e intentan golpearlos con golpes salvajes. Casiano quiere decir que no sólo poseen a los hombres sino que les atormentan horriblemente como aquellos que describe el evangelio de Mateo (303). De aquí que nosotros podamos concluir en principio que no conviene decir que las brujas no tienen traslados locales porque Dios no lo permite. Si los permite para los justos y los inocentes e incluso para los magos, ¿cómo no va a hacerlo con aquellas que se encuentran entregadas al diablo por completo? Y para hablar según el temor de Dios: ¿No vemos cómo el diablo arrebató a nuestro Salvador, conduciéndolo de acá para allá como atestigua el Evangelio? (304)

Nuestros adversarios tampoco pueden apoyarse sobre el segundo argumento: que el demonio no podría hacer esto. Efectivamente, como se ha visto más arriba, existe en él una fuerza de la naturaleza que supera a toda potencia del cuerpo, de tal modo que no puede ser comparada con fuerza terrestre alguna, según la palabra: no existe potencia incluso entre los buenos ángeles en el cielo. La naturaleza no se ha visto disminuida por la caída, y unicamente se han perdido los dones gartuitos. Por ello permanecen siempre en él aunque se hayan visto oscurecidas o encadenadas. De aquí el sentir de la Glosa acerca del texto demás arriba: "Incluso si supera todo se encuentra sometido al mérito de los santos" (305).

De nada sirve tampococ objetar dos cosas: primero que el alma podría resistir y que el texto parece referirse a un diablo particular, es decir, a Lucifer, puesto que está redactado en singular. Este fue quien tentó a Jesús en el desierto y sedujo al primer hombre; ahora se encuentra encadenado. Los otros ángeles tampoco gozan de una fuerza semejante, puesto que él les supera a todos. De aquí que los otros no sean capaces de transportar por los aires a hombres buenos o malos de un lugar a otro. Pero estas instancias no valen: hablamos en principio de los ángeles. El más pequeño de los ángeles supera incomparablemente a toda potencia humana. Y ello se prueba por muchas maneras: primero por la potencia espiritual, luego también porque la potencia del ángel o incluso la del alma es más fuerte que la potencia corporal. Segundo, en cuanto al alma: toda forma corporal se encuentra individualizada por la materia y determinada en el tiempo y en el espacio en tanto que existe como nuestra alma; las formas inmateriales, por el contrario, son las inteligencias absolutas, y, en consecuencia, tienen una potencia absoluta y universal. Esta es la razón por la que el alma unida al cuerpo no puede transportarlo subitamente de un lugar a otro ni elevarlo en el aire. Podría hacerlo si subsistiese separada y Dios lo permitiera; pero todo ello resulta posible con mayor razón al espíritu total y completamente inmterial, como es el ángel bueno o malo. Así un ángel bueno transportó en un instante a Habacuc de Judea a Caldea. He aquí la razón por la que se concluye que auqellos que durante la noche, en medio del sueño, son llevados sobre edificios elevados, no lo son por sus propias almas; lo son por influjo de los cuerpos celestes o por otra causa más alta (306). Tercero, se encuentra como algo propio de la naturaleza del cuerpo el que éste sea movido inmediatamente por el espíritu en el espacio; primeramente porque el movimiento local es el primero de los movimientos y además porque es el más perfecto de los movimientos corporales. El Filósofo, prueba, en efecto, que el movimiento corporal local no procede intrínsecamente del poder de un cuerpo como tal, sino que procede de una fuerza exterior unicamente. Así se puede concluir no tanto a partirde los santos doctores como de los filósofos, que los cuerpos más elevados, se encuentran movidos por esencias espirituales y por inteligencias separadas que son buenas por naturaleza y por intención. Vemos igualmente que el alma es la causa primera y principal del movimiento local para el cuerpo (307). Luego se debe decir que ni en tanto que cuerpo, ni en razón de su alma, el cuerpo humano puede obstaculizar el ser subitamente transportado, permiéndolo Dios, desde un lugar a otro por una sustancia espiritual: buena de voluntad y naturaleza cuando se trata de transportes de los buenos establecidos en la gracia; buena de naturaleza, pero no de voluntad, cuando se trata del trasnporte de los malos. Si alguno quiere ver a Santo Tomás que recorra varios textos (308).

En cuanto al modo de trasnporte, resulta ser este: como se ha visto más arriba, las brujas, por instrucción del diablo, fabrican un ungüento con el cuerpo de los niños, sobre todo de aquellos a los que ellas dan muerte antes del bautismo; ungen con este ungüento una silla o un trozo de madera. Tan pronto como lo hacen se elevan por los aires, tanto de noche como de día, visible o invisiblemente, segun su voluntad, porque el diablo puede ocultar un

cuerpo interponiendo otro objeto, como se ha dicho más arriba en la primera parte tratando de los prestigios y las ilusiones del diablo. En verdad, por medio de este ungüento, realizado con el fin de privar a los niños de la gracia y de la salvación, el demonio actúa la mayor parte de las veces; empero parece que muchas veces ha realizado transportes semejantes sin su ayuda. A veces transporta a las brujas sobre animales que no son animales verdaderos, sino demonios que han adoptado su forma; o incluso ellas se transportan sin ninguna ayuda exterior, simplemente por el poder del diablo que actúa invisiblemente. Una historia de este transporte, visible de día: en la ciudad de Waldshut sobre el Rhin, en la diócesis de Constanza, había una bruja tan detestada por las gentes del país, que no había sido invitada a la celebración de una boda. Como resultó que todo el mundo asistía a ella, indignada, consideró que debía vengarse. Hizo llamada al diablo, le manifestó la causa de su tristeza, y le pidió que suscitase una tempestad con el fin de dispersar a los que danzaban. El diablo consintió en ello, la levantó de la tierra y a través de los aires la llevó sobre una colina cerca del pueblo, ante los ojos de algunos pastores. Allí, como dijo después, no tenía agua para verterla en un agujero -ya se verá que este es el método que ellas utilizan para levantar tempestades-; entonces vertió orines en lugar de agua en el agujero que había cavado con sus manos; después la removió con el dedo en presencia del diablo, según la costumbre; inmediatamente, el demonio, lanzando este líquido al aire desencadenó una tempestad violenta de pedrisco que cayó unicamente sobre los danzantes y sobre aquella región. Dispersáronse todos y dsicutiendo entre ellos la causa de tal tempestad, vieron poco despues al retornar a la ciudad a la bruja. Esto agravó sus sospechas, pero cuando los pastores contaron lo que habían visto, las sospechas se hicieron más violentas. Se detuvo a la bruja y ella confesó que había hecho todo esto por no haber sido invitada. Por este y otros numerosos maleficios que había cometido fue quemada.

Puesto que el rumor público de estos transportes se extiende sin cesar, incluso entre el pueblo, resulta innecesario añadir aquí más pruebas. Las expuestas hasta aquí serán suficientes, así lo esperamos, contra aquellos que niegan absolutamente los trsansportes de este género o que intentan afirmar que son unicamente de de tipo imaginario o fantasmático. Realmente dejarlas en su error no significaría nada; incluso no merecería la pena hacerle caso, si el error no llevase al desprecio de la fe. Pero, no contentos con su error, no temen extenderlo y aun divulgarlo para aumento de las brujas y detrimento de la fe. Aseguran que todos los maleficios verdaderos y reales que se les imputa a justo título como instrumento de los demonios, se les debe atribuir como a inocentes, a la manera de las imaginaciones y las ilusiones; e incluso esta especie de transporte fantástico. Por esta razón muchas brujas permanecen impunes con gran desprecio del creador y para su creciente proliferación. Empero los argumentos alegados en el principio no resultan un gran apoyo: se alega en primer lugar el Canon Episcopi en el que se afirma que estos transportes son fantasmáticos e imaginarios. Pero ¿quien será tan loco que quiera concluir a partir de ello que no puede haber igualmente transportes corporales? Porque al final del Canon se dice: aquel que cree que el hombre puede ser cambiado en mejor o peor, transformado en otra especie, éste ha de ser juzgado peor que un infiel o un pagano. Pero ¿quien va a concluir a partir de ello que los hombres no pueden ser transformados en bestias por una ilusión mágica o que no pueden pasar de la salud a la enfermedad, como de mejor a peor? No, Cualquiera que de esta forma se mantuviese en la superficie de las palabras del Canon, tiene un espíritu contrario al de todos los santos doctores, e incluso a la enseñanza misma de la Sagrada Escritura. La opinión contraria se encuentra suficientemente por todo lo dicho en diferentes lugares de la primera parte de este tratado.

Conviene, por tanto, estar atentos al núcleo de las palabras del Canon: ya se ha dicho en la primera cuestión de la primera parte, respondiendo al segundo de estos tres errores; incluso cuando se ha hablado de las cuatro cosas que deben anunciar los predicadores al pueblo... Las brujas efectivamente son transportadas a la vez corporal y fantasmáticamente, como aparece claro a partir de sus propias confesiones: no tanto de las de aquellas que han vuelto a la fe y la penitencia. Entre estas, había una mujer, en la ciudad de Brisach: interrogada por nosotros, para saber si las brujas podían ser transportadas corporalmente o bien de una forma imaginativa y fantasmática, respondió que esto podía hacerse de dos maneras. Si en un caso no querían ser transportadas corporalmente, pero, no obstante querían saber todo cuanto había ocurrido en la asamblea de sus compañeras, empleaban el siguiente método: en el nombre de todos los demonios se acostaban para dormir sobre el lado izquierdo. Entonces salía de su boca un vapor glauco, a través del cual podían ver claramente cuanto ocurría. Por el contrario si ellas deseaban un transporte corporal, era necesario emplear el método susodicho.

Después, para entender el Canon en toda su desnudez, sin comentario alguno, ¿quién será tan tonto que continúe afirmando que todos los maleficios y crímenes son fantasmáticos e imaginarios, mientras que todo lo contrario aparece a los ojos de todos? Sobre todo pòrque hay varias especies de superstición -existen catorce-; entre las cualesla raza de las brujas constituye el grado supremo en cuanto a maleficios y crímenes, mientras que la especie de las pitonisas, cuyos transportes resuntan ser puramente fantasmáticos, a la cual se las querría unir, ocupa el último lugar.

Finalmente, los adversarios no pueden oponerse ni sobre los hechos de la leyenda de San Germán ni sobre otro alguno. Resultaba posible a los demonios acostarse ellos al lado de los maridos que dormían durante el tiempo pasado en hacer verificaciones a sus mujeres, exactamente como si hubieran dormido con sus esposas. No se afirma, empero que esto se haya hecho por reverencia hacia el Santo; pero se pone el caso para que no se piense que es imposible lo contrario de lo que hallamos en la leyenda (309). Y en este mismo se responde a las demás objeciones: si tenemos que algunas brujas han sido efectivamente transportadas sólo en cuanto a la imaginación, se encuentra asimismo en los escritos de los doctores, que algunas lo han sido corporalmente. Quien quiera mirar en el libro de Tomás de Brabante sobre Las Abejas encontrará allí cosas sorprendentes sobre estos transportes de hombres tanto imaginarios como corporales (400).

CAPITULO IV

SIGUESE LA FORMA COMO LAS BRUJAS SE ENTREGAN A LOS DEMONIOS INCUBOS.

En cuanto a la manera omo las brujas se entregan a los demonios íncubos, se han de tratar seis cosas. Primero, por lo que hace al demonio y al uerpo asumido por éste, se discutirá de qué materia se encuentra formado. Segundo, por lo que respeta al acto se verá si hay siempre infusión del semen recibido de otro. Tercero, por lo que hace al tiempo y al lugar viéndose si existen algunos mejores y más propicios que otros para esta práctica. Si unicamente tiene lugar esto con las mujeres a las que visita, y si unicamente son cortejadas las mujeres nacidas de tales comercios. Si esto ocurre a aquellas que fueron ofrecidas por las parteras en el momento de su nacimiento. Sexto, si el placer venéreo resulta más o menos intenso en este tipo de relaciones.

Hablaremos en primer lugar de la materia y de la calidad del cuerpo asumido: conviene decir que el demonio asume un cuerpo aéreo, pero que resulta terrestre de alguna manera, en la medida en que tiene alguna propiedad de la tierra por condensación. Esto se expliva de esta manera: el aire no puede tomar una forma definida por sí mismo; salvo la forma de otro cuerpo en la que se encuentra encerrado. Luego no se encierra en sus propios límites sino en los de otro y una parte del aire se encuentra contigua a la otra, luego el demonio no puede tampoco asumir un cuerpo hecho exclusivamente de aire. Contemplando que el aire reesulta ser de todas maneras una cosa muy movil y fluida, la prueba está en que cuando alguno intenta hender con la espada o perforar el cuerpo asumido por el demonio, no puede hacerlo, porque inmediatamente se aproximan ambas partes del aire dividido. De ello se sigue que el aire resulta ser una cosa muy apta para el demonio. Pero como no puede adquirir forma sino mediante la adicción de alguna forma terrestre, conviene que este aire se vea solidificado de algun modo por medio de la adicción de la propiedad de la tierra aunque conservando la del aire. Ahora bien, los demonios y las almas separadas pueden realizar la condensación, por medio de vapores pesados que se elevan de la tierra; por medio de un movimiento les dan unidad y figura y les habitan como a sus motores sin ser sus formas, lo bastante como para dar a estos cuerpos apariencia de vida, tal como fluye del alama al cuerpo. Y se encuentran en estas figuras de cuerpos asumidos como un marinero en su barco al que el viento impulsa. Y si se vuelve a preguntar en qué consiste este cuerpo asumido por el demonio en cuanto a su materia se debe responder, que una cosa es hablar del principio de la asunción, y otra habalr de su fin. En el principio es el aire: al final es este mismo aire que tiene unas cuantas propiedades de la tierra, por su espesor. Todas estas cosas pueden hacerlas los demonios por naturaleza, con la permisión de Dios, porque su naturaleza espiritual es superior a la naturaleza corporal. De aquí que la naturaleza corporal deba obedecer al diablo en cuanto al movimiento local, si no en cuanto a la adopción de una forma sustancial o accidental, salvo en el caso de que todas las criaturas, esto no obstante con la mediación de otro agente, como ya ha quedado dicho. En el movimiento local, efectivamente, ninguna forma se impone a la cosa movida, de esta forma los demonios pueden moverla a discrección en todas las circustancias. Empero, cualquiera podría preguntar sobre todo lo aterior en el caso de que un ángel bueno o malo ejerza cualquier vital en un cuerpo natural y no aéreo. Por ejemplo en la burra de Balaam, por medio de la cual el ángel hablaba; o en el cuerpo de los posesos a quienes agital los demonios... Conviene decir que estos cuerpos no deben ser mirados como asumidos, sino como ocupados, y en este punto que se vea al Doctor (401). Volvamos a nuestro propósito: en los cuerpos asumidos por los demonios hablan con las brujas, comen con ellas, se acuestan con ellas; ¿cómo comprender estas cosas? Esta es la segunda parte de esta dificultad primera: en primer lugar debe decirse que se requieren tres cosas para una palabra verdadera, a saber, los pulmones que respiran el aire, no sólo para la voz, sino para refrescar el corazón (lo que hace que incluso los mudos tengan necesidad de respirar). Segundo, conviene que haya una percusión de un cuerpo en el aire, como cuando se golpea una madera o cuando una campana da un sonido grande o pequeño. La materia sonora golpeada por el instrumento adaptado da un sonido según su amplitud; es recibido en el aire y multiplicado hasta alcanzar los oídos del auditor al cual, incluso si está lejos, parace que el sonido le llega a través del espacio. Tercero, hace falta una voz: se puede decir que aquello que es llamado sonido en los cuerpos inanimados se llama voz en los cuerpos animados. Pero aquí tenemos a la lengua que golpea al aire aspirado y espirado contra un instrumento o vaso natural, fundido por Dios -lo que no es la campana-. Por eso en aquélla se dice sonido y en esta se dice voz. Se ha de notar que este tercer elemento

puede ser explicado con el ejemplo del segundo. He dicho todo esto para que los predicadores tengan una manera de hablar al pueblo. En cuarto lugar conviene que quien forma el sonido con su voz quiera expresar por medio de él un concepto de su espíritu. Por tanto, que realiza un acto de inteligencia, que organice su voz distinguiendo sucesiones de la misma en su boca, golpeando los dientes con la lengua, abriendo y cerrando los labios, expulsando el aire golpeado en su boca hacia el aire exterior con el fin de que por multiplicación llegue hasta los oídos del auditor que entonces comprende la idea. Ahora apliquemos todo esto a nuestro propósito: los diablos no tienen pulmones, ni lengua, aunque pueden ofrecer la ilusión de tenerla, como labios y dientes, según la condición de su cuerpo. Luego no pueden hablar real y verdaderamente. Pero realizan actos de inteligencia. Entonces, cuando quieren expresar su pensamiento, no lo hacen por medio de voces sino de sonidos, que tienen algo de voz, los cuales golpean el aire encerrado en su cuerpo asumido no el aspirado y espirado como el resto de los hombres; de esta forma lo reenvían de una forma distinta hasta los oídos del oyente. Y esto de que sin este aire aspirado y espirado pueda tenerse algo semejante a voz se adivina observando a otros animales que no respiran y que, no obstante, se dice que hablan; y por otros instrumentos de los que habla el filósofo en su tratado del alma (402). Tal vez, efectivamente en cuanto se le agarra, sobre todo fuera del agua lanza un grito y muere. Todo esto podría ser aplicado, por otra parte, a las demás cosas, incluida la potencia genital (fuera del caso de los ángeles buenos). Pero si alguno quiere especular más ampliamente acerca de la facultad de hablar de los demonios en los posesos -allí efectivamente se sirven del instrumento verdadero del cuerpo del posído, al ser ocupantes de la cuantidad corporal ya que no de la esencia del cuerpo y del alma-, que vaya a ver a Santo Tomás Sobre las Sentencias, con la nota sobre la distinción entre sustancia y cantidad o accidente (403). No es este nuestro propósito, pero ahora podemos nosotros decir de qué manera ven y oyen los demonios. Hay una doble visión, espiritual y corporal, y la primera sobrepasa a la otra infinitamente. Es intuitivamente penetrante; no se encuentra afetada por la distancia, habida cuenta de la luz de que dispone. De donde conviene deir que el ángel bueno o malo no ve por medio del cuerpo asumido y sus ojos (no se sirve tampoco de nada corporal, como para hablar se sirve del aire y de la fabricación de sonidos. Por eso se dice que sus ojos son ojos pintados; pero bajo estas semejanzas se ofrecen de buen grado a los hombres, para manifestarles sus cualidades naturales y hablarles espiritualmente por estos medios. Tambien, con este fin se han aparecido a los Santos Padres del desierto por orden de Dios y con su permiso. Los malos se presentan a los hombres para que conozan sus propiedades, se asocian con los de aquí abajo en el pecado y en el castigo por otra parte. Esto es por lo que dice Dionisio en su Jerarquía Celeste, hacia el final: en todas las partes del cuerpo humano el ángel bueno nos enseña a considerar las propiedades. Concluye que los demonios carecen de la visión corporal, operación de un cuerpo vivo (404). De aqui que en los cuerpos asumidos, como tienen algo semejante a miembros, realizan tambien algo semejante a operaciones. Lo mismo puede decirse de su oído: mucho más noble que el del cuerpo puede comprender la palabra del alma mucho más finamente que el hombre que no comprende el concepto interior sino por medio de palabras corporales. Tambien dice Santo Tomás: Si sobre la cara del hombre puede leerse su voluntad secreta, si a partir del ritmo del corazón y la cualidad del pulso los médicos pueden conocer las pasiones del alma, a fortiori, los demonios tambien pueden hacerlo. En cuanto a la función nutritiva, el acto integral de comer comporta cuatro cosas: la división de los alimentos en la boca y su descenso hacia el cuerpo, la digestión por medio del estómago de la virtud del cuerpo, y la conversión en el nutrimento necesario. Los ángeles pueden realizar las dos primeras funciones en sus cuerpos

asumidos, pero no la tercera ni la cuarta. En lugar de la potencia nutritiva y eliminadora, tiene otra función que transforma inmediatamente el alimento en materia supérflua. En Cristo resucitado hubo una verdadera operación nutritiva y asimiladora, pero no conversión del alimento en su cuerpo porque este poder se encontraba ya glorificado como el cuerpo. De donde el alimento era disuelto imediatamente por el cuerpo como el agua arrojada al fuego (405).

En segundo lugar, en cuanto a los actos carnales que sobre todos los demás consideramos ahora, aquellos que los demonios realizan como íncubos con las brujas por medio de sus cuerpos asumidos, ninguna dificultad puede provenir de lo dicho, bajo quizá la forma de esta duda: ¿Practican estas torpezas las brujas actuales?; ¿se encuentra el origen de las brujas en estas torpezas? Respondiendo a estas dudas, digamos para la primera cuestión: Aquello que ocurrió con las antiguas brujas, antes de los años de mil cuatrocientos de la encarnación del Señor, sobre todo acerca del hecho de si se entregaban a estas torpezas como ahora ocurre, nosotros lo ignoramos porque la historia nunca ha hablado de lo que la experiencia nos ha mostrado. Que siempre ha habido brujas, que sus depravadas obras hayan destilado numerosos males para los hombres, los animales y los frutos de la tierra y también que ha habido demonios íncubos y súcubos, no puede dudarlo quienquiera que recorra los libros de historia. Las tradiciones los cánones y de los Santos Doctores han transmitido acerca de todo esto muchas cosas. Pero con una diferencia, no obstante. En el pasado los íncubos asaltaron a las mujeres contra la voluntad de éstas como lo cuentan Nider en su Formicarius y Tomás de Brabante, en su Libro del bien universal o de Las Abejas. En cuanto a la proposición que afirma que las brujas son infectadas en el día por esas torpezas diabólicas, no es tanto nuestra convicción quien lo garantiza como el testimonio vivido de las mismas brujas. Todo esto lo han hecho ella creíble no como ha ocurrido hasta el momento sufriéndolo contra su voluntad, sino sometiéndose ellas voluntariamente a esta servidumbre repulsiva. Efectivamente, todas aquellas a las que nosotros hemos dejado a disposición del brazo secular para que las castigase, en diversas diócesis, sobre todo en la de Constanza y la ciudad de Ratisbona, se han entregado a estas torpezas durante muchos años, algunas durante treinta años, otras durante doce o veinte años; y a menudo con negación de la fe en todo o en parte. Y allí todos los habitantes pueden actuar de testigos de ello. Porque aparte aquellas que han hecho penitencia secreta y han vuelto a la fe, no han sido menos de cuarenta y ocho, las que en cinco años han sido entregadas al fuego. Y no se trataba allí de fe fácil en personas vueltas espontáneamente a la penitencia. Todas concordabanen esto, debían entregarse a este género de torpezas para aumentar su pérfido grupo. Se tratará de esto con detalle en la segunda cuestión de esta parte al describir sus obras. Y además omitiendo lo que hizo nuestro colega el Inquisidor de Como en el condado de Burbia, que en el espacio de una año, el de 1485, hizo quemar a cuarenta y una brujas, de las que todas afirmaban públicamente que se habían entregado a estas torpezas diabólicas. Por tanto, todas estas cosas han sido establecidas bien a partir de la experiencia perosnl o directa o a partir de las relaciones de testigos dignos de crédito. Respecto de la segunda cuestión, de si el origen de las brujas se encuentra en la práctica de estas torpezas, decimos con Agustín, es cierto que el origen de todas las prácticas supersticiosas se encuentra en la asociación de los hombres y los demonios. Todas las prácticas de este gébero, superstición ilusoria o dañosa, nacidas de cualquier pestífera relación entre los hombres y los demonios como de una alianza infiel y engañosa, todas en general, han de ser rechazadas. Quedando entendido que si hay diversas especies de superstición y de arte mágica, igualmente diversas son tambien las alianzas. De la misma forma que entre las catorce especies de esta práctica la especie de

las brujas es la peor, puesto que, en su base no se halla un pacto tácitobsino expreso, y porque además ellas deben rendir un culto de latría a los demonios por la apostasía de la fe; por eso realizan con ellos una pésima sociedad, de acuerdo con la condición de la mujer siempre ardiente para las vanidades (405 bis).. Notemos asimismo lo que responde Santo Tomás en las Sentencias a la cuestión: de si aquellos que deben su generación a estasrácticas con los demonios son más poderosos que el resto de los hombres. Responde que es cierto:no solamente a causa del texto de la Escritura: estos son los héroes tan famosos de los tiempos antiguos; sino también por la razón de que los demonios pueden saber la fuerza del semen eyaculado. Primero por la disposición de aquel a quien ha sido tomado, segundo porque saben qué mujer es más apta para recibir este semen; tercero porque saben la constelaciónbmás favorable a este efectocorporal. Y nosotros podemos añadir una cuarta razón, incluso sobre las palabras del santo, saben que complexión dar a los recien nacidos para adaptarlos a sus obras. Se concluye entonces a partir de todos estos auxilios que los seres engendrados resultan ser grandes y fuertes (406). De donde, volviendo a la cuaestión de si las brujas tienen su origen en estas torpezas, nosotros respondemos, que su origen lo han recibido de esta mutua asociación envenenada, como se ha visto en nuestro primer punto. Su multiplicación igualmente, nadie puede negar que la procuran por medio de estas porquerías, puesto que los demonios no emprenden esta alianza por el placer sino buscando la corrupción. De esta forma se describe el orden del proceso: Un demonio súcubo toma el semen de un hombre condenado, un demonio propiamente delegado para este hombre y que no querrá convertirse en el íncubo de una bruja. El, por tanto entrega este semen a otro demonio especialmente encargado junto a una mujer, una bruja; y éste, bajo una constelación que le es propicia para producir a alguno o alguna capaz de realizar meleficios, se hace el íncubo de una bruja. No hay objeción en que aquellos de los que se habla en el texto de la Escritura no hayan sido brujos sino unicamente gigantes y hombres célebres y poderosos. Como se ha dicho más arriba, los maleficios no pueden ser perpretados en el tiempo de la ley de la naturaleza y ello por causa del recuerdo todavía reciente en la memoria de los hombres de la creación del mundo. De aquí que la idolatría no pueda existir entonces. Pronto, empero, al acrecentarse la malicia de los hombres, encontró el diablo medio de sembrar semejante apostasía. Y no se pueden entender estos textos donde se habla de ellos como si aquellos hombres hubiesen sido famosas por su virtud. Cuando se pregunta si esto se realiza siempre mediante la infusión de semen se responde que el demonio tiene mil caminos y mil medios de hacer daño, desde el principio de su caída intenta romper la unidad de la Iglesia y alterar al género humano por todo tipo de medios. Esta es la razon por la que respecto de lo anterior no pueden darse reglas infalibles, pero puede hacerse una distinción notable: o bien la bruja es vieja y estéril o no. Si es estéril el demonio se acerca a la bruja sin efusión de semen, puesto que ello no serviría para nada y el demonio evita el despilfarro cuanto puede en todas sus obras, lo mismo que la naturaleza. No obstante, estéril o no, él puede acercarse a ella atendiendo al placer que ha de procurar a la bruja. Pero en el caso de que ella se encuentre dispuesta a la concepción, entonces, si puede obtener facilmente semen del marido, no tarda en unirla con él, para infectar a la prole. Si alguno pregunta si puede recoger el semen emitido durante una polución nocturna, de la misma manera que lo hace durante el acto carnal, se le puede dar la opinión probable de quien afirma que no, incluso aunque a otros pueda parecer probable lo contrario. La razón es que los demonios, como se ha dicho más arriba, se interesan por la fuerza genitiva del semen, y parece ser que ésta es mayor en el semen que proviene del acto carnal. El semen en la polución nocturna proviene de un humor supérfluo que logicamente no comporta una potencia generatriz tan

grande. De aquí se puede creer que él se emplea menos en procurar una generación por medio de ella, salvo en el caso en que se sepa que quizás reside en ella la potencia generativa suficiente. Pero nosotros tampoco podemosnegar que incluso en el caso de una bruja casada y preñada por su marido, el demonio puede infectar el feto por la mezcla de otro semen.

En tercer lugar, en cuanto a la cuestión de si el demonio se atiene a la observancia de tiempos y lugares se debe decir lo siguiente: cuando actúa por medio de la infección de la prole, observa el tiempo de las constelaciones.Cuando no intenta la infección, sino procurar placer venéreo a la bruja, tambien observa los tiempos, y estos son los tiempos más sagrados de todo el año, los de las solemnidades de Navidad, Pascua y Pentecostés y algunos otros días de fiesta. Esto lo hace por una triple causa: primero para que de esta forma las brujas no sólo caigan en perfidia, por la apostasía de la fe sino en el pecado de sacrilegio, para que el mismo Creador sea más ofendido y para que las brujas sean condenadas con mayor rigor en sus almas. Segundo, para que Dios al sentirse más gravemente ofendido, les deje mayor poder para atacar a los hombres y castigarles, incluso a los inocentes, ya en sus cuerpos ya en sus bienes. Porque cuando se dice en la Escritura, el hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre... conviene entenderlo acerca de la pena eterna; con frecuencia, por el contrario, en la pena temporal los inocentes son castigados con males a causa de los crímenes de otros. De aquí que por lo demás exclama el Señor: Yo, Dios fuerte y celoso, castigo los pecados de los padres hasta la tercera y cuarta generación (407). Semejante castigo se hizo patente sobre los hijos de los sodomitas a causa de los crímenes de sus padres. La tercera razón, es para que de esta forma tengan mayores oportunidades de hacer caer a las paresonas, sobre todo a los jóvenes, que estando los días de fiesta más entregados a la ociosidad se dejen seducir más facilmente por las viejas brujas. Así ocurrió en la región natal de uno de nosotros, que conjuntamente compilamos esta obra, una chica, virgen y piadosa fue solicitada por una vieja un dia de fiesta para que subiera con ella a una habitación en la que se encontraban un cierto número de de hermosos jóvenes. Ella consintió, y ambas se aplicaron a subir la esclera. La vieja, lo primero que mandó a la joven fue que no hiciera la señal de la cruz. Diciendo que sí la joven, a hurtadillas se santiguó. Pero después ocurrió, que cuando ellas hubieron subido, la joven no vio a nadie porque los demonios presentes no quisieron revelar sus cuerpos sunidos a la virgen. La vieja la maldijo diciendo: Vete en nombre de todos los demonios, ¿por qué has hecho la señal de la cruz? Todo esto lo he sabido de una sencilla confesión de tal virgen. Puede añadirse una cuarta razón; ella es que de esta forma puede seducir más facilmente a los hombres, haciéndoles creer que si Dios permite semejantes cosas los dias santos, éstas no son tan graves como si no fuera posible cometerlas estos dias.

En cuanto al lugar: ¿se desarrollan estas cosas más en unos lugares que en otros?, debe decirse: resulta claro que, segun los dichos y los hechos de las brujas, los demonios pueden cometer este género de torpezas en los lugares sagrados.nDe lo que se ve la eficacia de la guarda de los ángeles para la reverencia debida a estos lugares sagrados. Ellas añaden, que no pueden tener nunca paz si no es durante el tiempo en que se desarrolla en servicio divino, en tanto ellas se encuentran presentes en la iglesia; por ello son las primeras en entrar y las primeras en salir. Aunque debe realizar una serie de horribles ceremonias por instigación de los demonios, como escupir en el tiempo de la elevación, o proponerse otros pensamientos criminales con o sin palabras: ¡Ojalá estuviese en tal o en tal otro lugar! Pero se volverá a tratar de esto en la segunda cuestión de esta segunda parte.

En cuarto lugar, a la cuestión de si estas torpezas las comtene visible o invisiblemente se debe decir que en tanto la experiencia nos lo ha enseñado, por lo que hace a la bruja, el

demonio íncubo actúa siempre visiblemente y no le resulta necesario aproximarse invisiblemete, puesto que existe un pacto expreso entre ellos. Pero por lo que respecta a los espectadores, las brukas han sido vistas con frecuencia en el campo y los bosques acostadas sobre su espalda, desnudas hasta el ombligo, y dispuestas a tal porquería, agitando las piernas y las caderas, con los miembros perfectamente dispuestos; encontrándose en acción los demonios íncubos aunque fuera invisiblemente para los actores y en ocasiones un vapor negro se elevaba por encima de la bruja, como de altura de un hombre, al final del acto. Pero esto ocurre raramente. Este astuto ser sabe la manera como puede atraer o pervertir los espíritus de las chicas e incluso a algunos hombres de los alrededores. Lo de más arriba resume la forma como se han desarrollado los acontecimientos en diversos lugares, pero la forma como ello ha ocurrido en otros lugares, tanto en la fortaleza de Ravenspurg como también en el dominio de los señores de Rappolstein, se tratará en la segunda cuestión de esta segunda parte. Es ya seguro, en todo caso, que ello ha ocurrido: a veces, bajo los ojos de los maridos, los demonios íncubos a los que no se tenía por demonios sino por hombres, han hecho estas cosas con sus esposas. Elloos, tomando sus armas han querido traspasarlos, pero instantáneamente el demonio ha desaparecido, haciéndose invisble. Empero, también ocurría que las mujeres, adelantando sus manos y sus brazos hacia sus maridos, con frecuencia hacia maridos heridos, se burlaban de ellos preguntándole si tenía ojos o si se encontraban poseídos por los demonios.

En último lugar, y como conclusión, puede decirse que los demonios íncubos no quieren infectar únicamente a las mujeres nacidas de estas torpezas, sino que intentan con todas sus fuerzas, por medio de brujas, celestinas y prostitutas, seducir a todas las jóvenes más devotas de tal ciudad o de tal distrito. Esto nos lo ha enseñado la experiencia, maestra de vida: en la ciudad de Ratisbona, algunas brujas quemadas nos han confesado antes de la sentencia final que sus maestros les habían encargado trabajar con todas sus fuerzas en pervertir vírgenes y viudas piadosas.

Queda una cuestión: la de si la delectación venérea resulta ser mayor con los íncubos por medio de los cuerpos asumidos de éstos que con el resto de los hombres, siempre que todas las demás condiciones permanezcan estables. Parece que se debe decir lo siguiente: aunque el placer debería ser mayor, de acuerdo con el orden natural, cuando dos semejantes se encuentran, empero este artífice puede acoplar tan bien los elementos activos y pasivos -no por causa del factor natural, sino por causa del calor de los humores-, que parece excitar un menor grado de concuspicencia. Pero todo esto se volverá adiscutir más ampliamente más abajo, al tratar de l acondición del sexo femenino.

CAPITULO V

ACERCA DEL MODO GENERAL CON QUE LAS BRUJAS REALIZAN SUS MALEFICIOS SOBRE TODAS LAS CRIATURAS, UTILIZANDO, SOBRE TODO, LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA.

Ahora deben ser notadas varias cosas acerca de la manera que tienen las brujas de actuar con el fin de embrujar al resto de las criaturas de ambos sexos y a los frutos de la tierra. En primer lugar, a los hombres; después, a las bestias, y, finalmente, y a los frutos de la tierra. Entre los hombres, en primer lugar, la forma que emplean, mediante maleficios para impedir

la potencia genital y el acto venéreo para que la mujer no pueda concebir y para que el hombre no pueda ejercer su potencia. Segundo, como sucede que a veces semejante acto se ve impedido con relación a una mujer determinada y no con relación a otra. Tercero, cómo los miembros viriles se ven reducidos, como si se encontrasen completamente separados del cuerpo. Cuarto, cómo es posible discernir si estas molestias proceden de la sola potencia del demonio por sí mismo o por la bruja. Quinto, cómo las brujas cambian a los hombres y mujeres en bestias por medio de algunos encantos y sortilegios. Sexto, cómo las parteras que son brujas hacen perecer a los fetos en el seno de sus madres de diversas maneras, y cuando ellas no lo hacen, de qué manera ofrecen los niños a los demonios. Notemos, que afin de que estas cosas no sean juzgadas por increíbles, las hemos establecido por cuestiones y respuestas a las objecciones en la primera parte; si es necesario, el lector a quien asalte la duda podrá referirse a ello si quiere saber la verdad. Ahora nosotros debemos aportar únicamente los hechos y gestos que, o bien hemos encontrado nosotros mismos, o bien han sido escritos por otros para hacer detestar este crímen. Esto, con el fin de reforzar las cuestiones dela primera parte, en el caso en que quizás serían difíciles de comprender para uno u otro. De lo que se dirá en esta segunda parte pueden creer desde este momento y renunciar al error según el cual se ha considerado que no hay brujasy que tampoco puede haberlas en el mundo.

Son seis las maneras que pueden emplear para hacer daño a los hombres, sin hablar de las maneras que emplean para molestar a las criaturas. Una de ellas consiste en suscitar en un hombre un amor insensato por una mujer o en una mujer hacerlo por un hombre; otra consiste en dedicarse a sembrar el odio o la envidia en el corazón de alguien. La tercera es la que se encuentra entre los que se consideran embrujados hasta el punto de no poder usar de su fuerza genital respecto de sus mujeres, o viceversa, de las hembras respecto de los hombres; existe, además, la que procura el aborto por los demás medios susodichos; la cuarta es la que hace sufrir a un hombre en uno cualquiera de sus miembros; la quinta es la que se le priva de la vida; la sexta es la que le quita el uso de la razón. Conviene, efectivamente, reconocer que a toda criatura, poniendo aparte los cuerpos celestes, pueden infligirle los demonios toda género de enfermedades y de defectos reales y verdaderos; y esto mediante su potencia espiritual natural que les pone por encima de la potencia corporal. Las enfremedades infligidas no se parecen, no más que los defectos naturales cunado no hay enfermedad, de donde proceden por diversos motivos para lograr enfermedades diversas. Nosotros diremos algo, en tanto, que será necesario. Antes, empero, con el fin de no dejar en suspenso el ánimo del lector en torno a la razón por la cual no pueden realizar una alteración de los cuerpos celestes, daremos tres razones de esto: la primera, que los astros se encuentran por encima de los demonios, cuyo lugar de castigo es precisamente el aire oscurecido, y ello a causa del oficio que les está atribuido: conviene ver a este respecto la cuestión quinta de nuestra primera parte.

La segunda razón es que los cuerpos celestes se encuentran en movimiento gracias a la acción de los ángeles buenos, como puede verse en numerosos lugares en que se habla de los motores de las esferas, principalmente en Santo Tomás, con quien concuerdan todos los filósofos y teólogos (408). La tercera razón es que el régimen universal y el bien común del universo se vería amenazado globalmente si se permitiese a los malos espíritus causar algunas alteraciones en los cuerpos celestes. Esta es la razón por la que tanto el el Antiguo como en el Nuevo testamento los cambios realizados lo hayan sido por medio de sus motores mismos, es decir, por los ángeles buenos: de esta forma, en la detención del sol en tiempos de Josué, en su vuelta atrás en tiempo de Azaquías, en su oscurecimiento natural en el momento de la muerte de Cristo (409). En el campo de los elementos y de sus

componentes, por el contrario, con la permisión de Dios, por sí mismos o por medio de las brujas, los demonios pueden realizar sus maleficios y, efectivamente, no cesan de realizarlos, como se verá.

Tras de estas cosas conviene notar que en todos los métodos, para lanzar maleficios, casi siempre advierten a las brujas para que adopten como instrumentos de sus actos maléficos los sacramentos y los sacramentales de la Iglesia o algunas otras cosas consagradas a Dios, Así, cuando en ocasiones, ellas colocan por un momento una figurilla de cera bajo el mantel del altar, o cuando pasan un hilo por el Santo Crisma; o cuando se sirven de otras cosas santas para este mismo fin. Los demonios lo hacen por tres razones, cuando tienen por costumbre realizar sus maleficios en los tiempos más santos , sobre todo en el tiempo del Adviento del Señor y su Natividad. La primera razón es que así los hombres no sólo se hacen apóstatas, sino también sacrílegos, manchando todo lo posible las cosas divinas, y porque así ofenden más profundamente al Creador, condenando más profundamente a las almas, y son más numerosos los que caen en el pecado. La segunda razón es que de esta manera, por sentirse Dios gravemente ofendido, deja a los demonios mayor poder para hacer daño a los hombres. Según la palabra de Gregorio: en su cólera concede a veces a los malos continuar sus deseos y sus peticiones, mientras que en su misericordia se lo niega a otros. La tercera razón es que así, bajo la apariencia del bien, el demonio equivoca más y mejor a los sencillos que, habiendo cumplido sus santas prácticas, piensan haber obtenido algún don sagrado de Dios, mientras que únicamente han cometido mayores pecados. Podríamos añadir una cuarta razón respecto de los tiempos más sagrados y del comienzo del año. Efectivamente, el descanso festivo es roto con mayor frecuencia por los pecados mortales que por los trabajos serviles, según San Agustín (410). Ahora bien, la superstición, con todos los maleficios descritos, que son las obras más serviles, puesto queson obra del demonio, está contra el honor debido a Dios, de donde, como ya se ha dicho, el diablo hace caer más bajo a los hombres de esta forma, y el Creador resulta así ofendido en mayor medida. Respecto del Año Nuevo podemos decir esto con Isidro: Janus, de quien toma su nombre el mes y que comienza el día de la Circuncisión fue un ídolo de doble cara. Como si una de ellas fuese el fin del año precedente y como si la otra fuera el comienzo del nuevo, su protector y el autor de su fortuna (411). Así, en su honor y más bien en honor del demonio que se encontraba presente en este ídolo, los paganos hacían bailes desenfadados; se entregaban a juegos, organizaban danzas y festines. Ahora bien, de la misma manera de que los malos cristianos imitan estas danzas y bacanales -aunque por causa de los excesos han sido transladas a Carnaval, cuando deambulan con sus máscaras, haciendo bromas y otras supersticiones-, de la misma forma también realizan las brujas, por medio de estas invenciones del diablo, sus maleficios en su propio beneficio en torno al año nuevo, desde la festividad de San Andrés hasta la del nacimiento de Cristo.

Vamos ahora a mostrar el modo que emplean para realizar sus maleficios, empleando los sacramentos y sacramentales, tal y como lo muestran algunos acontecimientos recientes hallados por nosotros en el transcurso de nuestra inquisición. En una ciudad que resulta mejor no nombrar, para obedecer a la caridad y a la razón, una bruja recibió el cuerpo de Cristo; después marchándose inmediatamente según la detestable costumbre de las mujeres, puso su velo ante la boca y extrayendo el cuerpo de Cristo lo depositó sobre un lienzo. Según la indicación del demonio, lo arrojó en una marmita en la que había un sapo; después lo ocultó bajo la tierra en el establo, cerca del granero, con otras muchas cosas de las que se servía para sus maleficios. Pero, por la misericordia de Dios, tal crimen fué descubierto y puesto a la luz: al día siguiente, un obrero marchaba hacia su trabajo cuando, al pasar cerca del establo, oyó una voz como la de un niño cuando llora; cuando llegó más

cerca, hasta el lugar en el que se encontraba la marmita oculta bajo una piedra, lo oyó más claramente. Pensando entonces que alguien habría enterrado allí por la mujer, se fue hasta el magistrado y le contó lo que creía haberse cometido por la infanticida. Inmediatamente el alcalde envió a sus hombres y se encontró que la situación era semejante a como lo había descrito el hombre. Empero, ellos no querían exhumar al niño, pensando que sería mejor colocar una guardia para ver si la mujer volvía al lugar. No sabían que lo que allí había sido ocultado era el Cuerpo del Señor. Pero ocurrió que la misma bruja volvió de nuevo al lugar; ante los ojos de los guardianes ocultos colocó la marmita bajo su manto. Entonces la detuvieron y la interrogaron: ella reveló su crimen, segurando que el cuerpo del Señor había sido ocultado con el sapo a fin de reducir aquello a una mixtura que causaría perjuicio a hombres y demás criaturas. Conviene notar, además, que las brujas cuando comulgan, si pueden hacerlo, sin que se note, observan la costumbre de recibir el Cuerpo del Señor, no sobre, sino bajo la lengua, en la medida en que esto puede ser juzgado, porque no quieren nunca recibir el remedio de su reniego de la fe, ni por la confesión, ni por la recepción de la Eucaristía. Esto lo hacen con el fin de tomar más fácilmente de su boca el Cuerpo del Señor, para servirse de él en sus usos con la mayor ofensa del Creador. Esta es la razón por la que se recomienda a todos los rectores de la Iglesia y a todos aquellos que comulgan a los fieles que las mujeres comulgen con la boca bien abierta y la lengua bien estirada, apartando bien el velo. Cuanto mayor sea el cuidado que se ponga en esto, mayor será también el número de brujas descubiertas por este medio. Con los demás sacramentales practican superstticiones innumerables. A veces colocan, como se ha dicho, figurillas de cera bajo el mantel del altar; otras veces son sustancias aromáticas; después las ocultan bajo el umbral de la casa con el fin de que a su paso se encuentre embrujado aquel para quien han sido puestos estos instrumentos. Se podría alegar mayor número de ejemplos, pero lo dejamos, porque la prueba de estos maleficios menores son los maleficios mayores.

CAPITULO VI

ACERCA DEL MODO COMO SUELEN IMPEDIR LA CAPACIDAD GENITAL.

Respecto de los métodos por medio de los cuales acostumbran a impedir la función de la procreación tanto entre los hombres como en los animales de uno u otro sexo, el lector puede conocerlos ya, porque ello ha sido tratado en la cuestión de si los demonios pueden, por medio de las brujas, inclinar el corazón hacia el amor o el odio. Allí, tras de las respuestas a las objeciones, se ha expuesto en particular la manera con que pueden, con la permisión de Dios, poner un impedimento a la potencia genital.

Empero nosotros debemos ahora notar aquí que un impedimento semejante es provocado desde el interior y desde el exterior. Desde el interior lo acusan de dos maneras: primero, cuando impiden la erección del miembro necesaria a la unión fecunda, lo que no debe parecer imposible por su parte, cunado se sabe que pueden viciar el uso natural de cualquier miembro. Segundo, cuando impiden el flujo de las esencias vitales hacia los miembros en que reside una fuerza motriz, obturando de alguna modo los conductos seminales con el fin de que el semen no descienda hacia los órganos generadores y no sea eyaculado en un momento inoportuno. Desde el exterior pueden procurar el impedimento, unas veces, por medio de imágenes o por el consumo de ciertas hierbas, y otras, por medio de otras cosas exteriores, como son los testículos de gallo. No conviene, sin embargo, creer que un hombre pueda quedar impotente por el consumo y la virtud de estas cosas, sino que

ello ocurre en virtud del poder oculto de las ilusiones diabólicas, y a través de estos medios las brujas pueden embrujar la potencia genital hasta el punto de hacer impotente aun hombre, haciéndole incapaz de copular, y a la mujer, de concebir. La razón de todo esto es que Dios permite muchos más ataques contra este acto mediante el que se opera la difusión del primer pecado, que contra los demás actos humanos. De la misma manera que también tienen las brujas mayor poder sobre las serpientes, sujetas en mayor grado a los encantaminetos que el resto de los animales. Esta es la razón por la que nosotros y otros inquisidores hemos encontrado que con frecuencia causaban el impedimento empleando serpientes y otras cosas de este tipo.

Así, pues, cierto brujo capturado había confesado que durante varios años había arrojado un maleficio de esterilidad sobre todos los hombres y mujeres que habitaban en una determinada casa. Nider, en el mismo lugar que más arriba vimos, cuenta que un brujo llamado Staedlin fue capturado en la diócesis de Lausana. Confesó que en una casa en que un hombre y una mujer vivían juntos, a casua de sus maleficios, el marido había matado siete niños en el vientre de su mujer, de tal modo que durante varios años la mujer abortaba continuamente. Y además en la misma casa había perjudicado del mismo modo a todas las hembras preñadas: ninguna, pequeña ni grande, dió a luz cría ninguna durante estos años. Preguntado el brujo acerca de la manera que había utilizado para lograr estos efectos y en qué forma se le podía considerar culpable reveló su crímen diciendo: He colocado una serpiente bajo el umbral de la puerta de la casa; si se quita, la fecundidad volverá a todos sus habitantes. Y ocurrió tal y como había predicho: la serpiente no fue encontrada, porque se había reducido a polvo; pero se cambió por completo la tierra de la casa y en un año la fecundidad fue devuelta a la mujer y a todas las demás criaturas (411).

Otros caso semejante ocurrió hace apenas cuatro años en Reichshofen: Había allí una bruja muy conocida, que podía en un momento, y únicamente con un gesto, embrujar a las mujeres y hacerlas abortar. La mujer de un noble se encontraba encinta y para defenderla había tomado en su casa una matrona; ésta la había advertido que no saliese del castillo y, sobre todo, que no entablase conversación con la dicha bruja. Al cabo de algunas semanas, olvidando la recomendación, salió del castillo y se fue a visitar a unas cuantas mujeres reunidas para comer juntas. Apenas se había sentado cuando llegó la bruja, la cual, como para saludar a la señora, le colocó ambas manos sobre el vientre. Inmediatamente notó que el niño se removía dolorosamenteen su vientre; aterrorizada, corrió hacia su casa y contó a la comadrona lo que le había ocurrido. Esta gritó: ¡Habéis perdido vuestro hijo! Y tal como le predijo ocurrió en el momento del parto. No dio a luz un feto muerto íntegramente, sino pococ a poco, por trozos de cabeza, de pies y de manos. Toda esta gran pena tuvo lugar con la permisión de Dios,para castigar a un marido que hubiese debido perseguir a las brujas y vengar los insultos al Creador. Finalmente, en la ciudad de Mersbourg, cerca de Constanza, en su diócesis, había un joven que no podía realizar acto carnal ninguno con mujer alguna salvo con una. Muchos le habían oído contar que con frecuencia había querido abandonar a esta mujer y huir para habitar en otra región. Pero entonces le ocurría que durante la noche se veía impelido a levantarse para volver en una rápida carrera, unas veces por la tierra y otras por los aires.

CAPITULO VII

ACERCA DEL MODO COMO SUELEN HURTAR A LOS HOMBRES EL MIEMBRO VIRIL

Que las brujas tiene costumbre de suprimir los miembros viriles no tanto despojando de ellos realmente a los cuerpos humanos, sino haciéndolos desaparecer por medio dealgunos encantos, lo hemos mostrado más arriba, en la cuestión novena de la primera parte. Aquí queremos, sobre todo, aportar ejemplos.

En la ciudad de Ratisbona, un joven mantenía relaciones con una muchacha. Cuando quiso abandonarla, perdió su miembro viril bajo los efectos de algún sortilejio hasta el punto de no tocar ni ver más que una superficie aplastada. Angustiado por ello, se fue a una taberna para adquirir vino. Sentándose un momento, se puso a hablar con una mujer para contarle con detalle la causa de su tristeza y le mostraba como así ocurría en su cuerpo. Astuta, ella le preguntó si sospechaba de alguna mujer. El le dijo que sí y le dio el nombre de ella, contándole, además, lo que había pasado. La mujer le dijo entonces: Si para decidirla a devolverte la salud no es bastante utilizar buenos modales, convendrá usar de alguna violencia. Así, el joven, al llegar el crepúsculo, se apostó en el camino por el que habitualmente pasaba la bruja. Cuando la vio le rogó devolviese la salud a su cuerpo. Ella se declaró inocente y afirmó que no sabía nada del asunto. Entonces, arrojándose sobre ésta, la rodeó el cuello con una toalla y la ahogaba, diciendo: Si no me devuelves la salud, morirás a mis manos. Como no podía gritar, ya tenía la cara tumefacta y se ennegrecía. Líbrame, dijo, y te curaré. El joven aflojó el nudo y la presión. La bruja le tocó entonces entre las piernas y le dijo: Ya tienes lo que deseas. Como el joven contaba después, él había sentido perfectamente, antes mismo de asegurarse por medio de la vista y el tacto, que su miembro le había sido devuelto sólo por el tocamiento de la bruja. Este es un ejemplo semejante al que acostumbraba contar un padre grave del convento de Spira, conocido en la orden por la ciencia y la honorabilidad de su vida. Un día, decía, cuando me encontraba oyendo confesiones, un joven se acercó y, en el curso de la confesión, afirmó, lamentándose, que había perdido el miembro viril. El padre manifestó su sorpresa y no quería dar crédito a sus palabras -el sabio estima que creer fácilmente revela un corazón ligero-. Pero, añadía, tuve la prueba cuando el joven, apartando sus vestidos, me mostró el lugar. Me pareció entonces de buen consejo preguntarle si sospechaba de que alguna mujer pudiera haberle proporcionado semejante estado. El joven me dijo que sospechaba de una, pero que estaba ausente porque residía en Worms. Yo le dije: Te recomiendo que te llegues a ella lo más rápidamente posible e intentes ablandarla por medio de promesas y palabras amables. Lo hizo. Pocos días después volvió a darme las garcias, diciendo que se había curado y recuperado. Yo creí sus palabras, pero la experiencia y la visión me confirmaron de nuevo.

Empero hay varias cosas que notar para comprender mejor cuanto hemos dicho más arriba. Primero, no hay que creer que los miembros sean arrebatados o arrancados del cuerpo. Simplemente ocurre que un artificio del demonio hacen que se oculten hasta el punto de que no se les puede ver ni tocar. Y para probarlo, aunque ya se haya hablado de ello, aquí tenemos una autoridad y un argumento de razón. Alejandro de Hales dice en la segunda parte de su Suma Teológica: el artificio mágico, propiamente dicho, es una ilusión del diablo que no tiene su causa en un cambio material, sino en la no percepción de quien se ve burlado, en sus sentidos internos y externos.

Acerca de estas palabras se ha de notar que dos sentidos externos son burlados: la vista y el tacto, pero no así los internos, que son el sentido común, la fantasía, la imaginación, la estimativa y la memoria (412). Santo Tomás dice, por otra parte, que no son más que cuatro, porque reduce a una sola la fantasía y la imaginación, siendo mínima la diferencia entre fantasear e imaginar (413). Estos sentidos externos se muestran inmutables cuando

nada hay manifiesto durante la vigilia ni oculto durante el sueño. Pero cuando durante la vigilia una cosa se muestra distinta de como es, por ejemplo, cuando se ve a alguien devorando a un caballo y su caballero, transformado en animal, va de grado a unirse con los animales. En este casp los sentidos externos se encuentran equivocados y poseídos por los sentidos internos: por el poder del diablo y con la permisión de Dios, las imágenes mentales ya puestas en reserva en el tesoro de la memoria -no en la memoria intelectual en la que se conservan las ideas, sino en la memoria que conserva las imágenes sensibles situada en la parte de atrás de la cabeza- son presentadas a la potencia imaginativa. Son empresas con tal fuerza en ella, que cuando hay que imaginar un caballo o una bestia, porque el demonio impone tal imagen, se debe decir que que se ve tal bestia con los ojos aun cuando no haya tal animal entre ellos. Únicamente el fuerte impulso del demonio impone esta visión por medio de las imágenes. No debe, por tanto, parecernos sorprendente que los demonios puedan hacer cosas semejantes: la naturaleza también puede hacerlo, aunque sea defectuosa, como se ve entre los locos, los borrachos, los melancólicos, los maníacos, incapaces de un justo discernumiento. Así los locos piensan que han visto cosas maravillosas, que ven animales y otras cosas terribles, mientras que no ven nada en la realidad. Conviene tener presente a este respecto la cuestión séptima de la primera parte, que dice: ¿Es cierto que las brujas inclinar los corazones de los hombres hacia el amor o el odio? En ella se hacen notar unas cuantas cosas. Finalmente, no obstante, encontramos una razón clara: puesto que el demonio tiene poder sobre ciertas cosas inferiores, con la sola excepción del alma, puede realizar cambios en las cosas, cuando Dios lo permite, para hacerlas parecer distintas a como son. Esto bien, como he dicho, perturbando el órgano de la vista, con el fin de que una cosa clara aparezca turbia, como tras de las lágrimas, a causa de los humores acumulados, la luz aparece distinta al momento anterior. También removiendo varios humores, de tal manera que parezca tierra y agua lo que no son sino tierra y seco, como ocurre con algunos, que, absolutamente odos, en el interior de una casa se desnudan y se ponen a nadar creyendo que se encuentran en el agua.

Respecto de estos métodos del diablo, se puede aún preguntar si semejantes ilusiones alcanzan de modo indiscriminado tanto a los malos como a los buenos, como ocurre con ciertas enfermedades, las cuales, como se verá, pueden ser inflingidas por las brujas incluso a aquéllos que viven en gracia de Dios. Acerca de ello, para atenernos a las palbras de Casiano en sus Colaciones, hay que decir que no. Todos cuantos se ven ilusionados de este modo, presumiblemente se encuentran en pecado mortal. Dice, de acuedo con lo que se desprende de las palabras de San Antonio, que el demonio no puede invadir el cuerpo ni el alma de nadie, ni gozar de la facultad de entrar profundamente en un alma, antes de haberla despojado previamente de todos los pensamientos santos, vaciado de toda contemplación espiritual y puestos completamente al desnudo (414). Al decir esto se muestra de acuerdo con Boecio, que escribe: Nosotros te habíamos dotado de armas tales que te hubieran guradado sólidamente invicti si no las hubieses rechazado antes (415). Por lo que Casiano, en el mismo lugar, cuenta la historia de dos brujos paganos: cada uno, con su maldad, enviaron demonios distintos a la celda del bienaventurado Antonio con el fin de hacerle salir mediante sus tentaciones; todo ello por odio hacia el santo hombre, porque una multitud de personas se dirigía cada día hacia él. Pero estos demonios que le excitaron mediante los pensamientos más terribles fueron puestos en fuga armándose de la señal de la cruz sobre la frente y el pecho y entregándose a prolongadas plegarias. De aquí podemos decir que todos aquéllos que se ven de este modo burlados por el demonio, sin otras enfermedades corporales, no se encuentran habitados de la gracia de Dios. De aquí la palabra de Tobías: Aquellos que son presa del demonio son los que se entregan a la pasión

(416). Con esta posición concuerda igualmente cuanto hemos dicho en la cuestión décima de la primera parte del tratado, acerca de si las brujas realizan transformaciones de hombres en bestias. En ella veíamos a una joven convertida en yegua a sus ojos y a los ojos de los demás que la veían, salvo para San Macario, de cuyos sentidos no llegaba abusar el demonio. Conducida ante él para ser curada, apareció ante él como una verdaera mujer y no como una yegua, mientras que todos los demás decían que sí lo era. El santo la libró mediante sus oraciones, junto con los demás, de esta ilusión. El le aseguró que esto le había ocurrido porque no asistía a misa ni frecuentaba tampococ los sacramentos de la confesión y la Eucaristía. Por ello, la joven que la había solicitado vergonzosamente, al cual ella había rsistido por honestidad ciertamente, había ido a solicitar del brujo judío que la embrujase, y éste, por el poder del demonio, la había trasnformado en yegua.

Digamos sumariamente, para concluir: Los bienes exteriores temporales, en la reputación, la salud del cuerpo, por los demonios y sus miembros en los bienes de fortuna, como son los buenos, incluso pueden también ser atacados por su prueba y su mérito, como fue el caso del bienaventurado Job, que fue alcanzado por todo ello. Empero, todos estos maleficios tienen lugar negándose su cuerpo, y por estos maleficios no pueden ser arrastrados ni siquiera por la fuerza a ningún pecado. Ni interior ni exteriormente pueden ser probados en su carne. De modo semejante tampoco en ellos pueden ser provocadas las fantasías ni activa ni pasivamente. Ni activamente, engañando sus sentidos como llegan a hacerlo entre aquellos que no se encuentran en estado de gracia; ni pasivamente, privándoles de sus miembros, por sortilegio alguno. Así el demonio no puda nunca inflingir este género de cosas al bienaventurado Job. Sobre todo no inflingir ningún impedimento sobre el acto venéreo a alguien de tal continencia que había podido decir: Yo había hecho un pacto con mis ojos, yo no quería mirar a ninguna joven, ni mucho menos a la mujer de otro. Pero el demonio sabe que tiene un gran poder sobre los pecadores, según la palabra del Evangélio: mientras que un hombre fuerte y bien armado guarda su casa, sus bienes eestán seguros (417). A partir de ello podría preguntarse acerca de las reducciones del miembro viril: si el demonio no puede inflingir de modo pasivo a los hombres en estado de gracia, ¿este sortilegio puede hacerlo de modo activo? ¿Es válido el argumento de que quien se encuentra en estado de gracia ver el miembro en su lugar, mientras que aquello a quienes tal cosa se le inflige y los otros, no lo ven, sino que lo juzgan hurtado? Peo conceder esto supone ir en contra de lo dicho más arriba. Se puede decir: es evidente que es menor la importancia de la desgracia que proviene del modo activo que del modo pasivo, tomando este activo no desde el lado de alguien que causara la pérdida, sino desde el que la viese desde el exterior. En este caso, aquel que seencontrase en estado de gracia se encontraría viendo también la privación en el otro. Pero sobre este punto le ilusionaría el demonio, incluso si no pudiera inflingirle pasivamente semejante desgracia y privarle del miembro, dado que él no se encuentra sometido a la pasión para seguir la argumentación y la palabra de Tobías: los que se entregan a la pasión se encuentran sometidos al poder del demonio.

Finalmente queda la cuestión del juicio que nos merecen esos brujos que por este medio coleccionan miembros viriles en gran número (veinte o treinta) y van a colocarlos en los nidos de los pájaros o los encierran en cajas donde continúan moviéndose como miembros vivos, comiendo avena o alguna otra cosa, tal y como algunos lo han visto y la opinión común lo relata. Conviene decir que todas estas cosas parten de la acción y de las ilusiones del diablo: los sentidos de los testigos se han visto engañados de la forma que se ha visto. Un hombre relata que había perdido su miembro y que para recuperarlo había recurrido a una bruja. Esta mandó al enfermo trepar a un árbol y le concedió que cogiera el miembro

que quisiera de entre los varios que allí había. Cuando el hombre intentaba tomar uno grande, la bruja le dijo: No cojas ése, porque pertenece a uno de los curas. Pero todo esto viene causado por los sortilegios y las ilusiones de los demonios de la manera susodicha. Alterándo el órgano de la vista, cambiando las imágenes de la potencia imaginativa. Pero no se debe decir que los demonios van a mostrarse con estos miembros asumidos, como lo hacen con los cuerpos aéreos, apareciéndose a las brujas y en ocasiones a los hombres y tratando con ellos. La razón es que ellos pueden hacer esto de manera más fácil, alterando las imágenes sensibles del conservatorio de la memoriahacia la potencia imaginativa. Pero si alguno quisiera decir que también pueden proceder ellos de la misma manera, cuando se dice que conservan con las brujas o los hombres mediante sus cuerpos sumidos, es decir que tales apariciones las harían moviendo las especies sensibles hacia la potencia imaginativa, auqnue los hombres piensen que los demonios están allí, mientras, de hecho, no hay sino imágenes alteradas en sus potencias internas... Entonces conviene decir esto: Si el demonio no quisiera demostrar nada más que presentarse bajo una apariencia de figura humana, efectivamente, no habría necesidad de aparecer en un cuerpo asumido, ya que actuaría con bastante eficacia mediante la susodicha alteración de imágenes. Pero esto no resulta suficiente de hecho, porque resulta mejor hacer como que se come y se habla con las brujas,amén de entregarse a otras torpezas. Por ello es por lo que le conviene estar presente y presentarse ad extra realmente ante las miradas mediante un cuerpo asumido: la potencia del ángel se encuentra, efectivamente, allí donde actúa, según el Doctor. En cuanto a la cuestión de saber lo que ocurriría cuando el demonio arrebatase el miembro por sí mismosin intervención de la bruja, cabe plantear si existen diferencias entre una ablación y otra. Además de todo lo dicho más arriba acerca de la cuestión IX, tocante a si las brujas pueden o no arrebatar el miembro viril, puede añadirse, en primer lugar, que cuando el demonio arrebate el miembro viril por sí mismo lo hará real y verdaderamente, e igualmente real y verdaderamente lo restituirá cuando deba restituirlo. Segundo, de la misma manera que no lo arrebataría sin lesión, no lo restituiría sin dolor. Tercero, esto no lo haría más que forzado por el ángel bueno, porque haciendo esto se privaría de una considerable fuente de beneficio, ya que sabe realizar mayor número de maleficios sobre el acto carnal que sobre todos los demás actos humanos. Como Dios le permite realizar mayor número de maleficios sobre este acto que sobre los demás actos humanos, actúa en él con la permisión de Dios por medio de las brujas.

Si alguno se plantea si el demonio prefiere herir a los hombres piadosos y a las criaturas por sí mismo o por medio de las brujas, se le puede contestar que no hay que comparar ambas posibilidades, ya que él prefiere infinitamente más herir por medio de las brujas. Primero, porque con ello infiere a Dios una burla mayor, al apropiarse de una criatura que le está consagrada; segundo, al ser mayor la ofensa, Dios le deja mayor poder para dañar a los hombres. Tercero, porque encuentra mayor fruto en ello en orden a la perdición de los hombres.

CAPITULO VIII
ACERCA DEL MODO COMO TRANSFORMAN A LOS HOMBRES HACIÉNDOLES ADOPTAR FORMAS BESTIALES

Que las brujas, por el poder de los demonios, transforman a los hombres en bestias -y ésta es la transformación más importante- ya lo hemos mostrado de modo suficiente en la cuestión décima de la primera parte de este tratado. No obstante, como esta cuestión, con

sus argumentos y objecioes, podría parecer a algunos un pococ oscura y, sobre todo, como en ella no se presentaban ni hechos ni gestos, ni la manera que utilizan para transformarse ellas mismas, podría parecer que no había quedado suficientemente demostrado. También nos conviene añadir el presente desarrollo con el fin de disipar las dudas a algunos.

En principio volvemos a insistir en que el Canon Episcopi no se ha de entender en este asunto a secas, como erróneamente lo interpretan incluso las personas instruídas que no han sido bien instruídas, como es evidente. No temen afirmar en sus discursos públicos que todas estas transmutaciones no se hacen de modo alguno por el poder del demonio. Todo ello, ciertamente, con un enorme detrimento para la fe, como se ha dicho con frecuencia, y para confirmación de las brujas, que se congratulan mucho de tales discursos. Pero todo esto ocurre a esta especie de predicadores, porque trabajan con la cáscara y no con la médula de las palabras del canon. Como ya se ha dicho, cuando el Canon declara: quien quiera que crea que una criatura puede ser cambiada, transformada en mejor o peor, o en otra especie o semejanza, salvo por el Creador de todas las cosas, éste es, sin duda ninguna, un infiel.

Conviene que el lector esté atento a dos cosas principalmente: primero, a la palabra "hacerse"; segundo, a las palabras "convertirse en otra semejanza". Respecto del primer punto, se ha respondido ya que la palabra puede entenderse en dos sentidos: en el de la creación, o en el de la producción natural. En el primer sentido únicamente se aplica a Dios, quien, como se sabe, es el único que con su poder infinito puede sacar cosas de la nada. En el segundo sentido conviene distinguir entre las criaturas: algunas son perfectas, como el hombre, el asno; otras, imperfectas, porque pueden ser engendradas a partir de la putrefacción. Aunque el canon no habla manifiestamente más que de la primera especie y no de la segunda. La prueba puede experimentarse a partir de lo que dice Alberto en su Libro de los animales: cuando se plantea si los demonios pueden hacer verdaderos animales, a lo que responde de manera afirmativa, pero que se trata de animales imperfectos; y además con la diferencia de que el demonio no actúa in instanti, como Dios, sino mediante una mutación, súbita, sin duda, como se ve el libro del Éxodo.Si queréis, volved a ver cuanto se ha dicho en la primera parte, cuestión mencionada, expuesta al primer argumento.

Respecto del punto segundo, cuando se dice que las brujas no pueden cambiar a ninguna creatura, diremos que la mutación es de dos clases: ya según una forma natural que pertenece a las cosas que se ven, bien según una forma que no se encuentra en ninguna parte más que en los órganos y las potencias de quien ve. Ahora bie, el Canon habla sobre todo dela primera, de una transformación formal y natural, en el curso de la cual una sustancia es transformada en otra: semejante mtación únicamente puedehacerla Dios, porque es el creador de estas esencias. Pero el Canon habla también de la segunda: el demonio podría efectuar esta mutación en la medida en que, con la permisión de Dios, suscita en un cuerpo por medio de las enfermedades cualquier forma accidental, como, por ejemplo, cuando aparece un rostro de leproso u otra cosa semejante. Empero el Canon no habla exactamente de esto, sino de las apariciones mágicas en que las cosas parecen cambair y convertirse en otras cosas. Nosotros decimos que el Canon alegado no puede excluir estas mutaciones: la autoridad, la razón, la experiencia se encuentran ahí para deducirlo, sobre todo de lo que relata san Agustín en el Libro de la ciudad de Dios. Se desarrolla en las siguientes cuestiones.

Entre otras transformaciones mágicas, relata que la muy famosa maga Circe había transformado en puercos a los compañeros de Ulises. De la misma forma que ciertas encargadas de establos habían convertido a sus clientes en bestias de carga. Relata

también que los compañeros de Diomedes, transformados en pájaros, habían revoloteado después durante largo tiempo en torno al templo de éste. O también que Prestancio le había contado como verídico el hecho de que su padre había sido transformado en caballo y había transportado la cosecha junto con los demás animales (418). Ahora bien, que los compañeros de ulises hayan sido transformados en cerdos fue únicamente una apariencia y una ilusión óptica. Esta figura de animal fue extraída del conservatorio de la memoria de las imágenes hacia la potencia imaginativa, de donde resulta que hubo visión imaginaria, y, por consiguiente, una fuerte presión sobre las demás potencias y los órganos, con lo que el espectador creía ver un animal. Pero más abajo dejaremos claro de qué modo puede realizarse todo ello por virtud del demonio sin herida ninguna. En cuanto al segundo caso -el de los huéspedes transformados en bestias de carga de los patrones y en el caso del padre de Prestancio, transformado en caballo para llevar trigo- se debe decir que aquí se da una triple ilusión y decepción. La primera consiste en que estos hombres hayan parecido cambiados en animales por un sortilegio, de la forma que ya se ha dicho. La segunda es que estos farddos, demasiado pesados para las fuerzas de los portadores, los hayan transportado los demonios de forma invisible. La tercera es que aquellos que aparecían ante los ojos de los demás transformados en bestias, parecían ser tales incluso a propios ojos, como igualmente ocurrió con Nabucodonosor, que fue transformado durante siete años y comió hierba como un buey (419). Por lo que hace a los compañeros de Diomedes transformados en pájaros que volaban alrededor del templo, conviene decirque este Diomedes era uno de los griegos que habían ido al sitio de Troya y que cuando quiso volver a su casa había sido tragado por el mar con sus compañeros. Entonces, por la inspiración de un ídolo, se le había construído un templo como para contarle entre los dioses. Por ello resulta que fueron los demonios quienes, para confirmar a los hombres en el error, volaron durante largo tiempo como pájaros en su lugar. De aquí resulta que este género de superstición nació de prodigios de este género: los demonios no traían allí imágenes sensibles hacia la imaginación, sino que, mediante cuerpos asumidos, se mostraban como pájaros a los ojos de los espectadores. A quien pregunte si los demonios habrían podido engañar a los testigos por esta alteración de las imágenes sensibles, sin asumir estos cuerpos aéreos como de cuerpos de pájaros que vuelan, conviene contestarle afirmativamente. Esta fue incluso la opinión de algunos, al decir de Santo Tomás, respecto de si los ángeles buenos y malos no asumían nunca cuerpo; pero que todo cuanto se lee de sus apariciones en la sagrada escritura se explica por medio de sortilegios y visiones imaginarias. A este respecto, el Santo Doctor nota una diferencia entre el sortilegio y la visión imaginaria. En el sortilegio puede haber una cosa en la realidad, aunque ésta se presente de forma distinta a como es ante nuestros ojos. La visión imaginaria no requiere necesariamente esta presencia objetiva; puede existir sin esto, simplemente por las imágenes sensibles internas que se llevan hacia la potencia imaginativa. Luego, según esta opinión, los compañeros de Diomedes, no fueron demonios con cuerpos asumidos y con figuras de pájaros, sino que solamente hubo una visión fantasmática e imaginaria nacida del recuerdo de imágenes mentales. Pero el santo Doctor rechaza esta opinión como un error y no como una simple opinión; no obstante, tampoco la considera herejía; se la puede creer piadosamente; aunquesemejantes apariciones imaginarias hayan podido ser utilizadas por ángeles buenos o malos sin cuerpos realmente asumidos. Esta es la razón por la que los santos afirman corrientemente que los ángeles que los ángeles se les aparecen en visión corporal y que tal aparición se realiza mediante cuerpos asumidos, dice el santo doctor en el mismo lugar. Y el texto de la Sagrada Escritura concuerda más con estas apariciones corporalesque con estas cosas fantasmáticas e ilusorias (420). En consecuencia, podemos

decir ahora, incluso a propósito de las viviones semejantes a las de los compañeros de Diomedes, que incluso aunque estos compañeros hubiesen podidoser vistos con una simple visión imaginaria por la acción de los demonios, empero se presume mejor se han dejado ver mediante cuerpos asumidos volando como pájaros, o que otros pájaros naturalesfueron enviados por los demonios para representarlos.

CAPITULO IX

ACERCA DE LA FORMA COMO ESTÁN PRESENTES LOS DEMONIOS EN EL INTERIOR DE LOS CUERPOS Y LOS MIEMBROS, SIN OCASIONARLES LESIÓN NINGUNA, PARA REALIZAR ESTAS TRANSMUTACIONES MÁGICAS.

En lo que concierne al método de la transformación, se puede preguntar todavía los siguiente: ¿Se encuentran los demonios en el interior de los cuerpos y las cabezas? ¿Han de ser contemplados estos seres como poseídos? ¿De qué manera puede realizarse sin detrimento de las potencias y de las fuerzas internas que una imagen pueda pasar de una potencia interna a otra? ¿Ha de ser llamada milagrosa esta operación, o no?

Frente a la primera cuestión, se debe distinguir en la ilusión mágica, porque se dan varias ilusiones sobre los sentidos externos solos, y en ocasiones desde los sentidos internos hasta los externos. En el primer caso, la ilusión puede tner lugar sin que los demonios vengan a ocuparse de las potencias externas, sino por la sola ilusión exterior, cuando el demonio quiere ocultar el cuerpo de alguno interponiendo otro cuerpo o por algún otro medio, cuando él mismo asume un cuerpo y lo interpone ante la mirada. En el segundo caso, por el contrario, resulta necesario que haya en principio ocupación de la cabeza y las potencias, y esto se pruebapor la autoridad y la razón. No se puede objetar que dos espíritus creados puedan existir en un mismo y único lugar. Ahora bien, el alma se encuentra en cada una de las partes del cuerpo, luego... Acerca de esto tenemos la autoridad del Damasceno: el ángel se encuentra allí donde actúa (421). Existe también la razón dada por Santo Tomás en las Sentencias: Todos los ángeles, buenos o malos, por su vitud natural, que supera a todo poder corporal, son capaces de de realizar cambios en nuestros cuerpos (422). Esto es manifiestamente cierto no sólo por una superioridad y nobleza naturales, sino también porque la maquina del mundo y la criatura corporal son administradas por los ángeles. Como dice Gregorio en el Diálogo: en este mundo visible nada puede ser ordenado si no es por una criatura invisible (423). Así todas las criaturas corporales se encuentran regidas por los ángeles; como lo afirma no sólo la opinion de los santos doctores, sino también de todos los filósofos acerca de la existencia de los motores de los cielos. La cosa está clara también por el hecho de que todos los cuerpos humanos se encuentranmovidos por sus almas, de la misma forma que el resto de las cosas se encuentran movidas por los cuerpos celestes y sus motores. Quien quiera puede ir a consultar a Santo Tomás (424). De todo ello se concluye que si los demonios se encuentran allí donde actúan, entonces, cuando alteran la imaginación y las potencias internas, existen también en ellas. De la misma forma, aunque el habitar en nuestra alma sea posible unicamente a aquel que es su creador, empero, con la permisión de Dios, los demonios pueden introducirse en nuestros cuerpos. Entonces pueden impresionar los sentidos internos que dependen de ciertos órganos corporales. De la misma manera que mediante sus impresiones son alcanzados los órganos, las potencias internas son igualmente alcanzadas: como se ha dicho, pueden retirar de las imágenes puestas en reserva en una

potencia ligada a un órgano, así de la memoria ligada a la parte posterior de la cabeza sacar la imagen de un caballo, mover esta imagen hasta el centro de la cabeza, donde se encuentra la cédula de la potencia imaginativa y finalmente hasta el sentido común, cuya sede está en la parte anterior de la cabeza. Y todo esto puede ser alterado con una rapidez tal que estas imágenes serán tomadas por existentes ante la miradaexterior. El mismo caso, aunque motivado por un defecto natural, se ha visto entre los locos y otros maníacos. Si ahora pregunta alguno cómo puede ocurrirtodo esto sin dolor de cabeza, la respuesta es fácil: en primer lugar, no causa ningún cambio físicoactual en los órganos, sino que únicamente desplaza las imágenes mentales. Después, no efectúa este cambio inyectando una cierta cualidad activa de la que se seguiría un dolor, puesto que el mismo demonio se encuentra exento de toda cualidad corporal, y en consecuencia puede actuar sin estas cosas. Finalmente, como ya se ha dicho, efectúa estos cambios por un desplazamiento local de las imágenes de un órgano hacia otro y no mediante otras mutaciones que entrañan a veces alteraciones dolorosas. En cuanto a esto otro que plantea dificultad, el que dos espíritus no pueden estar en el mismo lugar, de forma separada, se entiende, y cómo, pues, podemos entender que el alma y los demonios se encuentren juntos en la cabeza, conviene decir que el lugar de existencia que se le asigna al alma es el centro del corazón, desde el que comunica la vida al resto de los miembros, según el ejemplo de la araña que, colocada en el centro de su tela, nota el más leve contacto que se produzca en cualquier parte de ella. No obstante, también es cierto lo que dice Agustín de que ella se encuentra por entero en el todo y toda entera en cada parte del cuerpo. Otra cuestión aún: ¿Han de ser considerados estos hombres como los posesos de los demonios? Hay en esto algo que merece un desarrollo especial: la consideración de si es posible que por causa de las brujas alguien se encuentre hasta el punto de ser obsesionado por el demonio que se encuentre real y verdaderamente. Se tratará de ello en el capítulo siguiente, sobre todo en lo respectivo a la particular dificultad que plantea si esto es debido a la acción de las brujas.

En cuanto a la cuestión de si las obras de los brujos y demonios han de ser contempladas de modo milagroso o han de ser catalogadas entre los milagros, se debe decir que sí, en la medida en que se realizan fuera del orden natural conocido por nosotros y mediante una criatura desconocida de nosotros; si bien no son propiamente milagros como los milagros de Dios y de los santos que se hacen fuera de todo orden de toda naturaleza, En la cuestión quinta de la primera parte lo hemos tocado. Ahora, no obstante, debemos añadir algo a causa de quienes podrían objetar que este tipo de obras no han de ser contempladas como milagros, sino como obras diabólicas desde el momento en que los milagros se dan para la confirmación de la fe, y también teniendo en cuenta que las señales del Antocristo son llamadas señales engañosas por el Apóstol (423). En principio, hacer un milagro parte de un don de la gracia gratis data. Si los milagros pueden ser hechos por los hombres malos, también pueden serlo por los malos espíritus, en aquéllas esferas a las que puede extenderse su poder. Seguidamente conviene discernir los milagros hechos por los buenos de los que realizan los malos, al menos de tres maneras: primero, los signos realizados por los buenos proceden de la potencia divina y se extienden incluso a lo que sobrepasa la potencia activa de la naturaleza, como el resucitar a los muertos o cosas semejantes: los demonios son incapaces de hacerlos de verdad y únicamente los realizan en apariencia -como Simón Mago-, que movía la cabeza de un muerto, sortilegios que no pueden prolongarse durante mucho tiempo. En segundo lugar, se les discierne por la utilidad de los signos. Los milagros de los buenos son del orden de las cosas útiles como la curación de enfermedades y cosas semejantes. Por el contrario, los signos de las brujas son del orden de las cosas nocivas y vanas, como volar por los aires o dejar inertes los miembros viriles y

otras cosas semejantes (el bienaventurado Pedro da esta diferencia en el Itinerario de Clemente). Tercero, se les discierne desde el punto de vista de fe: las señales de los buenos se encuentran ordenadas a la edificación de la fe y de las buenas costumbres; las señales de los malos, en manifiesto detrimento de la fe y la honestidad. Y además, en cuanto al modo, hay una diferencia: los buenos realizan sus milagros por invocación del Nombre divino piadosamente y con reverencia; los malos actúan por medio de delirios e invocaciones al diablo. Por otra parte, no existe dificultad en el hecho de que el Apóstol llame señales engañosas a las obras del diablo y del Anticristo. Efectivamente, los milagros que realiza mediante la permisión de Dios son verdaderos y falsos bajo aspectos diversos: verdaderos, en la medida en que el demonio actúa en el campo sobre el que no se extiende su poder, como es el de resucitar a los muertos y devolver la vista a los ciegos. En el primer caso, intenta actuar, y para ello, o bien entra en un cuerpo muerto, o bien lo hace desaparecer y en su lugar coloca a un cuerpo aéreo asumido; en el segundo caso, por medio de un artificio mágico, arrebata la vista o causa algunas otras enfermedades, y después la suprime de modo súbito, pero dejando de causar la enfermedad y no suscitando cualidades internas, como se ve en la leyenda de Bartolomé. También pueden llamarse signos las obras sorprendentes del Anticristo. Y esto se inspira en Santo Tomás (424). También se podría afirmar la posibilidad de hacer una distinción entre los diferentes milagros, tal y como se encuentra en el Compendiun de la Verdad Teólogica: se distingue aquí entre prodigio y milagro. El milagro propiamente dicho requiere cuatro cosas, es decir, que sea hecho por Dios, que se haga fuera del orden de la maturaleza, que sea evidente y que sea hecho para fortificar la fe. Las obras de las brujas no cumplen, por lo menos, el primero y el último punto; luego se las puede considerar prodigios, pero no milagros. El razonamiento va en el mismo sentido: incluso, si de alguna manera se les puede llamar milagros, empero, los milagros son sobrenaturales; otros, antinaturales; otros, preternaturales. Son sobrenaturales aquellos para los que no existe ningún precedente en la naturaleza y sí poder, como el parto de una vírgen; antinaturales, aquellos cuyo término se ajusta al natural, pero cuyo proceso es contrario al de la naturaleza, como el de dar la vista a un ciego; preternaturales son los que tienen lugar según un proceso semejante al de la naturaleza, como el cambiar bastones en serpientes. la naturaleza podría hacerlo por una larga putrefacción, a causa de las "razones seminales". De este modo llamamos prodigios a las obras de los magos.

Es bueno relataraquí un prodigio y explicarlo un pococ: En una ciudad de la diócesis de Estrasburgo -la caridad y la honestidad impíden dar aquí el nombre-, un obrero se encontraba una vez ocupado en hacer leña para el fuego. Entonces, apareció un gato, y no de los pequeños, para estorbarle, colocándose ante él. El obrero le ahuyentó, pero otro mayor apareció para unirse al primero e importunarle más aún. De nuevo quiso expulsarles, pero entonces eran tres los que sele acercaban e intentaban saltarle a la cara, por más que ya le mordían las piernas. Aterrorizado, y como contaba él más tarde, más inquieto que nunca, hizo el signo de la cruz, y, dejando su trabajo, se lanzó sobre los gatos, que se habían encaramado sobre el montón de madera e intentaban atacarle de nuevo, saltándole a la cara o a la graganta; con dificultad consiguió recharzarles, golpeando a uno en la cabeza, a otro en las patas y al tercero sobre el lomo. Una hora después, cuando había reanudado su trabajo, dos agentes del magistrado vinieron a detenerle como a un malhechor para llevarle ante el baile o juez. El juez, al verle venir desde lejos, no quiso darle auidiencia y mandó arrojarle a lo más profundo de la torre-prisión en que se encerraba a los condenados a muerte. El hombre se puso a gritar y durante tres días estuvo lamentándoseamargamente, preguntando por qué sufría todo aquello, si él no se sentía

culpable de ningún crimen. pero cuanto más intentaban los guardas procurarle una audiencia, tanto más furiosos se ponía,expresando en violentos términos su indignación porque semejante malhechor no hubiera finalmente confesado su horrible. Empero, como las cosas no avanzaban nada, el juez, por consejo de otros magistrados, consintií en dar audiencia a este hombre. Arrancado de su prisión y en pie ante el juez, como éste no quería mirarle, el pobre hombre, poniéndose de rodillas ante el resto de los asistentes, insistía en que le fuese revelada la causa de su miseria. Entonces el juez explotó en estos términos: ¿Cómo no reconoces tu crímen, tú, el más criminal de los hombres? Tal día, a tal hora, has herido a tres de las matronas más consideradas de la ciudad, hasta el punto de que ahora se encuentran en la cama y no pueden ni levantarse ni caminar. Reconfortado un poco, el pobre hombre, recordando el día y la hora y el acontecimiento ocurrido, se puso a decir: en mi vida he golpeado ni herido a mujer alguna; yo puedo probar que ese día, a esa hora me encontraba en el bosque, ocupado en cortar leña, y lo haré por medio de testigos dignos de fe; por otra parte, en la hora siguiente, vuestros agentes me encontraron ocupado en este trabajo. El juez, de nuevo, se puso furiosos: He aquí cómo intenta ocultar su crímen. Empero las mujeres se quejan de los golpes y muestran las señales y afirman que fué e´l quien las golpeó. El pobre hombre, recordando mejor el acontecimiento, dijo: A esta hora recuerdo que golpeé a unas criaturas, pero no eran mujeres. Los asistentes, sorprendidos, desearon saber que género de criaturas eran las golpeadas. Él contó entonces la cosa ante la estupefacción de todos. Comprendiendo que todo ello se trataba de obra de los demonios, los jueces ordenaron que se liberase al pobre hombre y que se le dejase ir sin hacerle mal alguno, recomendándole no revelar la cosa a nadie. Pero no se pudo ocultar esto a los defensores de la fe que habían estado presentes.

Ahora puede preguntarse en este sentido: ¿Aparecieron los demonios allí mediante cuerpos asumidos, sin presencia de brujas, o bien disimularon éstas su presencia por medio de un sortilegio, adoptando la forma de animales? Para concluir podemos responder: Aunque uno y otro método son propios del poder del demonio, se presume más bien que ello se debió a la segunda vía. Efectivamente, cuando los demonios atacaron al hombre bajo la forma de gatos, podían en un instante, por movimiento local a través de los aires, transferir a las mujeres a sus casas con las heridas que habían recibido (como gatos) de manos del obrero, y esto nadie duda que ocurría en virtud de un pacto anteriormente suscrito. De la misma manera ellas pueden causar una herida o un pinchazo en las personas que quieren embrujar, pinchando una imagen o estatuilla que la represente. De este modo podrían darse muchos ejemplos. De nada sirve objetar aquí que probablemente las mujeres heridas eran inocentes, porque se ha demostrado por los ejemplos precedentes que las heridas pueden ser inferidas incluso a inocentes, cuando alguien se encuentra alcanzado por la bruja que hiere si imagen, sin saberlo. No obstante, el ejemplo no sirve: una cosa es ser herido por el demonio a través de una bruja, y otra, ser herido por el demonio sin la bruja. Aquí es el demonio quien recibe los golpes bajo la forma de un animal, y él los transfiere a aquel con el que se encuentra ligado mediante un pacto, cuando por su consentimiento se une a esta forma en la aprición. Así, pues, no puede herir más que a los malos ligados a él mediante pacto y en ningún modo a los inocentes. Por el contrario, cuando los demonios actúan por medio de las brujas, a menudo hieren incluso a los inocentes; hace tiempo afligieron al bienaventurado Job, incluso no estando personalmente presentes y no sirviéndose tampoco de apariciones fantasmáticas, como en el caso de arriba. Por otra parte, usando al gato, animal pérfido, emplean un signo apropiado, dado que el perro es el signo de los predicadores de la Escritura. Esta es la razón por la que perro y gato disputan constantemente, y se sabe que la orden de los predicadores fue

anunciada en su primer fundador mediante la señal de un perro que ladraba a los herejes. Se debe presumir, por tanto que, empleando el segundo método, estas tres brujas atacaron al obrero: el primer medio no les convino exactamente, y el segundo convenía mejor a su curiosidad. Así en tres puntos las cosas se desarrolaron según el orden siguiente: primero fueron compelidas a actuar a instancias del demonio, ya que no son las brujas quienes instan al demonio a actuar. Con frecuencia hemos sabido por sus confesiones que ellas realizan mayor número de males a instancias del demonio, que las solicita sin cesar. En el caso que nos ocupa resulta verosímil pensar que ellas no habrían soñado con hacer daño al pobre hombre. Y la razón por la que los demonios las solicitan para esto es, sin ninguna duda, que los demonios conocen bien los lugares en los que los crímenes permanecen manifiestamente impunes, en los que Dios es ofendido más, en los que la fe católica es deshonrada en mayor grado y en los que su número se aumenta más. Segundo, habiendo obtenido su consentimiento, los demonios han transferido localmente sus cuerpos, con esta comodidad de la fuerza espiritual superior a la fuerza corporal. Tercero, habiendo sido transformadas en forma de bestias por algún sortilegio, de la forma que hemos dicho, ellas debieron atacar al obrero, pero los diablos no las defendieron de los golpes (como podrían haberlo hecho, dada la facilidad con la que las habían transportado), sino que permitieron que se las golpease y que quien las había golpeado fuese conocido: sabiendo que estos crímenes, por las razones ya mencionadas, serían dejados impunes por hombres afeminados que no tiene ningún celo de la fe.

En el mismo sentido leemos de un cierto hombre santo que encontró un día al demonio ocupado en predicar en una iglesia bajo la forma de un piadoso sacerdote. Percibiendo por medio del Espíritu que se trataba del demonio, anotó sus palabras para ver si instruía bien o mal al pueblo. Como le encontró irrepochable e incluso denunciador de crímenes, se fue a verle al final del sermón y le preguntó por la razón de esta actitud. El demonio respondió: Yo predico la verdad, sabiendo que los hombres oyen la palabra, pero no la ponen en práctica; por ello Dios es ofendido en mayor grado y mi provecho va en aumento.

CAPITULO X

ACERCA DE LA FORMA COMO, POR MEDIO DE LAS BRUJAS, LOS DEMONIOS PUEDEN INCLUSO LLEGAR A TOMAR POSESIÓN DE LOS HOMBRES.

En el capítulo precedente hemos visto que los demonios pueden ocupar la cabeza y otras partes del cuerpo de los hombres y que pueden desplazar las imágenes mentales de un lugar a otro. Pero alguién podría preguntar: ¿Pueden los demonios, a demanda de las brujas, llegar a tomar posesión total de los hombres? E incluso plantear la cuestión de las diversas maneras de la posesión. Segundo, cómo, a demanda de las brujas y con la permisión de Dios, los demonios pueden a veces tomar posesión de alguien de todas formas. Tercero, aportaremos algunos hechos y gestos a este respecto.

En relación al primer punto hacemos en principio una excepción respecto de la forma general como el demonio habita en todo el que se encuentra en pecado mortal. Aquí arriba tenemos a santo Tomás, que en una Disputa se pregunta: ¿Habita el demonio siempre sustancialmente en un hombre que se encuentra en pecado mortal? La causa de la duda se encuentra en que el Espíritu santo habita permanentementeen un hombre que se encuentra en estado de Gracia, según la Carta a los Corintios: sois un templo de Dios y el Espíritu de Dios reside en vosotros. Puesto que la gracia es lo opuesto a la culpa, parece aquí también

que los contrarios se corresponden con relación a la misma cosa. En este lugar declara santo Tomás que habitar en un hombre puede comprenderse de dos maneras: en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo. Pero no es posible al demonio habitar en el alma, puesto que Dios únicamente habita en el espíritu y, además, el diablo no puede ser causa por sí mismo de la culpa, como el Espíritu Santo causa por sí mismo la gracia en el alma. Luego la comparación no vale (424).

Por lo que respecta al cuerpo, podemos decir que el demonio puede habitar en el hombre de dos maneras, correspondiendo a las dos situaciones de los hombres: en la gracia o en el pecado. Por lo que respecta a la situación del pecado, conviene decir que en todo pecado mortal el hombre se somete a la servidumbre del diablo, en la media en que el diablo, sugiriendo el pecado al nivel de sentido externo, o de la imaginación, pone al hombre bajo todo viento de tentación, como un barco sobre el mar sin gobernarle, y se dice, por tanto, que habita en el corazón del hombre. Pero el diablo puede también habitar sustancialmente en un hombre, como se ve en los posesos. Pero esto procede más del castigo que de la culpa, como se dirá. Los castigos corporales no siempre siguen siempre a la culpa, sino que recaen tanto sobre los pecadores como sobre los no pecadores. Esta es la razón por la que unas veces en los que están en gracia y otras en los que están fuera de ella habitan los demonios, según la profundidad de los designios y juicios incomprensibles de Dios. Y esta forma de posesión, aunque no procede de nuestra investigación, es recordada aquí para que nadie juzgue imposible que los hombres, con la permisión de Dios, pueden a veces ser habitados sustancialmente por los demonios a petición de las brujas. Y nosotros podemos decir: de la misma forma que los demonios, por sí mismos, pueden herir y poseer sin las brujas de cinco maneras diferentes, de la misma forma pueden hacerlo de estas mismas cinco maneras a petición de las brujas. Poniendo aparte el hecho de que pueden alcanzar a alguno en sus bienes exteriores, se puede decir que hay cinco maneras de hacer daño a los hombres: para algunos esto afectará únicamente a sus cuerpos; para otros, ello será en sus cuerpos y en sus potencias internas; para otros será por tentaciones internas y externas; para otros será por la privación temporal del uso de la razón; para otros será por la asimilación a los animales irracionales. Pasaremos revista a estas cinco formas, pero nos conviene decir primero las cinco razones por las que Dios permite la posesión entre los hombres, con el fin de seguir el orden que el asunto exige: a veces alguno es poseído para que alcanze un mérito mayor; a veces, por una pequeña falta de otro; a veces, por un pequeño pecado venial personal; a veces, por un pecado grave de otro, a veces, por un grave crímen personal. Dándose todas estas causas, no cabe duda que Dios puede permitir al demonio hacer estas cosas a petición de las brujas. Ello va aser probado por las Escrituras y no solamente por hechos recientes, porque los hechos nuevos son reformados por los ejemplos antiguos.

En cuanto al primer caso, posesión por mérito, se le encuentra en los Diálogos de Sulpicio Severo, discípulo muy querido del bienaventurado Martín, allí donde relata lo siguiente: Un padre de vida muy santa había sido gratificado con un don tal de expulsar los demonios, que no solamente los expulsaba por sus palabras, sino también por sus cartas y sus cilicios. Como este padre se había hecho célebre en el mundo entero, se sintió afectado por la tentación de vanagloria, y aunque hubo resistido valerosamente, empero, para humillarse más, rogó al Señor con todo su corazón que le permitiese al demonio poseerle durante cinco meses. Esto tuvo lugar. Tan pronto como fué poseído fue preciso atarle y administrale el tratamiento comúnmente aplicado a los posesos demoníacos. Al cabo de cinco meses fué liberado de toda vanagloria y del demonio. Notemos, empero, que no se lee entre los antiguos y que no se dice hoy tampoco que en el primer caso alguien pueda ser poseído

por el maleficio de otro; pero, se ha dicho, los juicios de Dios son incomprensibles (425). Segundo, que alguno pueda ser poseído por causa del pequeño delito de algún otro, nos lo ejemplifica el bienaventurado Gregorio en uno de sus Diálogos. Se trata del bienaventurado abad Eleuterio: este hombre, muy sencillo, pasaba la noche junto a un convento de mujeres, éstas, sin decírselo, decidieron colocar junto a su celda a un niño que cada noche era atormentado por el demonio, pero aquella misma noche el niño fue liberado del demonio en presencia de su padre. Habiéndose enterado el abad de esto, el niño fue colocado en su monasterio. Muchos días después, regocijándose el santo hombre, quizá demasiado, de la liberación del niño, se puso a decir que el diablo se burlaba de las hermanas, pero desde que el niño vino a casa de los servidores de Dios, el demonio había cesado de atormentarle. pero he aquí que en aquel mismo instante el demonio empezó a atormentar de nuevo al niño. Fueron necesarias lágrimas y ayuno del santo hombre y sus hermanos para que a duras penas fuese liberado aquel mismo día (426).

Pero entonces, si un inocente puede ser poseido a causa de la ligera falta de otro, no conviene sorprenderse si algunos son poseídos por los demonios a petición de las brujas a causa del pecado venial personal. El tercer caso: que ello pueda ser causa del pecado venial personal, se ve en Casiano, en la primera Colación del abad Serenus, en la que habla del abad Moisés. Moisés, dice, era en el desierto un hombre notable e incomparable; pero un día, enzarzado en una disputa con el abad Macario, fue un poco lejos en la defensa de su propia opinión. Fue entregado a un terrible demonio, que le obligó a comer propios excrementos. Este castigo parece que le fue enviado como purificación por el Señor, con el fin de que nada quedase en él de su falta pasajera, y ello queda claro contemplando su curación milagrosa. Porque por la humilde oración del abad Macario, el espíritu malo fue rápidamente expulsado y se alejó de él (427). Este hecho se asemeja a lo que Gregorio cuenta en sus diálogos de una monja que se permitió comer una lechuga sin haber hecho primero la señal de la santa cruz y que, habiendo sido poseída, fue liberada por el bienaventurado padre Equitius (428). Cuarto caso: que alguno pueda ser poseído como ncausa del pecado grave de otro, lo dice el bienaventurado Gregorio en el mismo lugar, hablando del bienaventurado obispo Fortunato: éste había expulsado el demonio de un poseso. La tardemisma del hecho, el demonio, bajo la forma de un peregrino, se puso a gritar por las plazas de la ciudad: Qúe santo hombre es este obispo Fortunato, a mí me ha convertido en peregrino, me ha arrojado lejos de mi refugio y no hallo lugar donde refugiarme. Entonces uno que se encontraba sentado con su mujer y sus hijos invitó al pregrino a su casa; se interesó por la causa de su expulsión y se regocijó del descrédito arrojado sobre el santo hombre, a partir de la historia inventada por el peregrino. Pero en este mismo momento el diablo entró en posesión del niño, le arrojó en el fuego y le arrebató la vida. Entonces, finalmente, comprendió el desventurado padrea quien había dado hospitalidad (429). Quinto caso: por causa de un crímen personal grave, de lo cual también leemos abundantes ejemplos en las Escrituras, así como en las vidas de los santos. Saúl se vió poseído por el demonio por haber desobedecido a Dios (430). Pero hemos hecho alusión a todo esto con el fin de que a nadie pueda parecer extraño ni imposible el que los hombres se puedan ver poseídos por el demonio a causa de sus crímenes, de la misma forma que por instancia de las brujas. Ahora nos encontramos en situación de comprender los diversos métodos de posesión con los acontecimientos más recientes.

En tiempos del Papa Pío II ocurrió el casi siguiente a uno de nosotros, pero antes de que hubiese recibido este cargo de inquisición. Un bohemio de la ciudad de dachov llevó a su único hijo, sacerdote secular, a Roma para obtener su liberación, ya que se encontraba poseído por el demonio. Por casualidad, yo, uno de los inquisidores, había bajado a la

hospedería para la comida, cuando el sacerdote y su padre se vinieron a sentar junto a mí en la misma mesa. Nos saludamos y nos enredamos a conversar tal y como los extranjeros tienen por costumbre. El padre lanzaba profundos suspiros, rogando a Dios Omnipotente por el éxito de su viaje. Profundamente compadecido, quise informarme de la causa de su viaje y de esta tristeza. El entonces, oyéndole su hijo, que se encontraba a mi lado, respondió: ¡Ay! Tengo un hijo poseído por el demonio; le he traído hasta aquí a duras penas y a costa de grandes gastos para conseguir su liberación. Yo le pregunté que dónde estaba ese hijo, y me mostró al que se encontraba allí, junto a mí. Un pococ aterrorizado, yo le miarba tomar su comida con gran modestia; a todas mis preguntas respondió muy piadosamente. Dudé que estuviera realmente poseído y objeté diciendo que lo que le había ocurrido era que se encontraba afectado por una enfermedad cualquiera. Entonces el mismo hijo me contó lo que había ocurrido y me indicó cómo lo que había ocurrido y me indicó cómo y cuándo había sido poseído: Una mujer, dijo, una bruja, me ha causado esta desgracia. Yo había disputado con ella por una cuestión de disciplina en el régimen de mi curato; yo la había hablado duramente, porque ella era dura de carácter. Entonces me dijo que ya vería lo que me ocurría dentro de unos días. Después, el demonio que me habita me ha revelado que la bruja había colocado un encanto bajo un árbol y que en tanto no fuese quitado no me vería libre. Pero él no me ha dicho de que árbol se trataba. Yo ciertamente que no hubiese otorgado el menor crédito a sus palabras, si la experiencia no me hubiese instrído rápidamente. Efectivamente, interrogado por mí en el intervalo de tiempo en que podía hacer uso de la razón (más allá del tiempo normal a los posesos), respondió: Me encuentra privado de la razón únicamente cuando intento vacar en la oración o visitar los lugares santos. Porque el demonio me ha dicho expresamente que, puesto que en mis sermones al pueblo le había causado considerables molestias, no me permitía predicar. Según su padre, era un predicador encantador y querido por todo el mundo. Yo quise asegurarme de todo esto, y durante quince días decidí conducirle a los lugares más santos, a los santuarios en los que se veneraba a varios santos. Sobre todo, a la iglesia de Santa Práxedes Virgen, en la que se venera una parte de la columna de mármol a la que nuestro Salvador fue atado para su flagelación, así como al lugar en que el Apóstol Pedro había sido cricificado. Llegado a estos lugares, lanzaba gritos horribles, mientras se le exorcizaba, asegurando que quería marcharse, pero no queriendo hacerlo en absoluto un momento después. Como ya lo hemos dicho, en todo su comportamiento aparecía como un sacerdote recogido, sin ninguna excentricidad, salvo durante los exorcismos. A partir del momento en que estos acababan, y que la estola le era quitada del cuello, ya no daba ninguna señal de falta de razón ni movimiento alguno deshonesto. Además de esto, atrevesando un día una iglesia, hizo una genuflexión para saludar a la gloriosa Vírgen maría. Entonces el diablo le sacó la lengua muy larga de la boca. Yo le pregunté si no podía evitar hacerlo. El me respondió: no puedo en absoluto, porque él dispone de todos mis miembros y órganos, mi cuello, mi lengua, mis pulmones para hablar y gritar cuando a él le place. Yo oigo las palabras que pronuncia por medio de mí y de mis órganos, pero no puedo resistir de ningún modo, y cuando más ardientemente quisiera darme a la oración, me asalta más violentamente obligándome a sacar la lengua con más fuerza. En la iglesia de San Pedro había una columna del templo de Salomón, por cuya virtud muchos posesos han sido liberados, porque Cristo se apoyó sobre ella cuando predicaba en el templo. Nuestro hombre, empero, por un designio secreto de Dios no pudo ser liberado, reservándose el Señor otra vía para hacerlo. Un día y una noche permaneció encerrado con la columna; al día siguiente después de haber recitado varios exorcismos sobre él con un gran concurso de pueblo, se le interrogó para saber sobre qué parte de la columna se había apoyado

Cristo. Entonces, mordiendo la columna con los dientes, mostró el lugar aullando: aquí estaba El de pie, aquí estaba El de pie. Para acabar dijo: no quiero marchar. Como se le preguntase el por qué, respondió: a causa de los Lombardos. Interrogado de nuevo ¿por qué a causa de los Lombardos? respondió entonces en idioma italiano aunque el sacerdote ignoraba este idioma, diciendo: todos hacen así y así, indicando el peor de los pecados de lujuria (431). Tras de esto me preguntó el sacerdote: ¿Padre, que significan estas palabras italianas que han salido de mi boca? Cuando se lo hube explicado respondió: ¡He oído estas palabras, pero no las he comprendido! Como todos los demás acontecimientos siguientes lo probaron, este demonio era de los que el salvador dice en el Evangelio: Este tipo de demonios no se expulsan más que por la oración y el ayuno. Entonces un venerable obispo que se decía expulsado de su sede por los turcos, tuvo piedad de él. Durante todo el tiempo de cuaresma, ayunando a pan y agua, dándose cada día a las oraciones y los exorcismos, por la gracia de Dios concluyó por librarle y enviarle con consiguiente alegría a su familia.

Nadie podría explicar, de no mediar un milagro, a ciencia cierta y con suficiencia por cuántos y cuáles medios los demonios pueden herir y poseer a los hombres. Empero nosotros podemos decir que, aparte los daños causados a veces a los bienes exteriores de la fortuna, se sirve de cinco medios: algunos se ven afectados únicamente en sus potencias internas; algunos para su castigo, se ven privados temporalmente del uso de la razón; algunos son transformados en animales sin razón. El sacerdote susodicho fue alcanzado por la posesión del cuarto modo; no fue herido ni en los bienes de su fortuna ni en su propio cuerpo. Así le ocurrió al bienaventurado Job, allí donde la Escritura relata que Dios dio manifiestamente poder sobre él a Satán, diciéndole: todo cuanto le pertenece se encuentra bajo tu poder, pero no pongas la mano sobre su persona, y esto por lo que hace a las cosas exteriores. Sobre el cuerpo, ciertamente, dijo después: está bien también bajo tu poder, pero respétale la vida. Se podría decir que Job fue herido de la tercera manera, en sus potencias internas interiores al mismo tiempo que en su cuerpo, puesto que dice: si yo me digo, me consolará mi lecho, mi cama dulcificará mis dolores; tú me aterroriza con tus sueños, tú me horrorizas por medio de tus visiones (432) La causa de estos sueños es el demonio, como dicen Nider de Lira y Santo Tomás: sueños mientras duerme y visiones en estado de vigilia en aquél que se encuentra privado del uso de los sentidos externos. Normalmente las pesadillas marcadas por los pensamientos diurnos son horribles para aquéllos que duermen: Job se veía atormentado por ello pero causa de su enfermedad. De aquí que se encontrase tan privado de consuelo, que no veía otro remedio ni salida a sus angustias que la muerte: Tú me golpeas con tu terror, dice (433). Además tampoco duda nadie que por todos estos medios, las brujas no pueden hacer daño a los hombres por los demonios, como se verá a continuación, suscitando tempestades terribles para sus bienes materiales,como para los cuerpos de los animales y de los hombres. La tercera forma de hacer el mal, es la de sin privar del uso de la razón, atacar el cuerpo y a las potencias internas. Esto ya se ha visto en aquellas operaciones en las que ellas inflaman hasta el punto, el corazón de los hombres con pasiones ilícitas que irresistiblemente recorren durante la noche enormes distacias para encontrarse con sus amantes, completamente presos en la red del deseo carnal. Y puede aportarse este ejemplo,que se dice haber ocurrido en Hesse, en la diócesis de Hamburgo. Un sacerdote se encontraba poseído, y durante un exosrcismo se preguntó al diablo que durante cuanto tiempo había habitado en este sacerdote. Se cuenta que respondió que durante siete años. El exorcista objetó que solo hacia apenas tres meses que le traía de mala manera, y por tanto, que dónde se había ocultado durante el resto del tiempo. Respondió que se ocultaba en su cuerpo. Sobre todo

en la cabeza, dijo aquél. De nuevo le fue preguntado que dónde iba cuando el sacerdote celebraba misa y recibía el Cuerpo de Cristo. El dijo que se ocultaba bajo la lengua. El otro replicó: Miserable, has sido lo suficientemente temerario para no huir ante tu creador. A lo que respondió el demonio: ¿Es que no puede alguien ocultarse bajo un puente en tanto pasa un santo hombre por encima sin detenerse? Con la gracia de Dios este hombre fue librado; que el demonio haya dicho la verdad o haya mentido importa poco, porque él es un mentiroso y padre de la mentira. La cuarta manera, es la que se aplica al susodicho poseído liberado en Roma. La proposición es que un demonio puede invadir el cuerpo pero no el alma, porque esto es únicamente posible para Dios. pero cuando yo digo que el demonio puede invadir un cuerpo, no entiendo que pueda entrar al interior de la esencia de ese cuerpo. Me explico, a veces los demonios tiene una forma de habitar sustancialmente un hombre y de privarle temporalmente del uso de la razón. Ahora bie, nosotros podemos decir que los límites del cuerpo son de dos clases: límites de cantidad, y límites de esencia. Cunado un ángel malo o bueno actúa en el interior de los límites físicos de un cuerpo, entra en el cuerpo de manera que influye sobre sus capacidades físicas: así los ángeles buenos realizan visiones imaginarias entre los buenos. pero no se dice nunca que entren en la esencia del cuerpo, porque no pueden, ni como una de sus partes ni como su dinamismo. Ni como una de sus partes porque la esencia angélica y la esencia humana son enteramente diferentes una de otra. Ni como una cualidad que daría el ser, porque la esencia de su ser la tienen recibida de su creador. Luego, únicamente Este es capaz de influenciar la operacióny la conservación de la esencia, tan largo tiempo como le place a su misericordia. Así nosotros concluimos que si se habla de todas las demás perfecciones por lo que hace a los ángeles buenos y de todos los demás defectos por lo que hace a los malos, cuando son causados por un espírit que opera sobre el cuerpo y sus partes, este espíritu entra en este cuerpo, únicamente en el interior de los límites físicos de sus facultades. Si opera sobre el alma, se le vuelve a encontrar operando sobre el interior pero de diversas maneras: se dirá que actúa sobre un alma cuando presenta imágenes y fantasmas a la inteligencia, y no solamente al sentido común y a los sentidos externos. Semejantes operaciones tienen, por consecuencia, en el caso de los ángeles malos, tentaciones, pensamientos y afectos malos, causadas por una influencia directa sobre la inteligencia; en el caso de los buenos ángeles, fantasmas reveladores que iluminan la inteligencia. Y aquí se encuentra la diferencia entre ellos: los ángeles buenos pueden imprimir directamente imágenes en la inteligencia por iluminación; los malos, por el contrario, no aclaran, sino que más bien oscurecen; y esto no directa, sino indirectamente, en la medida en la que la inteligencia tiene necesidad de partir de fantasmas. Incluso por lo que respecta al ángel bueno, no se debe decir que entra en la inteligencia sino que la ilumina. No opera más que desde el exterior, de la forma susodicha. Y el ángel malo todavía entra menos. Pero de esta forma el demonio ha ocupado el cuerpo del sacerdote de tres maneras: primero, como podía entrar en el cuerpo, en el interior de los límites físicos, ocupó la cabeza en una especie de habitación sustancial. Segundo, pudo actuar desde el exterior sobre el alma, cosureciendo la inteligencia, para hacer perder el uso de la razón. Así pudo atormentar sin detención; incluso si se puede decir que por la gracia de Dios este sacerdote obtuvo el no ser atormentado sin interrupción. Tercero, aunque fue privado de la libertad de todo sano uso de sus palabras ya que no podía serlo de sus sentidos.

Esto es lo que difiere de todos los restantes métodos de posesión: comúnmente se lle que los poseídos son atormentados por el demonio sin interrupción. Así en el Evangelio, el caso del lunático cuyo padre había dicho a Jesús: ¡Señor! Ten piedad de mi hijo. Es lunático y sufre mucho. Así como la mujer a la que Satán había atado durante dieciocho años, que

estaba encorvada y no podía enderezarse (434). Por todos estos métodos indiscutiblemente, los demonios, ante la demanda de las brujas, y con la permisión de Dios, pueden atormentar a los hombres.

CAPÍTULO XI

ACERCA DE LA FORMA COMO LAS BRUJAS PUEDEN INFLINGIR TODA SUERTE DE ENFERMEDADES EN GENERAL, SOBRE TODO DE LAS MÁS GRAVES.

No existe enfermedad alguna, ni siquiera la lepra o la epilepsia que no pueda ser causada por las brujas mediante la permisión de Dios. Se prueba por el hecho de que los doctores no hacen excepción para ninguna enfermedad: una consideración atenta de cuanto ha sido escrito hasta aquí respecto del poder de los demonios y la malicia de las brujas demostrará que esta afirmación no ofrece ninguna dificultad. Así, Nider, en su libro de los Preceptos y en su Formicarius, plantea la siguiente cuestión: ¿Es cierto que las brujas pueden herir a los hombres mediante sus maleficios? Su cuestión no hace excepción a ninguna enfermedad, aunque se trate de la más incurable (435). Y allí donde responde que sí, se plantea la búsqueda de con qué medios y en qué dominios.

Acerca del primer punto responde, como se ha visto en la primera cuestión de la primera parte del tratado. Prueba su respuesta por la palabras de San Isidoro, descriniendo las operaciones de las brujas: se le llama malhechores a causa de la enormidad de sus crímenes. Efectivamente alternan los elementos, es decir, que por la acción de los demonios suscitan tempestades; perturban los espíritus de los hombres, de la manera susodicha u obscureciéndola gravemente, sin hacerles beber ningún veneno, por laúnica fuerza de sus encantamientos, matan las almas y arrebatan la vida (436). Lo prueba también por Santo Tomás, por ejemplo en su Comentario a las Sentencias (437). En general todos los teólogos escriben que los brujos pueden hacer daño a los hombres y sus bienes, con la ayuda del demonio, en todas aquellas cosas en las que el demonio puede él solo engañar y hacer daño, es decir, en los bienes, en las reputaciones, en los cuerpos, el uso de la razón, etc. Se quiere decir también que en todas aquellas cosas en las que el demonio puede hacer daño sin la bruja, puede hacerlo también con la bruja, e incluso más facilmente, porque Dios ofendido más gravemente nos castiga también con mayor gravedad.

Por lo que hace a las realidades materiales, ello se ve claramente a partir de Job (438). Por lo que hace a la reputación, se ve en el ejemplo que nos proporciona la leyenda de San Jerónimo: el diablo toma la forma de San Silviano obispo de Nazareth, amigo de Jerónimo. este demonio, en principio, se deslizó una noche en el lecho de una noble dama durante la noche, comenzó a invitarla a la lujuria por medio de palabras insidiosas, después la solicitó al mal mediante gestos. Como se pusiese a dar gritos, el demonio, con su forma de obispo, se ocultó bajo la cama de la mujer; interpelao y descubierto, respondió que él era el obispo Silviano. Al día siguiente, habiendo desaparecido el demonio, fue gravemente difamado el santo hombre. Finalmente su reputación fue felizmente restablecida, cuando el demonio confesó en la tumba de San Jerónimo que había sido él quien había hecho esto mediante un cuerpo asumido (439). Por lo que respecta al cuerpo, tenemos aún al biebaventurado Job, herido por el demonio con una úlcera terrible, reconocida como una forma de lepra. Además Sigeberto de Gembloux y Vicente de Beauvais relatan ambos que en tiempos del emperador Luis II, en un lugar de la diócesis de Maguncia, un demonio se puso a lanzar

piedras, golpeando las casas como con martillos. Inmediatamente, tomando la palabra en público, hizo conocer una serie de robos, sembrando la discordia y la turbación entre varios. Después excitó la cólera de muchos contra un hombre en cuya casa se alojaba y le incendió ésta; afirmó incluso que todos tenían que sufrir por causa de los pecados de éste hombre. Para acabar debió buscar refugio en el campo. Cuando los sacerdotes iban a celebrar las Letanías, hirió a varios arrojándoles piedras. Tan pronto se calmaba como se excitaba, pero durante tres años continuó de este modo hasta que todos los edificios del lugar fueron consumidos por un incendio (440). Por lo que respecta a la lesión de la razón y al tormento de los sentidos internos, se tienen pruebas, por las historias evangélicas de poseídos. Y por lo que hace a la muerte- es decir que los demonios pueden privar a alguien de la vida-, se ve por la historia de los siete esposos de la virgen Sara. En conclusión, lo que el demonio puede por sí mismo, él lo puede todavía mejor por medio de las brujas: es decir que estas pueden herir a los hombres en todo sin excepción.

Pero cabría preguntarse si estas lesiones son más imputables al demonio que a las brujas. A ello se responde: cuando los demonios actúan mediante su acción propia e inmediata para infligir estas enfermedades les son atribuibles con prioridad. Pero cuando buscan actuar por medio de las brujas, para vergüenza y ofensa del Creador al mismo tiempo que para la perdición de las almas, sabiendo que Dios más profundamente irritado, les dejará mayor poder de hacer daño -de hecho innumerables maleficios son perpretados, que no les sería permitido al diablo realizar sino por medio de las brujas, según un justo y secreto juicio de Dios a causa de la traición de éstas y de su renegar de la fe-; entonces estos crímenes son justamente atribuidos de modo secundario a las brujas, incluso aunque el diablo continúe siendo el autor principal. Así, cuando una mujer sumerje un palo en el agua con ánimo de que llueva, y cuando arroja inmediatamente agua al aire, aunque, en realidad, ella no sea la causa de la lluvia, y no habría nada que encontrarla reprensible, empero, puesto que ella hace esto en virtud de un pacto con el demonio y porque es bruja, resultando el demonio la causa de la lluvia, la mujer ha de ser justamente inculpada, porque actúa de mala fe y se convierte en obra del diablo poniéndose a su servicio. De la misma forma cuando un brujo elabora una estatuilla de cera o cosa semejante, con el fin de embrujar a alguien, o bien, cuando en el curso de un maleficio, aparece la imagen de alguno sobre el plomo vertido en agua, todo cuanto se hace de malo a esta imagen, para que afecte al modelo original, es decir al hombre embrujado -un pinchazo o una herida, que son realmente inferidas a la imagen por la bruja u otro, con lo que el demonio transmite invisiblemente a la persoba maleficiada-, hay que imputárselo efectivamente a la bruja, porque sin ella, Dios no permitiría nunca al diablo llevar semejante herida y tampoco el diablo intentaría por sí solo llegar hasta ello.

Pero se dice respecto de la reputación que los demonios pueden, por sí mismos, herir a los hombres sin la complicidad de las brujas; se podría, pues cuestionar si los demonios no podrían difamar a las mujeres honradas haciendolas pasar por brujas, apareciendo ellos bajo sus apariencias cuando arrojan un hechizo sobre alguno: de esta forma habría difamación de personas inocentes. Para responder tenemos que hacer unas cuantas observaciones: en principio, como ya se ha dicho, por ejemplo en la primera parte de esta obra en la última cuestión, el demonio no puede hacer nada sin la permisión divina. Se ha visto también que semejante permisión no se otrorga en el mismo grado respecto de los justos que viven en la caridad que respecto de los pecadores respecto de los cuales, los demonios tiene más poder, según la palabra del Evangelio, cuando un hombre fuerte... (441), y en consecuencia se permite mayor amplitud para su aflicción que para los justos. Finalmente, aunque puedan con esta permisión de Dios hacer daño a los justos en sus

negocios, su reputación o su salud, empero porque ellos saben que todo esto supone un mayor aumento de sus méritos, son menos ardientes para atacarlos. Dicho esto, en esta objección, conviene tener en cuenta muchos aspectos: primero el de la permisión divina; segundo, el del hombre considerado honorable: no todos los que están reputados como honestos se encuentran en la caridad; tercero, el crímen del que un inocente puede ser sospechoso -en este caso el crímen supera por su gravedad atodos los crímenes del mundo-. Se debe decir, que es seguro que, mediante la permisión divina, toda persona inocente, ya esté o no en gracia de Dios, puede ser herida en sus bienes de fortuna o de familia (442). Empero, teniendo en cuenta el carácter particular de este crímen y de su gravedad -se les llama maleficiarios a causa de la enormidad de sus crímenes, según el texto tan a menudo citado de Isidor- se puede decir, que ver a un inocente difamado por el demonio de la manera susodicha, no parece posible por múltiples razones: en primer lugar una cosa es difamar a uno inputándole faltas que ha cometido sin el pecado de pacto tácito o expreso con el demonio, y otra cosa diferente difamarle por las faltas que no se pueden imputar a un hombre y que no puede cometer más que en base a un pacto con el demonio. Ahora bien, tales son las obras de las brujas que no son perpretadas más que por obra del demonio, como embrujar hombres, animales o frutos de la tierra. Sin esto no pueden ser imputadas a nadie, y luego, si el demonio puede difamar a un hombre en otros campos, no parece posible que haga soportar la difamación de éste. En todo caso no se ha encontrado nunca que un inocente haya sido difamado ni condenado a muerte por esta infamia. Además, cuando una persona es sólo sospechosa, no se le castiga más que en aquello que prevé la purificación canónica (Cfr. en la tercera parte de esta obra se dirá acerca de la forma de castigar a las brujas). Allí se verá sin duda que en el caso en que se fallase en la purgación, entonces se ha de aplicar en favor del reo, aunque precisamente entonces se le pidiese una abjuración solemne, antes de proceder de acuerdo con la pena debida a los reparos. Nos encontramos, no obstante, en el dominio de lo contingente: hasta aquí no ha ocurrido nunca semejante cosa y no hay duda de que en el porvenir no permitirá Dios que tal ocurra. Sobretodo si tenemos presente la guardia angélica que no permite que sean acusados los inocentes de forma injusta de crímenes menores como son los robos y algunos otros. El ángel de la guarda personal de cada uno todavía permitirá menos e impedirá con toda fortaleza la infamia de crímenes semejantes. Y no sirve de nada objetar lo que el ocurrió a San Germán: los demonios, habiendo asumido los cuerpos de otras mujeres, se sentaban a la mesa y dormían con sus maridos, engañando al huésped como sis sus mujeres estuvieran allí y comiesen y bebiesen con sus verdaderos cuerpos. Tampoco estas mujeres son excusables ni completamente inocentes cuando esto les ocurre. Porque son reprendidas por el Canon Episcopi, si piensan que ellas son realmente transportadas, mientras que no se trata de más que de una ilusión imaginaria, incluso si ocurre, como ya se ha dicho, que en ocasiones son transportaas con sus cuerpos por los demonios.

Nuestra presente proposición es que todas las demás enfermedades, pueden infligirlaslos demonios con el permiso de Dios. Pero de todo cuanto se ha dicho se concluye que las cosas son de este modo. Los doctores no hacen ninguna excepción, a la que la razón deba dar su asentimiento, puesto que, por otra parte, los demonios superan todas las realidades materiales en virtud natural. Y los hechos y gestos que relatamos confirman la misma cosa: porque incluso si aqui podría haber una dificultad mayor en el caso de la lepra o de la epilepsia -si es cierto que los demonios pueden causarlas si tenemos en cuenta que estas enfermedades no surgen más que tras de largas predisposiciones y deficiencias físicas internas- parece, sin embargo, que pueden haber sido causadas por maleficios. En la

diócesis de Basilea, en la frontera de Alsacia-Lorena (?), un honrado trabajador profirio un día unas palabras un pococ durascontra una mujer pendenciera. Indignada ella le dijo bajo amenazas que en poco tiempo se vengaría de él. El no le concedió a estas palabras mayor importancia, empero aquella misma noche notó que le había salido un grano en el cuello. Se rascó un pococ, pero vió que tenía todo el cuello y la cara hinchados, y que el horrible aspecto de leproso se extendía por todo su cuerpo. Sin pérdida de tiempo, llamó a sus amigos y a los magistrados para contarles la historia y las amenazas de la mujer: debía morir con la sospecha y la convicción de que todo aquello le había ocurrido por sortilegio de aquella bruja. ¿Qué más pedir? La mujer fue detenida, sometida a interrogatorio, y finalmente confesó su crímen. El juez interesándose por la razón y la forma como había llevado a cabo aquello, la interrogó detalladamente. Ella respondió: este hombre me ha atacado con palabras injuriosas, y yo estaba tan encolerizada que al llegar a mi casa el espíritu maligno comenzó a interesarse por la causa de mi tristeza. Yo le conté todo e insistí para que me indicase la forma de vengarme. Preguntó: ¿qué es lo quieres que haga?, y yo le contesté: Querría que su cara estuviese siempre inflamada. El demonio se fue e infirió esta enfermedad sobre el hombre en mayor grado del que yo le había pedido. Yo no esperaba en absoluto que se encontrase herido de una lepra tan grande. Pot todo ello fue quemada. En la diócesis de Constanza, entre Brisach y Friburgo, vive una mujer leprosa (a menos que en estos dos años no haya pagado la deuda de toda carne), que relataba a muchos la forma como aquello le había sobrevenido, en virtud de una querella parecida mantenida entre ella y otra mujer. Una noche ella salía de su casa con ánimo de hacer algo delante de supuerta; un viento cálido salido de la casa de enfrente (donde vivía la otra mujer) le dió de lleno en la cara. Inmediatamente y desde aquel momento se había visto afligida por la lepra, cuyo peso se la veía llevar. Finalmente, en la misma diócesis, en el territorio de la Selva negra, una bruja dijo al verdugo que la subía sobre el montón de leña preparado para quemarla: yo te daré tu salrio. Ella le sopló en la cara e inmediatamente se vio cubierto de una horrible lepra por todo el cuerpo, de la que sobrevivió mas que unso días. Otros crímenes horrendos se omiten por razón de brevedad, pero otros muchos, casi innumerables, podrían contrase a este respecto. Hemos constatado, en efecto, que algunas personas se veían afectadas por la epilepsia o mal caduco por causa de los huevos que algunos habrían enterrado con cadáveres, sobre todo de las mujeres de su secta. se les habría desenterrado con algunas otras ceremonias, que no referimos, y se habrían servido a alguien en la comida o en la bebida (443).

CAPITULO XII

ACERCA DEL MODO COMO SUELEN INFERIR A LOS HOMBRES, ESPECIALMENTE , ALGUNAS OTRAS ENFERMEDADES MORTALES.

Las otras enfermedades que ellas han podido inferir a los hombres -la ceguera, dolores convulsos, otros dolores- nadie podría enumerarlas. Empero aportamos aquí algunos hechos entre los que hemos visto con nuestros ojos y que han llegado al conocimiento de alguno de nosotros dos Inquisidores:

En el tiempo que se realizaba la Inquisición sobre las brujas en la ciudad de Insbruck, se nos presentó este caso entre otros: Una persona honorable, legalmente casada con alguien de la casa del archiduque, ante notario y de acuerdo con las formalidades pertinentes hizo la siguiente disposición: cuando era todavía doncella se encontraba empleada en la casa de

uno de sus ciudadanos. Pero ocurrió que la esposa de este hombre sufrió de un gran dolor de cabeza; una mujer se presentó diciendo que ella la curaría, mediante encantamientos y ritos para calmar el dolor. Yo (contaba la persona), observaba atentamente su forma de actuar: notaba que contrariamente a su naturaleza, el agua que vertía en un recipiente pasaba a otro, todo ello con una serie de ceremonias que no es el caso ahora mencionar. Considerando que con todo aquello no se calmaba el dolor de mi ama, un pococ enfadada dije a la bruja: no sé lo que haces, pero me parece que esto no es más que superstición que va en tu provecho. Entonces me respondió inmediatamente la bruja: si soy supersticiosa o no, ya lo sabrás dentro de tres días. Lo que ocurrió después lo probó: el tercer día por la mañana, yo me encontraba sentada teniendo en las manos el huso cuando un dolor súbito invadió mi cuerpo, dolor interno en principio porque no había parte de mi cuerpo en la que yo no sintiese aquellos horribles pinchazos. Después me parecía que me volcaban carbones encendidos sobre la cabeza. Finalmente sobre mi piel, desde la cabeza hasta los pies, no había un espacio en el que cupiese una punta de aguja que no estuviese cubierto de pústulas llenas de pus blanco. Yo estaba así gritando de dolor, y sin desear otra cosa que la muerte hasta el cuarto día. Finalmente el marido de mi ama me pidió que entrase en un establo. Caminando delante de mí, que avanzaba pasito a paso, me dijo cuando llegamos a la puerta del establo: ¿Ves un trozo de paño blanco que hay sobre la puerta? Sí, lo veo, dije yo. Entonces él añadió: levántalo si puedes, quizás te sientas mejor. Yo, teniéndome sobre la puerta, cogí bien el paño con la otra mano. Abrelo, me dijo el amo, y mira lo que hay dentro. Cuando desenvolví el trapo, descubrí varias cosas, sobre todo unos cuantos granos blancos semejantes a las pústulas que yo tenía sobre el cuerpo. Unos granos y unas hierbas como yo nunca había comido ni visto juntamente con huesos de serpientes y otros animales. Sorprendida le dije al amo que qué era lo que yo debía hacer, y él me mandó arrojar todo aquello al fuego. Yo lo hice. Y súbitamente no en el espacio de una hora, ni siquiera en el de un cuarto, sino en el memento mismo en que estas cosas fueron arrojadas al fuego, recuperé toda mi salud primera. Muchas deposiciones fueron hechas todavía contra la esposa del ciudadano, a cuyo servicio se encontraba aquella mujer, se sospechó de ella no de levi, sino de vehementi, sobre todo de familiaridad con las brujas. Se presume esto, que consciente del maleficio oculto, se lo indicó a su marido, y de la forma que se ha visto la sirvienta recuperó la salud. Para suscitar el odio contra este crímen, hay que relatar aún el maleficio lanzado contra otra persona, también una mujer, en la misma ciudad. Fue una mujer casada y honrada la que vino a hacer la siguiente deposición: Detrás de mi casa tengo un jardín, que es contiguo al huerto de mi vecina. Un día observé que se había abierto un paso, con muchos destrozos entre el huerto de mi vecina y mi jardín. Yo fui a quejarme ante ella, enfadándome un pococ, no tanto por el paso como por el destrozo. Entonces la vecina me dijo que si tenía sospechas de alguien. Yo aterrada por causa de su mala reputación no pude más que articular estas palabras: los pasos sobre las plantas indican el daño. Entonces, indignada de que no quisiera enzarzarme en una disputa, como ella lo hubiera deseado, se fue murmurando. Oí que hablaba pero no pude comprender lo que decía. Unos cuantos días después, me sentí muy enferma con grandes dolores de vientre y punzadas de derecha a izquierda, como si dos espadas o dos cuchillos, se encontrasen clavados en mi pecho. De esta forma yo perturbaba día y noche a mis vecinos con mis gritos. De un ladoy otro venían para reconfortarme. Pero también vino a visitarme un alfarero, que era el amante adúltero de mi vecina bruja: compadecido de mis sufrimientos se marchó tras dirigirme unas cuantas buenas palabras. Al día siguiente vino también rápidamente y entre algunas otras palabras añadió: Quiero ver si vuestra enfermedad procede de un maleficio; si se prueba esto os

devolveré la salud. Tomando entonces plomo fundido mientras que yo estaba en la cama, vertió el plomo en un barreño lleno de agua apoyado sobre mi cuerpo. Sobre el plomo enfriado aparecieron diversas imágenes y figuras de cosas. Hélo aquí, dijo, vuestra enfermedad proviene de un maleficio. hay un instrumento de maleficio oculto bajo el umbral de vuestra casa. Veamos de quitarle y os sentiréis mejor. Mi marido y él se fueron entonces para quitar el maleficio. El alfarero, mandó a mi marido, levantando el umbral, que metiese la mano en el agujero que apareció y sacase lo que encontrara. Lo hizo finalmente. Sacó primero una figura de cera larga como de un palmo, horadada por todas partes, con los costados atravesados por dos agujas, justo en el lugar de derecha a izquierda en los que yo sentía las punzadas. Él las arrancó. Había también unas bolsitas con granso diversos, semillas y huesos. Se arrojó todo ello al fuego y yo comencé a sentirme mejor, pero no del todo. Realmente habían cesado las torturas y pinchazos, y el apetito me había vuelto íntegramente, pero hasta el momento yo no he recuperado completamente mi salud anterior. Preguntamos a esta mujer el porqué no había recuperado su salud primera. Respondió que había otra serie de instrumentos de maleficio ocultos en otros lugares que no alcanzaba a encontrar. Cuando pregunté al hombre cómo había salido donde estaban ocultos los primeros instrumentos, me respondió: yo sé esto por causa del amor que lleva a un amigo a decir cosas a su amigo. Conociendo que cortejaba a una mujer, adiviné que se trataba de mi vecina y comencé a tener sospechas de ella. Esto fué lo que contó aquella mujer enferma.

Si yo quisiera contar cada una de las cosas descubiertas en esta ciudad, con ello haría un libro. Cuantos ciegos, cojos, descarnados, sufriendo diversas enfermedades, han venido a decirme de forma legal, en particular y en general, sus graves sospechas de que tales enfermedades les venían de las brujas y que ellos se sabían condenados a arrastrarlas unos por un breve plazo y otros hasta la muerte. Y todo lo que decían y confesaban se realizaba bien respecto de su específica enfermedad o respecto de la muerte de otros. Esta tierra abunda en escuderos y caballeros y los ocios son causa de vicios. Cuando en ocasiones cortejaban a las mujeres de la vida y luego abandonaban a estas cortesanas para casarse con otras mujeres honorables, raramente ocurría tal cosa sin que un maleficio fuese lanzado contra el hombre o sobre la mujer. Cunado las cortesanas se veían despreciadas, continuaban atormentando el hogar, no tanto al hombre como a la mujer, esperando en el fondo que si la mujer moría el marido volvería a su primera amante. Un cocinero del archiduque se había casado con una mujer honrada de otra región. Su amante hechizera en la vía pública y ante otras muchas personas lanzó un maleficio sobre la joven y le predijo la muerte, levantando la mano: no gozarás mucho tiempo de tu marido, le dijo. Al día siguiente se acostó y unas horas después pagaba la deuda de toda carne, atestiguando en sus últimos momentos: Yo muero, ¡ay! porque esta mujer, con el permiso de Dios me ha matado con sus maleficios; y varios otros casos que dejó de mencionar. Entre ellos el de un joven noble que, a petición de su amante, quería pasar la noche con ella. Retenido por ciertos asuntos, le hizo decir por medio de un criado, que aquella noche no podría ir. Indignada, dijo la chica al doméstico: ve y di a tu joven amo que no se va areir de mi por más tiempo. Al día siguiente caía enfermo y unos cuantos después lo enterraban. Hay también brujas que pueden embrujar a los jueces nada más que con su mirada y un destello de sus ojos. Además se vanaglorian públicamente de que no pueden hacerles ningún daño. Apresadas por sus crímenes, se las somete a los más duros suplicios para hecerles decir la verdad, pero estas brujas pueden dotarse de una tal taciturnidad que no es posible de ningún modo descubrir sus crímenes. Hay otras brujas que para realizar sus maleficios azotan o dan de puñetazos una imagen del crucificado, con las palabras más

vergonzosas contra la pureza de la Virgen María, deshonrando el nacimiento de nuestro Salvador de su seno purísimo. Sus palabras y sus acciones, no conviene que nadie las recuerde por más que resultan ofensivaspara los pidosos oídos, pero todo ello se encuentra inscrito y conservado en los registros. Un ejemplo, el de una joven judía bautizada que había seducido a otras jóvenes. Una de ellas llamada Walpurigis encontró la muerteel mismo año. Cuando los que la asistían la exhortanabn a la confesión de sus pecados, ella gritó: me he entregado al demonio en cuerpo y alma y por tanto no me queda ninguna esperanza de perdón. Y murió en este estado.

Todas estas cosas no se cuentan con ánimo de llevar a odiar este crímen a fin de que no se cese de vengar estas injurias hechas a los hombres. ¡Cómo podríamos soportar el insulto al Creador, la burla de la fe, sin hablar también de los daños temporales! El primer fundamento de todos sus crímenes se encuentra sobre su reniego de la fe.

CAPITULO XIII

DE QUE FORMA LAS PARTERAS QUESON BRUJAS INFLINGEN LOS MAYORES MALES A LOS NIÑOS, MATÁNDOLOS Y oFRENDÁNDOLOS A LOS DEMONIOS.

No deben tampoco ser pasados por alto los males causados a los niños por las comadronas que son brujas, porque hacen morir a alguno y a otros los convierten en ofrenda sacrílega a los demonios.

En la diócesis de Estrasburgo, en la ciudad de Saverna, hay una mujer honrada, muy devota de la Virgen María, que cuenta esta historia personal suya a todos los huéspedes de su taberna, la cual ostenta la enseña del Águila Negra. Yo estaba encinta, dice ella, de mi legítimo marido,hoy difunto, y se acercaba el tiempo del parto. Una comadrona vino a rogarme con insistencia que aceptase su asistencia para el nacimiento de mi hijo. Yo, como conocía su mala reputación, había decidido tomar otra, y simulaba con palabras amables que quería acceder a sus peticiones. Llegó la hora del parto. Como yo había avisado a otra comadrona, la primera se indignó y unos cuantos días después, entró en mi habitación con otras dos mujeres y se acercó a mi cama; cuando quise llamarla, me sentí incapaz de moverme e incluso de hablar, conservando únicamente la vista y el oído. Entonces, la bruja, de pie entre las dos mujeres, pronunció estas palabras: Esta es la mala mujer que no ha querido mis servicios para su parto, no quedará impune. Como las otras dos la suplicasen diciendo: Puesto que me ha causado esta afrenta, le meto algo en las entrañas. Para contentaros, empero, no sentirá nada antes de seis meses, después se sentirá enferma. Ella me tocó el vientre y me pareció que me arranacaban las entrañas y que ella introducía en su lugar algunas cosas que yo no podía ver. Las mujeres se fueron y yo recuperé las fuerzas para hablar. Inmediatamente llamé a mi marido a quien conté la cosa. Él quería explicar todo atribuyéndolo a las fiebres del parto y me dijo, las mujeres recién paridas os encontráis sujetas a visiones y muchas fantasías. No quería creer nada de cuanto le había dicho, pero yo añadí, me ha dado seis meses de plazo, si al cabo de este tiempo no sufro ninguna enfermedad, creeré en tus palabras. Esta mujer dijo lo mismo a su hijo sacerdote que vino a visitarla aquel día y que era entonces archidiácono rural. ¿Qué fue lo que ocurrió? Seis meses después exactamente, súbitamente se sintió poseída de tales doloresen el vientre que ni día ni de noche podía evitar molestar a todo el mundo con sus gritos. Pero, como ya hemos dicho, era muy devota de la vírgen Reina de misericordiay cada sábado ayunaba a pan y agua. Ella atribuye su liberación a los ruegos de la Virgen. Un

día que quería realizar una necesidad natural, entonces toda esta inmundicia salió de su cuerpo. Ella llamó a su marido y a su hijo y dijo: ¿Son fantásticas todas estas cosas? ¿No os había dicho que al cabo de seis meses todas estas cosas serían conocidas? ¿Quien me ha visto nunca comer espinas, huesos y otros trozos de madera? Había efectivamente espinas de rosal de un palmo de largas, mezcladas con otras muchas cosas.

Recordemos además lo que apareció en las confesiones de esta sirvienta que sufrió juicio en Brisach: "Son las parteras las que causan los mayores perjuicios a la fe". Se ha visto además claramente por las confesiones de algunas otras que han sido después quemadas. Así, en la diócesis de Basilea, en la ciudad de Thann, una bruja que fue quemada había confesado antes haber matado a más de cuarenta niños de la manera siguiente: A la salida del claustro materno les hundía una aguja sobre la cabeza que les penetraba en el cerebro. Otra,en la diócesis de Estrasburgo, confesó haber matado tantos niños que no podía contarlos. Se la detuvo de la siguiente manera: Había sido llamada desde una ciudad a otra para que ayudase a una mujer a parir. Una vez que hubo terminado su trabajo, cuando volvía a su casa, en el momento de franquear las puertas de la ciudad, casulamente salió de su delantal un brazo de niño recién nacido que cayó al suelo. Los que se encontraban en las puertas lo notaron, y cuando hubo pasado fueron a coger lo que ellos creían un trozo de carne. Pero mirándolo desde cerca, vieron que no se trataba de un pedazo cualquiera de carne, sino un brazo de niño con sus articulaciones. Una vez que tuvieron consejo con los jefes, supieron por una investigación abierta que a un niño recién nacido, muerto sin bautismo, le faltaba un brazo. Detuvieron a la bruja, la pusieron en interrogatorio y descubrieron su crímen. Fue entonces cuando reconoció haber matado a niños sin cuento.

La razón de todas estas cosas, lleva a pensar que las brujas hacen esto bajo presión de los malos espíritus y en ocasiones a su pesar. El diablo sabe efectivamente que a causa de la pena de daño y del pecado original estos niños se encuentran privados de la entrada en el reino de los cielos. Además así se retarda el juicio prostero tras del cual los demonios serán lanzados a los tormentos eternos: cuanto más tarde se alcance el número de los elegidos, una vez cubierto el cual, el mundo debe ser consumido (444). Además, como también ha sido ya dicho, siguiendo las indicaciones del diablo, las brujas han de confeccionar, mediante estos miembros ungüentos para sus usos. Pero con el fin de llevar a detestar un crímen tan abominable, no podemos silenciar lo que ocurre, así cuando no matan a los niños los ofrecen al demonio mediante una ofrenda sacrílega. Cuando el niño ha nacido, si es que la propia madre no es bruja, entonces la matrona conduce al niño fuera de la alcoba bajo pretexto de calentarlo, seguidamente lo levanta en sus brazos y lo ofrece al príncipe de los demonios Lucifer y a los demás demonios; todo esto lo realiza en la cocina encima del fuego. Alguno ha contado que su mujer, antes de parir en contra de la costumbre de las mujeres en estos trances, había dicho que no permitiría a ninguna otra mujer acercarse a ell sino a su hija que era también comadrona. Queriendo saber el marido la causa de ello, se escondió en su casa cuando hubo llegado el momento, y asistió a todo el ritual citado de la sacrílega ofrenda al diablo. Vio -según parece- que sin apoyo humano alguno y por el único poder del demonio, el niño se encontraba suspendido en las cadenas de las que se cuelga la olla. Consternado al oir las horrendas palabras de la sacrílega ofrenda a los demonios y demás ritos inconfesables, insistió con fuerza para que el niño fuese inmediatamente confesado. Cunado lo llevaban al pueblo más cercano en el que estaba la iglesia parroquial, fue necesario atravesar un puente sobre un río. Entonces sacando su espada se dirigió a su hija en presencia de dos testigos: no quiero que pases al niño al cruzar el puente, o pasa él solo o te arrojo al río. Se sintió la chica aterrorizada, así como las otras mujeres, pensando si se encontraría en sus cabales, ya que nadie estaba al

corriente de los hechos más que dos hombres que le acompañaban. El añadió, tu eres la peor de las mujeres porque has hecho subir al niño por la cadena de la chimenea, haz que pase el puente o te hecho al agua. Obligada de este modo, puso al niño sobre el puente, invocó al demonio y en un momento el niño se encontraba al otro lado del río. El niño fue bautizado y volvieron a la casa. El hombre tenía dos testigos para acusar a su hija de maleficio, ya que no podría haber presentado como prueba la ofrenda por encontrarse él sólo presente. Tras del tiempo de la cuarentena, acusó a la hija con su madre ante el juez. Ambas fueron quemadas y de esta forma se tuvo público conocimiento de la criminal ofrenda que las parteras tienen por costumbre hacer.

Pero surge en este punto una duda, la de saber cual puede ser la influencia de semejante ofrenda sobre los niños. A ello se debe responder lo siguiente: los demonios lo hacen por tres razones y lo hacen además con tres objetivos: lo hacen primero por orgullo, el cual acda vez es mayor según las palabras del salmo: el orgullo de los que te odian va siempre en aumento (445). Buscan imitar cuanto pueden las ceremonias y los ritos divinos, con el fin de que así, bajo apariencia de bien poder equivocar más fácilmente. Con los mismos actos atraen doncellas, muchachos y muchachas, por medio de los magos, ya que se les engaña con los espejos mágicos y las cribas de las brujas para que confiesen sus robos y demás cosas secretas, incluso cuando son personas corrompidas las que hacen estas cosas, se llega a fingir tener en gran estima la castidad a la que aborrecen, porque el demonio odia, por haber aplastado la cabeza a la santísima virgen (446). Así, so capa de virtud, siembran el engaño en el alma de los brujos, así como en la de aquellos que creen en el pecado de estos por su infidelidad. Finalmente, en tercer lugar, hacen estas cosas para que el pérfido elenco de las brujas aumente en número, puesto que estos niños les son ofrecidos de esta forma desde la cuna. Esta oblación sacrílega tiene una triple eficacia sobre los niños: el primer efecto es el de la ofrenda visible que se hace siempre con cosas visibles, pan, vino, frutos de la tierra, como signos de sumisión a Dios, según la palabra del libro del Eclesiástico: "Tú no te presentarás ante el Señor con las manos vacías" (447). Pero estas cosas ofrecidas no pueden ni deben ser utilizadas ya para usos profanos, en razón de lo cual dice el papa Dámaso, citado por Graciano, que las ofrendas presentadas a la iglesia no deben servir más que para los sacerdotes, con el fin de que éstos no sólamente las utilizen para su uso personal sino también para el culto divino y asistencia a los pobres (447). Pero entonces el tal niño ofrecido al demonio en signo de honor y de sumisión, ¿de qué forma podría ser aplicado por los fieles al servicio divino, en signo de sumisión santa y meritoria para sí mismo y para los demás?

¿Podrá alguno decir que los pecados de la madre y de los demás no deben caer sobre el hijo como castigo? Quizá aquel que recuerde la palabra del profeta. "El hijo no cargará la iniquidad del padre" (448). Pero ¿que hará de aquel otro pasaje: "Yo, el Señor, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación" (449). El sentido de ambos textos es el siguiente, el primero se entiende del castigo del cielo y de un Dios y no del juicio de los hombres.. Se trata de un castigo que afecta principalmente al alma, ya sea privación de gloria o pena de daño, o pena de sentido y tormento de fuego eterno. De estos castigos ciertamente que nadie es reo sin falta personal bien contraída en lo que hace al pecado riginal, o cometida si se trata de un pecado actual. El segundo texto ha de entenderse respecto de aquello de aquellos que imitan el pecado de sus padres, como lo demuestra Graciano, en cuyo lugar da además otras explicaciones: la forma como según el juicio de Dios se infieren diversos castigos a un hombre, no sólo por la falta cometida o por cometer, para que no la cometa, sino por el pecado de otro. Y no se puede objetar que en este caso alguien es condenado sin causa y

sin falta, como causa de la pena. efectivamente, según la regla del derecho: "Nadie debe ser condenado sin culpa, salvo que haya alguna otra razón además". pero se debe decir que siempre hay una razón justísima por más que esta pueda sernos desconocida: si ante una acción concreta no podemos penetrar la profundidad de los juicios de Dios, sabemos empero que cuanto dice es cierto y cuanto hace es justo (450). Conviene además hacer una distinción al respecto de estos niños: algunos son inocentes en el sentido de que no son ofrecidos a los demonios por madres brujas, sino por parteras que los arrancan en secreto de los brazos ydel seno de una madre honrada. Y se ha creer que a estos inocentes no les hará efecto la ofrenda hasta el punto de convertirlos en imitadores de crímenes semejantes, sino que más bienlos serán de las virtudes de sus padres.

El segundo resultado de este sacrilegio sobre los niños es el siguiente: en la ofrenda que un hombre hace de sí mismo a Dios, reconoce a este Dios, como a su principio y fin. Es un sacrificio mayor que el sacrificio de todas las demás cosas exteriores, según la palabra de la Escritura: Mi sacrificio es un espíritu contrito (451), por cuanto es un reconocimiento del principio y del fin, esto es, de la creación y de la glorificación. De la misma forma cuando un bruja ofrece un niño al diablo ésta lo ofrece al diablo en cuerpo y alma como a su principio y fin, la condenación eterna, y por ello, sin un milagro, no puede liberarse del pago de semejante deuda. Se cita a menudo la historia de niños ofrecidos al demonio súbitamente por sus madres en un momento de pasión y de alteración de ánimo incluso desde el seno materno, los cuales al llegar a la edad adulta no han podido ser arrancados de la jurisdicción usurpada por el demonio con la permisión de Dios. Se conoce así el Libro de los ejemplos de la bienaventurada Virgen María: especialmente el ejemplo de aquel hombre que no podía ser liberado por el Soberano Pontífice de las vejaciones del demonio. Finalmente, enviado hacia un santo que vivía en Oriente, por intercesión de la Bienaventurada Vírgen María, y aún a costa de grandes dificultades fue liberado de esta tiranía (452). Pero si entonces Dios castigó tan severamente una exhibición semejante, por no decir tal oblación improvisada, cuando por ejemplo una madre exasperada responde a su marido, tras de la unión carnal con éste que el fruto que de ésta él desea se lo lleve el diablo, cuanto más duramente castigará, podemos creer, cuando encuentra una ofensa todavía mayor de la majestad divina.

El tercer efecto de estaoblación sacrílega consiste en crear una inclinación habitual a lanzar sortilegios sobre los hombres, los animales o los frutos de la tierra. La prueba de esto, se encuentra en lo que dice Santo Tomás en la Suma Teológica a propósito del castigo temporalque alcanza a algunos a causa del pecado de otros. Se dice que los niños son en cuanto al cuerpo como cosas del padre, de la misma forma que los domésticos y animales son cosas del amo, y puesto que alguien puede ser castigado en sus bienes, resulta también que los hijos son castigados con frecuencia a causa de sus padres (453). Pero esta razón es muy diferente de cuanto se ha dicho más arriba al respecto de los pecados de los padres, por los cuales Dios castiga a los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Antes se trataba de aquellos que imitan los pecados de los padres; aquí se trata del castigo de los hijos que no han imitado los crímenes de sus padres por actos malos sino que heredan solamente los resultados de sus obras. De esta manera murió prematuramente el hijo nacido del adulterio de David, así debieron también ser muertos los animales de los Amalecitas, aunque también haya en este caso una razón mísitica (454).

Considerando todos estos hechos decimos que todos estos niños se encuentran inclinados a los maleficios hasta el fin de su vida. De la misma forma que Dios santifica la ofrenda que le es hecha, como lo muestran las historias de santos que habían entregado su futura posteridad a Dios, así igualmente el Demonio no cesa de infectar a aquellos que le son

ofrecidos. Podemos sacar numerosos ejemplos del Antiguo y del Nuevo Testamento: muchos patriarcas y profetas como Isaac, Samuel, Sansón, y también Alexis, Nicolás y muchos otros que se vieron provehidos de gracias innumerables para la santificación de su vida. Pero la experiencia nos enseña que siempre, las hijas de las brujas han de ser sospechosas de prácticas de este género, como imitadoras de los crímenes maternos, y en verdad que toda la generación se encuentra infectada. La razón de todo esto y de cuanto precede, es que en virtud del pacto con el demonio deben hacerlo todo para conseguir de modo seguro el aumento y supervivencia de su perfidia. ¿Cómo podría ocurrir si no, tal y como se ve a menudo, que niñas impúberes de ocho o diez años promuevan tempestades y tormentas, si no es por haber sido consagradas siendo más niñas al diablo por su madreen una ofrenda sacrílega? Los niños no podrían hacer por sí mismos tales cosas que suponen un reniego de la fe como ocurre con las brujas adultas: quizá no tengan todavía conocimiento de un solo artículo de fe. He aquí un ejemplo de hechos de este género: en el ducado de Suabia, un aldeano había decidido ir al campo con su hija de apenas ocho años con el fin de ver los sembrados de trigo. Ante la sequía de la tierra, comenzó a lamentarse y a desear la lluvia diciendo: ¡ay, cunado vendrá la lluvia! La niña, oyendo las palabras de su padre le dijo con toda la sencillez de su corazón: padre si quieres que llueva voy a hacerlo inmediatamente. El padre, estupefacto le preguntó: ¿Cómo? ¿Es que tú sabes provocar la lluvia? La niña le respondió: ¡Claro!, y no solo se provocar la lluvia, sino también el pedrisco y la tormenta. El padre le preguntó: ¿Quien te lo ha enseñado? Ella respondió: Mi madre, pero me ha pedido que no se lo diga a nadie. El padre le preguntótodavía: ¿Y cómo te lo ha enseñado? Me llevó a un maestro que siempre está allí para responder a mis preguntas. El padre: ¿Tú le has visto? Ella respondió: He visto hombres que entran y salen en casa de mi madre, y cuando le pregunté quienes eran me contestó que son nuestros maestros, a quienes te ha entregado y recomendado, son protectores importantes y ricos. El padre aterrorizado preguntó si podría suscitar una tempestad a aquella hora. La niña contestó que sí, siempre que tuviera un poco de agua. Entonces el padre condujo de la mano a su hija hasta el torrente: ve, le dijo, pero que únicamente caiga sobre nuestro campo. Entonces la pequeña metió la mano en el agua y en el nombre de su maestro tal y como le había enseñado su amdre, y la removió. Y he aquí que la lluvia empezó a caer sobre el campo. Al verlo dijo aún el padre: haz granizo, pero sólamente sobre uno de nuestros campos. Cuando la chica lo hubo hecho de nuevo, el padre, convencido por la experiencia, se fue a acusar a su mujer ante el juez. La mujer fue detenida, convencida de crímen y quemada. La niña fue reconciliada, consagrada a Dios y como consecuencia de ello en adelante incapaz de volver a realizar cosas semejantes.

CAPÍTULO XVI

SE SIGUE EL MODO COMO INFIEREN DIVERSOS DAÑOS A LOS ANIMALES.

Cuando el Apóstol dice, ¿se cuidaacaso Dios de los bueyes?, quiere significarnos que aunque todas las cosas se encuentran sometidas a la divina providencia, cada una de ellas lo está de acuerdo con su rango (457). Conforme dice el Salmo: "Tú proteges, Señor, a animales y hombres, y los hijos de Adán se refugian a la sombra de tus alas (458). Luego, si permitiéndolo Dios, los hombres son afligidos por las brujas, los inocentes y justos junto con los pecadores, los padres en sus hijos que son como como sus cosas, por tanto también los animales y los frutos de la tierra que son también cosas de los hombres. Y nadie se

atrevería a presumir que no pueden descender también sobre ellos males diversos, con la permisión de Dios, por la acción de las brujas.

Tampoco existe la más pequeña aldea donde las mujeres no se hieran mutuamente sus vacas, no las priven de leche e incluso, muy a menudo, no se las maten. para comenzar por el menor de los males, ¿qué pensar de la privación de leche. Si se pregunta la manera cómo ellas pueden hacer esto, tenemos la respuesta en Alberto, en su tratado del alma, donde dice que la leche es, por su naturaleza mensua en cada animal(459). De la misma formaque el otro flujo de la mujer es también mensual, este flujo, si no se ve alterado por una enfermedad, puede ser perturbado e incluso detenido por un maleficio. Si por condición de la naturaleza se ve reducido tras de la concepción del feto, puede serlo también por una enfermedad accidental como la que procede a veces de que el animal ha comido ciertas hierbas, que disminuyen la leche y vuelven a la vaca enferma. Pero además todo esto puede ser causado de diversas maneras mediante sortilegios. Algunas brujas durante la noche o en los días santos, por indicación del diablo y para ofender más a la Divina Majestad, van a sentarse en un ricón de su casa con un cubo entre las piernas. Clavan un cuchillo en la pared o sobre un poste y ponene la mano como si fuesen a ordeñas. Invocan entonces a su demonio familiar, siempre dispuesto a ayudarlas y le proponen ordeñar en aquella casa a tal vaca más sana o más rica en leche. El diablo entonces arrebata la leche en un momento de las tetas de la vaca y la transporta al lugar donde se encuentra la bruja, como si fluyese de su instrumento en el cubo. Cuando se habla de esto al pueblo, nadie ha de ser informado por este medio sintiéndose animado a practicarlo por sí mismo, por una razón, no es suficiente sbaer invocar al demonio, ni pensar que se pueda obtener esto de él por simple invocación. Quien así piense se equivoca; le falta la base de esta perfidia: no ha prestado homenaje ni ha renegado de su fe. Si hablo de ello, es porque algunos consideran que no se deben decir estas cosas ni otras al pueblo, a causa del riesgo que supone el hacer conocer el mal. Pero resulta imposible que alguien se informe para hacer el mal en un predicador por la razón citada. Se debe más bien hablar estas cosas a fin de hacer odiar el crímen y para que los jueces sean más ardientes en la venganza del crímen de los renegados de la fe. Empero no se debe hablar siempre de este modo porque las gentes del siglo se impresionan más por las miserias temporales que por las espirituales. De aquí que cuando se afirme que las brujas pueden ser la causa de estas cosas, los jueces se muestren más duros contra ellas. Pero ¿quién podrá explicar la astucia del diablo?

Conocí a unos en la ciudad que en el tiempo de mayo querían comer crema de mayo. Estando un día uno de ellos camino sentado al borde de un torrente, éste que antes había realizado un pacto con el diablo de forma expresa o tácita, se puso a decir: yo os encontraré buena crema de mayo. Inmediatamente, dejando sus ropas, penetró en el torrente, pero no de pie, sino sentado con la espalda vuelta hacia la corriente. Los otros le miraban. Pronunció algunas palabras, agitó el agua con la mano tras de su espalda y poco después llevó crema en abundancia completamente igual a las que las mujeres del país tenían costumbre de vender en el mercado durante el mes de mayo. Los otros comieron de ella y afirmaron que era excelente. Se concluye de ello en primer lugar que el hombre estaba seguro de su práctica, bien porque era realmente un brujo a causa de un pacto expreso con el demonio, o bien porque como consecuencia de un pacto tácito sabía que el demonio atendería sus deseos. En el primer caso no hay necesidad de poner en duda que no fuese un verdadero brujo. En el segundo caso usó de la ayuda del diablo porque había sido ofrecido y consagrado por su amdre o alguna partera. Y si alguno objetase que quizá el diablo les proveyó de crema sin un pacto tácito o expreso e, incluso sin ninguna ofrenda, se le puede responder, que nunca nadie puede servirse de la ayuda del diablo en este tipo de

cosas sin una invocación y quien hace esto actúa como un apóstata de la fe. Esta el respuesta del doctor santo Tomás a la dificultad de si servirse de la ayuda del demonio constituye una apostasía de la fe (460). Aunque Alberto magno esté de acuerdo con los demás doctores, dice empero más expresamente que hay en este caso siempre apostasía de la fe, en palabras o en actos. Si se utilizan invocaciones, conjuros, fumigaciones, adoraciones, incluso sin don de sí mismo en cuerpo y alma, ni renegación de la fe en todo o en parte, porque por el hecho de haya invocación del diablo, se da abiertamente apostasía en las palabras. Si no hay invocación verbalsino solamente realización de una obra que no se puede llevar a cabo más que por la intervención del demonio, ya se haga esto comenzando en nombre del diablo, o por otras palabras desconocidas, o sin palabras, mediante únicamente la intención. Entonces, añade Alberto, se da apostasía en acción puesto que se espera del demonio este resultado. Esperar cualquier cosa del demonio, o recibir algo de él, constituye siempre un desprecio de la fe y, en consecuencia una apostasía (461). Se concluye, pues, en consecuencia que cualquiera que sea la forma de la que se ha servido el citado mago para procuarase la crema, lo ha hecho mediante pacto tácito o expreso. Y lo ha hecho como tienen costumbre de hacerlo las brujas sobre base de un pacto tácito y oculto realizado por él o por su madre o su partera. Y digo que ha hecho esto incluso si ha realizado el acto aguardando el resultado del demonio. La segunda cosa que se concluye de estas practicas es que el diablo no puede crear otras especies de cosas. Luego cuando el brujo ha sacado del agua con tanta rapidez esta crema con la virtud del demonio, no lo ha hecho transformando el agua en crema, sino, bien trayendo crema de algún otro lugar o bien recibiendo leche natural de una vaca y transformándola instantáneamente en crema. Aquello que realiza el arte de las mujeres para transformar la leche en crema durante algún tiempo, él ha podido imitarlo y ofrecérsela en muy poco tiempo.

De la misma forma ocurre a veces que gentes supersticiosas, careciendo de vino u otra cosa necesaria, toman simplemente una botella o un frasco y mientras que ellos se van por la noche a recorrer el pueblo, el frasco se llena súbitamente de vino, porque el diablo ha tomado el vino de algún otro vaso y lo ha vertido allí.

En cuanto a la manera que las brujas tienen de hacer perecer a los animales y bestias de carga, hay que decir que actúan como cuando lo hacen con los hombres. Pueden embrujarlos por el tacto y la mirada, o por la mirada solamente o por medio de un objeto maléfico colocado bajo el umbral de la puerta del establo o junto al lugar donde van a beber. Así unas cuantas brujas que fueron quemadas en Ratisbona y de las que se hablará más abajo, siempre con la ayuda de los demonios, se ocupaban de embrujar los lugares en los que se encontraban los mejores caballos y los animales más gordos. Se les preguntó el medio que utilizaban para realizar aquellas cosas, y entonces una de ellas llamada Inés, respondió que ellas ocultaban algunas cosasbajo el unbral de la entrada del establo. ¿Qué cosas eran?, se les preguntó. Ella respondió: huesos de animales de diversas especies. ¿Y en nombre de quien hacías todo esto?, se le preguntó también. A lo que contestó: en el nombre del diablo y de todos los demás demonios. Otra llamada Ana, había embrujado sucesivamente a veintitrés caballos, pertenecientes a un ciudadano que ra trajinero.Un día en que, reducido éste a extrema probreza, había comprado el que hacía veinticuatro, en pie, sobre el unbral de su cuadra dijo a la bruja que se encontraba también sobre el unbral de su casa: he comprado un caballo y he prometido a Dios y a su Madre que si también muere, te he de matar con mis propias manos. Asustada la bruja no hizo daño al caballo. Detenida inmediatamente e interrogada acerca de la forma como llevaba a cabo tales cosas dijo que no había hecho más que cavar un hoyo en el que el demonio había depositado cosas

desconocidas para ella. Donde se ve que la bruja coopera lo suficiente poniendo la mano o dirigiendo la vista. Si la bruja no participase no se daría a la bruja la posibilidad de hacer daño a las criaturas, y, como ya se ha visto esto supone una ofensa más grave a la divina majestad. Muy a menudo también los pastores han visto a los animales en el campo dar tres o cuatro saltos en el aire y después súbitamente caer muertos a tierra. Esto ocurre seguramente por la acción de los demonios a petición de las brujas. En la diócesis de Estrasburgo, entre la ciudad de de Fiessen y el monte Ferreiro, un hombre muy rico afirmaba que más de cuerenta animales entre bueyes y vacas, suyos y de otros, habían sido embrujados en los Alpes en el espacio de un año y ello sin que hubiere peste in otra enfermedad alguna. La prueba de esto, decía, es que en caso de peste u otra enfermedad accidental, los animales mueren poco a poco y no súbitamente. El maleficio, por el contrario, arrebata toda la fuerza de un solo golpe, y ello ha hecho pensar a todos que estos animles eran víctimas de un sortilegio. Yo había notado las cifreas precisas, pienso por tanto que hbía exagerado. Pero es también cierto que en algunas regiones y principalmente en los Alpes, muchos animales se dice que están embrujados. Y se sabe que esta especie de maleficios se encuentra extendida por todas partes. Se discutirán todas estas cosas más abajo cuando hablemos de los remedios que se han de emplear contra los maleficios.

CAPIYULO XV

SOBRE EL MODO COMO CONCITAN PREDISCOS Y TEMPESTADES SOBRE HOMBRES Y ANIMALES, A LOS QUE INCLUSO SUELEN FULMINAR CON RAYOS.

Los diablos y sus discípulos pueden suscitar, mediante maleficios, rayos, pedriscos y tempestades, todo ello mediante la permisión de Dios: esto es lo que testimoniala Escritura acerca del demonio y sus discípulos. El libro de Job testimonia, que tan pronto recibió la permisión de Dios el demonio hizo que los Sabeos robasen cincuenta yuntas de bueyesy quinientos asnos; después el fuego que cayó del cielo consumió siete mil camellos; y, finalmente, los siete hijos y las tres hijas fueron aplsatados por un viento violento bajo las ruinas de la casa, pereciendo igualmente los numerosos servidores fuera del que sirvió como mensajero del hecho, y para concluir el cuerpo del santo varón se vió atacado por una horrible úlcera y su mujer con sus tres amigos procuraron avergonzarle atorméntandole con burlas (462).

En sus Apostillas sobre Job, Santo Tomás habla de esta forma: hay que confesar que con la permisión de Dios, los demonios son capaces de desencadenar una perturbación del aire, hacerse levantar los vientos y caer fuego del cielo. En efecto, aunque la naturaleza corporal no obedece a los ángeles a discercción, ni a los buenos ni a los malos, por lo que respecta a la recepción de formas sino únicamente al creador, ésta se encuentra hecha empero para obedecer a la naturaleza espiritual, por lo que respecta al movimiento local. Se tiene un indicio de esto en el hombre, ante la sola orden de la voluntad que está en el alma, los miemnros se mueven para realizar la obra que la voluntad ordene. Luego todo aquello que puede hacerse por el movimiento local de los ángeles buenos e incluso malos pueden hacerlo por su virtud natural si no se encuentran impedidos para ello por Dios. Pero los vientos, las tempestades y otras perturbaciones del aire pueden ser producidas por el movimiento de los vapores que suben de la tierra y del agua únicamente, luego es suficiente para suscitarlos la virtud natural del demonio. Asi habla Santo Tomás (463). Efectivamente Dios tiene costumbre de inflingir los males que merecemos por nuestros pecados, utilizando

a los demonios como sus verdugos. De aquí la Glosa sobre el Salmo: llamó al hambre sobre la tierra, arrebató el sostén que procura el pan. La Glosa dice esto: Dios permite que estos males sean inflingidos por los malos ángeles que son los encargados de ellos y otras tareas de este género. El llama al hambre, es decir al demonio encargado del hambre (464). Se podría además recordar lo que se ha notado más arriba en la cuestión donde se planteaba si los brujos deben concurrir con los demonios para inflingir sus males. Se ha hablado de un triple daño y se ha dicho que, con frecuencia, los demonios inflingen sus males sin ayuda de los brujos. Los demonios prefieren, no obstante, hacer daño con la ayuda de los brujos porque así Dios irritado en mayor grado, les concede una facultad mayor de castigar y hacer daño a los hombres.

Sirven a estas cosas cuanto dicen además los dosctores a propósito de la cuestión de si hay reservado un lugar especial para los ángeles malos en el aire oscuro. Tres cosas deben ser consideradas en los ángeles malos: la naturaleza, la función y la falta.A su naturaleza correspondería el cielo empíreo, a su pecado el lugar más bajo, el infernal, pero a su oficio de verdugos y ministros del castigo de los malos y probación de los buenos, corresponde el aire oscuro. Para que no puedan atormentarnos tanto como podrían hacerlo si habitasen en torno a nosotros en el mundo inferior, habitan el aire y en torno a la esfera de fuego, puede mezclar los elementos activos con los elementos pasivos, cuando Dios lo permite, y hacer caer fuego del cielo y brillar los relámpagos del rayo (465). En el Formicarius de Nider se cuenta la historia de un hombre al que se había detenido. Mie ntras que el juez le interrogaba acerca de la forma que tenía de suscitar prediscos y tempestades y si esto le resultaba fácil, respondió: nosotros causamos fácilmente tempestades y pedriscos, pero no podemos herir, según nuestra voluntad por causa de la guarda de los ángeles buenos. Y añadió: únicamente podemos herir a aquellos que se encuentran privados de la ayuda de Dios. Aquellos que se arman con la señal de la cruz se ven libres de nuestros ataques. En cuanto a nuestro método, es el siguiente: en primer lugar, en medio del campo, emp`leamos ciertas palabras para pedir al jefe de los demonios que envíe a algunos de los suyos para que golpee a alguien que nosotros le designamos. Después, cuando el demonio ha venido a ofrecernos un pollo negro en un cruce de caminos arrojándole al aire para que le tome el demonio, éste le obedece una vez que el demonio le ha tomado e inmediatamente se pone a golpear el aire. Entonces hay que hacer caer rayos y pedrisco, no siempre, empero en los lugares designados por nosotros, sino según la permisión de Dios vivo. En el mismo libro también se habla de un cierto jefe o heresiarca de los brujos llamado Scavius. Vivía en el territorio de Berna y sus alrededores, y se atrevía a glorificarse en público de poder transformarse en rata ante los ojos de sus rivales y escapar de este modo a los ojos de sus mortales enemigos. Un día que la justicia divina quiso poner término a su malicia, sus enemogos, apostados para tenderle una trampa, le descubrieron sentado sobre un cesto al borde de una ventana. Murió miserablemente transpasado por sus espadas y lanzas, como consecuencia de sus crímenes. No obstante, uno de sus discípulos, llamado Hoppo, sobrevivió y fue el maestro de Städlin, de quien se ha hecho mención más arriba. Ahora bien, estos dos sabían, cuando les parecía, hacer pasar de un campo vecino al suyo un tercio de estiércol o de paja, el grano o cualquiera otra cosa, sin ser vistos por nadie. Sabían suscitar tempestades violentas y vientos destructores con relámpagos. Sabían arrojar niños al agua sin que sus padres los viesen, cuando estos se paseaban a la orílla de los ríos. causaban esterilidad en los hombres y animales. Atacaban de todas formas a las personas y sus bienes. Incluso a veces herían con el rayo a aquel a quienes querían, y causaban otros males cuando la justicia de Dios se lo permitiía (466).

Es bueno también recordar lo que hemos encontrado nosotros mismos: en la diócesis de Constanza, a veinte millas tetónicas de la ciudad de Ratisbona, una violenta tempestad de granizohabía destruído en el espacio de una milla, todos los frutos, de siega y vendimia, hasta el punto de que no se esperaba una cosecha de uvas hasta el tercer año. La cosa fue llevada al notario de la Inquisición, y el clamor popular mostró la necesidad de una encuesta: muchos, si no todos los habitantes de la población consideraban que aquello era consecuencia de un maleficio. Como los magistrados de la ciudad también estaban de acuerdo, durante quince días, y según el procedimiento legal, nosotros practicamos una inquisición respecto de la sola herejía de las brujas. Entre todas las personas cuyo número no era pequeño, se llegó a sospechar en firme solamente de dos personas: una de ellas llamada Inés, encargada de baños, y la otra Ana de Mindelheim. Se las detuvo y se las puso en dos prisiones distintas, ignorando cada una de ellas lo que le ocurría a la otra. A la mañana siguiente la encargada de los baños fue sometida a interrogatorio amablemente por el alcalde llamado Gelré, un hombre verdaderamente celosos de la fe, en presencia de los demás magistrados y del notario. Aunque ella se vió indiscutiblemente afectada por el maleficio de taciturnidad, del que los jueces han de desconfiar siempre, en el primer intento, con un alma viril y no femenina se declaró inocente. Empero, por la clemencia de Dios que no quería que tal crimen permanciera impune, súbitamnete, una vez libre de sus ligaduras, aunque se encontraba en la sala de tortura, reveló todos los crímenes que había cometido. Interrogada por el notario de la Inquisisción acerca de los artículos y las deposiciones de los testigos, respecto de los males infligidos a los hombres y los animales, por la razón que se sospechaba de que era bruja, toda vez que nadie había testimoniado nada acerca de su reniego de la fe ni de sus torpezas carnales con un demonio íncubo, afirmando que desde hacía dieciocho años ella se venía entregando a él con una total apostasía de la fe. Además de todo ello se le preguntó si sabia algo acerca de la tempestad susodicha, y ella respondió que si. Interrogada acerce de qué y cómo, respondió que se encontraba en su casa cuando en torno a la hora de medio día vino el demonio a mi encuentro, y me dijo que fuese a la llanura de Kuppel, tal es el nombre, con un pococ de agua; cuando le pregunté qué era lo que quería hacer con aquella agua, respondió que quería producir lluvia. Cuando hube pasado la puerta de la ciudad encontré al demonio mismo de pie bajo un árbol... El juez le preguntó entonces a aquella mujer que bajo qué árbol había visto al demonio. Ella respondió: bajo el que se encuentra frente a esta torre, dijo ella mostrándolo con el dedo. interrogada sobre lo que había hecho bajo el árbol, ella respondió: el demonio me mandó cavar un pequeño agujero y arrojar en él el agua. Se le preguntó si se encontraban sentados juntos, y ella contestó que cuando se encontraba sentado el demonio ella se encontraba de pie y viceversa. Interrogada finalmente sobre si había tenido alguna compañera, respondió que bajo el árbol de enfrente se encontraba una compañera suya, nombrando entonces a Ana de Mindelhein, pero que ignoraba lo que hacía. Preguntada paraconcluir, entre el intervalo de tiempo que había mediado entre el momento de arrojar el agua y la tempestad, respondió: justo el tiempo de permitirme volver a mi casa. Pero, y esto es notable, cuando al día siguiente la otra fue también puesta débilmente a cuestión, apenas fue suspendida sobre el suelo un dedo, se la desñigó de sus ataduras y reveló con detalles las mismas cosas, sin la menor divergencia en relación con cuanto había dicho la otra, ni en cuanto al tiempo, la hora del mediodía, ni en cuanto al lugar, la una bajo un árbol y la otra bajo el otro, ni en cuanto al modo, vertiendo agua en un agujero y removiéndola en nombre del diablo y de todos los demás demonios, ni en cuanto al intervalo de tiempo. El pedrisco había sobrevenido cuando el diablo había tomado el agua y la hubo lanzado al aire y ella hubo vuelto a su casa.

Así al tercer día fueron quemadas ambas, la encargada de los baños, contrita y confesa, se encomendaba a Dios con frecuencia, afirmando que moría de buen grado, con el fin de poder escapar a los tormentos del demonio, teniendo en sus manos una cruz y estrechándola entre ellas.

La otra, por el contrario, la despreciaba: ella había tenido también su demonio súcubo con total apostasía de la fe, siendo mayores sus delitos que los de la primera en cuanto a los maleficios inflingidos a los hombres, los animales y los frutos de la tierra, como lo demuestra el proceso que el tribunal le siguió.

Sean suficientes estas cosas. Ciertamente que se podría contar innumerables hechos concernientes a maleficios de este género. Respecto de los rayos que frecuentemente consumen a los hombres solos o con sus animales, sus casa, sus graneros, la causa puede parecer más oculta y ambigua. Efectivamente courre que por la permisión divina todas estas cosas ocurren sin que las brujas participen en ello. Pero, no obstante, como de sus confesiones se ve claro que han admitido frecuentemente haber hecho y causado estas cosas, y además de cuanto ha sido dicho más arriba podrían añadirse muchos otros hechos y gestos, resulta razonable concluir que con la misma facilidad con que suscitan tempestades, pueden atraer los rayos y promover tempestades en el mar. De esta forma se elimina toda ambigüedad.

CAPITULO XVI

SOBRE LOS TRES MODOS COMO SOLAMENTE LOS HOMBRES, Y NO LAS MUJERES, SE VEN AFECTADOS POR EL ALEFICIO.

El último género de maleficio de que se ven infectados los hombres se reparteen tres especies. Debemos hablar en primer lugar de la gravedad del crímen de los arqueros brujos, repartido en seis horribles maleficios: primero el santo día de la pasión del Señor, es decir el viernes de Parasceve, se cuenta que toman, durante el oficio, como diana para sus dardos una imagen santísima del crucificado. ¡Oh que inmensa injuria y crueldad para con el Salvador! Segundo, aunque hay dudas para saber si realizan alguna otra apostasía verbal además de esta apostasía de hecho hecha ante los demonios, cualquiera que sea la forma como tal cosa tiene lugar, un cristiano no puede hacer una injuria mayor a la fe. Es seguro que si los infieles cometiesen tales cosas no tendrían eficacia, pero no hay nada que se pueda comparar para el Adversario de la fe. ¡Desgraciados! Deberían por ello apreciar la eficacia y la verdad de la fe católica para cuya confirmación Dios permite semejantes crímenes. Tercero, cada arquero tiene tres o cuatro tiradas y por tanto puede clavar igual número de dardos, y en consecuencia cada día puede matar a igual número de hombres. Cuarto, a partir de elloreciben del diablo la seguridad de que en principio deben dirigir su mirada y enderezar su voluntad sobre aquel a quien quieren matar. Como consecuencia, cualquiera que sea el lugar en el que se encuentra encerrado, este hombre no podrá ya ser protegido para que las flechas no le hieran ni le sean hundidas por el demonio. Quinto, son capaces de tirar un dardo con tal precición, que en el caso de que quisiesen atravesar un denario colocado sobre una cabeza sin herir a esta, podrían hacerlo, de la misma forma que también lo harían con una bombarda por grande que fuera. Sexto, para realizar esto han de rendir homenaje al diablo hasta la perdida de su cuerpo y de su alma.

He aquí algunos ejemplos de estas prácticas: un cierto príncipe del Rhin, llamado Eberthart, Barba Larga, porque llevaba barba, el cual anexionó tierras al demonio imperial

hace ya sesenta años, había puesto sitio a un castillo llamado Landenbrunnen, a causa de las incursiones que hacían los hombres de este castillo. Ahora bien, en su comitiva figuraba una especie de brujo llamado Puncler, que alcanzó sucesivamente a los defensores del castillo hasta el punto de no dejar más que a uno solo. Este se conducía de la manera siguiente: una vez que había visto a alguien, cualquiera que fuese el lugar donde iba, le hería mortalmente con una flecha y le mataba. Pero él no podía tirar más que tres flechas de estas cada día, porque había clavado tres en la imagen del salvador. ¿Cual era la razón para que el diablo hubiese escogido el número tres? Puede pensarse que ello serviría para desafiar a la Santísima Trinidad. Una vez que lanzaba sus tres tiros seguros ya lo hacía con tanta inseguridad como el resto de los soldados. Pero ocurrió que un día uno de los hombres del castillo se dirigió a él burlándose: Puncler, ¿cómo es que dejas ilesa la ladaba de la puerta? Y él respondió en medio de la noche desde el exterior: no, yo la tomaré el día que el castillo sea tomado. Y realizó cuanto había predicho, cuando todos hubieron sido muertos, salvo un hombre, como hemos dicho, y el castillo cayó, cogió la aldaba y la puso en su propia casa Rohrbach en la diócesis de Worms, donde todavía puede vérsele hoy. Pero tras de ello una noche fue muerto a golpes de azada por los campesinos a quienes él había molestado con frecuencia y murió en su pecado. Se cuenta también de este hombre que uno de los señores de la región quiso tener una prueba de su habilidad. Propuso como blanco a su propio hijo con un denario sobre su birrete. El brujo dijo que lo haría, pero con reticencia. Se abstuvo en principio por temor de que el diablo lo engañase para su perdición; después, cediendo a las solicitudes del príncipe, comenzó por colgar una flecha de su collar, y poniendo otra en la ballesta, hizo saltar el denario colocado sobre el sombrero sin hacer ningún daño al muchacho. Visto esto, el príncipe preguntó al brujo porqué había puesto, en prinipio una flecha en el collar. El respondió, sí, engañado por el diablo, hubiese matado al niño, como habría debido morir, os hubiera atravesado primero con esta flecha a fin de vengar mi muerte (467). Hay que creer que el Señor permite estos males para prueba y castigo de sus fieles, pero la clemencia del Señor realiza todavía milagros mayores para el refuerzo y el triunfo de la fe. Así, en la diócesis de Constanza, cerca del castillo de Rohenzollern y de un convento de monjas, hay una iglesia recientemente reconstruída, donde se ve una imagen del Salvador con una flecha clavada y sangre como si se hubiera derramado. La verdad del milagro es la siguiente: un desgraciado quería obtener del diablo la seguridad de que con tres o cuatro flechas sería capaz de matar a alguien cuando lo deseara. Un día en una encrucijada dirigió su dardo contra una imagen de un Crucificado, al que atravesó. Pero cuando la imagen comenzó a sangrar milagrosamente, el desgraciado quedó quieto, inmovilizado por el poder divino. Uno que pasaba le preguntó que por qué estaba tan quieto. El miserable movía la cabeza, los brazos y las manos que todavía sostenían la ballesta le temblaban así como el resto del cuerpo. No podía contestar. El otro mirando a su alrededor vio la imagen del crucificado y la herida sangrante con la flecha. Mal hombre, le dijo el otro, te has atrevido a atravesar la imagen de nuestro Salvador. Entonces llamando a otras personas, les dijo que tuvieran cuidado de que no huyese, aunque, como ya hemos dicho ni siquiera se podía mover. Corrió al castillo, contó el acontecimiento, y la gente descendió en tropel, encontrando al miserable en el mismo lugar. Se le preguntó de nuevo y confesó su crímen. Entonces la justicia pública se lo llevó de aquel lugar y una muerte horrible le fue inflingida como castigo de sus crímenes. Pero, ¡ay!, es terrible pensar que la perversidad humana no se encuentra aterrorizada con estas cosas y no retroceda ante crímenes semjantes. Se cuenta que por todas partes se encuentran en la corte de los grandes, hombres que se vanaglorian

públicamente de tales crímenes para vergüenza de la fe. ofensa grave de la divina majestad y desprecio del Redentor. Se les permite incluso jactarse de tales fechorías.

Por eso aquellos que ocultan, defienden y protegen a estos hombres merecen que se les juzgue no sólo como a herejes, sino como apóstatas de la fe. Deben ser castigados de la maneraque vamos a decir como si se tratase de un crímen de brujería: en principio han de ser excomulgados según el derecho. Si sus protectores son clérigos han de ser degradados y privados de sus beneficios u oficios, a los que no pueden ser reintegrados más que por indulto especial de la Sede Apostólica. De la misma forma aquellos que los ocultan, si tras de las publicaciones continuan obstinándose en su excomunion durante un año, deben ser condenados como herejes. Todo esto se prueba como sigue: en los Decretales, se toca la obligación de no poner obstáculos directos o indirectos en los procesos de los tribunales diocesanos o de la Inquisición en los asuntos de fe; aquí se menciona el susodicho castigo que se ha de aplicar tras de un año, diciendo: prohibimos formalmente a los príncipes, señores temporales y soberanos y a sus tribunales, etc. Si alguien quiere que lea este capítulo. Además que las brujas y sus protectores se encuentran excomulgados ipso iure se ve allí donde se hace cuestión de las brujas heréticas, en el capítulo de las Herejías, o más brebemente sobre la Excomunión. Se dice por ejemplo: No excomulgamos y anatematizamos a todos los herejes, cátaros, patarinos... y otros cuyos nombres son conocidos. Y se ha de notar que se incluye en la excomunión a los adeptos y simpatizantes cuando dice: excomulgamos también a los discípulos, encubridores, defensores, protectores de estos herejes. El canon habla de las diversas penas en que incurren por espacio de un año ellos e incluso los clérigos: ocultadores, partidarios, defensores, que como decimos se encuentra bajo la sentencia de excomunión. Cualquiera a quien se haya hecho notificación, si se niega a satisfacer se convierte ipso iure en el espacio de un año en infame, que no puede ser admitido a los oficios ni consejos, ni tampoco puede ser electo de cargos. Se hace incapaz de testificar, incapaz de testar, ni de hacer libremente un testamento ni de recibir un legado, y nadie se encuentra obligado a respetar una transacción hecha con él. Si alguno de estos hombres es juez, su juicio no tiene ninguna fuerza y las causas no deben ser llevadas a su audiencia. Si es abogado no ha de ser admitido a la defensa; si es notario, las catas confeccionadas por él son despojadas de valor y son condenadas junto con su autor, y en casos semejantes habrá que atenerse a estas prescripciones. Si es clérigo se le depondrá de todo oficio o beneficio que tuviere, puesto que sobre quien la falta es más grave la venganza ha de ser también mayor. Si alguno de entre ellos, después de haber sido degradados por la Iglesia, tratan con desprecio este castigo, entonces la sentencia de excomunión les será aplicada hasta el límite extremo. Los clérigos no administraran los sacramentos de la Iglesia a estos apestados, ni se atreveran a darles sepultura eclesiástica. Tampoco aceptaran sus limosnas ni sus ofrendas, bajo pena de ser privados de su oficio y de no poder ser reintegrados a él más que por especial indulto de la Sede Apostólica (468). Hay además muchas otras penas contra ellos aunque no persistan en su obstinación durante un año, así como sobre sus hijos y nietos. Pueden, de acuerdo con un canon, ser privados de sus títulos, posesiones y otros honores y beneficios eclesiásticos, y de todos los oficios públicos cualesquiera que estos sean, por el obispo o el Inquisidor: aunque conviene entender esto para el caso de que permanezcan impenitentes. Además se ve en otras partes que sus hijos han de ser privados hasta la segunda generación de todo oficio eclesiástico y calquier cargo público: conviene entenderlo referido a los que descienden por línea paterna y no por línea materna, y solamente para los que son impenitentes. También se ve que a sus discípulos les está prohibido el derecho de apelación en otro canon, así como a sus partidarios, defensores y protectores. Esto es lo que la Glosa del Archidiácono

Guy de Baysio explica en el sentido de que tras la sentencia que los declara tales, ellos no pueden apelar más que si están enfermos o indebidamente maltratados. Aún podrían añadirse algunas cosas pero esto es bastante.

Con el fin de hacer comprender mejor cuanto se ha dicho, debemos discutir todavía algunos puntos: en primer lugar, si un príncipe o un soberano secular emplea a un brujo de estas caracteristicas para destruir un castillo en una guerra justa, según el caso citado más arriba, y sin consu ayuda reduce el poder de los mlvados, ¿se debe colocar a todo el ejército entre los partidarios y ocultadores de los brujos, y se les debe castigar con las penas susodichas?

La respuesta parece ser que en razón de la multitud el rigor dela justicia se debe atemperar (468). Pero el señor, sus asistentes y sus consejeros en estas cosas, han de ser afectos por estas penas de acuerdo con el derecho, cuando, habiendo sido advertidos por sus ordinarios persisten en ello. Juzgados como fautores y ocultadores, han de caer bajo estas penas. El resto del ejército, por no haber tomado parte en estos consejos se encuentra simplemente dispuesto a arriesgar su vida en defensa de la república. De aqui que incluso si estos hombres tiene alguna complacencia por los hechos de los brujos, escapan a la censura de excomunión, aunque dena, no obstante, acusarse de ello en confesión. Y en la absolución deben ser advertidos por los confesores para que detestetn estas prácticas y en la medida de lo posible arrojar lejos de sí a estos brujos. Si se pregunta por quién pueden ser absueltos los jefes, si por los ordinarios o por los inquisidores, se ha de contestar que si se arrepienten pueden ser absueltos indistintamente por los ordinarios o por los inquisidores. Se ve por el derecho cuando trata de este cargo: contra los herejes, sus fieles, sus protectores, partidarios, ocultadores y cuantos son acusados o sospechosos de herejía, se ha de proceder con sanciones canónicas, poniendo el temor de los hombres después del de Dios. Pero si alguno de estos abjura primero de su pecado y quiere entrar de nuevo en la unidad de la Iglesia, se le ha de conceder el beneficio de la absolución eclesiástica canónica (470). Si se insiste el hecho de quienes han de absolver a los príncipes cuando éstos se arrepienten, y cuando se ha de juzgar que un príncipe se ha arrepentido. Se responde que cuando entregue al suplicio al brujo por injuria al Creador, y cuando decide en su corazón castigar con la pena requerida incluso a aquellos que son manifiestamente reos de perversión herética, como herejes y brujos. Cuando reprueba su pasado y decide no favorecer más en adelante a tales hombres, como corresponde a un príncipe católico. Y si se pregunta todavía a quien ha de ser llevado el hereje y qué orden ha de ser castigado, y si ha de ser juzgado como manifiestamente sorprendido en delito de herejía, respondemos que de ello se hablará en la primera cuestión de la tercera parte: donde se examina si su castigo depende sólo del juez secular o también deljuez eclesiástico. Resulta claro según los cánones que está prohibido a los jueces y magistrados seculares juzgar un crímen de herejía de cualquier manera que sea, sin permiso del obispo o del inquisidor. Empero la razón dada allí no parece que valga: No han de juzgar a los herejes porque el crímen de herejía es puramente eclesiástico, ya que a causa de los males puedetambién ser considerado civil. Como se dirá más tarde, auqnue el juez eclesiástico debe conocer y juzgar en este caso, corresponde al juez secular ejecutar la sentencia, y castigar como se ha visto en los capítulos del derecho citados más arriba. Luego incluso si el juez secular, entrega al brujo al obispo para que lo juzgue, es a él a quien corresponde el castigo cuando aquel se lo devuelve y se lo deja. Entonces el juez secular, con el consentimiento del obispo, puede hacer mbas cosas, es decir, juzgar y castigar (471). Y no se diga que estos brujos no son herejes sino más bien apóstatas. Ambos tocan la fe, no haciendo otra cosa el hereje que ponerla en duda en todo o en parte, y renegándola el

apóstata, y es cierto que la idea misma de brujo implica apostasía. Como es más grave corromper la fe por la que viene la vida del alma que falsificar moneda por la que se atiende a la vida del cuerpo, entonces, puesto que los falsificadores de moneda y otros malhechores son justamente entregados a la muerte por los jueces saculares, ¡cuánto más semejantes herejes y apóstatas pueden ser muertos con justicia cuando se les ha convencido de crímen! De esta forma hemos respondido a la segunda cuestión, es decir, la que se plantea que ante qué tribunal y ante qué juez ha de ser juzgado el brujo. pero todas estas cosas serán tratadas con mayor claridad en la tercera parte de esta obra, cuando se hable de los modos del juicio: ¿Cómo se ha de juzgar a quien sea sorprendido en flagrante delito de herejía? ¿Hay que matar a quien se arrepienta? En verdad si el simple hereje relapso, incluso si se arrepiente ha de ser muerto según los cánones, ello se debe a la razón de Santo Tomás: así se provee al bien común. Si los herejes relapsos se arrepienten a menudo, y se les autorizase a vivir disfutando de sus bienes temporales, ello podría ser en pejuicio de la salvación de los demás, o porque podría infectarlos si volviera a caer, o porque si marchasen sin castigo los demás tendrían todavía menos miedo en ser acusados de herejía. A partir de esta nueva caída de otros se presume de su inconstancia futura y por tanto se está justamente autorizado a matarlos (472). Por ello conviene decir que si a causa de la sola sospecha de inconstancia el citado juez eclesiástico debe entregar al relapso al tribunal secular para que lo mate, con mayor razón si no quiere entregarlo a causa del arrepentimiento y la conversión, puede dejarlo prender y no impedir que el jez secular mate a este apóstat o a aquella bruja a causa de los males materiales que hayan podido causar. Incluso si su primer deber como juez eclesiástico es absolver al brujo oenitente de la excomunión incurrida bajo el título de herejía de las brujas (el hereje se encuentra excomulgado ipso iure) y recibirle en el seno de la Iglesia, a fin de que su espíritu se salve (473). Otras razones se darán aún en la primera cuestión de la tercera parte, esto es bastante por el momento. Simplemente que los pastores de almas noten cuan estrecha y severa será la rendición de cuentas exigida por el terrible juez. Realmente el juicio más severo será para aquellos que gobiernan y que dejan a estos hombres vivir para insulto del creador.

Por lo que respecta a las otras dos especies de brujos se les puede reducir al mismo género: ellos son los magos que saben encantar todas las armas para que no les hagan daño en absoluto ni pueden ser heridos mediante encantamientos y otras palabras sacrílegas. Su diversidad se debe a esto: unos se confunden con los citados arqueros-brujos, en la medida que ellos también aprenden a insultar la imagen del Crucificado. Por ejemplo, quien quiera no ser herido en la cabeza por un golpe o un arma, debe quitar la cabeza de la imagen, para proteger el cuello debe quitarle el cuello, para proteger el brazo debe quitar o destruir el brazo y así sucesivamente, a veces ahasta la cintura y otras veces totalmente. Esta es la razón por la que de cada diez imágenes del crucificado colocadas en las encrucijadas de los caminos, apenas hay una que permanezca entera. otros se procuran la invulnerabilidad llevando estos miembros cortados, otros pronunciando a veces palabras sagradas e incluso desconocidas. Su diferencia consiste en que los primeros se encuentran entre los arqueros brujos para vergüenza de la fe en la profanación de las imágenes del crucificado. Por ello conviene contemplarlos y juzgarlos como a verdaderos apóstatas cuando se les sorprende, pero no en el mismo grado que a los arqueros, porque actúan no por hacer daño a otro sino para proteger sus cuerpos enteros o por encima de la cintura. Luego como a los herejes penitentes y no relapsos (si una vez convencidos se arrepienten), se les juzga imponiendo la abjuración y la prisión. En cuanto a los segundos que intentan hacer inútiles las armas, por medio de encantamientos,

caminar sobre ellas con os pies desnudos y otras cosas: según isidoro se les llama encantadores a aquellos que tienen el poder de realizar cosas sorprendentes por medio de sus palabras (474). No obstante conviene hacer una distinción, a veces los encantamientos se hacen con palbras santas, oraciones hechas sobre los enfermos, lo que puede hacerse lícitamente mediante siete condiciones como se dirá después cuando se hable de la forma de curar a los enfermos embrujados. En cuanto a los encantamientos hechos sobre las armas con palabras o cantos escritos que se llevan sobre sí, corresponde a los jueces ver si se trata de palabras desconocidaso de otros carácteres y rasgos distintos del signo de la cruz. Todas estas prácticas han de ser repudiadas, y las genteshan de ser desviadas de estos artificios crueles. Si no quieren, hay que juzgarlos como ligeramente sospechosos, ya que no se encuentran totalmente exentos del pecado de herejía. Todas estas cosas se hacen mediante la acción y la ayuda del diablo, luego quien sirva de él ha de ser contemplado como apóstata de la fe. Empero, a causa de su ignorancia y para que se enmienden, se les ha de tratar con menos rigor que a los arqueros brujos.

Se encuentra también comunmente a comerciantes y mercaderes que llevan sobre sí bendiciones y encantamientos de este tipo. Todas estas cosas tiene la apariencia de encantamientos y conviene eliminarlas absolutamente bien el fuero interno por el confesor, o bien en el fuero contecioso por el juez eclesiástico. Porque a causa de estas palabras desconocidas y de estos carácteres trazados, existe sobre estas cosas un pacto tácito clebrado con el diablo, y él es mezcla en todas estas cosas oscuramente realizando deseos que llevan al mal. De aqui que en el fuero contencioso el culpable de estas cosas debe hacer abjuración según el segundo modo de juicio previsto en la tercera parte. En el fuero de la conciencia, el confesor debe pedir ver los encantamientos, y si el otro no quiere rechazarlos por completo debe destruir los caracteres y las palabras desconocidas y no permitir más que las palabras del Evangelio y la señal de la cruz.

Respecto de todas estas gentes y sobre todo de los arqueros brujos, se debe notar, como se ha dicho más arriba, si son manifiestamente sorprendidos en delito de perversión herética, porque en este caso han de ser juzgados como tales. Se ha hablado ya de ello en la primera cuestión de la primera parte. La cosa aparece de la manera siguiente, según la Glosa orrdinaria de Bernardo sobre el derecho: alguien es consideradosorprendido en flagrante delito de perversión herética de tres maneras: o por evidencia de un hecho como en el caso de simple herejía, cuando la gente predica simp0lemente la herejía. A causa de las pruebas dignas de crédito que presentan testigos. O a partir de la propia confesión. Al mismo tiempo la Glosa del mismo San Bernardo de Parma sobre las palabras "públicamente sorprendidos", las entiende de manera que sea evidente igualmente que son condenados, y otra de sus glosas también dice lo mismo, como se ha visto en la primera cuestión de la primera parte de esta obra (475). De todo ello se sigue que los arqueros brujos y los magos que encantan las armas han de ser tenidos por manifiestamente sorprendidos en delito de perversión herética, con pacto expreso realizado con el demoniosobre la base de sus obras manifiestas que no pueden ser realizadas más que por el poder del demonio. Quda claro igualmente del segundo que sis protectores, ocultadores y defensores han de ser tenidos ellos también por manifiestamente tales y sujetos a las penas prescritas. En su caso, no puede haber duda, como en algunos otros, sobre el hecho de que son sospechosas de recelo o leve, o grave o vehementemente. Pecan siempre gravemente contra la fe y siempre son heridos por Dios con una mala muerte. Así se cuenta de un príncipe que prategía a estos brujos y que había oprimido con su ayuda injustamente a una ciudad en ciertos asuntos de impuestos, viéndose reprochar un día por uno de sus familiares, olvidando todo temor de Dios, le respondió: ¡Que Dios me deje muerto en el sitio

si yo les he oprimido injustamente! La venganza divina siguió inmediatamente a estas palabras: expiró de muerte repentina menos como castigo de su injusta opresión, que de su prtección de la herejía. En tercer lugar, finalmente, está claro que todos los pastores y prelados, que no se oponen con todas sus fuerzas a estos ataques, a sus autores y defensores, han de ser juzgados ellos mimso como a fautores manifiestos de esta herejía, y son manifiestamente reos de las penas personales.

CUESTION II

CUESTION PRINCIPAL QUE PLANTEA LA DIFICULTAD PREVIA DE LA SEGUNDA PARTE.

Modos de quitar y curar los maleficios.

Se plantea si es lícito quitar los maleficios mediante otros maleficios u otras obras ilícitas. Tenemos argumentos para contestar que no. Más arriba lo hemos visto claramente. La postura de Santo Tomás es la comúnmente mantenida por los doctores, ya que lo contrario sería someter una apostasía de la fe (476). Ahora bien, que el maleficio no pueda ser destruído más que con ayuda de los demonios se prueba como sigue, si se disolviera sería un bien por los hombres o por el poder del diablo o por la potencia divina. Ahora bien, no lo es por la primera, porque una potencia inferior no puede destruir a una potencia superior, sin que haya algo que actúe más alla de su poder. Tampoco lo es por el poder divino, ya que esto sería una obra milagrosa, y el milagro Dios lo realiza unicamente a su discrección, pero no por orden de los hombres. Como en el caso de Cristo cuando su madre le pedía un milagro para auydar en la carencia de vino, y él respondió: (es opninón de los doctores que ella quería un milagro): Qué nos importa a tí y a mí esto, es decir, que tenemos nostros en común con esta obra milagrosa? Queda claro también que es realmente raro que los hombres se vean libres de sus maleficios, cualesquieraque sean sus demandas de auxilio a Dios o a las oraciones de los santos. Luego no pueden verse libres más que con la ayuda de los demonios, que no es lícito buscar empero. Además, aunque sea lícito, se realiza en la practica según la tolerancia común. Pero es una practica común ver como los embrujados corren en busca de las viejas superticiosas que les liberan muy a menudo, y no van a buscar a los sacerdotes exorcistas. Luego la practica muestra que los maleficios son quitados mediante el auxilio de los demonios. Puesto que está prohibido pedir su auxilio, resulta en consecuencia que también está prohibido anular sus maleficios. Luego hay que sosportarlos pacientemente. Además, según Santo Tomás y San Buenaventura, cuando hablan del impedimento maléfico al matrimonio, este maleficio puede ser de tal modo perpetuo que no tenga remedio humano alguno, o si tal remedio existe resulta desconocido de los hombres o prohibido (477). Por estas palabras, nos dan a entender que el maleficio es en cierto modo perpétuo e incurable. Y añaden, incluso si Dios pudiese remediarlo obligando al diabloy fuese posible darse la curación mediante el abandono del demonio, no obstante esta cura no sería una cura efectada por los hombres. Luego a menos que Dios mismo realice la curación, no es lícito al hombre intentar formar ninguna de curación o liberación. Además en el mismo lugar dicen que no está permitido buscar un remedio en otro maleficio. De donde concluyen que si se pudiera emplear como remedio otro maleficio y de esta forma quitar el primero, se le contemplaría igualmente como perpétuo, puesto que no está permitido en modo alguno pedir el auxilio del demonio mediante un maleficio.

Además, los exorcismos de la Iglesia no son siempre eficaces para la represión de los demonios, en lo que respecta a las aflicciones corporales, dependiendo esto de la discrección y del juicio de Dios. Resultan siempre eficaces contra los ataques del demonio respecto de los cuales fueron instituidos, contra los posesos, o respecto de los niños que han de ser exorcizados. Además, de que el demonio tenga poder sobre alguien a causa de sus pecados se sigue necesariamente que una vez desaparecidos los pecados, cese inmediatmente el poder del demonio. A veces se deja de pecar, pero los pecados continúan. Esta es la razón por la que, en función de todas estas palabras, los dos doctores citados parecen pensar que no está permitido quitar los maleficios: conviene tolerarlos, como los permite Dios, que podría quitarlos cuando quisiere.

Empero, en sentido contrario tenemos lo siguiente: Ni Dios ni la Naturaleza se prodigan de modo supérfluo, como tampoco falta en lo necesario. Esta es la razón por la que se dan a los fieles contra estos asaltos del demonio no solamente remedios preservativos, de los que ya se ha hablado en la primera parte de esta segunda parte, sino también remedios curativos. De ser de otro modo Dios no proveería de modo suficiente en favor de los fieles y las obras del diablo paracerían más fuertes que las obras de Dios. La Glosa, dice respecto de un texto de Job: no existe poder alguno sobre la tierra...; incluso si el daiblo es más fuerte que los hombres, se encuentra, no obstante, sometido a los méritos de los santoshombres que viven sobre la tierra (478). Además dice Agustín en su Tratado de las costumbres de la Iglesia: no existe ningún ángel más fuerte que nuestro espíritu cuando nos encontramos unidos a Dios. Porque si el demonio tiene una cierta fuerza en el mundo. el espíritu que se una a Dios es mayor que el mundo entero (479). De aquí que estos espíritus puedan destruir incluso las obras del diablo. De donde la respuesta.

Algunos teólogos y canonistas están de acuerdo entre ellos para decir que resulta lícito quitar los maleficios incluso por medios superticiosos y vanos. De esta opinión son Juan Duns Escoto, Enrique el Ostiense, Godofredo de Trano y los canonistas en general. La opinión de los demás teólogos, sobre todo de los antiguos y algunos modernos, como Tomás, Buenaventura, Alberto, Pedro de la Padul y muchos otros, es que el mal nunca ha de hacerse esperando que sobrevenga el bien. Luego el hombre debe morir antes que consentir tales cosas, es decir, buscar su liberación mediante otras obras supersticiosas. Una distinción pondrá de acuerdo estos puntos de vista. Pero conviene antes que nada examinar las distintas opiniones: Juan Duns Escoto, en su Comentario sobre las Sentencias, tratando del impedimento maléfico y de las personas frígidas y embrujadas, estima que no resulta razonable afirmar que esté prohibido quitar los maleficios aunque sea por medios supersticiosos y vanos. Efectivamente, dice, no hay infidelidad alguna en la medida en que el destructor del maleficio no otorga su consentimiento a las obras del demonio, sino que piensa más bien que puede y quiere atormentarle, simplemente en tanto dura aquel signo, puesto que, de acuerdo con las condiciones del pacto no presta su asistenciamás que en tanto dura el signo. De donde la destrucción del signo entraña el fin de la vejación diabólica (480) Respecto de este signo daremos un ejemplo: hay mujeres que reconocen a una bruja de la forma siguiente: cuando una vaca se encuentre privada, mediante maleficio de su rendimiento pleno de leche, cuelgan un cubo de agua sobre el fuego, tras de ello, acompañándose de palabras supersticiosas, golpean el cubo con un palo. Entonces aunque las mujeres dan golpes sobre el cubo, éstos se experimentan sobre las espaldas de la bruja por intervención del diablo. De esta forma, bruja y diablo se ven atormentados. Además el diablo hace estas cosas con el fin de empujar a una mujer católica que da golpes sobre un cubo de leche a prácticas peores. Por otra parte, si no

hubiese peligro no se comprende que el doctor planteara una dificultad. Además podrían alegarse otros varios ejemplos.

Enrique el Ostiense, hablando en su copiosa Suma del mismo asunto de los frígidos y los embrujados, a título de la impotencia común, dice que en estos casa se debe recurrir a los remdios médicos comunes. E incluso si algunos de estos remedios contra tal enfermedad tuviesen la apariencia de escritos vanos y supersticiosos, empero conviene confiar en ellos, en virtud de su profesión, y la Iglesia puede tolerar la supresión de vanidades, por otras vanidades (481).

Ubertino en en su cuarto libro emplea esta expresión: los maleficios pueden ser destruídos, o mediante las oraciones, o mediante el mismo artificio que los ha motivado. Además todavííia Godofredo de Trano, en su Suma sobre los Decretales, dice: el maleficio no puede ser siempre conjurado por aquel que lo ha infligido, bien porque haya muerto o bien porque haya olvidado el secreto, o bien porque no sabe destruirlo. Se habla allí contra los que mantenían que no pueden ponerse obstáculos a la unión carnal mediante maleficio, que el impedimento no sería nunca perpétuo y que, en todo caso no podían anular el matrimonio legítimamente contraído. Precisamente aquellos que llegaron a afirmar que ningún maleficio es perpétuo lo hicieron por estas razones siguientes: pensaban que todo maleficio puede ser conjurado, bien por un maleficio, bien mediante los exorcismos de la Iglesia ordenados a la represión del poder de los demonios, bien por una verdadera penitencia, puesto que el demonio no tiene poder más que sobre los pecadores. Luego a causa del primer punto, están de acuerdo con la opnión de aquellos que dicen que los maleficios pueden ser anulados por lo menos mediante recursos supersticiosos.

Santo Tomás, empero es de contraria opinión, diciendo al respecto del mismo lugar de las Sentencias: Si un maleficio no puede ser conjurado más que mediante un medio ilícito, como el auxilio del demonio o alguna cosa de este tipo, incluso si es notorio que puede ser anulado de esta forma, conviene considerarlo como perpétuo, por no ser lícito el remdio. De la misma opinión son Buenaventura, Pedro de la Palud, Alberto, y, en general todos los teólogos: cuando tratan en breve la cuestión de la invocación tácita o expresa de los demonios para pedir su ayuda, parecen opinar que estos maleficios no pueden ser anulados más que mediante exorcismos legales o por verdaera penitencia, como se dice en el Canon: "Si per sortiarias...", impulsados, al parecer, por las razones dadas al comienzo de la presente cuestión. Luego, en tanto sea posible, conviene armonizar las opiniones de estos grandes doctores. No se puede establecer esta armonía más que mediante una sola distinción: el maleficio es conjurado, bien por otro maleficio, o por otros ritos mágicos ilícitos y vanos, o bien por medio de ritos vanos pero no ilícitos.

Ahora bien, el primer remedio es manifiestamente ilícito, tanto por lo que hace a su autor, como por su condición de remedio. Pero puede ser realizado de dos maneras: haciendo daño a aquel que ha lanzado el maleficio, o bien sin dañarle, pero siempre con ritos mágicos e ilícitos. Entonces en este segundo caso se llega al segundo método, cuando el maleficio es conjurado, no por otro brujo, sino mediante ritos mágicos e ilícitos. Este es todavía reputado como ilícito, pero no tanto como el primero. Podemos resumir la posisición como sigue: el remedio se hace ilícito en virtud de tres cosas y de tres maneras. Primero cuando es anulado por otro brujo y por otros maleficios, es decir por la potencia del demonio. Segundo cuando es anulado no por un brujo, sino por una persona honrada, de manera que un maleficio sea transmitido por medios supersticiosos de una persona a otra: esto también es ilícito. Haciendo alusión, sin duda a estos métodos, algunos teólogos sostienen que es preferible escoger la muerte antes que consentir estas cosas. No obstante quedan todavía otros dos métodos, mediante los cuales, según los canonistas, puede ser

lícito y no vano conjurar los maleficios. estos métodos pueden ser utilizados cuando los otros remedios de la Iglesia, como son los exorcismos y las oraciones de los santos y la verdadera penitencia han sido ya ensayados en vano. Pero para un entendimiento más claro de cada una de estas cosas, aportamos algunos hechos y gestos recogidos por nosotros.

En tiempo del Papa Nicolás (480), un obispo de Alemania había venido a Roma para arreglar algunos asuntos. La caridad bien ordenada piede silenciar su nombre, aunque haya pagado ya la deuda de toda carne. Allí se enamoró de una joven y la envió a su diócesis encomendada a los cuidados de dos de sus servidores al mismo tiempo que algunos otros tesoros, sobre todo unas cuantas joyas preciosas. Mientras que la joven se encontraba de camino, impulsada por este deseo natural de las mujeres, comenzó a considerar el valor de aquellas joyas tan preciosas, y pensó que si el obispo moría bajo el efecto de algún maleficio, ella entraría inmediatamente en posesión de aquellas joyas.. Pero he aquí que a la noche siguiente el obispo cayó enfermo, los médicos y sus servidores comenzaron a preguntarse si no habría sido envenenado, porque tenía un ardor tal en el pecho que únicamente cuando le aplicaban compresas de agua fría conseguía reanimarse. Al tercer día cuando ya no se tenía ninguna esperanza de su vida, llegó una vieja y solicitó insistentemente verle, diciendo que venía dispuesta a curarle. Cuando hubo entrado se dirigió al obispo y le prometió la salud, si obedecía a sus proposiciones. Y cuando el obispo se interesó por aquello a que debía dar su consentimiento para sanar recuperando una salud que deseaba ardientemente, la vieja le respondió: he aquí que esta esfermedad os ha sobrevenido por un maleficio, y no poderis veros libres de él más que mediante otro maleficio, que transferirá vuestra enfermedad sobre la bruja que os la ha trasnmitido hasta que muera de ella. El obispo se encontró estupefacto. Cuando descubrió que no había ningún otro medio para verse libre, no queriendo actuar temerariamente, decidió consultar al Papa por medio de una súplica. El Papa le tenía un verdadero afecto. Sabiendo que no podía recuperar la salud más que mediante la muerte de la bruja, dio su consentimiento, permitiendo, entre dos males, escoger el menor, firmando con su anillo el permiso. Entonces la vieja se llegó de nuevo al obispo. Este le dijo que tanto el Papa como el se encontraban de acuerdo en lo referente a la muerte de la bruja, con la condición de que le fuese devuelta a él la salud. La vieja entonces se marchó y le prometió que la noche siguiente se vería curado. Pero he que cuando en mitad de la noche, se sintió mejor y liberado de su enfermedad, envió un emisario para que se enterase de lo que le ocurría a la joven. Este mensajero volvió y comunicó al obispo que al mismo tiempo que él sanaba ella había enfermado súbitamente cuando se encontraba durmiendo al lado de su madre. En todas estas cosas había que comprender, que a la misma hora y en el mismo momento en que la enfermedad abandonaba al obispo, ésta se dejaba caer sobre la bruja por causas de la acción de la vieja. Así el espíritu maligno, dejando de ocuparse del obispo parecía que le devolvía la salud. En realidad no le daba la salud, sino que podía disponer de ella mediante la permisión divina. Este diablo, en razón de su pacto con la segunda bruja, envidiosa de la fortuna de la joven, podía hacer daño a la joven amante. Y se puede pensar que estos dos maleficios, no eran inflingidos a las dos personas por un solo demonio, sino por dos demonios con la complicidad de dos brujas. Los demonios no trabajan unos contra otros, actúan por separado, de acuerdo siempre en última instancia en lo que respecta a la perdición de las almas (482). Finalmente, el obispo, compadecido, fue a visitar a la joven, pero cuando entró en la cámara ella le recibió con horribles imprecaciones y gritó: tú y la que te ha informado y te ha liberado, sed malditos por toda la eternidad. El obispo intentó amablemente inclinar su corazón a la penitencia, diciéndole que la perdonaba todo.

Entonces ella volviendo el rostro le aulló: vete, maldito, aquí no hay ninguna esperanza de perdón, mando mi alma a todos los demonios. Ella murió miserablemente. El obispo, feliz, volvió a los suyos. Notemos empero que el privilegio de uno no establece una ley común, luego la despensa del Papa no es una razón para que tal cosa sea permitida a todos.

Juan Nider en el Formicarius, envía a lo mismo cunado dice: un método es empleado a veces para anular un maleficio o para vengarse de un maleficio. Alguno, herido en sí mismo o en los suyos, va a buscar a una bruja deseando conocer a su malhechor. Entonces la bruja vierte varias veces plomo fundido en el agua, hasta que se forma mediante el poder del diablo una imagen en el plomo solidificado. Sobre ella pregunta la bruja a su cliente que dónde quiere a su bruja. Y cuando el cliente ha elegido el lugar de la herida, inmediatamente, en el mismo lugar que ha aparecido sobre el plomo solidificado, hace una marca de la herida e indica el lugar en el que encontrará al culpable, sin dar su nombre, no obstante. Y la experiencia muestra que se descubre al brujo herido exactamente en el lugar en que se había hecho la señal en su imagen de plomo (483).

Estos remedios y otros parecidos ya digo que son generalmente ilícitos, aunque la fragilidad humana se deja a menudo arrastrar por estas prácticas, más ardiente en la busqueda de la salud del cuerpo que la del alma y con la esperanza de obtener el perdón de Dios. Por el contrario, la segunda forma de curación utilizada, por los mismos brujos para disipar los maleficios implica un pacto expreso realizado con el demonio, sin hacer nigún daño a la persona. ¿Qué es lo que se debe hacera este respecto? ¿Cómo los reconoceremos? Todo esto será esclarecido más abajo cuando hablemos de las dieciseis maneras de dar una sentencia contra las brujas. existen muchas brujas de este género,y se encuentran siempre una o dos por cada dos millas teutónicas. En este espacio tod cuanto hieren las demas brujas ellas parecen curarlo. Algunas de ellas se vanaglorian de ser capaces de realizar tales curas en todo tiempo, otras de curar unicamente a aquellos que se han visto heridos después de las últimas Cautro Témporas. Otras no pueden curar mas que con el consentimiento de la bruja que ha realizado el sortilegio. estas mujeres son conocidas por haber realizado una alianza expresa con el demonio, ya que tienen la costumbre de comunicarlo a aquellos que se acercan a ellas con ánimo de recuperar la salud. Inmediatamente manifiestan a sus clientes los motivos de su desgracia: por causa de las disputas mantenidas con la vecina, con otra mujer, con otro hombre, se ven atacados en sí mismos o en sus parientes próximos. E incluso para ocultar sus crímenes prescriben peregrinaciones en ocasiones y algunas otras obras pías. Pero acercarse a estas mujeres con ánimo de recuperar la salud se revela tanto más pernicioso cuanto que ellas actúan para deshonrar la fe más que aquellas que parecen realizar la cura exclusivamente mediante una alianza con el diablo. Estos, de un lado, ponen su salud corporal ante Dios, pero de otro lado, abrevian por sí mismos su vida, al herirles Dios con frecuencia para vengar su crímen. De esta forma actuó con Saul la venganza divina, él que en un principio había expulsado de la tierra de Israel a los magos y a los brujos se dirigió después a consultarlos. De aquí que fuese muerto en la guerra con sus hijos, y esta es la razón también por la que Ocozías debió morir estando enfermo (484). Estos visitadores de brujos son infames y no pueden se admitidos tampoco como acusadores, como ya se dirá en la tercera parte. Además deben ser castigados con la pena capital de acuerdo con la ley, como ya se ha dicho en la primera cuestión de la primera parte. Pero, ¡ay!, Señor Dios, tú que eres justo en todos tus juicios, quien será el que consiga la liberación de tantos pobres embrujados que gimen en medio de sus dolores continuos. Nuestros pecados lo exigen, pero el enemigo a dominado demasiado sobre nosotros. Donde se encuentran estos que pueden reducir a la nada las obras del demonio mediante exorcismos lícitos. Un único

remedio parace quedarnos, que los jueces refrenen sus ataques, castignado por lo menos con variadas penas a las brujas autores de tantos males. De esta forma se ahorrará a los enfermos el deseo de ir a visitar a las brujas. Pero, ¡ay!, no hay nadieque sienta esto e n su corazón, todos buscan su provecho y no el de Jesucristo. La bruja de Reichshoffen de la que ya hemos hablado, recibía visitas tan frecuentes de clientes embrujados que querían recuperar la salud que el conde del castillo quiso imponer un derecho cobrando un teloneum: toda pèrsona que encontrase embrujada en sí misma o en sus bienes debía pagar un denario al pasar por la puerta. Y afirmó haber obtenido unenorme beneficio en este negocio. También sabemos por experiencia que existen algunos impuestos de este género en la diócesis de Constanza. No porque esta esté peculiarmente más infectada que otras diócesis, puesto que esta forma de infidelidadse desliza en todas las diócesis y el mundo entero, al parecer infectado, sino que esta diócesis ha sido particularmente trabajada. Un cierto Hengs, conocido por su nombre, parecía tener por clientela un gran número todos los días de pobers embrujados. Nosotros hemos visto incluso con nuestros este concurso de pueblo en la ciudad de Enigenysin ninguna duda se encontrará en ninguno de los santuarios de la Virgen María, ni en Aquisgran, ni en Einsiedeln, un concurso tan grande de personas como el que se reune para vistar a este hombre supersticioso. En el tiempo más crudo del invierno cuando la nieve obstruye todo camino, se dirigen hasta él recorriendo de dos a tres millas a la redonda, al precio de de enormes fatigas. Unos reciben remedios, otros nada, porque yo se que no todos los maleficios pueden ser conjurados a causa de diferentes obstáculos, como ya se ha dicho. Pero los brujos excluyen los maleficios mediante una invocación explícita del demonio, como se hace en el segundo medio ilícito. no en el primero.

Hay un tercer medio

—«»

(1): Graciano, Decreto II, 2i, 5, 12.
(2): Fisica VII,
(3): Se atribuye un Tratado de los Minerales a Avicena.
(4): Decreto II, 33, I, 4.
(6): IV, 34, ,
(7): Loc. Cit.
(8): Decreto II, 33, I, 4.
(9): Loc. Cit.

(10): II, 7, 3, 2.
(11): XVIII, 10. y se quedó dormido
(12): II Paralipómenos XXII X, 3.
(13): II, 7,
(14): III, 120.principio de esta cuestión:
(15): I, 114; II-II, 92-94.
(16) XVIII, 17-18.
(17) II, 20-24. primero porque saben
(18) II, 24, 1, 14.
(20) Suma sobre los Nueve Libros del Código de Justiniano, IX, 18.
(21) San isidoro; Etimologías VIII, 9;Santo Tomás, Suma de Teología II-II, 92-2.
(22) Decreto II, 26, 5, 14.
(23) Exodo, VII, 11. Vid. Glossa Ordinaria, La Ciudad de Dios X, 8.
(24) Libro de los animales. Suma de Teología I, 114, 4.
(25) Deuteronomio XXXII, 39.
(26) La Ciudad de Dios XVIII, 17-18.
(27) Glosa de Bernardo sobre los Decretales V, 7, 9, 13.
(28) Cfr. el Sexto de los Decretales, V, 2, 8.
(29) Nicolás V (1447-1455).
(30) Decreto I, 36, 2; 38, 1
(31) Salmo XXXV, 7.
(32) Timoteo, I, 13.
(33) Glosa sobre Romanos II, 5-6.
(34) Tratado sobre las flores de las reglas morales de Felipe el Canciller.
(35) Comentario sobre las Sentencias II, 7.
(36) Santo Tomás: Comentario sobre las sentencias II, 7, 3, 1, 4.
(37) Santo Tomás: Comentario sobre las sentencias II, 7, 3, 1, 5.

(38) Libro de las 83 cuestiones LXXIX, 1-3.
(39) De las propiedades de los elementos.

(40) Ética a Nicómaco III, 1.
(41) Gálatas III, 1; cfr. Glosa Ordinaria P. L. CXIV, col. 574.
(42) Libro VI de los Naturales 3, cap. último.
(43) Sobre la Física de Aristóteles VI, 5; V, 10.

(44) XXI, 4.
(45) Diálogos II, 30.

(46) De la Ciudad de Dios XX, 4; De la Trinidad III, 8.
(47) Decreto II, 25, 5, 14.

(48) Espejo mayor IV, 1, 101; Ciudad de Dios XXI, 14; XVI, 3; XVI, 10.

(49) Suma de Teología II-II, 94,4, 2.
(50) XI, 3.

(51) La Ciudad de Dios VIII, 15-22; Decreto II, 26, 1, 5.

(52) Glosa al Salmo LXXVIII, 49.

(53) De los sueños, II.
(54) Suma Teológica I, 117, 3.

(55) Sobre el Salmo II, 8.

(56) Espejo mayor I, 4, 13.

(57) Suma Teológica II-II, 96, 2, 2.
(58) Suma Teológica II-II, 96, 2, 3.

(59) II, 33, 1, 4; la Bula de Inocencio VIII.
(60) De la doctrina cristiana II, 3.

(61) Génesis I, 28; II, 24; 9, 1.
(62) Mateo XIX, 4.

(63) Procio, Libro de las Causas.
(64) Aristóteles, Física VII, 1.

(65) Éxodo VII, 11; Génesis VI, 2, con sus Glosas. San Agustín: De la Trinidad III, 8.
(66) Job XLI, 25.

(67) Comentario sobre las Sentencias II, 5-8.
(68) Job XI, con la Glosa.

(69) De la Ciudad de Dios XV, 23.
(70) Isaías XIII, 21; XXXIV, 13-14.
(71) San Isidoro, Etimologías VIII, 11.

(72) I Corintios XI, 10.
(73) Ética VII, 13.
(74) Levítico XVII, 24.
(75) San Agustín: De la ciudad de Dios XV, 23.

(76) Suma Teológica I, 51, 3, 6.

(77) San Agustín: De la Trinidad III, 8-9.

(78) Del Mal XVI, 10.

(79) Ética VIII, 13.

(80) De la naturaleza del Bien XIX.
(81) XIII, 10.

(82) I Corintios XV, 40-41; Job XL, 9.

(83) San Agustín: De la Trinidad III, 4; Gregorio: Homilías sobre el Evangelio, 34.

(84) De la Jerarquía Celeste X, 2.
(85) Comentario sobre las Sentencias II, 3, 3.
(86) Romanos XIII, 1.

(87) Ezequiel XVI, 27 (Vulgata).

(88) Job I, 2.

(89) Sabiduría VI, 6.

(90) De la ciudad de Dios X, 11.
(91) XLIX.
(92) Del libre albedrío I, 1.

(93) I Samuel XVI, 21.
(94) Etimiologías VIII, 9.

(95) Ética III, 1.
(96) Libro de las 83 cuestiones XII.
(97) De la jerarquí celeste III, 2.

(98) De la ciudad de Dios V, 5.

(99) Libro de la fe ortodoxa II, 6.

(100) Etimiologías VIII, 9.

(101) Suma contra los gentiles III, 85.
(102) Proverbios XXI, 1; Filipenses II, 3.
(103) La jerarquía celeste III.
(104) Nider, Preceptorio I, II, 35.

(105) Homilías I, 10.
(106) De la consolación de la filosofía IV, 6.

(107) De la ciudad de Dios V, 1.

(108) De los nombres divinos IV, 23.

(109) Cuestión disputada: sobre el mal II, 12.

(110) Libro de las 83 cuestiones LXXIX.
(111) Suma Teológica I, 110, 4, 2.

(112) Suma Teológica I, 115, 5.
(113) De la ciudad de Dios X, 11.

(114) Aristóteles: Tratado del alma II, 2.
(115) Aristóteles: Política VIII, 7; Boecio: De la música I, 1.

(116) De la doctrina cristiana II, 20,30.
(117) I Samuel VI, 6, con la Glosa P.L CXIII, col. 556.

(118) Salmo LXVII, 24.
(119) Proverbios X, 13, 20, 21; XVI, 1; Eclesiástico XXVIII, 14.

(120) Eclesiástico XXV, 15, 16, 19. Mateo XIX, 10; Juan Crisóstomo: sobre Mateo XIX.

(121) I Corintios VII, 13; Eclesiástico XXVI; Proverbios XXXI, 10.
(122) Espejo mayor IV, 21, 6.
(123) Eclesiástico XIX, 4.

(124) XXVI, 6.
(125) Ireneo, Contra las herejías III, 22, 4.
(126) Terencio, Hécyra III, 1; Lactancio, Instituciones III, 25; ProverbiosXI, 22.

(127) Génesis III, 2,3.
(128) Eclesiástico XXV, 19; Séneca, Medea V, 579, 582.
(129) Génesis XXX, 10.
(130) Génesis XXX, 1.
(131) I Samuel I, 7.

(132) Números XII, 1.
(133) Lucas X, 39.
(134) Eclesiástico XXXVII, II.
(135) Juan Dominici, Suma moral III, 1, 25.

(136) De las bodas de los sabios (?), citado por Jerónimo.
(137) Paradojas V, 2.
(138) Tragedias VIII: Medea V, 895.
(139) Homilía sobre Daniel XI.
(140) Texto no identificado.

(141) Carta de un cierto Valerio a un cierto Rufino "para que no tome mujer": P.L. XXX, col. 254, 261.
(142) Proverbios V, 3.

(143) Vidas de los padres del yermo P. L. LXXIII, col. 665.
(144) Proverbios VII, 26; Apocalipsis VI, 8.
(145) Texto no identificado.
(146) Proverbios XXX, 16.

(147) Comentario sobre las Sentencias IV, 34, 1-3.

(148) Las Sentencias: otro nombre del Libro de la ortodoxa II, 4.
(149) De los nombres divinos IV, 23.

(150) Aristóteles, Del alma III, 4.
(151) Aristóteles, Metafísica VII, 7.

(152) Aristóteles, Del sueño y de la vigilia III.
(153) Suma Teológica I, 78, 4 (donde cita a Avicena).

(154) Aristóteles, Del Sueño y de la vigilia II.

(155) Santo Tomás, Comentario sobre las Sentencias II, 8, 1, 5.
(156) Job II, 6.

(157) Santiago I, 14-15.
(158) Génesis XXXIV, 3.
(159) II, Samuel XIII, 2.
(160) Cf. Patrología latina LXXIV, col. 293-294.
(161) II Corintios XII, 7.

(162) Homilía sobre Mateo XX.

(163) Libro de la fe ortodoxa I, 3.
(164) Aristóteles, Del alma III.

(165) Retractaciones II, 30. Cfr. Santo Tomás, Cuestión disputada sobre el mal XVI, 8.

(166) Decreto de Graciano II, 33,1,4.

(167) Comentario sobre la Sentencias IV, 34.

(168) Comentario sobre las Sentencias IV, 34.
(169) Suma dorada II.
(170) Glosas sobre los Decretales V, 12, 5.
(171) Sentencias IV, 34, 3.

(172) Cuestión disputada sobre el mal XVI, 1.
(173) Decretales IV, 15, 1, 1-7. Decreto de Graciano II, 33, 1, 1-2.

(174) Génesis XIX, 26; XIX, 11.

(175) De la Trinidad IV, 5.
(176) De la ciudad de Dios XVIII, 18; De la Trinidad III, 8.

(177) Libro de las 83 cuestiones XII.

(178) Del sueño y la vigilia III.
(179) Etimologías VIII, 9.

(180) Nider, Preceptorio I, 11, 1.
(181) Sentencias II, 8, 1, 5.

(182) Gregorio, Diálogos !, 4.
(183) Cfr. Su vida, por Atanasio X-XI, En las vidas de los Padres, P. I. XXIII, col. 133.

(184) Godofredo de Trano, Suma de glosas sobre los Decretales.
(185) Sentencias IV, 34, 3.
(186) I Corintios IX, 9.

(187) Decreto II, 26, 5, 12.
(188) Sentencias II, 8, 1, 5.

(189) De la ciudad de Dios XVIII, 18, y el Libro de las 83 Cuestiones XII.

(190) Suma de moral 1, 2, 6.

(191) De la ciudad de Dios XVIII, 17.
(192) Historia Lausiaca XIX-XX en las Vidas de los Padres, P. L. LXXIII, col. 1110.
(193) Suma Teológica I, 91, 2.
(194) Su leyenda circulaba en la Edad media.
(195) Decreto II, 26, 5, 14, citando a Agustín, Isidoro y otros.

(196) Sentencias II, 8, 15.

(197) Suma Teológica I, 114, 4,

(198) Exodo VII; Alberto, De los animales (?).

(199) Levítico XXVI, 23; Deuteronomio XXXII, 24.
(200) II Reyes II, 23; I Reyes XXXII, 24.

(201) Guillermo de Auvernia (o de París), Suma del Universo II, 3, 13; Vicente de Beauvais, Espejo Mayor IV, 5, 40.

(202) Eclesiástico XV, 14.
(203) Salmo LXXX, 13.
(204) Enquiridión XVIII; Metafísica XII, 9.
(205) I Corintios IX, 9.
(206) Ética o Nicómaco III, 3: VI, 10.

(207) De los nombres divinos IV, 19.
(208) Enquiridión X, 11.
(209) Suma Teológica I, 19, 9.

(210) Sabiduría XIV, 3.
(211) Job XXII, 13-14.

(212) Suma Teológica I, 22, 2.
(213) Romanos XIII, 2.

(214) Enchiridión XI.

(215) Sentencias II, 23, 1,1.

(216) Eclesiástico XV, 14.
(217) Suma Teológica i-II, 73, 3, 2.

(218) De los nombres divinos IV, 4.

(219) Isaías XIV, 4.
(220) Job XLI, 25; Metafísica V, 1; cfr. Suma Teológica I, 63, 3; 1, 63, 8.

(221) Sentencias II, 23, 1, 2.

(222) Texto no identificado.
(223) Sabiduría VIII, 1.

(224) Santo Tomás, Suma Teológica, I, 22, 2.
(225) Salmos XV, 4.

(226) De la ciudad de Dios XIV, 15.

(227) Suma Teológica II-II, 10, 3.
(228) Sentencias II, 21, 12, 2.

(229) A Simpliciano: cuestiones diversas I, 2, 18.

(230) II Pedro II, 21.
(231) Suma Teológica II-II, 10, 5-6.
(232) Suma Teológica II-II, 12, 1.

(233) Cfr. Raimundo, Suma I, 7, 1-7.
(234) Mateo VI, 24; Santo Tomás, Sentencias II, 7, 3, 2; Alberto, Sentencias, II, 7, 12.

(235) Romanos XIV, 23.
(236) Suma Teológica II-II, 10, 4.

(237) Decretales V, 7, 13; V, 39, 49; para el comentario de Raimundo, Suma, I, 5, 2.

(238) Código de Justiniano IX, 16; IX, 18, 3, 7.

(239) I Samuel XV; II Samuel XII, con la Glosa; Santo Tomás II-II, 108, 4; Graciano, Decreto II, 1,4,11, con Glosas.

(240) Job XXXIV, 30 (Vulgata).
(241) Ciudad de Dios I, 8.
(242) II de Samuel XXIV, 15.
(243) Josué VII, 1.

(243 bis) Decreto de Graciano II, 23, 5, 49.
(244) Deuteronomio XXXII, 22.
(245) Decreto de Graciano II, 23, 4, 8, citando a Agustín ; Santo Tomás, Comentarios sobre las Sentencias IV, 15, 1, 2.
(246) Decretales (VI) V, 12, 5.

(247) Exodo XX, 5 (texto de Graciano sobre la Penitencia, Decreto II, 33, 3.

(248) Sobre II Corintios XII, 7, existen innumerables Glosas e ignoramos de qué Remigio se trata.
(249) Hechos XII; II Macabeos IX.
(250) Números XII; comentario de Jerónimo 33, 4.
(251) II Samuel XII.
(252) Pedro Lombardo, Sentencias IV, 15.
(253) Deuteronomio XXV, 2.

(254) Hebreos X, 29.

(255) Cuestión decimocuarta.
(256) Suma teológica II-II, 95,3; Graciano, Decreto II, 26,2; 4, 5.

(257) Etimologías VIII, 9.
(258) I Samuel XXVIII, 7.
(259) A Simpliciano II, 3, citado por Santo Tomás, Suma Teológica II.II, 94, 4, 2.
(260) Suma teológica II-II, 174, 5, 4; Decreto II, 26, 5, 14.

(261) Suma teológica II-II, 174, 5, 4; Decreto II, 26, 5, 14; Suma teológica II-II, 95, 6.
(262) Del sueño y de la vigilia III.

(263) Hechos XVI, 16.
(264) Preceptorio II, 4.

(265) Santo Tomás, Sobre las Sentencias II, 7, 1, 2; Suma teológica I, 64, 2; Del mal XVI, 5.

(266) Estos argumentos son los que se encuentran al comienzo de la Cuestión XVI.

(267) Comentario de las Sentencias II, 20, 2, 3; II. 21, 2, 2. Disputa quodlibetal V, 8.

(268) LXXIII, 23, salmos.
(269) Job XLI, 25.
(270) Efesios VI, 16.

(271) Salmo CX, 2.

(272) Mateo VI, 10.
(273) Cfr. Santo Tomás, Suma Teológica I, 19, 12 (con citas de Aristóteles y San Agustín).
(274) Graciano, Decreto II, 26, 5, 3; Agustín, De la doctrina cristiana II, 20, 30.

(275) Daniel X, 13; cfr, Suma Teológica I, 113, 8.
(276) Sentencias II, 11, 2, 5.

(277) Romanos XIII, 4.

(278) Job I, 2; J. Nider. Formicarius V, 4.
(279) Números XXII, 22.
(280) I Corintios V, 5.

(281) Por J. Nider conocemos sobretodo a este Pedro de Gruyére, así como a los brujos Scavius, Städlin y Hoppo.

(282) Cfr. Nider, op. cit. V, 4.

(283) Salmo LXXXIII, 12.
(284) Comentario de las Sentencias II, 11, 1; De los nombres divinos IV, 1.
(285) Proverbios XXI, 1.
(286) Suma Teológica I, 114, 2.

(287) Metafísica I, 9.

(288) Colaciones VII, 1.
(289) Diálogos I, 4.

(290) Heráclides, Paraíso XVIII, Cfr. P. L. LXXIV, col. 293.
(291) Cfr. Nider, po. cit. V, 6.

(292) Filipenses II, 13.
(293) De los nombres divinos IV, 2.

(294) Suma contra los gentiles III, 92.

(295) Jueces II, 27.

(296) Al parecer se trata de una expresión en viejo alemán vulgar, que equivale a algo así como: "Meteme la lengua en el culo".

(297) Cfr. Nider, op., V, 3.

(298) De la adivinación de los demonios V. .....pag 288
(299) Isidoro, Sentencias I, 10, 17.

(300) Graciano, Decreto II, 26, 5, 12.

(301) Summa del Universo II, 3, 25.

(302) Espejo Mayor IV, 25, 63.

(303) Mateo VIII, 28-34; Casiano, Colaciones VII, VIII.
(304) Mateo IV, 1-11.

(305) Job XLI, 24 de la Vulgata.
(306) Daniel XIV, 32-38.

(307) Física VIII, 4.
(308) Comentario sobre las Sentencias II, 7, 3; Summa Teológica I, 110, 1-4; Cuestiones sobre el mal XVI, 10.

(309) La leyenda era muy conocida en la Edad Media. Cfr. Nider, Formicarius II, 4y Jacques de Voragine, Leyenda dorada, el 31 de julio.
(400) Summa del bien universal. De las abejas.

(401) Comentario sobre las sentencias II, 8, 1, 3.

(402) Del alma ii, 8.

(403) II, 8, 1, 5.
(404) De la Jerarquía Celeste XV, 3.

(405) Sentencias II, 8, 1, 4.

(405 bis) Graciano, Decreto II, 26, 2, 6, refiriéndose al texto de San Agustín, De la doctrina cristiana II, 19, 21.

(406) Génesis IV, 4; Comentario sobre las Sentencias II, 8, 1, 4.

(407) Exodo XX, 5; XXXIV, 7.

(408) Summa teológica I, 110, .

(409) Josué X, 13; Reyes XX, 10; Mateo XXVII, 45.
(410) Sermón IX, 3.

(411) Formicarius V, 3.

(412) I-II, 2, 23, 3, 2.
(413) Suma Teológica I, 78, 4.

(414) Conferencias (Collationes) VIII, 18-19.
(415) De la consolación de la filosofía 1, 2.
(416) Tobias VI, 16.

(417) Job XXXI, 1; Lucas, 11, 21.

(418) De la ciudad de Dios XVIII, 17.
(419) Daniel IV, 30.

(420) Comentario de las Sentencias, II, 8, 1, 2.

(421) De la fe ortodoxa I, 13.
(422) De la fe ortodoxa II, 8, 1, 5.

(423) II Tesalonicenses II, 8.

(424) I Corintios III, 16; Disputa Quodlibetal III, 3, 3.

(425) Sulpicio Severo, Diálogo I, 20.
(426) Gregorio, Diálogos III, 33.

(427) Colaciones VII, 27.
(428) Diálogos I, IV.
(429) Diálogos I, 10.
(430) I samuel, 15.

(431) Se debe quizás esto a que los lombardos tenían una cierta reputación popular de ser frecuentemente proclives a la sodomía.

(432) Job I, 12; II, 6; VII, 13, 14.
(433) Cir. La exposición sobre Job, de Santo Tomás, III; y la Glosa Ordinaria sobre Job, de Nicolás de Lyra.

(434) Mateo XVII, 15; Lucas XIII, 11.

(435) Job I-II.
(436) Nider, Preceptorio I, 11, 5.
(437) Crónica, año 858; cfr. P. L. 160, col. 165. Espejo Mayor, IV, 24, 37; Nider, Preceptorio I, 11, 15.

(438) Job I-II.
(439) Nider, Preceptorio I, 11, 5.
(440) Crónica, año 858; cfr. P. L. 160, col. 165. Espejo Mayor, IV, 24, 37; Nider, Preceptorio I, 11, 15.

(441) Lucas XI, 21.
(442) El bien de la familia más preciado es sin duda la honra y la buena opinión.

(443) Probable práctica de medicina popular de que se servirían para inferir hechizos, desvirtuándola, pero que en suma hoy nos resulta bastante ininteligible.

(444) Se trata de una opinión corriente en el siglo XV.

(445) Salmo LXXXXII, 2.
(446) Génesis III, 15.
(447) Eclesiástico XXXV, 6.

(448) Decreto II, 10, 1, 15.
(449) Ezequiel XVIII, 14-21.
(450) Éxodo XX, 4.
(451) Decreto II, 1, 4, 8-9; II, 24, 3, 1; VI Decretales V, 12, 5.

(452) Salmo L, 19.
(453) Se trata de una colección de ejmplos no identificada.
(454) Suma Teológica II-Ii, 108, 4.

(456) II Samuel, 15-18; I Reyes XV, 2-3.

(457) I Corintios IX, 9.
(458) Salmo XXXV, 7-8.
(459) Del alma III.

(460) Sentencias II, 7, 3, 2.
(461) Sentencias II, 7, 12.

(462) Job I-II.

(463) Exposición sobre Job I, 3.
(464) Salmo CIV, 16.
(465) Sentencias II, 6, 1, 3.

(466) Formicarius V, 4.

(467) La leyenda de Gillermo Tell parece flotar en torno a este relato. Se trata ésta probablemente de un tema nórdico crado en los siglos XI o XII pero, aunque no el nombre, sí las circustancias coinciden aquí con las de un personaje que las crónicas suizas de la época recogen, llamándole Guillermo tell.

(468) Decretales V, 2, 18; V, 7, 9; V, 7, 15; V, 7, 13, 5.
(469) Decretales V, 2,12; V, 2, 15; V, 2, 2 .

(470) Decretales V, 2, 11.

(471) VI Decretales V, 2, 18.
(472) Suma teológica II-Ii, 11, 14.

(473) I Corintios V, 5; Decretales V, 7, 13.
(474) Etimologías VIII, 9.

(475) Decretales V, 7, 9; V, 7, 13.

(476) Sentencias IV, 34, 1, 3; Sentencias IV, 34, 2.

(477) Job XLI, 25.
(478) Acerca de las costumbres de la Iglesia, I, 11.
(479) Juan Duns Escoto, Cuestión sobre las Sentencias IV, 34, 1.

(480) Mateo XII, 26.
(481) Formicarius V, 3.

(482)

NOTAS=++
page 140= puede hacerlas el diablo, a menos que Dios no lo permita, él, que con frecuencia, reprime la malicia de aquel que intenta engañarnos y hacernos daño por medio de sus ángeles buenos...
page II,

ERRORES==
=====0

pag39= ... Pedro de la (*) Palud...= Salud?
pag 49: Efectivamente en el sentido del demonio sin brujo algunos se remiten a San Agustín ===Es alguno o algunos con ese?
pag ?? = (17) II, 20-24. primero porque saben == rellenar en la pagina 17, que se quedo por poner...
pag 97= ...abordar este entero???...

UPDATINg /revised

page 132= **de aqui para arriba hay que quitar SAN de Gregorio!!!
page 132=idem gregorio con antonio= **de aqui para arriba hay que quitar SAN de antonio

SELECTED
words==

un texto de los Romanos: ¿Ignoras que la bondad de Dios te conduce a la penitencia?
page 56=... los espejos, si son nuevos y puros se mancillan si se mira en ellos una mujer que esté menstruando.
page 62= ...procreación de los hombres fue instituida por Dios antes del pecado... pero no eran felices solos???

Continuará ...